CARLOS TROMBEN

# BAQUEDANO

## LA REPÚBLICA MILITAR

Índice

Cubierta
Primera parte. Cumpleaños feliz
Fue hace mucho/recién
La Moneda /1
Mi primer trabajo
La Moneda /2
Club militar /1
Locura filantrópica
Brigada especial
Mascota presidencial
Congreso /1
Esa muchacha soy yo
La Virgen protege a la ciudad
Regimiento Cazadores /1
Un joven con vocación
Iba a ser un día normal
Estación Mapocho /1
Poetas contra novelistas
Compañía de Jesús
Jóvenes promisorios
Túnel del tiempo
La Moneda /3
Congreso /2
Interés recíproco
El tren de la historia
La Moneda /4
Niños infiltrados
La poesía como arma de guerra
Regimiento Cazadores /2
No hay poesía en el trabajo
Pretextos periodísticos
Escuela de caballería
Escuela militar
Paco poeta
Club militar /2
Primeros sospechosos
La gota que colma el vaso
Congreso /3

Al Congreso vamos sí o sí
Congreso /5
Club militar /3
Calle Nueva York /1
El fantasma de Balmaceda
Estación Mapocho /2
Cadena de mando
El uniforme como ornamento
Camaradas poetas
Traición a la patria
La Moneda /5
Ahora es en serio
Vías paralelas
El mayor astuto
Triángulo informativo
Cine y espectáculo
Ministerio de Guerra
La Moneda /6
Club de la Unión /1
La Moneda /7
A un paso de la revolución
Fuerzas en desequilibrio
La Moneda /8
Segunda parte. Cielito lindo
Golpe a la cátedra
Pliego de peticiones
Magnicidio inconsciente
Barrio Bellavista /1
Un joven confundido
Golpe a la poesía
Golpe a la poesía /2
La Moneda /9
La Moneda /10
La Moneda /11
Patas de perro
Sucede en las mejores familias
Estación Mapocho /3
Una cuestión de apellidos
La ciudad se agita
Ganar o perder
La musa de la guerra
Judíos y masones

Barrio Bellavista /2
El tiempo
Calma en la tormenta
El caballero en cuestión
Jóvenes turcos
Cumbres borrascosas
Noche maldita
El general despistado
Capitula el Congreso
La Moneda /12
Sancta Sanctorum
Cae el telón
La Moneda /13
Tiempo recobrado
La tiranía
La clausura
Por los servicios prestados
El tiempo ataca otra vez
La conjura
El tiempo
Agradecimientos
Notas
Créditos

*Para mi viejo*

No nos creáis inconscientes, señores, de vuestras necesidades. Hemos sabido del malestar de los estudiantes, de los profesores, de los obreros... esperábamos que vosotros iniciarais este movi-

miento de depuración social y política, y cuando vosotros no lo hicisteis entonces creímos llegado el momento de hacerlo nosotros.

Capitán Carlos Millán Iriarte
14 de septiembre de 1924
Teatro O'Higgins, Santiago

En un Estado existe una pequeña minoría contraria a la adopción de una determinada medida legislativa. Esta medida satisfaría las aspiraciones de la gran masa ciudadana, pero la minoría adversa se apodera de la prensa, trabaja por su mediación la soberana «opinión pública» y consigue impedir la promulgación de la ley proyectada.

Sigmund Freud
*Inhibición, síntoma y angustia*, 1925

**Los generales**
Luis Altamirano Talavera
Pedro Pablo Dartnell

**Los mayores**
Carlos Ibáñez del Campo
Marmaduke Grove
Bartolomé Blanche

**Los tenientes**
Alejandro Lazo Guevara
Mario Bravo Lavín
Esteban Olea

**Las periodistas**
Olga Fernández MacAllister
Alicia MacAllister
Ester Roig

**Los políticos**
Arturo Alessandri
Pedro Aguirre Cerda
Francisco Melivilu

**Los bohemios**
Julio Molina
Pablo Neruda
Pablo de Rokha

**El adolescente**
Salvador Allende

# Primera parte
# CUMPLEAÑOS FELIZ

*1-4 de septiembre 1924 / 1970*

## Fue hace mucho/recién

Ordenando la bodega de mi casa encontré una caja con recuerdos de juventud. Recortes de diarios y revistas, fotos y recibos, una pequeña libreta con números telefónicos y tareas por hacer. Me costó reconocer mi propia letra. Era mi material de trabajo y ahora, cuarenta y seis años después, cobra vida entre mis dedos arrugados.

Las imágenes del recuerdo son tan fuertes que apenas oigo los bocinazos. Frente a mi casa pasa en estos momentos una columna de adherentes a la candidatura presidencial de Jorge Alessandri Rodríguez, hoy aspirante a ocupar el sillón de su padre en La Moneda.

En aquel tiempo, Alessandri hijo y yo éramos unos veinteañeros. Me lo recuerda una fotografía que alguien me tomó en esos tiempos. Soy esa muchacha, la misma que salía de casa para coger el tranvía rumbo al centro.

Vivíamos en la plaza Brasil, en un departamento amplio que nos dejara mi padre como herencia. Los hombres morían jóvenes en ese tiempo, del corazón, del hígado, con los pulmones perforados por el tabaco y la tuberculosis. A los cincuenta años ya eran unos ancianos. Mi padre no era un bebedor, pero sí un sibarita y sus hábitos alimenticios nunca fueron de los más saludables. Ahí quedó su vida truncada, dejando una viuda sin oficio y tres hijos, un pequeño capital, dos propiedades en arriendo y no mucho más aparte de su enorme ausencia.

Mi madre hubiera querido hacer lo que todas las madres hacían en esta disyuntiva: subastarme al mejor postor. Era el espíritu de los tiempos: el valor económico y transaccional de la virginidad. Hasta tenía su candidato para desposarme: el teniente Esteban Olea, del regimiento Cazadores, quien, como se verá más adelante, tuvo un rol significativo en un episodio histórico hoy olvidado, que se conoció como *la revolución de los tenientes* o bien como *ruido de sables*.

Siempre me gustó leer y mi padre, a pesar de ser un hombre chapado a la antigua, estimuló esta inclinación, mimándome con toda

clase de libros y enciclopedias. Devoré las novelas de George Sand, Jane Austen y Emily Brontë, e incluso me las arreglé para acceder a lecturas más atrevidas como Colette. Terminé el sexto de humanidades en el Liceo N°1 de Niñas con distinción máxima, lo que alimentó la esperanza de mis padres de que yo pudiera encontrar un buen partido, algún joven promisorio con padrinos en la administración.

Un teniente de ejército no era precisamente eso, pero mi madre sentía admiración por el uniforme. Los padres de Olea eran del barrio y ella los conocía. Atesoraba además entre sus objetos preciados una jineta de capitán. «Perteneció a tu abuelo que cayó en Lima para la guerra del 79», solía decirme cada dieciocho de septiembre.

Pero los planes de mi madre comenzaron a irse al trasto cuando yo insistí en estudiar. Entré a un curso vespertino en el Instituto Pinochet-Le Brun. Allí aprendí mecanografía, contabilidad e inglés.

No tenía más formación que esa cuando mi tía Alicia MacAllister me vino a ver un día y me ofreció empleo. Quería fundar una revista *de mujeres para mujeres* y yo la podía ayudar.

Pensé que bromeaba. Esas eran cosas de periodistas, pero ella insistió.

Mi tía Alicia era la antítesis de mi madre. Agnóstica, fue además una de las primeras mujeres en estudiar medicina en el país y no halló nada mejor que, apenas terminados sus estudios en la Universidad de Chile, sumarse a la ambulancia militar durante la guerra civil del 91. Allí le pasó de todo: estuvo en la batalla de Concón, vio morir a su novio, conoció al que sería su marido (mi adorado tío Carlos Hermosilla) y recibió una herida terrible que le desfiguró una parte del rostro.

«¡Ven a darle un beso a tu tía pirata!», solía decirme en broma cuando niña.

¡Cuánto te echo de menos, tía Alicia!

Fue gracias a ti que ese día 1 de septiembre de 1924 salí de casa a trabajar contigo en nuestra quijotesca aventura periodística para liberar a las mujeres de su yugo ancestral.

Santiago era entonces una ciudad pueblerina, con un centro hecho de palacetes y edificios públicos de inspiración neoclásica y afrancesada, y una creciente periferia de miseria y postración. El

transporte público ya era un problema y los tranvías solían pasar repletos, con pasajeros colgando de las pisaderas o apretados en el pasillo, evitando mirarse en el frío de la mañana. El momento más desagradable era siempre el de bajar: te tenías que abrir paso entre los cuerpos apretujados y no faltaba el hombre desubicado que aprovechaba la situación.

Yo solía bajarme en Bandera y seguir a pie. Recuerdo que ese lunes una banda militar se había instalado frente al palacio de La Moneda. Después supe que era por el cumpleaños del presidente Arturo Alessandri Palma, el controvertido León de Tarapacá.

En estos tiempos las señales de modernidad y miseria convivían en cada esquina del centro. Los carabineros dirigían un tránsito variopinto de coches, carretas y automóviles. Los grandes bancos se construían en fastuosos y elegantes edificios como casas matrices, mientras obreros sin trabajo y niños patipelados mendigaban en las calles.

Mi trayecto diario seguía por Ahumada hasta la plaza de Armas, donde las campanas de la catedral repicaban todas las mañanas llamando a la misa de las diez. Me acercaba hasta la entrada principal del portal Fernández Concha, saludaba a don Julio, el conserje, recogía la correspondencia y tomaba el ascensor hacia el cuarto piso. Caminaba hasta el final del pasillo, sacaba las llaves e ingresaba a la modesta redacción de *La Voz de las Mujeres*.

Así comenzó para mí ese día. Al igual que todos mis compatriotas, pensé que iba a ser como cualquier otro, pero a pocas cuadras de allí ya comenzaban a moverse las piezas de una operación que cambiaría las cosas para siempre.

Los bocinazos y gritos de los alessandristas *de hoy* (tan distintos a los de entonces) desaparecen en la lejanía. Devuelvo los recortes y las fotos a la caja e intento no seguir pensando en el pasado. Dicen que la historia se mueve en círculos, y yo espero que no.

## La Moneda /1

En la plazoleta que separa el palacio presidencial del Ministerio de Guerra los duraznos comienzan a florecer. Son el único ornamento junto a cuatro añosas palmeras, la estatua de Diego Portales y dos fuentes de agua que borbotean desde tiempo inmemorial. Cada vez que llega un general o un coronel al ministerio, los centinelas se cuadran y saludan con un muy marcial «¡presenten arrr!». Lo mismo ocurre al frente, en el palacio, cuando arriba un ministro.

La guardia presidencial está compuesta por soldados espigados, con casco prusiano terminado en punta y botas altas de húsar. En la frente, un cóndor plateado.

Parece un día especial puesto que, delante del palacio, comienza a reunirse la tropa con uniforme de parada. No portan carabinas ni bayonetas, sino trompetas, trombones y tubas; son músicos de la guarnición de Santiago afinando sus instrumentos.

El veterano teniente Alejandro Muñoz levanta la batuta, mira a izquierda y derecha, cuenta hasta tres y da inicio a la presentación.

La marcha de Radetzky resuena marcial y rítmica frente a la sede del gobierno. Los transeúntes se vuelven a mirar, algunos se detienen y se sacan el sombrero; otros siguen de largo, indiferentes.

Se escucha un sonido monocorde sobrevolando el cielo. Es el aeroplano *El Ferroviario*, pilotado por el aviador militar Clodomiro Figueroa. El aparato da vueltas en torno al palacio y deja caer un estuche de cuero que aterriza con precisión en el patio de los cañones. En su interior viene un sobre con membrete oficial del ejército que pasa de mano en mano, del centinela al sargento de la guardia, y de este a un funcionario civil.

Elena Loyola, la Nené, se lo lleva a su destinatario final junto con la bandeja del desayuno. *Para Su Excelencia, el presidente de la república*.

Arturo Fortunato Alessandri Palma está de buen humor, con la bata amarrada a la cintura y a solas con Tony, su adorado foxterrier. Los sones de la banda militar llegan a través de los postigos cerrados de la

ventana y le levantan el ánimo. El saludo arrojado desde un avión y la banda de músicos enfrente de La Moneda son pruebas irrefutables del aprecio que le tienen los militares.

Es el día de su onomástico y su esposa, doña Rosa Ester Rodríguez Velasco, está desde temprano coordinando todos los detalles para festejarlo. Será una velada íntima con Pedro Aguirre Cerda y señora, los senadores Saavedra y Jaramillo (y señoras), el embajador Collier (*and wife*), la escritora Inés Echeverría (y marido). Un menú sorpresa salvo en un detalle: el festejado es fanático de la torta de mil hojas.

Arturo Alessandri también es un hombre de rutinas. No se presentará ante nadie sin antes leer los periódicos que le ha traído Nené junto con los saludos del ejército y el sacrosanto desayuno de té con leche y galletas de agua. El rito también tiene algo de masoquismo, pues la lectura de la prensa siempre le depara sinsabores. Una caricatura, un titular, un adjetivo que da motivo a una irritación.

El odioso *Diario Ilustrado* reproduce a un diputado opositor sobre el nuevo gabinete: «representa el fraude, la mentira y el crimen de las recientes elecciones de marzo». El editorial de *El Mercurio* tampoco es muy halagüeño: «En el país hay una impresión penosa respecto del actual Congreso, porque los actos de intervención que perturbaron las elecciones últimas se alzan para decir que es un Congreso espurio y no merece respeto alguno. Resoluciones como la dieta parlamentaria nos arrastran fatalmente al abismo».

En un rincón subliminal de su mente se cuelan los avisos.

**MADRES**
Los niños débiles deben tomar
**Recalcine**

**No más feas**
Crema de la reina de Hungría

La impotencia, la neurastenia se curan con
**Bismolan**
*Tónico poderoso*

Suficiente. Concluida la lectura, Alessandri se dirige a terminar su

*toilette*.

El rostro en el espejo no tiene arrugas ni canas a pesar de los cuatro años en la presidencia de la república. De hecho, sus mejillas lampiñas parecen las mismas del joven que algún día sacudió los soporíferos debates parlamentarios con su retórica fogosa. Alessandri se alisa el típico mechón que le cubre la frente, se coloca el cuello de la camisa y se ajusta la corbata, clavando en ella una perla. Ensaya sus poses más efectivas. Posee un arsenal completo que, con los años, ha ido perfeccionando para enfrentar con éxito las distintas situaciones que depara la política: la ofensiva calculada, la negociación oportuna, la falsa concesión, la adulación que desorienta, la combinación precisa de audacia y benevolencia para que los hombres acepten su liderazgo y sigan sus designios.

Alessandri solo tiene que caminar unos pocos pasos desde las dependencias de la familia presidencial hasta el despacho. Allí lo esperan Vital Guzmán, su secretario personal, y Luis Espinoza, taquígrafo de la presidencia. Son los primeros funcionarios en saludarlo.

La agenda del día está marcada por el onomástico presidencial. Embajadores, líderes políticos y de opinión concurrirán a manifestarle su afecto. Vital Guzmán lee en voz alta los cables de felicitación, los mensajes oficiales de naciones amigas, líderes parlamentarios, representantes de obreros, artesanos, comunidades extranjeras residentes en el país.

Hay telegramas de saludo de don Augusto Leguía, presidente de la República del Perú; del señor Marcelo Torcuato de Alvear, presidente de la nación argentina. El mensaje que más impacta en su corazón viene de Roma y lo firma Umberto de Saboya, príncipe heredero del reino de Italia, quien hace solo unas semanas visitó el país.

Alessandri exige ver este último telegrama con sus propios ojos. La máscara que cubre invariablemente su rostro parece distenderse y en sus ojos se asoma una aureola breve de humedad. Imagina las sonoridades del idioma de sus antepasados en boca del príncipe dictando las palabras a su propio secretario.

Tras la somera revisión de la correspondencia vienen las visitas programadas.

Vital Guzmán anuncia la llegada del arzobispo de Santiago y Alessandri, tras una mueca de fastidio, lo recibe con una sonrisa meliflua que no desaparecerá de su rostro mientras el prelado permanezca en el despacho.

Crescente Errázuriz Valdivieso es un aristócrata de ochenta y cinco años experto en las artes de la palabra y de la política. Bajo su túnica roja y el gran crucifijo que le cubre el pecho se esconden décadas de diplomacia. Se quejará como de costumbre de la ley de divorcio que se tramita en la cámara y Alessandri, una vez más, se lavará las manos asignándole la responsabilidad de ello al Parlamento. Lo que a él le interesa son otras leyes de progreso material y moral para el pueblo, que también son del interés de la Iglesia católica.

Tras el encuentro con el representante del clero, llegan los cardenales de la banca, la industria y el comercio, los latifundistas de la Sociedad Nacional de Agricultura, los jueces de la Corte Suprema de Justicia. Vienen también a saludarlo representantes de la clase trabajadora, de los tranviarios, los choferes particulares, los ferroviarios, a quienes Alessandri ha recibido en varias ocasiones para conocer sus deseos, sus aspiraciones. Es el primer presidente de la república en hacer ese gesto. En sentar en una mesa al capital y al trabajo.

Alessandri recibe también a las mujeres representantes del recién formado Partido Femenino, las señores Méndez, La Rivera y Recabarren. Esta última debe ser la hermana de Luis Emilio, el exlíder que, según le han dicho, está postrado en su domicilio tras perder su escaño en el Parlamento y el control del Partido Obrero Socialista. Alessandri las saluda con coqueta deferencia, las escucha con fingida atención y las acompaña hasta la puerta de su despacho deshaciéndose en promesas vagas. Está en su elemento: escuchar, sonreír, adular y ser adulado. Años más tarde escribirá:

«Nada, absolutamente nada, ningún rumor ni indicio hacía presumir la inmensa catástrofe que se aproximaba».

## Mi primer trabajo

Mi trabajo en la revista *La Voz de las Mujeres* dependía del día y del ciclo de producción. Recuerdo que la edición de septiembre recién estaba en circulación; había sido redactada, reporteada, diseñada e impresa en agosto, y ese primer lunes del mes no había mucho que hacer salvo revisar la correspondencia y prensa diaria.

Parece como si fuera ayer cuando tuve entre mis manos esos mismos sobres que ahora extraigo de la caja de recuerdos.

Venían desde distintos puntos de la capital y del país, y mi tarea consistía en clasificarlos según su origen y destino; correspondencia personal de mi tía Alicia y de las colaboradoras, cuentas de servicio (luz y gastos comunes), cartas de lectoras con opiniones rotundas, como esta de Maite Ferrada Gómez, despachada desde Concepción el día 22 de agosto:

> «Importantísimos proyectos que el pueblo entero aguarda con ansiedad siguen tramitándose en el honorable Congreso, sin que se avizore su pronta aprobación. La condición jurídica de la mujer es uno de ellos y esperamos que el presidente de la república no olvide sus compromisos al respecto. La otra es la disolución del contrato matrimonial, negociada entre las partes».

En la caja hay varios recortes de esa semana convulsa. Cojo uno al azar y me encuentro con esta joya de *Zig-Zag*, la publicación femenina del conglomerado económico de Agustín Edwards.

> A pesar de todos los fatídicos vaticinios de crisis monetaria, sequía, connatos bolcheviques y otras mil calamidades, nuestra sociedad continúa su vida alegre y despreocupada. Y hace bien porque solo nos pertenece el momento presente, y es necio empañar el cielo de las ilusiones juveniles con nubarrones que a lo mejor se disipan, sin producir las tempestades vaticinadas por los terroristas.

Por «nuestra sociedad» la cronista se refiere a un tipo específico de mujer que no necesitaba trabajar, cuyo oficio se concentraba en la celebración de eventos sociales. Las mismas que estaban en pie de

guerra contra la ley de divorcio presentada esas semanas por la bancada del Partido Radical.

«¿Cómo podría el hombre respetar a la mujer que llega a él en tercera o cuarta mano? Destruir el hogar, como se pretende, es algo tan abominable que no resiste atenuación», declara al diario *Los Tiempos* María Luisa Fernández de García-Huidobro, directora de la Unión Patriótica de Mujeres y madre del poeta Vicente Huidobro.

Después de entrevistarla a ella y a otras de su clase, todas chapadas de la misma manera, *Los Tiempos* respondió de manera magistral entrevistando obreras a la salida de sus trabajos.

NUESTRAS OBRERAS ANTE EL
PROBLEMA DEL DIVORCIO

«Soy partidaria» - *Domitila Lorca*.

«Si una mujer está descontenta con su marido, es lógico que la justicia la autorice a mejorar su vida» - *Gabriela Caldero*.

«Aun cuando me he criado en un ambiente conventual, acepto el divorcio siempre que sea como está implantado en Uruguay y en otros países más adelantados que el nuestro» - *Tarcilia Hernández*.

A diferencia de la señora Fernández, estas mujeres generaban sus propios ingresos en fábricas textiles y de calzado, soportaban duras jornadas de trabajo y criaban niños con escasa ayuda externa, pero a la hora de legislar importaba la opinión de las Fernández, las Errázuriz, las Echenique Larraín.

Cuarenta y seis años más tarde seguimos sin ley de divorcio.

Yo tenía entonces veinticuatro y era, para los parámetros de la época, una solterona; pertenecía al creciente batallón de mujeres asalariadas que escribían a mano, transcribían a máquina, pasaban en limpio archivos y documentos legales y los clasificaban. Lo mismo en la instrucción con las maestras, con las enfermeras en los hospitales y con las obreras de la industria textil. Todas ellas eran nuestro público objetivo.

Entre los matrimonios de la semana, hemos de anotar el del señor Emilio

> Aldunate Phillips con la señorita Virginia González Balmaceda, verificado con toda solemnidad en la Basílica de la Merced. Entre otras fiestas sociales daremos cuenta de la realizada en la casa de la señorita Enna Bravo Walker, con motivo de su estreno en sociedad. Por su parte, la señorita Carmen Prieto Subercaseaux ofreció en su residencia de Viña del Mar un «dinner blanc» a un grupo de sus relaciones. Asistieron las señoritas Elsa Lyon Hidalgo y Patricia Rawson y los señores Carlos Camus y Leonel Moller Salas.

En el panorama periodístico de la época ocupábamos un lugar modesto y a la vez promisorio. Si la memoria no me falla, a comienzos de septiembre de 1924 nuestra tirada de *La Voz de las Mujeres* era de mil ejemplares y teníamos trescientas y tantas suscriptoras en todo el país; el saldo se distribuía en quioscos o derechamente se regalaba en ateneos obreros y bibliotecas populares.

Contábamos también con un número interesante de avisadores como Taubie & Cia, distribuidores autorizados de paquetes antisépticos; del Instituto Técnico Comercial de Señoritas, con sede en Santa Rosa 385, y de una zapatería de nombre significativo: «El Soviet», el mejor calzado al precio más bajo.

Nuestras cifras todavía no se aproximaban a las de *Acción Femenina*, nuestra rival más cercana, pero iba en aumento todos los meses. Habíamos partido después y nos diferenciábamos de ellas en algo que mi tía Alicia me lo dijo desde el primer momento en que me propuso unirme al proyecto:

—Nosotras no publicamos solo opiniones y puntos de vista que reflejan a la mujer instruida y burguesa como la señora Amanda Labarca o las fundadoras del Partido Femenino. Nosotras recogemos y contamos *historias*, Olga, historias de las mujeres que trabajan, que sufren, que plantan cara a la vida.

Se refería a las historias que escuchan las enfermeras y las profesoras normalistas en su trato con los enfermos, con los niños que llegan al aula moquillentos y sin zapatos. Las mujeres golpeadas, violentadas, humilladas, desangradas en abortos clandestinos, castigadas por la religión. El Chile que nadie veía en esos tiempos y que muchos todavía se resisten a ver. A la distancia, frente a un periodismo envilecido a izquierda y derecha por el sensacionalismo, me asombro de la audacia de mi tía Alicia para embarcarse en semejante aventura, y de nuestra ingenuidad para seguirla hasta las

últimas consecuencias.

Creo que ese lunes no hice mucho más que clasificar correspondencia y regresé temprano a casa. Me esperaba una esquela del teniente Esteban Olea recordándome su invitación al baile que tendría lugar en el club militar el miércoles 3 de septiembre.

Mi primera reacción no debió ser muy entusiasta y seguramente mi madre me lo reprochó. Jamás hubiera imaginado que los hechos de esa semana me harían cambiar de opinión. Al final concurrí al susodicho baile, pero no para bailar foxtrot sino para obtener información, y no el miércoles sino tres días más tarde, después de una sucesión vertiginosa de hechos que cambiaron el país para siempre.

Las repercusiones de esa semana se extienden hasta hoy. La constitución que nos rige fue engendrada en esos días y por quienes menos esperábamos. Pero nadie lo recuerda y temo que ese olvido tenga consecuencias.

## La Moneda /2

De todos los que vienen a saludarlo para el día de su onomástico, lo que más acapara la atención y el tiempo de Arturo Fortunato Alessandri es la plana mayor del ejército, encabezada por los generales Pedro Pablo Dartnell y Luis Altamirano.

Parecen altos oficiales del Imperio alemán extraviados en Latinoamérica: el mismo bigote engominado del emperador Guillermo II, el mismo uniforme ajustado de color azul oscuro con pechera y doble corrida de botones.

Ante ellos Alessandri se compromete una vez más a sacar adelante la ley de subsidios que viene tramitando el Congreso hace varios meses. El gobierno depende de dicha ley para recaudar al menos ciento diez millones de pesos y así cancelar cuentas fiscales pendientes con proveedores, empleados públicos y, muy importante, el personal de las fuerzas armadas y orden.

—Ojalá se acuerden de los veteranos del 79, excelencia —dice el general Altamirano.

—Por supuesto, Lucho, por supuesto —replica Alessandri dirigiendo su mirada a Altamirano—. La situación de los veteranos me parte el corazón, pero nosotros somos distintos a los gobiernos anteriores. Nosotros vamos a cumplir nuestra palabra.

A Alessandri y Altamirano los unen vínculos familiares: el general fue cuñado de su fallecido hermano José Pedro. Dicen que es cercano a la oposición, pero Alessandri lo considera alguien de confianza.

—Como ambos recordarán, el año pasado, en el almuerzo anual de la escuela de caballería, reiteré mi compromiso para sacar las reformas que el país necesita para su modernización, incluyendo a las fuerzas armadas. He pedido al Congreso en tres mensajes consecutivos iniciar reformas constitucionales, legales y reglamentarias para salir de la parálisis, pero en el Senado hay representantes de un sector de la sociedad que no desean dar su brazo a torcer ni menos perder sus privilegios. Es en este cuerpo legislativo donde nuestros mejores

empeños fracasan, y leyes tan importantes, como la que fija las fuerzas de mar y tierra, se empantanan.

Los generales lo escuchan con cara de póker. Desde que asumió la presidencia, Alessandri ya no se refiere a la oligarquía como *la canalla dorada*, ni al pueblo como *chusma querida*. Esas eran frase de campaña para agitar los espíritus y derrotar a su adversario. El momento político es otro.

—Sin embargo —prosigue—, que no les quede la menor duda, señores, que mi intento de restringir las facultades políticas del Senado, que es donde se bloquean las leyes, no será a expensas de nuestras libertades. Ustedes también escucharon mi negativa terminante, pronunciada ante un mitin de personas que me aclamaban, de clausurar por decreto la Cámara Alta. Toda modificación constitucional se hará dentro de la ley.

—Que así sea, excelencia, que así sea —repite el general Dartnell, como es su costumbre—. Y que Dios guarde a usted, a su familia y a todos nosotros.

Los generales se retiran haciendo sonar sus tacones a la manera prusiana.

—Bueno, basta ya de frivolidades —dice Alessandri golpeando el escritorio con el puño—. Al trabajo.

El teléfono es un aparato que detesta. Vital Guzmán tiene que darle varias vueltas a la manecilla y esperar para comunicarlo con los presidentes de las cámaras. Hay que mover todos los hilos y sacar las leyes cruciales para su gobierno, sin las cuales no se estabilizará el valor de la moneda, no se pagarán los sueldos atrasados ni los contratos vigentes.

¡*Legislemos por Chile!,* les dice en un tono apremiante.

Sus interlocutores dicen siempre que sí, pero a la hora de cumplir miran para otro lado, se abstienen de votar o simplemente no van a las sesiones. Eso no puede pasar.

Le llaman la atención sobre el proyecto de dieta parlamentaria, una de las pocas leyes que está en condiciones de ser aprobada por unanimidad en el Senado.

Le recuerdan que la opinión pública no recibirá bien una ley que asigna a cada diputado y senador una dieta de dos mil pesos

mensuales, mientras funcionarios y contratistas siguen esperando. ¿Por qué lo hacen? La oposición unionista lo explotará sin pudor y hará gárgaras de constitucionalismo. En rigor solo los demócratas necesitan una dieta, pues son personas de trabajo y sin fortuna propia. Los demás, liberales y conservadores, ni siquiera necesitan trabajar, son dueños de grandes extensiones, accionistas y directores de sociedades bancarias y comerciales, sus capitales engordan en libras esterlinas.

Alessandri escucha sin emoción. Ve la cuestión de la dieta como un problema más del Parlamento, no suyo, pese a que la ley la presentó el Ejecutivo. En el torbellino de ideas, proyectos pendientes, peligros reales o imaginados, es la última de sus prioridades.

## Club militar /1

Los generales Dartnell y Altamirano salen del despacho del presidente de la república, bajan las escaleras y saludan a la guardia, la que responde con el acostumbrado ¡presenten arrr! que marca los tiempos del palacio.

Normalmente Altamirano y Dartnell se habrían dirigido al Ministerio de Guerra y Marina para reportarse al ministro y abordar algún tema institucional. Por ejemplo, los ascensos y destinaciones, el estado del material o juicios disciplinarios pendientes. Ese día, sin embargo, deciden darse una vuelta por el centro y confundirse entre la multitud, si tal cosa es posible con aquellos vistosos uniformes prusianos.

—Optimista como siempre el hombre —comenta Dartnell.

—Es su cumpleaños, pues —replica Altamirano—. Tiene derecho a soñar.

Quedan dos semanas para las fiestas patrias y el desfile militar, lo que implica para los generales Altamirano y Dartnell no solo responsabilidades administrativas, sino además vívidos recuerdos de juventud. Ambos eran tenientes cuando desfilaron aquel remoto 19 de septiembre de 1891, semanas después de derrotar a las tropas del presidente Balmaceda en las batallas de Concón y Placilla.

—Lindos tiempos —dice Altamirano, soñador.

—Tiempos de ingenuidad —replica Dartnell con cierta amargura.

Tres décadas después de la guerra civil (que ellos siguen llamando revolución) los vaticinios arrojados por «el dictador» antes de quitarse la vida se han cumplido al pie de la letra: el Congreso triunfante en los campos de batalla solo le ha reportado al país inflación, despilfarro, politiquería y corrupción; el régimen electoral a cargo de los municipios es una vergüenza; los ascensos y nombramientos dentro de la administración prácticamente se subastan, al igual que las tierras en Magallanes, Aysén y la Araucanía a cargo del Ministerio de Colonización.

El lugar de los militares en este esquema es ambiguo y muchas veces desagradable. Llevan años siendo utilizados por los gobiernos de turno para reprimir a obreros en huelga y amañar elecciones. En las últimas, celebradas en marzo, se cruzó un umbral. Más de cien oficiales han sido citados a declarar ante la justicia por actos de amedrentamiento de votantes y candidatos, sustracción de urnas y otras maniobras de descarado intervencionismo electoral.

El rol de los herederos políticos de Balmaceda, el presidente que Altamirano y Dartnell ayudaron a derrocar, es más que curioso. Han logrado encontrar la piedra filosofal de la baja política: un piso electoral asegurado para negociar con cualquiera. Si las votaciones se inclinan por la Unión Nacional, los *liberales democráticos* se suman gustosos a un ministerio conservador. Si el viento sopla en el sentido contrario, ellos se sumarán con el mismo entusiasmo a la Alianza Liberal. ¿Principios? Apenas dos: no estar nunca en la oposición y asegurarse un diez por ciento de todos los cargos.

—Rápidos como la huiña, astutos como el zorro —acota Dartnell—. El presidente mártir se debe estar sacudiendo en su tumba.

—*Post tenebras lux*.

Tras caminar hacia el sur por calle Morandé y doblar al oriente por Agustinas llegan a su destino, una gran mansión afrancesada de cuatro pisos, frente al teatro municipal. Una placa junto a la entrada principal la identifica como el club militar.

El interior del palacete conserva el lujo de sus moradores originales, la familia Subercaseaux. Una claraboya ilumina el mobiliario, las columnas dóricas y la estatua de un efebo con la luz pálida de septiembre. Detalles como el techo artesonado y el piso con baldosas de damero completan el aire *belle époque*. Los únicos detalles propiamente militares son los cuadros: San Martín y O'Higgins cruzando la cordillera con el Ejército Libertador, el general Manuel Baquedano pasando revista a sus tropas antes del asalto final contra Lima.

Es el lugar donde confraternizan oficiales de distintas especialidades, comandantes de regimiento, agregados militares recién llegados del extranjero, autoridades de provincia de paso por la capital. Para todos ellos es una suerte de hotel de buen nivel y a

precios módicos. Los miércoles se celebran los famosos «dancing sociales» que atraen a jóvenes oficiales, tenientes y subtenientes, así como a un regimiento completo de señoritas de buena presencia acompañadas por sus madres y chaperonas.

Ese lunes, sin embargo, y a esas horas de la mañana, no hay prácticamente nadie. El capitán Moreno, secretario del club, sorprendido por la visita de tan altas autoridades, les ofrece un buen desayuno que ellos aceptan a cambio de la más absoluta privacidad. El único testigo de su conversación será el severo retrato de Baquedano.

—¿Cuántos? —pregunta Altamirano.

—La semana pasada a lo menos quince —replica Dartnell—. Todos anónimos. Instruí a los comandantes para que me reportaran personalmente.

El primer llamado telefónico fue en marzo. Una voz de ultratumba llamó al regimiento de infantería Buin para realizar graves acusaciones en contra de la probidad del comandante, un apadrinado de cierto cacique político local. Desde entonces se suceden a un ritmo creciente, siguiendo el mismo patrón. Muchos de los mensajes acusan a mayores, capitanes y tenientes de haber obtenido ascensos sobre la base de conexiones políticas y apoyo de alguna logia masónica. El ruido que todo aquello está causando en las filas es enorme, como si no bastara con los sueldos atrasados, el material obsoleto y la falta de horizontes profesionales para la oficialidad.

A los llamados telefónicos anónimos se suman circulares, panfletos y proclamas que circulan en los cuarteles. Los firma un tal Tea, movimiento secreto y de origen desconocido.

—Esto me parece de la máxima gravedad —dice Dartnell.

—De la gravedad máxima —replica Altamirano.

No tienen mucho más que decirse. La comunicación militar tiene un fuerte componente no verbal.

El capitán Moreno les trae una paila de huevos revueltos con tocino, marraquetas recién horneadas, mantequilla de campo y sendas tazas de café con leche. El resto de la mañana Altamirano y Dartnell intercambiarán trivialidades debajo de las cuales se esconden mensajes cifrados.

Dartnell pertenece a la rama de ingenieros, ha sido un activo

promotor de la aeronáutica militar y está emparentado con los Matte, una familia de abolengo. Altamirano ya era abogado cuando se sumó a las filas; es concuñado de Alessandri, pero partidario de la oposición. Altamirano y Dartnell son hombres de derecha y detestan a la masonería, a la que pertenecen muchos de sus compañeros y subalternos. Se necesitan el uno al otro para hacer frente a los políticos, y eso es lo único que los une aparte del uniforme.

Estos hombres inexpresivos y poco carismáticos representan la cúspide de una institución enorme y jerárquica, que encarna los símbolos patrios y la noción de territorialidad. Miles de oficiales, suboficiales y soldados repartidos por todo el país y vinculados entre sí a través de la más estricta disciplina. Cientos de funcionarios civiles, instructores y profesores, cocineros, contadores, médicos y enfermeros para sanar sus cuerpos y capellanes para velar por sus almas. Decenas de cuarteles, establos, arsenales, millones de pesos en contratos de todo tipo. Son los responsables de custodiar las fronteras y mantener el orden público en las ciudades; están autorizados para tomar decisiones de vida o muerte, pero son impotentes ante un sistema político que los manipula, los adula y los humilla al mismo tiempo.

Altamirano y Dartnell están en una encrucijada y apenas se dan cuenta de ello. Han organizado un ridículo homenaje al presidente de la república, con avión incluido (idea de Dartnell), pero pronto deberán elegir entre él y sus subalternos, entre el pasado y el futuro, entre seguir la corriente de la historia o verse arrastrados por ella.

La mirada feroz del general Manuel Baquedano observando la capital peruana a punto de ser tomada por sus tropas no les sirve de mucha inspiración.

—Harto bueno el desayuno, Lucho —comenta Dartnell limpiándose los bigotes prusianos con una servilleta.

—Estupendo, mi estimado Pedro Pablo —replica Altamirano reprimiendo un eructo—. Estupendo.

## Locura filantrópica

El hombre tiene unos ojos penetrantes y un cráneo de ángulos rectos. El cabello cortado al ras en los lados resalta este rasgo y le da a sus palabras un espesor geométrico. En las butacas lo escuchan hombres vigorosos, de distintas capas sociales, la mayoría civiles y algunos uniformados. A todos los une el amor a la patria.

—La locura filantrópica de Santiago está envenenando al país —acusa con gravedad el hombre de la cabeza cuadrada—, y un ejemplo perturbador es el influjo de la mujer en la administración del Estado. ¿Por qué es tan grave esto? Porque la mujer habla a menudo de justicia, pero no sabe administrarla.

»Es nota especialísima de la naturaleza femenina distribuir los beneficios de la conducta, no en proporción del mérito, sino en proporción de la falta de mérito, dando más al que menos merece solo porque es *débil*.

»Esto tiene su origen en las funciones maternales de la mujer, y déjenme mostrar un ejemplo del día a día en el caso de una madre virtuosa y sensata que espera, disimulando su impaciencia a que se duerma el hijo laborioso que con su trabajo sostiene penosamente a la familia. Cae rendido de cansancio el retoño, y la madre ingresa en puntillas en su cuarto para registrarle los bolsillos. «No es justo que este tenga plata de más cuando al otro le falta un peso para comer». Por «el otro» se refiere al hijo mayor, el tunante de la familia, un bribón egoísta para quien solo los tontos trabajan.

La imagen cala hondo en el auditorio. Los jóvenes evitan mirarse, como si cada uno de ellos conociera de primera mano situaciones como aquella.

—Chile ha estado ya en una ocasión gobernado por faldas —prosigue el hombre de la cabeza cuadrada—. Hace ya de esto muchos años, cuando llegó de gobernador a Chile el anciano Acuña, casado con una italiana joven, la cual tomó el mando de la colonia mientras su esposo se curaba de antiguos reumas. Vestida de hombre y montada

en brioso corcel, dirigió una campeada en contra de los araucanos para hacer prisioneros y venderlos como esclavos. El resultado se adivina. El desastre fue espantoso y estuvo a punto de perderse la colonia.

»Con mucha frecuencia sigo en los diarios, especialmente de Santiago, las más enérgicas censuras por la inmoralidad política, la falta de honradez administrativa, la venalidad de los funcionarios públicos, etcétera. Pues bien, estos mismos diarios se han declarado adalides del feminismo, doctrina o «movimiento», como lo llaman, destinado a salvar a la humanidad de todos sus males. Repiten todos los argumentos de los pueblos matriarcales de Europa y América, dan tribuna a mujeres sin instrucción para que hablen mal de la familia, del matrimonio.

»El más furibundo fustigador de las torpezas de nuestros gobernantes es también el más *feminista*. No trepidan estos hombres de la pluma en admitir todas las consecuencias lógicas del feminismo en artículos de fondo, llamando mojigatería al pudor e hipocresía al recato.

El hombre de la cabeza cuadrada hace una pausa para beber de un vaso y refrescar su garganta. Tiene un largo inventario de agravios que compartir con su auditorio.

—Durante la última exposición universal de París visitaba yo un día los palacios de las bellas artes y me llamó la atención el gran número de desnudos que se exhibían en las secciones de los países latinos, en comparación con los países germanos. En ellos es tan manifiesta la intención de excitar la pasión sexual, así como la mancha de la impudicia especialmente en la escultura. Ausente está la castísima desnudez del arte griego.

El hombre sigue hablando durante el espacio de una hora. Sus juicios parecen latigazos. Exhibe ejemplos de degeneración racial y debilitamiento físico y los sazona con números y estadísticas apabullantes, comparativas, de la mortalidad y el alcoholismo entre naciones.

—Ya sabemos que la intervención de la mujer en asuntos de la calle indica descuido de la casa, flojedad del control varonil, atrofia del celo y de las virtudes que de él se derivan. No me refiero solo al despojo del hijo trabajador en beneficio del tunante. Me refiero a nuestra

nación, a la patria que nos vio nacer y que hoy languidece en manos corruptas, necias, incapaces de sacrificio y valor. Tomemos en nuestras manos la noble tarea de rescatarla y ponerla nuevamente en su sitial. ¡Viva Chile!

El auditorio se pone de pie para aplaudir. El hombre parece aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima. Se limpia las gotas de sudor de la frente e inclina levemente su cabeza cuadrada en señal de agradecimiento.

Dos jóvenes que lo han escuchado con atención desde la última fila se miran con expresiones de complicidad. Por sus trajes y sus rasgos físicos se nota que vienen de familias prominentes. Uno de ellos insinúa un gesto afirmativo con la cabeza. Todo lo que han oído es un acicate, un clarín que los hace despertar. Ha llegado el momento de salir de la comodidad y tomar riesgos. En este país se levanta una piedra y aparece un traidor, un flojo, un ladrón. Ha llegado el momento de sacar la escoba y limpiar la mugre.

## Brigada especial

El prefecto Julio Bustamante observa las fotografías desplegadas encima de su escritorio. «Muera Alessandri», se lee en una de ellas. «Masones traidores», en otra. «Vendepatrias». En total son dos de los cinco carteles pegados a la rápida en un muro.

—Algo no encaja aquí.

La casa donde se pegaron es el domicilio particular de un médico, el Gran Maestre de la orden masónica. El presidente de la república también es masón, al igual que cuatro de sus cinco ministros. Se dice que Julio Bustamante también lo es, pero él se ríe, no confirma ni desmiente.

—Un verdadero anarquista no escribiría así —afirma—. ¿Qué escribiría un verdadero anarquista, agente Pezoa?

Un joven que hasta el momento no ha abierto la boca brota desde un rincón de la oficina al que no llega la luz. Es delgado y lampiño, con unos ojos diminutos de halcón.

—Habría escrito «Ni Dios ni Amo ni Gran Maestro», señor —responde el muchacho—. O algo así.

—Bien, agente Pezoa. Veo que hace las tareas.

Julio Bustamante le ha cogido cariño al muchacho; es astuto y se le nota la ambición. Tiene una virtud que escasea en el servicio: es culto. Estudió un par de años en el Instituto Pedagógico y fue miembro de la federación.

—Los testigos coinciden en que del auto bajaron cinco individuos *que vestían con decencia* —lee Julio Bustamante del informe policial—, quienes procedieron a colocar los benditos carteles, apedrear siete vidrios y colocar un aparato explosivo con mecha que no llegó a explotar debido a la rápida acción de un agente del orden que se encontraba cerca. Uno de los testigos anotó la patente, que no costó nada rastrear. Número 4344, de propiedad de doña Amalia Ugarte Espinoza, domiciliada en Santa Rosa 80.

El agente Pezoa lo tiene en la punta de la lengua.

—Señor, si me permite...

—Adelante, adelante.

—El testigo puede haberse equivocado en un número, pero, suponiendo que no sea así... esa dirección se encuentra a dos cuadras de la sede de la Gran Logia de Chile.

—Por supuesto que es una coincidencia —sonríe Julio Bustamante —, pero también puede no serlo.

Julio Bustamante estaba jubilado cuando Alessandri lo llamó de regreso al servicio. Su responsabilidad es tener oídos en todas partes y saber antes que nadie cuando alguien abriga intenciones peligrosas o sostiene conversaciones para perturbar el orden. Los agentes de Julio Bustamante trabajan en el Congreso disfrazados de ujieres, en las oficinas públicas confundidos entre los funcionarios, en los periódicos como reporteros, en mutuales y mancomunales como promotores del deporte.

Bustamante comenzó su carrera policial como telefonista en la Segunda comisaría de Santiago. En las fotos institucionales figura como un muchachón rudo y decidido. Se fue a trabajar a la banca y volvió después del *crash* de 1906. En esos años se hizo una reputación de duro, protagonizó persecuciones y balaceras, encarceló e interrogó sin piedad. Delincuentes y activistas políticos eran sus presas favoritas. Fue subiendo en el escalafón.

En las fotos institucionales aparece con presillas de inspector, subprefecto, prefecto. Con bigotes engominados de alemán o mostachos de mexicano, cambia el bigote según la moda. Después de los motines de 1905 lo nombraron a cargo de una nueva unidad.

Julio Bustamante recuerda con cariño esos días, cuando había huelgas en todo el país y sus agentes eran las serpientes tentadoras, responsables de provocar y radicalizar los medios para hacer fracasar los fines. Llegó a tener gente leída en Bakunin y Malatesta, expertos en bombas.

El presente es distinto.

Los ácratas ya no caen en las viejas trampas. Han aprendido y son más estratégicos, renunciaron a los bombazos, al magnicidio y al regicidio que llenaban las portadas del mundo. Ahora se dedican a la poesía y a la reflexión.

—Señor —insiste el agente Pezoa—. Uno podría vincular esto con la vieja estrategia anarquista de la *propaganda por los hechos*, entendiendo por ello ataques selectivos contra personas y símbolos del sistema de opresión, sin embargo...

Julio Bustamante puede ver que el muchacho está pensando en voz alta, acercándose a una conclusión o, al menos, una hipótesis interesante.

—Llama la atención que el epíteto empleado contra la masonería es el de «traidora», «masones traidores», un reproche muy improbable en un anarquista.

—¿Cómo así?

—Es que uno solo puede acusar de *traición* a alguien que ha sido un aliado, ¿no? Y la masonería jamás ha sido aliada del anarquismo, más bien lo contrario. Vendepatria es otro término ajeno al lenguaje del anarquista, que no reconoce patria.

No es la forma como Julio Bustamante suele hacer su trabajo, con tanto tiempo asignado a interpretar una palabra, pero el joven y promisorio agente viene del Instituto Pedagógico, tiene estudios de castellano.

—¿Adónde quiere llegar, agente Pezoa?

—Señor, que se trata de un grupo completamente distinto, con otro origen social y otros objetivos. Quizá haya que investigar entre los enemigos más enconados de la masonería. O un grupo de masones desafectos con la nueva mesa directiva.

El muchacho es bueno. Apadrinado como corresponde, llegará lejos. Julio Bustamante vuelve a guardar las fotos en el sobre y lo introduce en un cajón con llave.

—Agote todas las pesquisas, agente Pezoa —ordena—, dele su dedicación exclusiva a esto y tráigame todo lo que encuentre.

—A la orden, señor prefecto.

## Mascota presidencial

Hasta antes de la aparición de Tony, el perro era un elemento secundario en la presidencia de la república, un ser propio del barro, la lluvia y las partidas de caza en haciendas de la zona central, donde más de un presidente buscó refugio ante los sinsabores de la política. Pero Tony es distinto. Tony es un perro doméstico y sus responsabilidades comprenden la transferencia afectiva y la estabilización emocional del jefe de Estado.

Tony sabe que algo pasa ese día; la gran casa es un hervidero de humanos que entran y salen. Él puede oler su excitación. Los humanos emiten sonidos por la boca, así se comunican y se dan órdenes.

Amo está contento y se ha retirado a comer. La mujer gorda le ha dejado al foxterrier un plato con trozos de carne cocida que él langüetea hasta dejarlo brillante. Puras buenas señales.

El tiempo transcurre para Tony como una sucesión de imágenes en distintos puntos de la gran casa, los pocos por donde se le permite circular con libertad. El dormitorio presidencial, el despacho, el pasillo del segundo piso, y no mucho más. Solo puede descender la escalera acompañado de un humano y dentro de un estricto protocolo para que pueda hacer sus necesidades.

La única vez que orinó en una cortina o defecó en un salón recibió un castigo lo suficientemente aleccionador como para no repetirlo más.

Amo aparece con el lazo y Tony salta, hace piruetas, se echa de espalda para que le acaricien la barriga. Nada lo llena tanto de placer como cruzar el umbral de la gran puerta y escuchar el saludo de los centinelas. Del otro lado lo primero que hace es echar a correr. Amo le grita y tensa la cuerda en torno a su cuello. Tony vacila: ¿izquierda o derecha?

El que toma la decisión termina siendo amo y los humanos se hacen a un lado, observan de soslayo a la singular pareja que pasea por la calle Morandé hacia el norte. Algunos se dan vuelta, cuchichean.

«Mira, allí va Alessandri con el perro».

Nadie se atrevería a gritar una grosería. A pesar de la crisis, de los artículos y caricaturas que despedazan a Alessandri en la prensa, la figura presidencial sigue infundiendo respeto. Se suelen usar estos paseos como ejemplo de lo civilizado y seguro que es el país, pero las apariencias engañan. A poca distancia un par de sujetos sigue a la pareja fingiendo naturalidad.

Tony ve la ciudad desde una altura de cuarenta y cinco centímetros como una sucesión de botas, pantorrillas, cremalleras y cinturones. De vez en cuando, durante las pausas del paseo, sube la cabeza y observa a unos humanos que conversan con amo de cosas serias. Tiene abundante pelo en la cara y amo no tiene pelo alguno. Alguno se inclina para saludar a Tony, rascarle la cabeza, hacerle morisquetas, pero son los menos.

Terminados estos encuentros, amo vuelve a tensar la cuerda para retomar el paseo.

Tony va oliendo la ciudad, avanzando en función de un mapa de puntos que unen su nariz con su cerebro. Colillas de cigarro, saliva humana, orina de caballo y de otros perros. El placer y la curiosidad son las emociones fundamentales de esos recorridos, pero Tony percibe también la tensión, la amenaza. Por algo esos dos los siguen desde una distancia prudente, cada uno con un bulto debajo del sobaco y el ala del sombrero inclinada hacia adelante, para ocultar sus ojos.

Cada cierto tiempo se acercan perros mestizos con propuestas diversas. Amo tiene poca paciencia y no quiere saber de peleas, olisqueos recíprocos o cópulas indeseadas. Amo tiene un vozarrón eficaz para ahuyentar a los advenedizos, además de un bastón con empuñadura de nácar que, en caso de necesidad, puede convertirse en arma.

A esas alturas, después de casi cuatro años viviendo en la gran casa con amo y su familia, Tony ya reconoce cada esquina del radio cercano. La pareja avanza sin detenerse por la cuadrícula de calles.

Han estado allí varias veces antes, entre esas casas grandes y altas llenas de humanos que entran y salen. En esas casas amo ha llegado a ser un humano poderoso y respetado por los demás. En la gran casa de

más al fondo se elaboran esos trozos de papel que los humanos sostienen en sus manos y observan detenidamente. De un modo misterioso, son capaces de guardar los sonidos que hacen los humanos con sus bocas.

Amo se detiene delante de aquella casa muy grande y de paredes claras, con muchas ventanas y un jardín en el que Tony adoraría poder correr, pero amo no lo deja. Amo permanece quieto a una distancia prudente. A Tony la lengua le cuelga del hocico.

De la boca de amo brotan palabras que Tony no puede comprender, pero sabe que van dirigidas a él.

—Este, mi querido Tony, es el Congreso de la república —le dice amo—. Aquí di mis primeros pasos, coseché mis primeros triunfos y decepciones. Aquí quizá libre mi última batalla.

En respuesta, Tony mueve la cola y aguarda con paciencia el camino de regreso.

## Congreso /1

A pocos metros de allí un hombre alto, de tez morena, que las revistas de moda no dudarían en denominar apuesto, cruza los jardines del Congreso. Se llama Francisco Melivilu y, según una revista, es *hijo de un cacique araucano*. Es una verdad a medias; su padre, Francisco Melivilu Jaramillo, tiene un predio agrícola en Boroa, Nueva Imperial.

La vida de Francisco Melivilu ha transcurrido entre Santiago y Temuco, entre la ciencia y las humanidades. Estudió electricidad en la escuela de Artes y Oficios, matemáticas en el Instituto Pedagógico y leyes en la Universidad de Chile. Un currículum que ya querrían muchos hijos de papá.

Un diputado con estos antecedentes solo puede situarse en la parte izquierda del hemiciclo. Francisco Melivilú milita en el Partido Demócrata y es un miembro disciplinado (no como otros) de la oficialista Alianza Liberal. Se presentó ante los electores de su distrito con un programa centrado en *el progreso de Arauco*. Según ha declarado él mismo a la prensa, «busca el reconocimiento de los derechos de los antiguos dueños del suelo».

Francisco Melivilu avanza por los pasillos alfombrados del Congreso. En el trayecto saluda a colegas radicales y liberales, sostiene con altivez la mirada socarrona de los conservadores que a sus espaldas lo tratan de «indio».

Ingresa en la sala de la Cámara de Diputados y pasa delante de la testera. Saluda al taquígrafo Eduardo Barrios y sube hacia el sector izquierdo del hemiciclo.

Voces y corrillos se elevan hacia el techo, como el sonido inarmónico de músicos afinando sus instrumentos antes del concierto. Lo que sucederá, sin embargo, tiene más que ver con el teatro que con la música.

Francisco Melivilu ha llegado tarde a la bacanal del parlamentarismo y tiene la convicción de que las cosas no van por buen camino. Los diputados parecen gatos maullándose a la distancia

y arañándose de cerca, incluso los que son aliados en el papel: demócratas con liberales, radicales aliancistas con radicales alessandristas, unos contra otros en violenta liquidación de la sociedad conyugal. Se preparan para incubar candidaturas presidenciales y el enemigo natural es el presidente, quien ha pasado a segundo plano. Ya no es el león cuyo rugido hacía temblar a sus adversarios. Le han perdido el miedo.

Francisco Melivilu toma asiento frente a su escaño junto a su correligionario y ministro de Estado, Gaspar Mora Sotomayor.

El presidente de la Cámara hace sonar la campanilla y repite la fórmula protocolar: «En nombre de Dios, se abre la sesión».

A los señores diputados les espera una larga sesión hecha de peroratas monótonas acompañadas de intervenciones superficiales sobre temas complejos, todo ello sazonado de incidentes, rechiflas y bataholas verbales que, en más de una vez, llegan a las manos.

Los asuntos del día versan sobre varios tópicos en los que no se vislumbra una pronta solución. El código del trabajo (¿hasta cuándo se sigue postergando?), el equilibrio fiscal (o la cuadratura del círculo) y la creación de un banco central, idea que viene desde los tiempos de Balmaceda y que regresa de la tumba cuando las cosas andan mal.

El encargado de coordinar todo esto es el nuevo jefe de gabinete, Pedro Aguirre Cerda, quien acaba de hacer ingreso a la sala. Es un político fogueado, varias veces ministro, diputado y ahora senador. Aguirre Cerda se expresa con claridad, con una voz suave, melosa y sin embargo fuerte. Su desafío es lograr la unidad de la alianza para vencer la férrea oposición del lado derecho del hemiciclo, donde se reúnen los diputados de Dios y del latifundio, de la banca y el capital.

Cada cierto tiempo Francisco Melivilu se vuelve hacia las tribunas. No suele haber mucha gente y él sabe el motivo: el Congreso no es una institución querida y sus debates largos y monótonos solo concitan la presencia de los periodistas. Ese día, sin embargo, sorprende una silueta femenina que observa el trámite parlamentario en silencio.

Un diputado del Maule afirma que el país está al borde del hambre:

—El trigo y los frejoles se están yendo para afuera, la moneda cae y los precios suben. Ya estamos con la soga al cuello. Solo falta que la sequía mate las cosechas para que nos ahorque definitivamente.

Un diputado de La Serena va más allá: el país se seca y se hunde.

—Si no despachamos estas leyes de primerísima urgencia, la máquina administrativa se para y el pueblo no nos perdonará.

Tal vez sea idea suya, pero Francisco Melivilu siente los ojos de la mujer clavados en él.

—El Estado debe miles de miles de millones —prosigue el mismo diputado con voz monocorde—. ¿Cómo subsanarlo? ¿Emisión de papel moneda, deuda interna pagadera en papel? ¿Se puede, finalmente, arreglar la situación financiera del fisco?

Francisco Melivilu no es un experto en economía política, pero sabe que para atraer capitales y ofrecer algún incentivo a los compradores de deuda pública se recurrirá al viejo expediente de hipotecar lo ajeno, subastar tierras en Magallanes y en el Wallmapu (palabra que se cuida de pronunciar en público).

Una leve puntada de rabia le pellizca el pecho.

Toma la palabra el diputado Pablo Ramírez, el radical díscolo que no comulga con el gobierno.

—¿Quién ha jubilado a los altos empleados para hacer vacantes para los amigos? —comienza diciendo—. ¿Quién ha nombrado ministros únicamente a sus amigos? ¿Quién ha hecho concesiones de tierras, de derechos, de cuánto hay que conceder?

La andanada de preguntas retóricas parece una salva de artillería que el taquígrafo se esfuerza en registrar.

—¿Quién ha desestimado al Congreso, creando un régimen personalista? ¿Quién?, ¿quién? —insiste el diputado Ramírez, y su voz se pierde en la cúpula del techo sin encontrar respuesta.

Francisco Melivilu vuelve a mirar hacia la tribuna. La joven ya se ha ido. El debate recién comienza.

## Esa muchacha soy yo

Un funcionario comienza a encender con una caña los diecinueve faroles a gas de la plazoleta. Los centinelas descansan, el sol se ha puesto y en la cocina de La Moneda se preparan entradas y caldos, se cuecen espárragos y se hornean pavos, se dispone la vajilla, la cuchillería de plata y las copas de cristal reservadas para las grandes ocasiones.

Cae la noche y comienza un desfile de coches elegantes tirados por caballos de raza, medio de transporte preferido por las clases pudientes. Caballeros con sombreros de copa y damas con abrigos de piel descienden delante de un portalón de madera ubicado en la calle Morandé, a un costado del palacio. El centinela inspecciona las tarjetas de invitación y hace una venia al distinguir el sello de la presidencia de la república.

Los últimos en entrar son una pareja madura y una muchacha de unos veinte años, de talle ancho y expresión abatida.

El hombre tiene un cráneo alargado, cubierto de escaso cabello cano, ojos azules y una barba señorial. La mujer no es muy alta ni particularmente bella, pero avanza por el pasillo con la seguridad de quien conoce de cerca el lugar y a su ocupante. La muchacha no quiere estar allí. Los tres dejan sus abrigos y sombreros en la guardarropía y se dirigen hacia un salón del que brotan voces animadas y un tintineo despreocupado de copas de champaña. Una mujer de talle menudo los sale a recibir.

—¡Inesita! —exclama la primera dama de la república—. ¡Qué bueno que pudieron venir! ¿Cómo estaba París? ¡Cuéntame todo!

Se conocen hace un cuarto de siglo y se saludan de manera exagerada. El hombre se inclina para besar la mano de la primera dama.

—¡Rebequita, qué linda estás! —dice la primera dama a la muchacha, tomándola de las manos—. ¡Estoy tan contenta de verte!

La muchacha asiente con una sonrisa tímida.

Tiene veintiún años y acaba de llegar de Europa. Sus padres la obligaron a pasar casi un año en París con el solo propósito de alejarla del hombre que ama.

Es el primero de septiembre, están en La Moneda y su madre la lleva a saludar al presidente. El festejado se inclina ante ella con sus ojos chispeantes, como si fuera la princesa heredera de alguna monarquía europea. Se sabe que es un hombre coqueto.

Madre le presenta también a Pedro Aguirre Cerda, el jefe de gabinete. Varios ministros y sus esposas parecen fuera de lugar y ella sabe el motivo: son *siúticos*, como se les dice a las personas sin apellido ni tierras, los recién llegados, los advenedizos que han hecho fortuna rápida en la minería y el comercio. A ella esa palabra le repugna; así le dicen al hombre que ama. *Ese siútico*.

No quiere estar allí, le importa un bledo el cumpleaños del presidente, pero al menos sabe que su madre, después de la primera copa de champaña, se olvidará de ella y se unirá al corrillo de Elvira Santa Cruz Ossa y de Adriana Lyon Vial. Se quejará ante ellas del provincianismo y la fealdad de Santiago, como siempre hace al regresar de París.

Madre es criticona y deslenguada. Es una escritora polémica y un animal de los salones. Su amistad con el presidente arrastra consigo una cola de chismes, como todo lo que ella hace o escribe.

Madre se dice feminista, pero vive mofándose de las feas, criticando a las gordas, a las beatas y a las que no considera cultas ni inteligentes como ella. Su legado es hacer que la muchacha se sienta incómoda con su cuerpo justo en una época en que la moda ha liberado a las mujeres del calvario de las fajas y faldones para empujarlas a una nueva esclavitud: la esbeltez.

No tenía más de cuatro años cuando sus padres la dejaron en un fundo de la zona central al cuidado de empleadas e institutrices, mientras ellos se instalaban en París. Apenas recordaba a la mujer que apareció de un día para otro reivindicando un cariño materno nunca cultivado, criticando su gordura, su afición por las marraquetas tibias con dulce de membrillo y su languidez al despertar, su lentitud para caminar y su torpeza para hacer cualquier cosa.

Elvira Santa Cruz y Adriana Lyon comentan la escandalosa encuesta

de *La Nación* y *Los Tiempos* sobre el problema del divorcio. Cada día entrevistan a una dama de la sociedad y cinco obreras de las fábricas. Adriana Lyon se declara ofendida por el espacio que le asignan a esas pobres chinas sin educación y Elvira Santa Cruz lo encuentra, por el contrario, de lo más democrático. Madre festina con las sandeces pechoñas de María Luisa Fernández.

—Mientras Vicentito hijo hace el loco en París.

—¿Lo vieron?

—Nos cruzamos con él en casa del embajador y nos dio la lata de siempre. Dice estar en guerra santa contra el Imperio británico y los surrealistas.

La muchacha también sabe lo que hará padre esta noche como si fuera parte de un libreto: permanecerá callado asintiendo a los comentarios de los demás.

—¿Y tú, qué miras tanto? —pregunta una voz.

Es Hernán Alessandri, el que mejor le cae de los seis hijos varones del presidente.

—Supe que llegaron recién —dice abriendo una caja metálica y ofreciéndome un cigarrillo que declina—. ¿Cómo estuvo París? Vaya show el de Vicentito García-Huidobro. ¿Será verdad que lo secuestraron los ingleses?

—A ese le encanta llamar la atención —responde la muchacha—. ¿Y tú? Me han dicho que te casas.

—Rumores —dice Hernán Alessandri, coqueto como el padre.

La atención brindada a la gordita torpe y tímida es un gesto delicado de su parte. Los otros hermanos no le llegan a los talones, parecen copias fallidas, incompletas, de una misma plantilla italiana. Jorge, el ingeniero, no aprecia la compañía femenina y Mario tiene todavía cara de niño. Las hermanas son estupendas, elegantes: Marta y Ester, unas diosas ya prometidas con varones superiores como el gringo Scroggie y Arturo Matte.

Completa el cuadro familiar un perro que se mueve por el salón como Pedro por su casa, recibiendo del amo unos coscorrones cariñosos en la cabeza.

La muchacha, en cambio, es una preocupación para sus padres porque ama a un *siútico* y solo tiene un pensamiento en la cabeza:

volver a verlo. No conciben que su compañía y sus besos sean como una droga para su carne débil.

El personaje principal de esta representación es el presidente. Todo gira en torno a él, a su ópera preferida, sus anécdotas de infancia y juventud, los chascarros de otros hombres públicos que se le opusieron en el pasado. Sus historias son celebradas con aplausos y risotadas.

—Todo esto te aburre, ¿verdad? —susurra Hernán Alessandri al oído de la muchacha.

Ella odia la ópera, le importan un bledo Vicente García-Huidobro y sus poemas. Ella también escribe en francés con faltas de ortografía.

Se sirven los postres y ella devora el suyo. Madre le ha prohibido siempre el azúcar y ella ha tenido que alimentar su vicio a escondidas. Madre habla por los codos, padre calla, asiente, es bonachón y pusilánime. Llegan los bajativos, los primeros invitados desertan, los ministros se excusan. Van quedando solo los íntimos y madre propone hacer una sesión de espiritismo. La primera dama aplaude, se debe aburrir tanto, la pobre. Nadie se toma en serio estas cosas, pero cuando los invitados se cogen de las manos comienzan a suceder cosas extrañas. La muchacha está sentada entre el presidente y su hijo Hernán (los demás ya se fueron). Siente los ojos pesados, los brazos también. La voz de madre la transporta a otra dimensión de la materia.

Ya no está allí ni en su cuerpo. Sale de él como una culebra cambiando de piel y comienza a levitar encima de la mesa sin que nadie se dé cuenta. Las siluetas negras están petrificadas.

Un hombre la mira desde las profundidades de un remolino. Ella lo ha visto en alguna parte. Tendrá la edad de su padre, pero está vestido a la usanza del siglo diecinueve; tiene la frente ancha, el bigote tupido y el pelo arremolinado hacia atrás; su piel es pálida y azulina y carece de tono. Es como si brillara en la oscuridad eterna. Y entonces ella lo reconoce: es el fantasma del presidente Balmaceda que le sonríe con bondad y algo de pena.

*«No te dejes atrapar, mi niña»*, dice sin mover los labios.

El hombre a quien todos llaman excelencia ha hecho cosas atroces y hará otras peores. El palacio está maldito y ningún habitante será nunca feliz en él. Volarán aviones, panfletos, proyectiles, el fuego lo

consumirá.

La muchacha siente unas cachetadas, alguien le acerca un vaso con agua y la obliga a beber.

—Mijita, mijita, ¿qué le pasó?

Hernán Alessandri le toma el pulso.

—Tuviste un desmayo —le dice de cerca.

Padre y madre están preocupados y el presidente la observa con curiosidad. Ella los mira como si volviera de un largo viaje. No les dirá nada de lo que ha visto. No lo entenderán.

## La Virgen protege a la ciudad

Las voces en La Moneda se han extinguido. Los coches llevan a los últimos invitados de regreso a sus mansiones, donde los esperan sus sirvientes con los braseros encendidos. Alessandri se dormirá en su cama, cubierto de frazadas, entre almohadas mullidas, convencido de que el país va por buen camino y que los militares lo quieren. El perro Tony dormirá también en paz, la panza llena con las sobras del ágape presidencial.

Los últimos tranvías urbanos dejan de circular. La fábricas están mudas y en las comisarías el trabajo recién comienza encerrando ebrios, pendencieros y rateros en flagrancia. Lo mismo en las esquinas donde se tarifica el amor y se cruzan apuestas en los prostíbulos de todas las categorías, los que atienden a los grandes señores con muchachas que cuchichean en yidis.

La muerte entra en las casas sin ser invitada. Todas las noches infecta los pulmones de otro niño que duerme en un cajón, infiltra las células de pobres y ricos, se ensaña a golpes contra una mujer que habló de más.

La vida entra por los sexos y el calendario, de manera consensuada, forzosa, culposa. Los niños nacen todavía en las casas ayudados por mujeres, con técnicas de la tradición. A esa hora duerme la mayoría, otros escuchan cosas que no debieran.

Siguen naciendo y muriendo criaturas. Miles no alcanzan a cumplir los tres meses y sus cuerpecitos son vestidos de ángeles y despedidos con canto y baile.

Una estatua de la Virgen de catorce metros de altura intenta imponer desde la cima del cerro San Cristóbal un manto de amor y cuidado. Fue colocada allí hace seis años.

La ciudad nocturna también es el reino del juego y de la risa. En los quioscos de la Alameda, donde un concesionario prometió hace algún tiempo construir servicios sanitarios, funcionan en realidad cantinas y garitos por donde circula «la bellaquería». La policía los conoce y los

deja funcionar, pues de ellos obtiene valiosa información.

Las imprentas son de las pocas actividades de producción que no descansan con la caída del sol. Todo lo contrario, el ritmo monótono de las rotativas resuena en distintos puntos de la ciudad. Las imprentas de *El Mercurio* y de *La Nación* están en plena faena de expulsar de sus entrañas las ediciones de mañana. Diarios, revistas, libros y panfletos están saliendo a cada instante y acumulándose como soldados de un enorme ejército en vísperas de una batalla. Ideas, denuncias, promociones comerciales, frases solemnes y enigmáticas nacen envueltas en un vaho espeso de productos químicos.

La laguna artificial del Parque Forestal está quieta. El agua sigue corriendo prístina entre los colosos de hierro forjado de la Fuente Alemana. El río Mapocho baja desde la cordillera, por donde se asoman ya los primeros rayos del sol.

En la estación de Pirque los obreros preparan las máquinas del ferrocarril de Circunvalación. Los primeros pasajeros arriban en carretas y coches. Los suplementeros ya recorren las calles voceando titulares de diarios, las profesoras se dirigen a las aulas y la ciudad entera, tras su aparente reposo, sacude sus miembros y se prepara, sin saberlo, para una semana histórica.

## Regimiento Cazadores /1

El teléfono lleva quince segundos sonando hasta que el cabo de guardia Jacinto Lincopil descuelga el tubo y se lo lleva al oído izquierdo. Del otro lado de la línea y sin responder a su saludo, una voz extraña comienza a hablar. Ya se lo han advertido, suele suceder a primera hora de la mañana o muy tarde en la noche. Engolada como la de un mago, solemne como la de un sacerdote, metálica como si proviniera de un gramófono, la voz advierte:

> *Soldado de Chile, mientras tú haces patria los políticos se enriquecen a tus espaldas. Mientras tu salario se atrasa, ellos se asignan dietas y dineros del erario público. Hoy en el Senado discutirán esta ignominia y solo tú lo puedes impedir. Toma tu sable y dirígete al Congreso. El honor de Chile está en juego, no dejes que lo pisoteen los fariseos de la política.*

—¿Quién es? —le pregunta el teniente Esteban Olea.

—Es *La Voz*, mi teniente —responde Lincopil devolviendo el aparato a su lugar.

—¿De nuevo? No se cansan estos ociosos. ¿Qué dijeron esta vez?

El cabo Lincopil es del sur y tiene buena memoria. Le relata al teniente lo que acaba de oír.

Nadie sabe quiénes están haciendo aquellas llamadas que se multiplican todas las semanas no solo en el regimiento Cazadores, sino en casi toda la guarnición militar de Santiago, en el regimiento Tacna, en el Buin. En la escuela de caballería y en la de suboficiales la voz anónima hace estragos en la moral. Quien quiera que esté detrás de ella ha logrado su cometido: instalar duda y con ella la indisciplina y la deliberación, prohibida esta última de manera terminante por la constitución y las ordenanzas.

—Voy a reportarlo a mi mayor Blanche —señala Olea.

El cabo Jacinto Lincopil observa al teniente mientras se aleja y con una letra menuda anota todo lo que escuchó en una hoja de papel con el membrete del regimiento.

Olea ya casi ha atravesado el patio del regimiento dándole vueltas al asunto. Él no sabe nada de política, pero cree que a la odiosa voz anónima no le falta razón. ¿Serán tan miserables los políticos de consumar algo así?

El teniente Olea gana quinientos pesos mensuales, pero la Tesorería lleva cuatro meses sin abonárselos. Tiene que pedir dinero prestado para solventar sus necesidades esenciales. Es cierto, no tiene muchas, el ejército lo viste, lo alimenta y lo aloja, pero el día de salida necesita tener algo en el bolsillo para invitar a la Olguita al cine, al teatro de variedades o al café de Gath & Chaves. ¿Cómo no va a llegar con un regalo, un ramo de flores, un libro? A ella le apasiona leer y ahora está trabajando en una revista feminista con la loca de su tía, la de la cara deforme.

Hace algunos días se animó a invitarla al *dancing* de los días miércoles en el club militar, porque la ópera, la comedia o comer en un buen restaurante están por ahora fuera de sus posibilidades.

Todo es política en este mundo, y el teniente Olea no tiene mucha idea de cómo se mueve, cuáles son las líneas divisorias y los códigos. Tampoco es un ingenuo, la política está en los cuarteles desde hace bastante tiempo. Ha oído a sus compañeros Piquero Lazo y Mario Bravo chismorrear acerca de fulano, a quien ascendieron a capitán solo por el patrocinio del senador zutano. En el ejército, el que no tiene padrinos en la masonería los busca a la sombra de la Virgen del Carmen.

También es sabido que varios mayores publican en la prensa artículos de política. Usan pseudónimos poco ingeniosos. Durante las últimas elecciones varios oficiales metieron mano en las urnas, obedeciendo órdenes ilegales de los intendentes civiles, como el propio Piquero Lazo en Curicó. Muchos están siendo procesados en los tribunales por ese mismo motivo. Corren rumores de que lo hicieron por plata, pero el teniente Olea no lo cree.

Entrar en la oficina del mayor Bartolomé Blanche resulta casi siempre una experiencia intimidante. Es un hombre duro y disciplinario, un verdadero prusiano. Hay algo en su mirada que paraliza, como si durante dos o tres segundos uno temiera estar cometiendo todas las faltas posibles del reglamento, la vestimenta y la

pose, un botón sin abrochar o el cinturón demasiado suelto.

El mayor Blanche escucha el reporte oral del teniente Olea sin expresar ninguna emoción. Una vez que este concluye, se limita a estirar los brazos como si los tuviera entumecidos y a asentir con un muy ligero rictus de los labios. Quizá las aseveraciones de la voz anónima no le parezcan tan descabelladas, o incluso las comparta. El teniente Olea siente algo parecido.

—Se puede retirar, teniente.

—A la orden, mi comandante —replica el teniente Olea haciendo chocar los tacones de sus botas.

## Un joven con vocación

Salvador Allende Castro se lleva a la boca un trozo de pan con mantequilla y dulce de membrillo. Sobre la mesa yace un ejemplar de *El Mercurio de Valparaíso* abierto en un artículo de denuncia sobre los abusos de la empresa de agua potable.

Abogado, relator de la corte de apelaciones y notario de la ciudad, Allende vive con su esposa Laura, tres de los cuatro hijos de la pareja y mamá Rosa, la fiel y eximia cocinera de la familia.

Salvo Laurita, una niña de trece años, los demás vástagos Allende Gossens ya están en plena juventud o derechamente en camino de independizarse, han emprendido estudios universitarios o están por terminar las humanidades. Es el caso del joven Salvador, de dieciséis años, quien tras terminar su desayuno se dirige a su progenitor.

—Papá, ¿me puedo levantar de la mesa? Ya me tengo que ir a clases.

—Por supuesto, hijo.

Salvador es un adolescente delgado, fibroso y sonriente, deportista entusiasta y estudiante de notas sólidas, aunque no descollantes. Esto debería tranquilizar a los padres, pero en las últimas semanas están inquietos por una extraña fijación de su hijo: los uniformes militares, en particular el de caballería.

Se le ha puesto entre ceja y ceja hacer el servicio militar de forma voluntaria y es el único de su curso en el liceo Eduardo de la Barra en mostrar semejante inclinación. Quizá sea admiración por la historia heroica de su abuelo, el doctor Allende Padín, en la Guerra del Pacífico, o la perspectiva de una vida de aventura, deporte, equitación y camaradería.

La idea de su adorado Salvador expuesto al frío, al barro y las armas de fuego tiene intranquila a doña Laura. El padre afirma que él se encargará de disuadirlo. Si el joven Salvador porfía, él moverá sus incontables conexiones (es masón y conoce a todo el mundo, incluyendo a varios oficiales de alto rango) para que haga el servicio

en la misma ciudad, Valparaíso o Viña del Mar. Muy macanudo será el muchacho, pero es un hecho de la causa que le gusta dormir en su camita con sábanas limpias y planchadas y disfrutar de las espléndidas cazuelas de la mamá Rosa.

—Ya verás, mujer —dice el abogado, como siempre muy seguro de sí mismo—. Cuando vea cómo es la vida en los cuarteles, lo tendremos de vuelta con la cola entre las piernas, y se irá derechito a la escuela de medicina, que es donde pertenece.

—Dios te oiga —musita doña Laura.

El joven Salvador es un pícaro diablo y se ha quedado en el zaguán de la casa escuchando la conversación. Sonríe, sale en puntillas y cierra delicadamente la puerta para no alertarlos.

Es una mañana fría de invierno, pero a él no le importa. Su cuerpo es un torbellino de hormonas e ideas. Le gustan las muchachas y se aproxima la primavera. Le apasiona el boxeo y estará atento esa noche a la pelea que librará el púgil nacional Quintín Romero en el Madison Square Garden de Nueva York. Le gusta también jugar ajedrez con un carpintero italiano que tiene un taller cerca de su casa.

Durante sus largas partidas, el italiano le enseña jugadas y le cuenta anécdotas de su vida aventurera, de su paso por el desierto del Sahara y por los cafetales de Brasil, de las huelgas en Buenos Aires y Barcelona, sofocadas a sangre y fuego por el ejército.

Estas historias comienzan a implantarse como ideas en principio vagas, pero de gran impacto en su visión de mundo. De hecho se entrechocan con su admiración por los uniformes, los caballos, las historias de batallas y héroes. La perspectiva de pasearse por Viña del Mar en uniforme de caballería resulta demasiado seductora.

Quizá si el joven Salvador hubiese nacido cuatro años antes y no hubiera conocido al italiano, en septiembre de 1924 sería un activo elemento dentro del movimiento revolucionario que se viene macerando hace meses en el ejército. Quizá estaría ahora mismo en el regimiento Cazadores conversando con el teniente Olea acerca de la dieta parlamentaria y los panfletos que aparecen todas las semanas en el cuartel.

Curiosamente ese Salvador Allende Gossens pudo haber existido, pero en otro cuerpo parecido al suyo. Ese Salvador Allende nació en

1904 y falleció en 1907, a los tres años de edad, dejando a sus padres primero devastados de pena y luego empecinados en engendrar un segundo Salvador, que ahora crece sano y alegre y rodeado de amor.

Es costumbre habitual y propia de una época de pestes y epidemias y alta mortalidad infantil, incluso en la burguesía acomodada de los Allende. Han hecho lo mismo con la segunda Laurita, concebida dos años después de la trágica muerte de la primera.

Probablemente el joven Salvador no piense mucho en lo que representa ese niño muerto y enterrado en el Cementerio General. Es solo una lápida con un angelito y un nombre exactamente igual al suyo, o quizá una presencia vaga e inquietante que se le aparece en sueños.

Ese día Salvador Allende tiene un examen de historia y geografía con el profesor Ruperto Banderas y durante el viaje en tranvía rememora mentalmente nombres y fechas. La silueta de una agraciada joven subiendo por una escalera lo distrae momentáneamente de las guerras púnicas.

## Iba a ser un día normal

La memoria me ha comenzado a fallar; suelo confundir los nombres de mis nietos y cambiar una palabra por otra parecida, pero que le da un sentido absurdo y a veces surrealista a lo que quise decir. Para pasar el bochorno me río y mis interlocutores, por deferencia o compasión, hacen lo mismo.

A pesar de ello guardo imágenes vívidas de ese miércoles 3 de septiembre de hace cuarenta y seis años.

En *La Voz de las Mujeres* teníamos nuestra reunión semanal. Mi tía Alicia era siempre la primera en llegar. Solía traer en su cartera hojas del cable noticioso que le facilitaban periodistas amigos en *La Nación* y *El Mercurio*. Marcaba con lápiz todo lo que a ellos no les importaba, lo que tuviera que ver con las últimas hazañas realizadas por una mujer en alguna parte del mundo: mujeres científicas, aviadoras, sufragistas, sindicalistas, enfermeras, educadoras que, desafiando la pendiente de los prejuicios, hacían algo notable por su comunidad.

Luego llegaban Graciela Cabrera y Catalina Morgado. Graciela era educadora, dibujante y pintora, ya había publicado numerosos libros para niños y creado a los entrañables personajes Cuchufleto y Cachiporra, tira cómica que se publicaba habitualmente en una revista infantil de alta circulación. Graciela dibujaba portadas, caricaturas, armaba la maqueta de cada número de *La Voz de las Mujeres*.

Catalina era una periodista autodidacta, egresada de un liceo femenino de provincias y emigrada a la capital con su padre viudo, un tipógrafo anarquista de origen español. Catalina había trabajado en la Empresa de Telégrafos del Estado, donde adquirió una insuperable destreza para sintetizar información y tipearla en tiempo récord. Lectora insaciable de noticias y crónicas, decía preferir la realidad a las novelas, la verdad a la ficción. No tenía hijos y vivía con un hombre sin estar casada con él, cosa mucho más frecuente en esa época de lo que hoy se cree.

La agenda local de esa semana incluía una conferencia en la

Universidad Popular Lastarria y otra en la Universidad Femenina, un *dancing party* el domingo a las seis de la tarde en la Universidad de Chile, organizado por el Consejo Nacional de Mujeres y otro, a esa misma hora, de las damas israelitas. Nos turnábamos para ir a este tipo de eventos con el fin de entablar conversaciones, hacer entrevistas, tejer relaciones.

Una de las secciones más importantes y populares de la revista era la de relatos verídicos, la que más cartas suscitaba en nuestras lectoras. Las protagonistas de estas historias eran mujeres que se sobreponían a enfermedades graves, o fallecían a causa de ellas por falta de insumos y medicinas en los hospitales. Algunas llegaban golpeadas por sus maridos, o desangrándose tras someterse a abortos en condiciones lamentables. En ese tiempo no se hablaba de esas cosas y ahora, recién un poco. Catalina Morgado reporteaba y escribía estas historia con un estilo sobrio, a ratos crudo, pero del todo exento de sensacionalismo.

Yo anotaba todo en una pizarra. Las notas y artículos hacia abajo en vertical, en horizontal el estado en que se encontraban: reporteo, escritura, revisión, maqueta, etcétera.

La actualidad política era el momento en que hacía su aparición Ester Roig. Digo *aparición* porque eso era realmente lo que sucedía: entraba por la puerta una deslumbrante y mordaz argentina de treinta y cinco años, que desparramaba historias recogidas a través de sus valiosos vínculos con embajadores y banqueros extranjeros.

Ese día Ester llegó contando que el presidente Alessandri había celebrado su cumpleaños con una velada íntima en La Moneda, a la que asistieron algunos ministros y parlamentarios con sus señoras. Era una noticia frívola que horas más tarde cobraría otro sentido.

Recuerdo que uno de los últimos puntos de la tabla fue la agenda parlamentaria, que la argentina seguía al centímetro y con una capacidad de análisis y síntesis que ya hubiera querido un editorialista de *El Mercurio*. Había estado el día anterior en la cámara y notado un ambiente áspero, más que lo habitual. La única nota agradable, dijo riéndose con picardía, fue haber cruzado miradas con un apuesto diputado araucano de la bancada demócrata, Francisco Melivilu, lo teníamos que conocer.

Ester Roig solía leer de una libreta de apuntes y me parece verla

ahora en el momento de mencionar la dieta. Ninguna de nosotras sabía de qué se trataba y ella nos lo explicó.

—Desde los comienzos de la república, allá por 1822, quedó consignado que los cargos de representación popular no serían remunerados. La Constitución de 1833 lo ratificó, como si hacer leyes fuese una tarea altruista, un sacrificio que solo los hombres superiores en talento y fortuna estaban en condiciones de realizar.

—Pero los tiempos han ido cambiado —recordó mi tía Alicia—, han aparecido nuevas corrientes y la democracia avanza a tropezones, pero avanza, y ya no todos los diputados y senadores son personas acaudaladas.

—Así es —admitió Ester Roig—. Hay sastres, zapateros, trabajadores de la imprenta que deben renunciar a su jornal para representar al pueblo. Son en su abrumadora mayoría del Partido Demócrata.

Recuerdo que Ester golpeó su libreta de apuntes con sus uñas nacaradas: en tiempos normales la dieta parlamentaria hubiera pasado como una ley más, pero no estábamos en tiempos normales. Si se llegaba a aprobar podrían producirse desórdenes, huelgas y hasta una revolución.

Nadie le dijo nada y mi tía Alicia se limitó a decirle a Ester Roig que fuera esa noche al Congreso a ver qué pasaba.

—Veamos si vale la pena publicar algo —remató como quien oye vaticinar lluvia en invierno.

Nada ocurrió durante la tarde de aquel día anodino, el preámbulo de la tempestad. El teniente Olea me envió un mensaje desde el regimiento Cazadores advirtiéndome que el baile se había cancelado. No señaló el motivo y recuerdo haber sentido alivio.

De esto han transcurrido ya cuarenta y seis años.

Mañana es el día de las elecciones y la misteriosa ciencia de las encuestas da por ganador a Jorge Alessandri por un margen estrecho. Tan escaso que algunos creen que ocurrirá todo lo contrario y ganará Allende. En cualquiera de los dos escenarios el Congreso deberá ratificar al ganador.

Las radios transmiten himnos y canciones y en la televisión, cosa totalmente nueva, se realizan debates como los de Estados Unidos o Francia. La cámara enfoca las manos temblorosas de Jorge Alessandri,

el mismo joven vigoroso que en 1924 asistía a su padre con información y consejo. Yo también soy la muchacha de 1924 y las manos todavía no me tiemblan, pero las huellas del tiempo están en todo mi cuerpo y no las puedo pasar por alto.

Temo que esta va a ser una noche larga.

## Estación Mapocho /1

Julio Molina Núñez aporrea la máquina de escribir. A su alrededor las oficinas de Ferrocarriles del Estado comienzan a vaciarse, las secretarias cierran sus cajones, toman sus carteras, los funcionarios echan a volar como golondrinas en primavera. Él, en cambio, tiene una tarea que concluir.

Julio Molina Núñez trabaja en uno de los nodos de la red nacional de transporte. Es un hombre calvo, de cabeza redonda y ojos encapotados. El bigote le da un aire de funcionario modelo. Se desempeña como abogado en el departamento jurídico y su responsabilidad son los innumerables juicios en que la empresa de Ferrocarriles del Estado es demandante o demandada. Desfalcos, robos de mercadería, accidentes de trabajo con resultado de muerte, lesiones de pasajeros, atropellos de animales y personas en lugares sin la debida señalización de peligro. Detrás de cada litigio hay una historia y él las conoce todas.

Pero lo que está escribiendo ese día, en los estertores de la jornada laboral, no tiene nada que ver con eso, ni con las huelgas del carbón, ni con el alza de las tarifas o la sustitución de las viejas y humeantes locomotoras por flamantes máquinas alemanas impulsadas por electricidad. Julio Molina Núñez está escribiendo una columna de opinión sobre economía política, un tema que lo apasiona.

*Parece increíble,* escribe*, que entre la representación demócrata y socialista de la Cámara de Diputados no hubiese un solo representante del pueblo que en la última legislatura alzase su voz para exponer un programa completo de legislación social*.

Julio Molina Núñez relee la frase, sacude la cabeza, siente que falta algo. Agrega: *«…que levante el nivel moral y económico de nuestra clase popular»*.

Para Molina Núñez se han perdido tres años sin avanzar en ese destino, sin dar un paso hacia lo que denomina *socialismo positivo*, el único camino posible en las circunstancias actuales. Por tal, entiende

un socialismo *institucional, libre y amplio, no agobiado por un Estado gravoso o autoritario*.

¿Qué quedará de aquella legislatura?, se pregunta retóricamente ante la máquina de escribir: un ampuloso plan de reformas constitucionales que lo único que ofrece es un mejoramiento nominal y aparente, y una ley de impuesto a las rentas que solo gravitará con un nuevo peso sobre el eterno gran huérfano que es el pueblo de Chile.

¿Gravar las rentas que produce el capital? Por supuesto, pero solo en el caso del capital ya formado, de un bien raíz cuya deuda hipotecaria está íntegramente pagada.

*Hay que suprimir*, teclea con pasión Julio Molina Núñez, *el impuesto a los sueldos, jornales, salarios y pensiones de jubilación, al trabajo personal y el mendrugo de la vejez. El ahorro en numerario no debe ser nunca objeto de impuestos*.

Socialismo positivo, proteccionismo, promoción del ahorro popular. Esa es la fórmula que debiera imponerse en la hora actual.

Terminada su columna, Julio Molina Núñez apaga el cigarrillo, relee, marca algunas faltas y las corrige encima con bolígrafo. La mete en un sobre con membrete de la compañía y anota el nombre del destinatario y su dirección: Sr. Carlos Silva Vildósola, editor, *El Mercurio*, calle Compañía de Jesús 1068.

Acto seguido cierra con llave los cajones de su escritorio, toma el abrigo que cuelga de una percha y se coloca el elegante sombrero estilo Bowler.

Los andenes de la estación Mapocho están casi vacíos. El tren ómnibus proveniente de Valparaíso no llegará hasta las siete y el expreso rumbo al puerto partió hace ya media hora. Julio Molina introduce el sobre en un buzón de correo y se dirige hacia la salida.

Los alrededores hierven con el tránsito de la tarde, automóviles y camiones se entrecruzan con coches y carretas; el hedor de la gasolina se mezcla con la bosta de los animales.

Julio Molina camina algunas cuadras hacia la avenida Independencia, donde aborda un tranvía. Su jornada de litigante y defensor fiscal ha concluido. Mientras los últimos rayos del sol desaparecen tras los campos de Lo Prado y Pudahuel, el funcionario cede lugar al diletante.

A través de la ventana del tranvía ve pasar el Instituto de Higiene y la iglesia del Milagroso Niño Jesús de Praga. Algunos pasajeros se santiguan. «El vasallaje espiritual de la clerecía», escribió hace algunos años en la introducción de su *opus magnum*, una enorme antología de poetas jóvenes titulada *Selva Lírica*.

Julio Molina Núñez tiene más de un registro, más de una experticia; no solo es capaz de publicar columnas de opinión sobre economía política en *El Mercurio*, sino además elaborar recomendaciones y decálogos para los poetas jóvenes.

*No aceptar las escuelas y sectas literarias sino como un avance o un estímulo. No despreciar el arte antiguo sin estudiarlo y sin aprovechar sus saludables proyecciones. Ceder a las influencias audaces y novísimas que extienden el dominio de la fantasía, cuidando de evitar los arrestos presuntuosos, morbosos y degenerativos*.

Hace cinco años que escribió aquella especie de decálogo, después de leer y releer cientos de poemas publicados en revistas y diarios de provincia que recorren el país de un extremo a otro en los vagones de Ferrocarriles del Estado.

Julio Molina Núñez desciende del tranvía, camina algunas cuadras y se detiene delante de una casa amplia, de una sola planta, con ventanas protegidas por barrotes de hierro forjado y un tejado tradicional español. Golpea la puerta. Del otro lado se asoma el rostro de una mujer mayor, la empleada de su amigo y compinche Juan Agustín Araya.

—Pase nomás, don Julio —lo recibe Rosa, con esos ojos negros que todavía conservan la chispa—. Todavía no llegan los puetas.

## Poetas contra novelistas

La vieja Rosa observa con curiosidad a los literatos. Algunos parecen caballeros respetables y suelen ser narradores, autores de cuentos, fábulas y crónicas de la vida popular.

En cambio los poetas son unos flacuchentos con la ropa agujereada y los zapatos sin fondo. A don José y a don Julio les gusta juntarlos, a los consagrados con las promesas, los que tienen una ocupación seria con los que vagan por la noche en busca de algún plato de comida.

Rosa se fija en un jovenzuelo delgado y de nariz grande, que habla con acento sureño y escribe versos de amor. Conversa con otro poeta mayor y malas pulgas que lo escucha con una mueca de desdén. Son los Pablos, el joven y el mayor, el sumiso y el mandón, el que lamenta y el que despotrica. Hablan de una tal Gabriela que anda en México, de un tal Vicente que vive en Francia y de un José Domingo que está en el cielo.

Rosa recuerda los tiempos en que se afanaba con la rima y la métrica, haciendo coincidir las palabras y el ritmo, buscando el sinónimo perfecto. Hace más de seis años que Rosenda de las Mercedes Gómez ya no emplea su nombre artístico, Rosa de Talagante. Se cansó de recorrer las salitreras, de cantar en fondas, de comer día por medio y viajar en vagones de tercera.

La última vez que cantó fue en el Cementerio General para despedir a su amado Melchor, compañero de toda la vida. La gripe española se lo llevó en cuestión de días y ella, mientras los hijos, nietos y compañeros cubrían su féretro con tierra fresca, cantó por última vez acompañada por su guitarra.

*Adiós flor de la pasión quiero de pronto despedirme Perfumarme para irme a la celestial mansión Adiós Chile floreciente por ti lo he dejado todo*

Melchor se despidió del mundo sin haber recibido reconocimiento alguno por haber servido en la marina durante la guerra del 79. Su

fuerza extraordinaria y su puntería prodigiosa fueron claves para capturar al Huáscar, pero eso lo sabían solo él y sus cercanos. No hay lugar para el pobre en el panteón de los héroes ni en la planilla de montepiados del fisco. El Estado quiere a sus héroes en la tumba o ya demasiado seniles como para reclamar.

Rosa socorre a don Julio Molina Núñez con una jarra de vino y una porción de pichanga. Será otra de esas noches eternas que terminan casi al alba y con el personal doméstico de don Juan Agustín Araya en ascuas, desplazándose a través del patio de la casa alerta a que se manifieste el Diablo. Es que en aquellas juntas el humor y la risa a veces desembocan en rencilla. Juntar a poetas con narradores es como tentar al Maligno. En más de una ocasión Rosa ha debido pedir refuerzos varoniles para echar a los borrachos más odiosos y acostar a los mansos en alguno de los tantos lechos que prodiga la casa.

Por el momento las cosas parecen ir por buen camino. Durante la cena los narradores cuentan historias y los poetas se portan bien; para varios será el único plato fuerte del día.

La sobremesa discurre igual de bien, una tertulia animada y transversal en la que se versifican los acontecimientos del día y la actualidad política. Juegan con Alessandri como si fuera un personaje de fábula y lo dibujan a la luz de sus últimos errores.

Rosa observa todo mientras ayuda a servir y retirar platos. Más tarde, desde el umbral de la puerta, verá el alcohol hacer lo suyo: las lenguas se sueltan y el picor de los diálogos va en aumento. Don Julio Molina Núñez es un diplomático que media entre el cielo y el infierno; propone acertijos y desafíos, hace reír.

El duelo entre poetas y narradores comienza con Pablo el Joven recitando con voz muy lenta un poema de amor por una muchacha que le gusta más cuando calla que cuando habla. Qué cosa más rara.

Uno de los narradores le responde con una pieza satírica contra el Cuerpo de Carabineros.

Llega el turno de Pablo el Mayor y se hace un silencio. Después de unos segundos juntando oxígeno en los pulmones, comienza a ametrallar la lengua castellana con cataratas verbales sobre hombres despedazados, carcomidos, lluviosos, mujeres crepusculares, multimillonarios con el problema de sus pálidos automóviles. Una vez

concluida su declamación deja un vacío a su alrededor, un cráter que nadie se atreve a llenar hasta que un narrador se acerca, se aclara la garganta y comienza a cantar con solemnidad el himno nacional con la letra cambiada:

*Ya es vencida a ruin Tiranía*
*Ya se apaga su antiguo esplendor*
*Y se alza la bella Anarquía*
*Junto al siervo de ayer vencedor*

Los comensales se desternillan de la risa. La balanza parece inclinada por la poesía anarquista de los narradores, pero viene el contrataque poético que obliga a cambiar el terreno de disputa. Se entablan inútiles gallitos, cachipunes, juegos de cartas, el empate se mantiene hasta que don Juan Agustín Araya propone jugar al tejo como solución final. El premio, anuncia, será una garrafa de vino de cinco litros.

La última fase del torneo se libra con pasión y está a punto de dar el triunfo a los narradores, hasta que Pablo el Joven calcula mal y acierta de lleno en la garrafa, degollándola como un cordero en el altar.

Pablo el Mayor salta de indignación y lo llena de insultos. Ha bebido ya bastante y se le escapa una patada feroz al orgullo del muchacho, a quien califica de *mal poeta*.

Silencio antes de la tempestad.

Aquello es traición en cualquier equipo y Pablo el Joven la recibe con una mueca de rencor contenido que Rosa percibe como una muestra de quién es realmente. Debajo de ese aspecto de pajarito romántico se esconde una voluntad feroz. Algo le dice que Pablo el Mayor pagará caro por el atropello.

—No es para tanto, Pablo —dicen los demás, y el poeta feroz se apacigua sin por ello pedir perdón.

Rosa trae el postre en socorro de la armonía. El arroz con leche sana las heridas y el licor de anís las cauteriza. Una guerra civil ha sido evitada en la poesía, pero ninguno de los presentes sabe por cuánto tiempo. Los poetas desaparecen en la noche y los narradores se quedan algún tiempo más, disfrutando de la chimenea.

## Compañía de Jesús

Pocas cuadras de la ciudad han sufrido tantos incendios como la que ocupa el edificio del Congreso Nacional. Antes de albergar al poder legislativo allí estuvo la iglesia principal de la Compañía de Jesús, que se quemó dos veces, la última con el trágico saldo de cientos de mujeres asfixiadas, carbonizadas y aplastadas durante la celebración del día de la Virgen. Después de aquella tragedia, ocurrida un 8 de diciembre de 1863, se fundó el Cuerpo de Bomberos de Santiago, la más laica y masónica de las instituciones.

El Estado ya tenía contemplado construir un edificio para el Congreso en el terreno aledaño, pero tras el incendio compró la parte de los jesuitas y comenzó a construir encima de los escombros de la iglesia, como si con ello se pudiese borrar el horror. El nuevo Congreso, de línea neoclásica y elegantes jardines, fue inaugurado en 1876 y quienes pensaron que la historia terminaría allí se equivocaron una vez más.

Otro incendio, en mayo de 1895, destruyó el ala del Senado. El mobiliario prácticamente completo de la Cámara Alta quedó reducido a cenizas, al igual que la biblioteca y los archivos de la dirección de obras públicas. La reconstrucción tardó cinco años y tampoco zanjó el tema. El gran terremoto de 1906 provocó serios daños estructurales que obligaron a una nueva refacción.

Tal vez por eso haya tanta rotación de personal. Mayordomos y cocineros se quejan de intoxicaciones y problemas respiratorios que en presencia de un médico desaparecen. Los rondines nocturnos son los que menos duran; algunos dicen escuchar sollozos y llantos sin cuerpo, dicen haber visto seres de luz tomados de las manos, niñas y jóvenes con vestidos de creolina que luego desaparecen.

Esa noche no habrá episodios paranormales. Hay demasiadas voces y cuerpos de este mundo, una treintena de hombres rollizos y bien alimentados que vienen a discutir un asunto que solo les interesa a ellos.

Los senadores ingresan al pequeño hemiciclo y ocupan sus puestos sin gran ceremonia. Los miembros de la Unión Nacional, conservadores, nacionales y liberales de oposición en el lado derecho. A la izquierda los liberales de gobierno, radicales, liberales democráticos y un demócrata solitario.

El único punto de la tabla es la ratificación de un proyecto de ley que ha suscitado polémica. El mismo que ya aprobó por unanimidad la Cámara de Diputados y que otorga a los parlamentarios en ejercicio una dieta equivalente a dos mil pesos mensuales por concepto de gastos de representación.

El vicepresidente abre la sesión en nombre de Dios. Toma la palabra el senador relator del proyecto y comienza la lectura soporífera de artículos e incisos, el debate previsible y majadero entre posturas irreconciliables.

De pronto el senador que se sucede en el uso de la palabra interrumpe su discurso ante un rumor proveniente de las tribunas. Nunca hay nadie en ellas, pero esa noche es la excepción. Cincuenta personas observan el debate y tienen algo en común: son oficiales de ejército. Jóvenes tenientes, subtenientes, capitanes. Las jinetas de cada grado no son visibles a la distancia. ¿Qué hacen allí? Simplemente escuchan y un senador califica esta actitud de altanera.

El vicepresidente hace sonar repetidamente la campanilla llamando a sus colegas y a los recién llegados al orden. Se establece una tensión entre escaños y tribuna; senadores y militares se estudian sin llegar a un veredicto.

Se debe votar la clausura del debate, es decir, si procede o no seguir discutiendo el proyecto o ir directamente a la votación. Los senadores deben justificar su postura, y aquellos que lo hacen a favor son objeto de abucheo. La tribuna militar parece estar tomando partido y aplaudiendo a los senadores de oposición que califican el proyecto de inconstitucional.

El vicepresidente amenaza con desalojar las tribunas si no se pone fin al escándalo. Parece un rector de liceo exigiendo disciplina a unos escolares díscolos.

Lo logra a duras penas.

Los pocos periodistas presentes en las tribunas toman nota. Al igual

que los militares, son todos varones, todos salvo Ester Roig, la notable reportera argentina de la revista *La Voz de las Mujeres*. Algunos testigos atribuirán livianamente a su presencia el torneo de varonil osadía que libran entre sí los oficiales de ejército por impugnar el debate parlamentario. Otros dirán que se trató de una conspiración planificada con semanas de antelación. ¿Pero de quién?, ¿contra quién?

Nada está muy claro. Lo más lógico hubiera sido votar el proyecto de una buena vez, pero los oficiales siguen metiendo ruido. Sus sables rechinan y sus tacones prusianos rebotan contra la madera.

El vicepresidente sigue agitando su campanilla. Le dice algo en voz baja a un colega. Este asiente. Se les ordena a los señores oficiales hacer abandono de las tribunas.

El momento es teatral; los oficiales «deliberan» y luego, en un ambiente de jolgorio juvenil, se van poniendo de pie. Las tribunas vuelven a quedar vacías y la sesión puede seguir, pero los líderes de las bancadas parlamentarias piden a la mesa suspender. No hay condiciones para votar, argumenta un senador de la oposición. Ha sido un episodio sin precedentes, que merece reflexión. La mesa está de acuerdo y se suspende la sesión.

En ese momento los oficiales abandonan los pasillos del Congreso, cruzan los jardines, salen por la calle Compañía de Jesús para regresar al club militar. Unos pocos periodistas, entre ellos Ester Roig, salen detrás en busca de impresiones, nombres, rostros, todos excitados por lo que parece un hecho inaudito y de evidente interés público.

## Jóvenes promisorios

Publica libros como Pablo, pero en la planilla estudiantil figura como Neftalí. Alquila una pieza en el 330 de la calle Echaurren, y sale de allí esa mañana sin nada en el estómago, protegiéndose de la llovizna con su sombrero de ala ancha y su capa de ferroviario.

Vuelve de noche, triunfante o derrotado según quien esté a cargo, si Pablo o Neftalí, el que publica libros o el que va a clases, el que escribe versos inspirados o el que carga con la morralla de otro invierno.

Esa noche, la del 3 de septiembre de 1924, es Neftalí el que regresa pateando piedras por la calle Echaurren. No tiene dinero ni le ha llegado carta de Albertina, la novia silenciosa que se fue a Concepción. Anda además rabioso por el nuevo atropello del otro Pablo, el que se cree Roca y escribe esa poesía indigesta en la que a ratos, en medio de la mierda brilla un diamante. Por ganar unos pesos Neftalí/Pablo y otros artistas muertos de hambre se han transformado en comisionistas de Pablo el Mayor, cuyas variopintas aventuras comerciales van desde editar catálogos agrícolas a vender antigüedades y libros de segunda mano. El que no cumpla con su cuota de dinero es pasado sumariamente por las armas y humillado por la lengua venenosa del falso profeta.

Neftalí camina con las manos en los bolsillos, como un fantasma de regreso a su prisión. Un automóvil lo sobrepasa y se estaciona unos metros más adelante. Desde el asiento trasero una voz lo interpela por su nombre.

—Don Neftalí Reyes.

—¿Pezoa? —pregunta incrédulo—. Pero ¿qué haces aquí? ¿De quién es ese auto?

Demetrio Pezoa se asoma por la ventanilla y abre la puerta invitándolo a subir.

—¿Qué tal, Reyes? Tanto tiempo sin vernos. Te invito a dar un paseo.

Todo es tan raro, los días inmóviles que pasan del fuego al olvido y ahora Pezoa que reaparece de la nada en un auto con chofer. Neftalí no tiene mucho más que hacer y acepta la invitación del antiguo compañero. El vehículo se pone en marcha por la Alameda hacia el oriente.

—¿Qué cuentas, Reyes?

—Nadie me llama así ahora.

—Así me han dicho, vi tu libro en la vitrina de la librería Nascimento y a una chica leyéndolo en el tranvía. Hombre, ¡felicitaciones!

Pezoa fue uno de sus primeros amigos en la capital, se cruzaron en la pensión de la calle Maruri, igual de provincianos y pobres, igual de perdidos. Pezoa venía del norte arenoso y minero, él del sur fluvial y las lluvias. Pezoa fue el primero que vio nacer a Pablo entre las hojas garrapateadas, arrugadas con las primeras semillas abortadas de su poesía.

—A ti se te ve bien —dice cambiando de tema—. ¿Qué has hecho? ¿Entraste a la masonería o qué?

Pezoa echa a reír.

—Solo senté cabeza, Reyes.

Pezoa siempre fue un tipo rudo y enigmático, capaz de poner en su lugar a cualquier pendenciero de esos que llegaron a la ciudad junto con el tango. Era además un muchachón de cierta distinción, de rostro proporcionado y ojos chispeantes. Pero hay algo en él que ha cambiado y que a Neftalí lo incomoda. Quizá sea su manera de hablar, como quien ha dado un salto en la escala social o en la administración pública.

—¿En qué estás metido? —le pregunta.

Abre los ojos como platos al observar de cerca la credencial impresa con el nombre y la fotografía de su antiguo compañero. Siente un escalofrío recorriéndole la espina dorsal. La policía de Santiago y su sección especial tienen en el agente Pezoa, sin duda alguna, a un experto conocedor de la mentalidad joven.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Neftalí con brusquedad.

—Necesito tu ayuda, Reyes.

—¿Por quién me tomas? No soy un soplón.

—Eso es algo que nunca se me ha pasado por la cabeza —replica Pezoa con calma—. Me interesa tu intuición poética.

—¿Mi intuición? ¿Me estás tomando el pelo? Esto no me está gustando nada. Si quieres sapear a la federación tendrás que buscarte a otro.

—Debo confesarte, Reyes, que la federación es la última de mis preocupaciones. Es más, creo que la federación, o lo que queda de ella, no tiene la menor gravitación en lo que está sucediendo en este país.

Están casi llegando a La Moneda. El palacio está a oscuras y el presidente duerme en su interior. Pezoa le entrega un trozo de papel. Neftalí arquea las cejas mientras lee:

*Vergüenza nacional son senadores y diputados*
*Víboras y reptiles que esquilman al pueblo*
*Pisotean tradiciones y no conocen la honra*
*Se conceden vil dieta y se arreglan los bigotes*

—¿Qué es esto? —pregunta Neftalí devolviéndole a Pezoa la hoja impresa.

—Dime tú. Están apareciendo en los regimientos y cuarteles del ejército.

—Tetradecasílabos —responde Neftalí.

—Bonita forma de incitar a la sublevación.

—¿Me puedes dejar aquí frente a la iglesia de San Francisco? Me puedo volver solo, gracias por el paseo.

—Reyes, me decepcionas.

—Y tú me das asco. Te vendiste al Estado y ahora quieres que te siga. Mi respuesta es no.

En la esquina hace amago de abrir la puerta, pero su antiguo compañero lo toma del brazo sin ejercer demasiada fuerza, solo la suficiente para hacerle ver quién manda en esos momentos.

—Quizá te sorprenda oírlo, pero me metí en esto precisamente para evitar las injusticias del pasado —afirma Pezoa fijando la vista en la ventana húmeda del vehículo—. Quizá no lo sepas, pero hay un pequeño grupo terrorista haciendo de las suyas en la ciudad. Atentan contra diputados, líderes de la masonería y militares en retiro.

Neftalí algo leyó al respecto en la prensa. Su recelo comienza a

menguar.

—Por las descripciones de testigos, son jóvenes de clase alta —prosigue Pezoa—. Suelen dejar panfletos o rayados en las paredes, algunos bastante burdos y otros tienen algún toque poético como esos versos que te acabo de mostrar.

Neftalí comienza a comprender el motivo del paseo. Aparte de un anarquismo más bien estetizante y nietszchiano, la política no es exactamente lo suyo. En esos momentos lee a poetas simbolistas y románticos. La Revolución mexicana lo tiene sin cuidado y la bolchevique ocurre a miles y miles de kilómetros. Sin embargo las palabras de Pezoa lo hacen entrever un mundo de peligros y conspiraciones que ejercen sobre él una extraña atracción.

—Son tiempos difíciles —prosigue Pezoa—. Ya ves tú a Mussolini en Italia. Era socialista, ¿no? Y mira lo que hace ahora pasando la máquina encima de todo el que se le oponga. Pues acá parece estarse incubando algo parecido, un movimiento muy feo para sacar a los militares de los cuarteles y tomarse el gobierno.

—Por Alessandri no doy un peso —declara Neftalí.

—Te conozco, mosco —Pezoa sonríe mostrando su dentadura blanca de mestizo—. Tienes tu estilo y sabes reconocer el de otro, y me vas a ayudar a identificar al que está escribiendo estos versos malos. Estoy convencido de que tú y yo lo conocemos, o al menos nos cruzamos con él en los pasillos del Pedagógico, en algún ateneo o en una fiesta de la primavera.

Neftalí se ha quedado callado. Ahora es Pablo el que medita qué hacer.

—No te voy a ofender ofreciéndote plata —acota Pezoa—. Si vas a colaborar con nosotros prefiero que sea por valores superiores. Por la justicia, por ejemplo. Estarás ayudando a que no le echen la culpa a los de siempre. Ya sabes, a los estudiantes, a los trabajadores y a los sindicatos y los viejos ácratas que siguen con vida por ahí, trabajando en alguna zapatería mugrienta de la calle San Pablo.

—Lo haré —dice Pablo sacando la voz—. Pero por la poesía.

Pezoa sonríe con satisfacción.

—Y yo te prometo que dejaré de llamarte Reyes.

## Túnel del tiempo

Anoche no pude dormir bien. Las elecciones tendrán lugar hoy, 4 de septiembre de 1970, con todo lo que implica la contienda entre dos proyectos tan distintos como son el de Alessandri y el de Allende.

A Salvador lo conocí hace muchos años, cuando era ministro de Salud de Pedro Aguirre Cerda. A Alessandri también lo entrevisté dos o tres veces en distintos momentos de su carrera.

Siento un vacío en el estómago y es el tiempo que parece recobrado y que se vuelve a escabullir entre mis dedos. La campaña electoral estaba en su clímax cuando encontré en la bodega estas cajas donde mi pasado quedó guardado.

Tengo entre mis manos una foto mía, un retrato de los hombros hacia arriba. Hay esmero en la pose y buen gusto en el corte de mi cabello. Todavía tengo el cuello delgado y ni una sola arruga en el rostro. Mis párpados son tersos y mis labios sonríen. Tres de octubre de 1924, leo al reverso. Fue tomada después de los hechos, cuando el telón había caído sobre la república parlamentaria, pero nada se sabía del futuro. En algún momento uno o varios de los protagonistas de la llamada *revolución de los tenientes,* individualmente o como grupo, planteó la necesidad de promulgar una nueva constitución. Es la que rige hoy y la que somete a los propios militares al poder civil.

Escucho los boletines de la radio mientras me preparo el desayuno. Los locales de votación ya están funcionando y el jefe de plaza (el equivalente al general Dartnell) señala que el proceso se desarrolla con absoluta normalidad. Las mesas de votación ya están constituidas y los primeros votantes comienzan a sufragar.

Termino el desayuno, guardo la foto en la cartera a modo de amuleto, elijo un abrigo apropiado para el día y salgo a votar.

Vivo sola en Las Condes, en una casa ubicada en la calle Martín de Zamora. Mi vecino está saliendo en ese momento a votar también junto con su esposa. Es nada menos que el comandante en jefe del ejército, general René Schneider. Nos saludamos.

—¿Dónde vota usted, Olga? —me pregunta.

—En el Liceo N°1. ¿Y usted?

—En el 3, casi al lado. Súbase nomás.

El general está vestido de paisano y de buen humor. Se sube en el asiento de adelante junto al chofer, yo con su esposa nos quedamos atrás comentando trivialidades para bajar la tensión que todos sentimos y disimulamos.

Los buses pasan casi llenos de votantes hacia el centro, donde están los locales de votación. Las marchas y movilizaciones de la campaña han dejado su huella en la ciudad. Los muros están cubiertos de carteles con fotos de Alessandri, Allende y Tomic, sus nombres pintados en grandes letras. Las portadas de los diarios, los artículos de las revistas no hablan de otra cosa. Nosotros con Carolina, la esposa de Schneider, hablamos del clima, de los hijos y nietos.

No deja de ser curioso ir a votar con el comandante en jefe del ejército. Schneider asumió el cargo hace dos años, en medio de una severa crisis institucional debido al motín del regimiento Tacna. Ningún periodista se preguntó o planteó siquiera la posibilidad de que se esté produciendo un movimiento de deliberación política como el de 1924, y Schneider se ha encargado a conciencia de disipar esa posibilidad.

Me dejan en la esquina de Alameda y San Martín y yo agradezco su deferencia. Saco de la cartera mi cédula de identidad y se la muestro a un capitán de ejército que me ayuda a ubicar mi mesa.

Es la cuarta vez que voto en una elección presidencial y el corazón me palpita igual que la primera vez. Veo a decenas de muchachas que lo hacen como algo completamente normal. Si supieran lo que costó.

Hay mucha gente esperando y yo aguardo mi turno con paciencia. Entrego mi cédula, me buscan en la lista, me entregan el voto, el sobre, una estampilla y un lápiz.

Ha llegado el gran momento. Cada individuo, cada ciudadano está en ese momento construyendo algo junto a los demás. Algo que no sabemos bien qué es y que suponemos el mejor de los futuros.

Ingreso en la cámara secreta y observo el voto durante algunos segundos. Tomic es 1, Alessandri el 2 y Allende el 3. El nombre de cada candidato va acompañado de un motivo gráfico. Votan por

primera vez los analfabetos.

Sostengo el lápiz en mi mano derecha y sin mucho trámite marco mi preferencia.

## La Moneda /3

Alessandri se despierta sobresaltado. La habitación está a oscuras y tiene la sensación de que hay alguien más aparte de su esposa, quien en esos momentos duerme con placidez. Esa presencia vaga, incorpórea, le recuerda que otros ocuparon aquella habitación antes que él. La imagen de Balmaceda vagando por los pasillos lo llena repentinamente de terror.

Mira el reloj del velador y comprueba que es más tarde de lo que pensaba. Se coloca la bata y las pantuflas y sale al descanso, donde el foxterrier Tony lo recibe con saltitos y lengüetazos. Alessandri es más demostrativo con el perro que con sus propios hijos.

—¡Nené! ¿Dónde te has metido, niña?

—Pensé que el patrón quería dormir hasta más tarde —se disculpa la mujer.

—Cállate, niña, por Dios —Alessandri le arrebata los periódicos—. Y saca a pasear al pobre Tony, que amaneció inquieto.

INCIDENCIAS MILITARES, titula *La Nación. El Mercurio* lleva una entrevista al ministro Gaspar Mora en la que este habla de sancionar a los responsables. ¿Pero qué le pasó a este hombre?, se pregunta Alessandri. La presencia de los oficiales en las tribunas del Senado es *«técnicamente correcta»* y *«una protesta respetuosa y sobria»*, según *El Mercurio*. Como era de esperarse, *El Diario Ilustrado* le echa a perder el desayuno. Escribe el insufrible Gumucio que los oficiales tuvieron valentía y civismo. Se trata de *«un movimiento de redención, en el que los militares imitan a Cristo. Ellos han querido expulsar a los mercaderes del templo»*.

¿Mercaderes del templo? Alessandri esboza una mueca como si acabara de echarle sal al café. Observa a través de la ventana entreabierta el edificio donde funciona la redacción del odiado pasquín católico.

Se viste y se dirige a grandes zancadas hacia el despacho. Saluda a Vital Guzmán y le ordena citar al ministro Mora, al general Altamirano

y al gabinete completo.

—En ese orden —insiste.

El secretario pone en marcha las gestiones, telefonea, interpela, asigna horarios. Alessandri queda solo unos instantes observando los papeles que cubren su escritorio. Siente otra vez la misma presencia inmaterial. ¿Será el viento que golpea las celosías de la ventana?, ¿el ruido de los autos y coches que se detienen delante del Ministerio de Guerra? ¿Habrá sucedido lo que varios le advirtieron el día anterior? Se asoma a través de la celosía y advierte el intenso movimiento de oficiales en este ministerio. Mala señal.

El ministro Mora se presenta para relatar lo sucedido en el Senado y más tarde en el club militar. El general Altamirano se suma a la reunión y Alessandri nota la desconfianza recíproca entre este y el ministro.

—Hemos estado investigando desde temprano, excelencia. Tenemos la convicción de que no hubo indisciplina de parte de los oficiales ni menos un complot. Fue un gesto espontáneo.

—Lucho —Alessandri le habla con familiaridad—. No dudo de tus palabras, pero yo algo sé, algo me huelo de que, detrás de todo esto, están *los de siempre*, los que no quieren que las cosas cambien en este país y no se dan cuenta de que así nos llevan a un precipicio revolucionario como el de Rusia.

Altamirano no reacciona. Alessandri necesita aclarar si existe una orden que prohíba a los oficiales asistir de uniforme a una sesión del Congreso.

—Lo verifiqué con un abogado de la fiscalía militar —replica Altamirano—. Solo hay una circular que prohíbe hacerlo cuando en el Congreso se traten temas de interés militar. Por ejemplo, un reajuste de sueldos.

—Eso despeja toda duda. Como generalísimo ordeno que no se adopten sanciones de ningún tipo, pero tampoco quiero que sigan ocurriendo. Quiero que dicten una orden prohibiendo a los oficiales seguir concurriendo de uniforme, de civil o como sea a las sesiones del Congreso. No más. Se acabó. ¿Entendido?

—Excelencia, estimo que esta intranquilidad de los oficiales refleja el descontento unánime del ejército por la situación institucional y por

la marcha del país en general.

Alessandri cree escuchar una vocecilla interior advirtiéndole que pisa terreno movedizo.

—Si se toman medidas disciplinarias contra los oficiales, se puede producir un estallido.

Fea palabra. *Estallido*. Bum. Alessandri parpadea, se echa el mechón de la frente hacia atrás, como si con ello pudiera despejarse la mente.

La reunión del gabinete, con el general Altamirano presente, resulta igual de agria. Los ministros Zañartu y Bañados exigen castigos que los militares no están dispuestos a aplicar ni Alessandri a pedir. Peor aún, Zañartu y el general Altamirano comienzan a hablarse golpeado el uno al otro. ¿Quién interviene y se inmiscuye en las cosas de quién? ¿Los militares en los asuntos de los políticos o viceversa? ¿A ver?

Esa virulencia resulta tan rara en Altamirano que Zañartu, un peleador contumaz, se cohíbe y echa pie atrás. El general parece darse por satisfecho, recupera la compostura y pide que lo excusen, las circunstancias lo llaman al ministerio.

—Señores —clava sus ojos en los ministros, se vuelve hacia el presidente—, excelencia…

El inspector general del ejército se retira, los ministros no dicen nada. No le despegan la vista de encima. Es como un tigre que acaba de salir por la puerta después de mostrar fugazmente los colmillos. El fantasma de Balmaceda suelta una risa amarga que nadie escucha.

## Congreso /2

Ha sucedido algo grave, nadie lo duda, pero ¿qué exactamente? El diputado Francisco Melivilu se encuentra con un panorama de perplejidad y tensión. En los pasillos alfombrados del Congreso hay corrillos de rostros preocupados. Los diputados de derecha parecen oscilar entre la excitación y la cautela, como si una mano invisible los retuviera antes de salir a celebrar. En el oficialismo, en cambio, cunden la indignación y el recelo.

Según una de las versiones que circula, la guarnición de Santiago se encontraría acuartelada y en espera de instrucciones. Según otra, el gobierno prepara una serie de medidas ejemplificadoras en contra de los oficiales que anoche concurrieron a las tribunas del Senado. Dependiendo de quien las pronuncie, los militares son unos héroes o unos maleducados, paladines de la democracia o conspiradores en su contra.

Francisco Melivilu va de un grupo a otro en busca de más antecedentes. La única fuente confiable es el diputado y correligionario demócrata Gaspar Mora, ministro de Guerra y Marina y exmilitar también.

Mora es un hombre de treinta años, ejemplo de mesocracia y tesón. Su rostro rectangular, de frente ancha y mandíbulas firmes, exuda confianza en sí mismo. Acaba de reunirse con el presidente y los demás ministros y se estableció que los oficiales no incumplieron órdenes superiores ni violaron la constitución. El episodio debiera olvidarse y proceder con los asuntos normales de la cámara.

Pero el intento del ministro Mora de correr un tupido velo tiene un éxito apenas parcial. El episodio no entra en tabla ni será discutido como materia relevante en el debate. Cuando todo parecía calmarse, un diputado lo saca a relucir de la manera más torpe y lamentable posible.

Emilio Tizzoni es un diputado joven, profesor de veinticinco años, de nariz aguileña y gafas redondas. Para sorpresa de todos, se

desmarca de sus colegas de oposición para arremeter contra los militares con adjetivos demoledores. No halla nada mejor que denostar la escasa cultura intelectual de los oficiales, de tildarlos de ganasueldos sin vocación. Recuerda que las fuerzas armadas consumen la quinta parte de todo el presupuesto nacional y que esa carga de dinero serviría para impulsar la industria, el comercio y la agricultura.

La escuela militar no selecciona bien a los oficiales, prosigue el diputado. Entran los que fracasan en los liceos. No hay profesor que no haya visto a sus propios alumnos incapaces de rendir con éxito un examen de humanidades. Para todos ellos el uniforme representa una salida, un empleo seguro, mal pagado, sí, pero a cambio de no hacer nada.

El diputado Tizzoni no se guarda nada en su diatriba, propone suprimir el servicio militar, cerrar la escuela de oficiales y suboficiales, cambiar drásticamente los planes de estudio o episodios vergonzosos como el de la noche anterior se repetirán.

Francisco Melivilu tampoco tiene una gran admiración por los militares. Nació al año siguiente de la ocupación militar de Wallmapu, la tierra ancestral de su pueblo. Toda su vida ha escuchado las historias de aquel despojo y ha consagrado su existencia al intento de revertirlo. Pero también es un político con sentido de realidad y de inmediato anticipa las consecuencias que tendrá aquel lamentable discurso.

El taquígrafo Eduardo Barrios se agita en su asiento tomando notas del airado discurso. Barrios es un escritor de cierto renombre y hace algunos años publicó la novelita *El niño que enloqueció de amor*. Cosa inusual en él, terminado el discurso se vuelve hacia el diputado Tizzoni e insinúa un leve movimiento con la cabeza, deplorando sus palabras.

Hay algunos aplausos en la parte izquierda del hemiciclo y abundantes silbatinas en la derecha. ¿Habrá algún militar en las tribunas? Francisco Melivilu las recorre con la vista y de pronto se detiene en un rostro femenino. Es la misma joven de la sesión anterior, la que no despegaba (y no despega) su mirada del escaño que ocupa el diputado demócrata.

Tal vez se engañe y su interés sea de carácter profesional. Tal vez se

trate de una estudiante de leyes (las hay) o de una cronista extranjera de paso por el país. Sea cual sea el motivo de su presencia en la tribuna de la Cámara de Diputados, Francisco Melivilu deja escapar una sonrisa que es de inmediato correspondida y que se prolongará en el pasillo alfombrado, cuando la joven lo aborde y se presente con su exquisito acento del Río de la Plata.

—Diputado Melivilu, mucho gusto, mi nombre es Ester Roig.

Lo pronuncia «Roch» y no le quita los ojos de encima.

—Soy periodista y quisiera poder contar con algunos minutos de su tiempo.

Sus manos se encuentran en un saludo protocolar que, quizá a regañadientes, transmite una cierta corriente eléctrica a través de los guantes.

—Sí, cómo no.

Hay numerosos reporteros de la prensa cazando frases al vuelo entre los parlamentarios, pero ninguno le llega a los pies a Ester Roig. Francisco Melivilu se siente honrado, halagado y propone conversar en un lugar más discreto como el café que hay frente al antiguo palacio del consulado. Ella se muestra muy agradecida por la deferencia y juntos abandonan el Congreso por la puerta de la calle Catedral.

## Interés recíproco

Eran tiempos de asociaciones, agrupaciones y federaciones. La gente se buscaba, los de un mismo tipo se reconocían y se proponían ayuda mutua. La salvación de la raza, la emancipación de los obreros y de las mujeres, causas y más causas que nacían en todas partes, y una de ellas fue la Sociedad de Araucanos Residentes en Santiago.

Tengo en mis manos el anuncio de su reunión fundacional celebrada en la calle Arica 3477, cerca de la estación Alameda, «objeto de favorables comentarios en los círculos obreros» y de un comentario entre satírico y paternalista en el mismo medio:

> *Tienen nombres de estación de la red sur: Quintroquil, Nahuelpán, Huenchullén. Y así, a vuelo de pájaro, la nómina del directorio de la Sociedad Araucana. Admirable gesto de los araucanos que se incorporan a la vida moderna por la puerta de la cooperación... La democracia debía efectuar el proceso de nivelación necesaria*.

Francisco Melivilu es un personaje de esta historia, de algo que nace y queda interrumpido, pero solo por algún tiempo. Su encuentro con Ester Roig durante la crisis de septiembre es todavía materia de especulación.

Tomará años reconstituir esta singular historia y todavía hay piezas que faltan, pero el punto de partida es la reunión del 2 de septiembre en *La Voz de las Mujeres*, cuando Ester Roig habló por primera vez de la dieta parlamentaria y del *diputado araucano*.

Al día siguiente llegó aún más excitada por lo que denominó como *el tren de la historia*. Luego desapareció durante un par de días, cuando el incidente o *incidencia militar* comenzó a adquirir connotaciones de revuelta.

La evidencia para saber dónde se reunieron es escasa, pero tengo algunos antecedentes en mi poder:

Una carta enviada desde Portugal por ella misma, a fines de la década de los años cuarenta.

Un dossier completo sobre la hija de un político, sobrina nieta de

una primera dama de la nación argentina. Son la misma persona, Ester Roig en corto, esposa de un diplomático de carrera, cercanísimo al presidente Marcelo Torcuato Alvear. La joven Ester estudia en París, deslumbra en retórica y composición y elude pretendientes. De regreso a Buenos Aires comienza a colaborar con revistas y publicaciones literarias, se acerca a los círculos socialistas de Juan Gusto y Alicia Moreau.

Hay más andanzas y viajes circulares que culminan en un matrimonio por conveniencia con un hombre rico, mundano y culto, además de desinteresado en su cuerpo femenino como conquista. El marido ideal para alguien como ella.

En esa semana clave Ester Roig oficia de corresponsal para publicaciones argentinas y españolas en Santiago de Chile, así como de reportera para una pequeña publicación feminista local.

El dossier de Ester es contundente, contiene fotos, cartas, recortes de sus artículos y de los libros que publicó después. Lo armó su único hijo en Buenos Aires, tres décadas más tarde.

El dossier de Francisco Melivilu es más escueto.

Sabemos más de la casa de Braganza que de los hijos de esta tierra. Sabemos que los Melivilu son vecinos principales, lonkos respetados de la zona de Boroa, bordeando el río Cautín. Padre e hijo son hombres de frontera en el máximo sentido de la expresión. Un buen acuerdo de paz se sella con nupcias mayores y ellos se casan con europeas de buenas familias. Francisco padre desposa a una Jaramillo, la forma españolizada de JRM, *consagrado* en la lengua de Israel.

Francisco hijo estudia en escuela pública (Padre Las Casas), aprende rápido las letras y termina la secundaria en el liceo de Temuco. Su destino lógico es Santiago.

Regresa con un oficio, se casa, hace clases en la escuela industrial, publica artículos en diarios locales. Ingresa a una logia y al Partido Demócrata de la provincia. Suma y sigue. Francisco Melivilu Enríquez es un ganador, un *primus inter pares* con un pie en cada mundo. Organiza la campaña de Alessandri y entra en la lista parlamentaria de 1924. Gana. Llega al Parlamento con la promesa de investigar el expolio de la tribu paterna por la de madre y abuela. Es extraño.

El interés de Ester Roig por Francisco Melivilu crece con estos

detalles y es recíproco, pero ambos lo disimulan detrás de la contingencia política. Hablan de los soviets, de las sufragistas, de los jóvenes turcos y de la pareja que bailó durante cincuenta horas seguidas en Valparaíso para ganar un concurso, una noticia que ambos vieron en la prensa y les provocó la misma sensación de malestar.

Francisco le explica a Ester que hacia fines del siglo pasado el Estado chileno se apropió de millones de hectáreas de territorio que hasta entonces pertenecían a las repúblicas del Perú y Bolivia, y a una entidad reconocida por un tratado del año 1825 como *Butalmapu*, la confederación de los cuatro caciques.

Dicha expansión fue de carácter militar y le siguió un proceso de «pacificación». Las tierras ocupadas pasaron en algún momento al Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, donde el diablo mete la cola y la corrupción es virtud.

Ester Roig está emparentada con los que hicieron la misma labor, pero del otro lado de la cordillera de los Andes. Quiere saber más. Los militares son socios capitalistas de la empresa privada. Desde el Estado abren el territorio, anexan lo ajeno, lo subastan y lo concesionan.

Él tiene algunas pistas y se compromete a mostrárselas. Pide la cuenta y se produce un encuentro casual y torpe de sus manos. Estalla una tensa negociación para pagar que sellan de manera salomónica. Él invoca el sufragismo y ella, para no ser menos, el soviet.

## El tren de la historia

Jorge Alessandri era entonces un apuesto soltero de veintiocho años. Hoy es *don Jorge*, un anciano de setenta y cuatro. Ver su nombre en la papeleta electoral (por segunda vez) me hace sopesar el tiempo transcurrido. Cuarenta y seis vueltas en torno al sol. Sus partidarios están seguros de ganar, no conciben otra cosa y no están preparados para una sorpresa.

Esta mañana, en el local de votación había largas filas de mujeres esperando sufragar. Los militares custodiaban el recinto y un apuesto oficial me ayudó a encontrar mi mesa. Entregué mi cédula y recibí la papeleta, el lápiz y los sellos. Marqué mi preferencia y luego introduje el voto en la urna, ante la sonrisa cómplice de tres mujeres que gestionaban la operación.

En 1924 las mujeres no votábamos y los militares eran sinónimo de intervencionismo y corrupción. Hoy votamos por cuarta vez y los militares nos cuidan para que lo hagamos tranquilas. Es el tiempo haciendo su obra: mi cuerpo, mis derechos políticos y la renovada reputación de los militares como garantes de la democracia.

El 4 de septiembre del 24 yo estaba como todos los días desde temprano en la oficina de *La Voz de las Mujeres*, revisando la prensa y la correspondencia, riéndome de las propuestas comerciales como esta que encontré en la caja:

¡QUÉ INFIERNO!
Enfermedades de las mujeres

*Palpitaciones y ahogo, falta de aire, cansancios, sofocaciones, falta de sueño y apetito, incomodidades del estómago, ventosidades en el vientre, dolores de pecho y cabeza, excitaciones nerviosas, ganas de llorar sin tener motivo... Cuando ciertos órganos están enfermos todo el organismo de la mujer se resiente. ¡Trátese! REGULADOR GESTEIRA. Resultados garantizados*.

Ese era el contexto banal y cotidiano en nuestra pequeña redacción

cuando Ester Roig irrumpió anunciando que el tren de la historia acababa de partir.

—*Ladies, the train has left the station*.

Comenzó a narrar el episodio en todas sus tonalidades de azul y de gris, porque así eran los uniformes que invadieron las tribunas del Senado para aplaudir o silbar a los senadores según su postura frente a la dieta.

—Eran muy jóvenes, salvo uno que parecía de rango superior —explicó Ester Roig.

—No entiendo —dijo Catalina Morgado—. ¿Los militares fueron al Congreso a apoyar a la oposición?

—Es más complicado que eso —replicó Ester Roig—. Fueron a impugnar la dieta de manera bastante vehemente, con esa energía masculina de los equipos de *foot-ball*.

—Pero ¿fueron agresivos con los senadores?

—¡Qué va! Fue por los sables... Las espaditas de juguete que usan para las ceremonias. Hacen un ruido como de la cuchillería durante el almuerzo. Así fue como llegaron a las tribunas y como se fueron, después de que el presidente del Senado les ordenó retirarse.

—O sea que obedecieron.

—Sí, sí, muy obedientes y díscolos a la vez. Una vez afuera se dirigieron al club militar, que parece es su centro de operaciones.

Se improvisó una reunión entre Ester Roig, mi tía Alicia y Catalina Morgado mientras yo tomaba notas. Según Roig, los demás periodistas presentes estaban estupefactos, decían que había estallado una crisis impredecible.

—El gobierno tiene que tomar una decisión hoy, ahora mismo, y cualquiera que esta sea tendrá consecuencias. Si castiga a los oficiales que fueron anoche al Congreso, los demás solidarizarán con ellos; si no hace nada, los envalentonará. En cualquiera de los dos casos, esta noche irán de nuevo al Senado. Habrá otro *sabre-rattling*.

Ester Roig emplazó a mi tía Alicia para que activara sus contactos en *El Mercurio* y *La Nación* y así saber cómo pensaba reaccionar el gobierno. Ella respondió que *La Voz de las Mujeres* era una revista mensual, el número de septiembre acababa de salir y el espacio de la revista tendría que ser de carácter reflexivo más que noticioso.

—Alicia querida, es el tren de la historia que acaba de partir —insistió Ester Roig—. Yo que vos estaría pensando cómo sacar una segunda edición para informar lo que va a suceder en los próximos días.

—Cómo se te ocurre, mujer, nuestra situación financiera no lo permite —saltó mi tía Alicia—. Estoy de acuerdo que es un hecho de la mayor importancia para el país, pero...

Ester Roig tenía esta forma deliciosa de ser insistente. Su arma era la seducción, que utilizaba indistintamente con hombres y mujeres.

—Chicas, todas sabemos lo que ha ocurrido en España y en Italia, ¿verdad? Entonces lo que nuestras lectoras querrán saber es algo muy simple: ¿quién será el Mussolini chileno? Porque detrás de estos tenientillos hay alguien, un caudillo o un generalote agazapado que nos mandará a nosotras y a todas nuestras lectoras de regreso a la cocina, en santa alianza con el arzobispo de Santiago. ¡*Le donne a casa, la maternitá sopra tutto*!

Recuerdo la expresión de mi tía Alicia. No era difícil para ella fruncir el ceño, pues el lado derecho lo tenía abultado por la cicatriz. Toda esa mitad de la cara pareció desmoronarse.

—Lo que dices es muy cierto... No podemos descartarlo —durante algunos segundos divagó como si su mente buscara un rumbo concreto —. Yo algo sé del ejército, vamos, trabajé dos semanas en él... conocí a mi marido en los campos de batalla. El problema es que ese ejército ya no existe, fue completamente reestructurado por los que ganaron la guerra civil. Cientos de oficiales fueron borrados del escalafón y del club militar, entre ellos mi Carlos...

Nos miró a todas. Sus ojos se iluminaron de pronto.

—Carlos todavía es socio del club militar... Puedo pedirle que vaya esta noche a husmear y nos cuente todo lo que vea. Es preciso identificar a ese oficial de rango superior que viste anoche. Quizá él sea el líder.

—Uno de tez clara, ojos azules, con cara de aguilucho... —dijo Ester Roig—. Bien, entonces nos dividimos el trabajo: vos hablás con tu marido, yo por mi parte me reuniré con el diputado Melivilu, que es muy cercano al ministro de Guerra y Marina.

Mi tía Alicia asintió con gravedad. Recién le estaba tomando el peso

a la situación. De pronto se volvió hacia mí como si acabara de acordarse de algo.

—Olguita, ¿tú no tienes un... pretendiente militar?

Me debo haber sonrojado entera. Típico de mi tía Alicia. Había estado a punto de decir novio o *pololo*, que ya se utilizaba como una situación de cercanía entre dos personas jóvenes, tolerada por los padres y previa al noviazgo formal. En vez de eso utilizó «pretendiente», sabiendo mi incomodidad ante la idea de un matrimonio arreglado entre mi madre y el teniente Olea.

—¿Es cierto eso, Olga? —Ester Roig clavó sus ojos celestes en mí—. ¿Qué esperás, por el amor de Dios?

Yo miré a mi tía Alicia aguardando instrucciones.

—La correspondencia puede esperar, Olguita —dijo ella.

## La Moneda /4

Frente a la plazuela se han formado corrillos de curiosos y de periodistas. Estos últimos van de un lado a otro, del palacio presidencial al Ministerio de Guerra, siguiendo la señal de los centinelas que expulsan el aire a presión para saludar a alguna autoridad. ¡Presenten arr!

—¿Aquel no es el general Altamirano? —se pregunta uno dejándose confundir por el abultado bigote.

—Altamirano es más alto y general de brigada —lo saca otro de su error.

—Todos los milicos se parecen —remata un tercero.

Los más avispados se acercan al general y lo tapan a preguntas. Él los observa con sus ojos negros como botones, redondos como un personaje de comedia, y se despacha un par de cuñas que hacen sensación y sacarán ronchas en el gobierno.

—La actitud de los oficiales no afecta en ningún modo el espíritu de disciplina del ejército. Por el contrario: es una manifestación respetuosa y seria de nuestro sentir unánime.

La excitación sube un par de puntos en el momento en que arriban los ministros. El radical Luis Salas Romo, ministro de Justicia, saluda a los curiosos y pasa de largo sin hacer declaraciones. Lo mismo hace el ministro de Industrias, Guillermo Bañados, o el propio jefe de gabinete, Pedro Aguirre Cerda, quien se limita a repetir que el país está en la calma más absoluta. Es cierto, pero ¿por cuánto tiempo? Tras recibir los saludos de la guardia, los miembros del gabinete suben al despacho presidencial. El más esperado, Gaspar Mora Sotomayor, excapitán del ejército, ha realizado una maniobra de último minuto para sortear a los sabuesos de la prensa: entrar por la puerta de Morandé.

Alessandri los espera arrellanado en un sillón frente al pequeño escritorio donde se acumula la correspondencia. Cree que el episodio no fue del todo espontáneo, pero nada sabe aún de maniobras ni

conspiraciones.

—Señores, por la información que manejo los tenientes que concurrieron al Senado no incurrieron en un acto de indisciplina, pero tampoco fueron del todo discretos.

El ministro de Hacienda, Enrique *Chico* Zañartu, sacude la cabeza con vehemencia. Es el único balmacedista del gabinete y, según dicen las malas lenguas, el único ministro que no pertenece a la masonería.

—Excelencia, a estos hay que castigarlos hoy mismo y con toda la severidad que amerita el atropello —afirma golpeando la mesa—. ¿O nos vamos a quedar aquí sentados a la espera de que esto se agudice y nos falten el respeto a todos?

—Estoy de acuerdo con mi colega Zañartu —dice el ministro de Obras Públicas, Enrique Bañados—. Estamos frente a hechos de la mayor gravedad.

Alessandri sacude la cabeza y hace un gesto llamando inútilmente a la calma. Los ministros insisten en que se deben adoptar medidas drásticas, identificar a los responsables y someterlos a calificación de servicios. Pedro Aguirre Cerda, ministro del Interior y jefe de gabinete, es de ese parecer. Él estuvo también allí, vio con sus propios ojos a los oficiales y escuchó el sonido estridente de sus sables rechinando desde la tribuna. Hubo presión sobre el Senado y eso es inaceptable.

—Si las fuerzas armadas comienzan a deliberar, estamos perdidos —concluye.

Alessandri apoya la barbilla en su mano derecha. Informa a sus ministros lo que más temprano le ha dicho el general Dartnell: que no hay órdenes que prohíban la presencia de los oficiales en las tribunas, solo una recomendación de no hacerlo cuando se discutan asuntos militares como ascensos o presupuestos institucionales.

—Por ende, no hay delito de insubordinación —afirma de manera rotunda.

Todas las miradas convergen a continuación en Gaspar Mora, el ministro de Guerra y Marina.

—Excelencia, mi interpretación jurídica es la misma que la del general Dartnell. No hubo insubordinación. Ahora bien, mi lectura política es que no debemos aumentar la tensión en las filas, sino reducirla.

Alessandri asiente, le pide que proceda con prudencia, que averigüe bien lo sucedido, quiénes son los cabecillas, cómo y dónde se originó todo. Mora se compromete a cumplir el encargo a la mayor brevedad.

—Para que se queden tranquilos he ordenado al general Dartnell que de ahora en adelante se prohíba de manera terminante este tipo de manifestaciones.

El anuncio calma solo parcialmente a los ministros, que se retiran mascullando su descontento. Mora permanece unos minutos más, a pedido del presidente.

—¿Qué hacemos, Mora? —pregunta Alessandri.

—Veo dos cursos de acción, excelencia, no excluyentes entre sí.

—Lo escucho.

Gaspar Mora tiene treinta años. Formó en Talcahuano una universidad popular y un círculo de estudios de nombre masónico «Luz y Fraternidad», con obreros del apostadero naval. Es un joven ambicioso y viene desarrollando una labor intensa en la cartera de Guerra para promover cambios legislativos en beneficio de los militares.

—Si el motivo de todo es la ley de dieta parlamentaria, vétela cuanto antes —propone—. Segundo, que el ministro Zañartu saque de donde pueda recursos para pagar los sueldos atrasados. Un mes que sea.

Alessandri asiente. Lo primero depende de él, lo segundo del Congreso, pero tan solo con los votos de la alianza liberal podría asegurar el financiamiento necesario para calmar a los tenientes y quienquiera que esté detrás de ellos azuzándolos.

—Tiene usted un punto importante —admite Alessandri—. La dieta genera rechazo en amplios sectores de la ciudadanía; ahora, si cancelamos los salarios adeudados solo a los militares, estaremos dando una señal negativa, cediendo ante la presión implícita de las armas.

—Entonces parta por vetar la dieta —replica Mora—. O exigir que se haga efectiva en la próxima legislatura. Hay opciones, excelencia. Todavía...

Por instantes Alessandri le cree al ministro y siente renacer la esperanza de que aquella es una tormenta menor y que podrá sortearla

con éxito.

Antes de proseguir con los asuntos del día pide al secretario Vital Guzmán que lo comunique con la prefectura de policía.

—¿Cómo va, Julio? ¿Novedades en el asunto del Gran Maestre? No importa, debe haber sido una broma para asustar al pobre hombre. Julio, escúcheme bien, quiero que disponga de sus mejores hombres para vigilar el club militar. Hay unos tenientes diablazos que se juntan allí para revolverla... Y de paso póngale ojo también a algunos regimientos, el Cazadores, por ejemplo, o la escuela de caballería.

Del otro lado de la línea, en el cuartel de la calle San Pablo, Julio Bustamante asiente, cuelga y comienza de inmediato a aplicar la orden presidencial. Las cosas se están poniendo buenas.

## Niños infiltrados

Los «niños» de Julio Bustamante llevan tiempo infiltrándose en movimientos sociales y ya no tienen mucho más que averiguar allí. Solo desde 1919 la sección especial comenzó a introducir algunos de los suyos en los regimientos. Está Lincopil en el Cazadores y Faúndez en el Tacna, pero le falta gente en la escuela de caballería y en la de suboficiales, la que más podría estar expuesta a infiltración anarquista.

Una intuición atraviesa la cabeza de Julio Bustamante mientras ingresa al edificio de la prefectura, en las calles Teatinos y San Pablo, a pocos metros de la estación Mapocho.

No es una sola conspiración, sino varias.

Saluda al personal de la guardia, sube al segundo piso e ingresa en su sala de trabajo. Se reúne con los subprefectos de seguridad y orden. Le informan que la ciudad está tranquila y que no hay indicios de movimiento en sindicatos y organizaciones obreras. Por supuesto que no los hay, si esto es un asunto de militares.

Alessandri tiene un bloque heterogéneo y conocido de enemigos. Son casi todos conservadores, liberales de oposición, radicales díscolos, políticos y periodistas que operan a la luz del día contaminando el ambiente. Pero los sospechosos de estar urdiendo en secreto un alzamiento militar son un puñado y están identificados. Suelen ir a los regimientos con pretextos patrióticos o administrativos. Su colega de Valparaíso le ha informado también de reuniones en el círculo naval entre almirantes y senadores. El punto en común es el senador Huneeus, un caballero muy piadoso y acaudalado.

Los marinos ya derrocaron al presidente Balmaceda hace treinta años e hicieron del Parlamento lo que ahora es. Desde entonces están dedicados a sus barcos y a sus faros. La oficialidad habla buen inglés y no se mete en política. Los altos mandos como el director general, almirante Nef, se suelen identificar con la aristocracia. Incluso los plebeyos como el almirante Gómez Carreño, pero los hay también masones y cercanos a Alessandri, como el almirante Acevedo.

En cuanto a la lealtad del general Altamirano, Julio Bustamante cree que tarde o temprano flaqueará. No tiene carácter de conspirador, pero sí mucho que perder si lo sacan de donde está. Vive casi como rico con un salario de general, uno de los pocos del escalafón que se paga puntualmente. Sus manejos financieros podrían salir a la luz, en particular la tajada que corta de los suministros militares.

Lincopil, uno de los «niños» que Julio Bustamante tiene limpiando establos en el regimiento Cazadores, reportó hace unas semanas las conversaciones que sostienen los oficiales. Versan sobre panfletos y volantes, llamadas anónimas que se vienen sucediendo. La misma situación conspirativa se repite en otros regimientos; y así aparece un patrón.

No es difícil rastrear una llamada telefónica, la red cuenta con apenas dos mil aparatos y Julio Bustamante tiene contactos en la Chili Telephone & Co, una compañía extranjera rodeada de polémica (el servicio es pésimo) y que necesita amigos en el gobierno para seguir operando su concesión.

El problema no es técnico, sino logístico. Se necesitan muchos brazos y oídos que hoy no sobran en la sección especial, pero con un poco de ayuda lo logran hacer. Las operadoras de la telefónica, unas niñas muy simpáticas y colaboradoras, registraron concienzudamente todos los números que han llamado al regimiento Cazadores, al Buin y a la escuela militar. Así se confeccionó un listado a los niños de Julio Bustamante para su posterior verificación.

En la vida todo es cuestión de paciencia y perseverancia.

Así han llegado a establecer que las llamadas vienen desde partes distintas en el radio céntrico, y lo curioso es que una de ellas es de la oficina de estadísticas. La preside un señor de apellido Edwards, quien tuvo un paso fugaz por la Cámara de Diputados por el Partido Nacional.

Otros números corresponden a los locutorios de la propia compañía telefónica repartidos por el centro. No se puede sacar mucho de ellos, pero Julio Bustamante está optimista y cree que pronto encontrarán un hilo que lo lleve directo a la guarida de los instigadores, al nudo central de una hebra hecha de muchos hilos que eventualmente confluyen en su deseo de hacer caer el gobierno.

En ese momento se presenta el agente Pezoa para informar de sus últimas diligencias. Está convencido de que en los panfletos hay una pista acerca de su autor y está trabajando en ello con una persona entendida en versos y versificadores. En cuanto al ataque contra la vivienda del Gran Maestre, quedó confirmado que la pista de la patente no sirve para nada.

—Agote todas las diligencias, agente Pezoa —repite una vez más, sabiendo que el susodicho se toma en serio todas y cada una de sus órdenes.

## La poesía como arma de guerra

Las clases de Neftalí tienen lugar en la avenida Ricardo Cumming, en un edificio de tres plantas rodeado a toda hora por las voces festivas de la juventud.

El Instituto Pedagógico de Santiago está lleno de jóvenes de ambos sexos, de muchachas interesantes que aspiran a ser profesoras y hacer carrera en el magisterio. Él se ha hecho cierta fama en este mundo con su nombre nuevo de poeta y con el último libro que publicó. El número de ese mes de la revista *Claridad*, que circula ese día de mano en mano recién salido de imprenta, trae un artículo dedicado a él en páginas centrales.

> *Neruda es el viajero de todos los tiempos, que en la vieja odisea homérica surca el mar latino donde lo asaltan las sirenas*.

Pablo cosecha el néctar de las musas, pero Neftalí sigue siendo un alumno mediocre y medio pavo, un profesor sin vocación. Ese día le toca filología y latín, viene atrasado, entra en la sala con la cabeza gacha y el profesor lo queda mirando.

—Señor Reyes, ¿a qué se debe este honor?

La sala entera ríe, Neftalí se sonroja, pide disculpas y busca un pupitre vacío. Copia del pizarrón:

> *Puella, puellae… puellam, puellas… puellae puellarum*

A su edad el tiempo fluye rápido, por eso mismo se aburre. Neftalí simula tomar notas, pero en verdad está trabado en feroz lucha contra el ángel del sueño, contra el sistema sombrío de la enseñanza y los días salobres del invierno.

Cuando la clase termina él ya está lejos, en algún corrillo enterándose de las últimas novedades estudiantiles, los *dancing parties* que se organizan el fin de semana en el Instituto Superior de Comercio y en el propio Pedagógico, o el interesante debate que tendrá lugar

entre un diputado demócrata y un pastor evangélico en el local de la IWW.[1]

Él quizá vaya con Laurita Arrué, una linda niña de tiernos diecisiete años, que estudia en la Escuela Normal de Preceptoras. O quizá se quede solo en su cuarto de pensión escribiendo versos tristes; todo depende del ánimo y el presupuesto, que nunca es generoso.

El grupo se dispersa y él se queda a solas con un compañero que le recuerda una reunión acordada para esa noche con el Hermano Roca. Es lo que faltaba para descomponerle el ánimo.

—A ese debiéramos darle una lección —masculla con resentimiento.

Por su cabeza pasa la imagen fugaz de un duelo desde los doce pasos, con pistolas arcaicas de un solo tiro. El plomo silbando a milímetros de su piel y el Hermano Roca cayendo con el pecho agujereado, exhalando su último y fétido bufido sobre el planeta.

—¿Qué dijiste?

—Nada, nada.

Neftalí regresa a la pensión derrotado otra vez. Su odio filial por Pablo el Mayor se alimenta de envidia, y no precisamente por su poesía pestilencial.

*León de las selvas australes*
*Yo revuelvo su melena de oro*
*Y le doy el desmayo de mi cuerpo perezoso y pasajero*

Pablo sintió una erección al leer estos versos en las pruebas de *Claridad*, de madrugada en la imprenta de la Federación Obrera.

Los escribió Winétt, la bella esposa de la horrible persona que se hace llamar Pablo como él, antes que él, con una soberbia que no conoce la duda. Winétt, nombre inventado, bello y lánguido. También conocida como Juana Inés de la Cruz, que entrega *el desmayo de su cuerpo* al hórrido fauno mientras él lee, mira a través de la ventana de poema.

¿Hay futuro para él?

Recuerda la conversación de la noche anterior con Pezoa y su curiosa solicitud de ayuda para identificar al autor de unos versos que circulan en los cuarteles. Tiene el panfleto en un bolsillo y lo estudia otra vez, en busca de pistas.

Pablo se alimenta más bien de poetas extranjeros, modernistas y simbolistas. Los compatriotas que más admira son sus amigos o sus adversarios como el mórbido de la Roca, Vicente el parisino o Lucila Godoy, a quien conoció en sus días de liceano en Temuco.

El panfleto, con su tono de cueca y chauvinismo, parece más bien obra de algún *criollista* de segundo orden. Piensa también en alguien de la órbita de Pedro Prado o de su amigo Eduardo Barrios. A los dos les atrae lo rural y podrían construir una voz huasa con alcances políticos.

Por allí puede haber algo, piensa alejándose del Pedagógico en el mediodía gris, entre carretas y camiones.

Prado, Barrios y su *grupo de los diez* (que incluye también a músicos y pintores) son gente difícil de encasillar políticamente. No están en la vereda de la federación de estudiantes ni del grupo *Claridad*, pero Pablo no se los imagina conspirando para sublevar a los militares. Barrios es su amigo, lo ayudó a encontrar editor para los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Trabaja como taquígrafo en la Cámara de Diputados y publicó hace algunos años la novela *El niño que enloqueció de amor*, con bastante éxito. Pedro Prado publicó una novela titulada *Alsino* sobre un niño que sueña con volar.

Quizá el autor de aquellos versos se encuentre en otra parte, lejos incluso de Santiago, enterrando su resentimiento en la provincia profunda. Quizá sea un humilde sargento de caballería, un cabo de Illapel o Contulmo.

O tal vez se encuentre en alguna de las cuatrocientas y tantas páginas de *Selva Lírica*, la gigantesca antología publicada hace siete años, cuando Pablo no existía y Neftalí era apenas un chiquillo de trece.

Allí está el *quién es quién* de la poesía chilena, y Pablo decide partir en busca de uno de sus antologadores. Capaz que don Julio Molina Núñez lo invite a almorzar y con ello mate dos pájaros de un tiro.

## Regimiento Cazadores /2

El joven se presenta con ropa de civil, pero todos lo reconocen: es *un montado* y los centinelas lo dejan pasar. Conoce el lugar y se dirige al comedor de oficiales, donde el mayor Bartolomé Blanche y un grupo de tenientes interrumpen su colación para escucharlo.

—¿Se puede saber qué hace usted de paisano, teniente?

El teniente recién llegado recita como si hablara de memoria.

—Órdenes de mi mayor Ibáñez, mi mayor. Esta mañana me instruyó para ir a la Cámara de Diputados.

—No me diga... ¿y qué vio?, ¿qué oyó?

Bartolomé Blanche estudió en la escuela de caballería de Hannover y habla el castellano con acento alemán. Pronuncia la *s* como una *ch* golpeada. Es un jinete experto y un comandante severo.

—Mi mayor, en la Cámara de Diputados se trataron asuntos corrientes —dice el teniente—, el código del trabajo, el proyecto del banco central. Solo al final, en la hora de incidentes, se abordó el episodio de anoche.

—¿De qué manera se abordó *el episodio*, teniente?

El joven de paisano extrae una hoja de papel, se aclara la garganta y comienza a leer. El mayor Blanche y sus oficiales escuchan impávidos las palabras del diputado Tizzoni, el discurso de los fracasados, los tontos, los que no pueden siquiera terminar las humanidades y acaban en el ejército como *ganasueldos* inútiles que gravan el presupuesto nacional por no hacer nada.

—¿Esto ocurrió recién?

—Hace un par de horas, mi mayor. Tuve acceso al acta y copié de ella lo que dijo el diputado Tizzoni. Ningún otro diputado nos defendió. Estaba el ministro Mora Sotomayor y no dijo nada.

Estallan voces ultrajadas, incrédulas. El mayor Blanche se contiene, las deja expandirse como una explosión controlada, para luego suprimirlas de raíz.

—¡Silencio! —brama volviéndose hacia el mensajero—. Teniente,

siéntese con nosotros y cuéntenos más mientras almuerza. Debe estar con hambre después de tanto rato escuchando tonteras.

Los capitanes y los tenientes ya no le prestan atención. Están rabiosos, con deseos de venganza, y hablan sin pudor de política. En ese momento ingresa al casino el cabo Lincopil con un mensaje para el mayor Blanche de la comandancia general.

—Puede retirarse, cabo.

El mayor Blanche se coloca unas gafas de lectura. En su rostro se asoma algo parecido a una sonrisa.

—Señores, mi general Dartnell envía a todos los comandantes de regimiento una orden que voy a compartir con ustedes. *Prohíbese a todo oficial del ejército concurrir de uniforme a las dependencias del Congreso Nacional*...

El mayor Blanche se guarda las gafas y mira a los oficiales

—Orden vigente hasta nuevo aviso —agrega de su cosecha.

Las voces roncas, indignadas de los oficiales no van dirigidas a él ni al comandante de división, sino al gobierno y al Congreso. El teniente Esteban Olea pide la palabra.

—Mi mayor, si me permite, usted y todos los oficiales presentes hemos oído cómo un parlamentario nos insulta y luego el gobierno nos hace callar. Ahora que un grupo de compañeros concurrió a seguir un debate de interés nacional, resulta que estamos en falta, delito, lo que sea. Es vergonzoso que el Parlamento se asigne un sueldo justo cuando nosotros, los empleados públicos, llevamos meses impagos. No vamos a desobedecer una orden de mi general Dartnell, pero hay unos señores que nos están llevando a un precipicio como país.

Es raro que el teniente Olea hable en público y menos que sus compañeros lo aplaudan de esa manera. El mayor Blanche está sorprendido, y de manera positiva.

—Teniente Balmaceda, entiendo que la máquina de escribir se encuentra estropeada.

El teniente Vicente Balmaceda Valdés, sobrino del presidente mártir, parpadea sin comprender el subentendido. Va a responder que no, que la máquina está en perfectas condiciones, pero un compañero le da un codazo para que espabile.

—Sí, mi mayor, se echó a perder...

—Qué contrariedad —se lamenta teatralmente Blanche—. ¿Cómo quiere el ministerio que acusemos recibo de una orden de la jefatura? Este telegrama no podrá ser pasado en limpio y publicado oficialmente como orden del comandante.

El mayor Blanche corta la hoja del mensaje en cuartos, los reúne en un mazo y los corta de la misma manera, arrojando los pedacitos al plato con restos del almuerzo. Los tenientes lo miran estupefactos. El teniente Olea se pone de pie y pide permiso para retirarse. Es el primero en salir. En el camino se cruza con el cabo Lincopil, quien lleva en el bolsillo una copia del mensaje que acaba de llegar.

* * *

A esa misma hora en todos los regimientos ocurre lo mismo: las máquinas de escribir se esfuman como por arte de magia, la orden de no asistir al Senado no será transcrita, pegada en los tableros de anuncios ni mucho menos cumplida por la oficialidad.

Los mensajes telefónicos van y vienen entre el ministerio y los distintos puntos de la guarnición. Aló, aló, las operadoras no dan abasto moviendo clavijas para comunicar a la escuela de suboficiales en San Bernardo con la escuela de caballería en Providencia.

El resto del trabajo ya está hecho de antes, a través de los panfletos, llamados anónimos, que reivindica una organización desconocida, versos contra el Parlamento que llaman a los oficiales a entrar de lleno en la arena política.

A las siete de la tarde en el club, es el santo y seña que reparten los mensajeros en todos los regimientos. Esteban Olea lo repite mirándose en el espejo. Tendrá que avisarle a la Olguita que se suspende el *dancing*. Es una pena, pero qué le va a hacer, hay cosas más importantes. El país se cansó de esos viejujos del Senado y solo los militares están en condiciones de decir *basta*. La Olguita estará orgullosa de él.

## No hay poesía en el trabajo

Julio Molina Núñez ha sido siempre muy claro con los poetas: que no lo vengan a joder a la oficina. Es su *sancta sanctorum* del deber administrativo, pero el joven Neruda debe tener sus razones para desconocer la regla sagrada. ¿Qué hace en la estación Mapocho a mediodía, exactamente? ¿No debiera estar en clases, estudiando francés?

—Es un asunto muy delicado —dice Pablo bajando la voz—. Confidencial.

¿Le estará tomando el pelo? ¿Viene a pedir plata? Pablo es enfático al decir que no, que no tiene nada que ver con plata sino con la poesía.

Julio Molina Núñez lo queda mirando. Ha dicho el santo y seña para que el abogado baje la guardia y se invente una excusa para invitar al joven Pablo a la cafetería. Allí, discretamente, el poeta le muestra el panfleto.

—Esto está circulando en los cuarteles —explica sin dar más detalles —. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

Es un acertijo interesante para un *connoisseur* de poesía nativa como Julio Molina Núñez, abogado y poeta él mismo, pero sobre todo antologador *in extremis*.

—*Selva Lírica* fue el Arca de Noé de la poesía chilena —dice estilando la cuchara en el borde de la taza, orgulloso—. Usted, Neruda, era demasiado joven en ese momento, pero fue un grandioso y estrafalario barco de madera en el que metimos con mi compadre Araya todas las especies, todas las ramas de la vid poética nacional.

—¿Para salvarlas del diluvio?

Julio Molina Núñez ríe con la ocurrencia del poeta.

—Para salvarlas del tiempo, del olvido. Quién sabe cómo serán los poetas del futuro, los chilenos que vendrán después de nosotros. Hoy la poesía son los profesores, los artesanos, los juristas del pueblo, los periodistas de provincia, los funcionarios. Mañana quién sabe. ¿Los ingenieros?, ¿los publicistas? Quiera Dios que no sean banqueros ni

diplomáticos.

—¿Recuerda algún poeta militar, maestro? —interrumpe Pablo, poniéndose nervioso.

—¿Cercanos al ejército, querrá usted decir?

Pablo asiente. Julio Molina Núñez busca en su archivo mental. El proceso es lento y requiere más de una taza de café.

—Sady Zañartu hizo el servicio militar y no es malo, rescato su amor por lo nuestro —es el primer nombre que le viene a la mente—. Pero si me apura, David Bari. Era teniente cuando lo incluimos con el compadre Araya en la antología.

Pablo anota los nombres en una libreta. No le suenan de ningún lado, son puntos flotantes en un mapa incompleto.

—Espere un momento, usted lo que está buscando es lo netamente chileno —dice Julio Molina Núñez rascándose el mentón.

—Exacto, eso es, maestro.

—Pues yo le digo que se fije en un Carlos Acuña Núñez, un Antonio Orrego Barrios —Julio Molina Núñez se embala escudriñando en sus recuerdos—. Un Ignacio Verdugo Cavada, autor de versos como estos:

*Soy una chispa de fuego*
*Que del bosque en los abrojos*
*Abrió sus pétalos rojos*
*Bajo el nocturno sosiego*
*Soy la flor que me despliego*
*Junto a las rucas indianas*
*La que al surgir las mañanas*
*En las cumbres soñolientas*
*Guardo en mis hojas sangrientas*
*Las lágrimas araucanas*

—Hermoso, ¿no?

Pablo asiente en silencio.

—Lo más fácil es que consulte un ejemplar de *Selva Lírica* —dice Julio Molina Núñez terminándose el café y dejando solo la borra—. Vaya donde mi compadre Araya, pregúntele a la vieja Rosa... ella guarda los ejemplares bajo siete llaves, dígale que va de mi parte.

Pablo se esperaba un almuerzo en regla, pero algo es algo. La vieja

Rosa le tiene buena y capaz que este día haya cazuela. La promesa de un ejemplar de *Selva Lírica* tampoco es poca cosa, tiene fama de libro lujoso y capaz que le pueda sacar algo de plata en el mercado de segunda mano.

## Pretextos periodísticos

Después de votar almorcé con mis hijas, mis yernos y mis nietos. Nadie habló de política y las únicas referencias a la elección presidencial fueron para compartir anécdotas nimias y celebrar el orden y la normalidad en que se ha desarrollado. Todo lo que se dijo antes en la intensa campaña y en los debates, en los anuncios apocalípticos y en la propaganda ha quedado momentáneamente suspendido mientras se esperan los resultados.

Ahora estoy de regreso a mi soledad, mis libros y la caja de recuerdos. El automóvil del general Schneider está estacionado frente a su residencia.

Ese 4 de septiembre de hace cuarenta y seis años el incidente de los militares parecía una señal inquietante y nosotras debíamos averiguar lo máximo posible acerca de estos oficiales que habían desafiado la disciplina.

Acordamos avanzar cada una por su lado y reunirnos al final de la jornada, a eso de las ocho. Ester Roig intentaría hablar con el diputado Melivilu y, por medio de este, con el ministro de Guerra y Marina. Mi tío Carlos Hermosilla, quien era socio del club militar desde sus tiempos de capitán, sería nuestro informante desde el interior del recinto.

Mi único contacto era el teniente Esteban Olea y él había tenido la deferencia de enviarme un mensaje indicándome que el baile de los días miércoles en el club militar se había suspendido *por motivos de fuerza mayor*.

La pista era evidente. Allá se reunirían.

Salí de la pequeña oficina de *La Voz de las Mujeres*, con mi lápiz y mi libreta, y tomé el ascensor para bajar. Aquel fue un invierno seco y frío; el día debió haber estado nublado y yo bastante abrigada con uno de esos abrigos con cuello de piel que se usaban en la época. Me dirigí hacia un locutorio y marqué el número del regimiento Cazadores. Pregunté por el teniente Olea y me dijeron que no estaba, pregunté

dónde encontrarlo y no me quisieron responder.

En la plaza de Armas me acerqué a un suplementero con la última edición de *Los Tiempos*.

¿LOS MILITARES CONCURRIRÁN
HOY AL SENADO?
*«Es posible que también concurran hoy y en mayor número que ayer»*

De la plaza de Armas al club militar hay tres cuadras. No alcancé ni a recorrer la primera cuando en la esquina de Gath & Chaves una voz me susurró desde atrás:

—Olguita, camine con naturalidad.

Me volví asustada y me encontré la sonrisa del teniente Olea, su único rasgo visible. La visera de la gorra le escondía los ojos, seguramente un objetivo deliberado del diseño prusiano: hacer del soldado un personaje altivo, misterioso, superior.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida—. ¿No deberías estar en tu regimiento?

—No estoy autorizado a revelar el motivo —sonrió haciéndose el importante. Se notaba que solo quería hablar de eso.

El teniente Olea era un joven amable, atento, no muy culto ni particularmente religioso. Provenía de una familia de origen vasco dedicada al comercio, que en el curso de los últimos años había logrado amasar un pequeño patrimonio y vivir en una digna medianía. Éramos vecinos de la plaza y el «pololeo» era casi una imposición de nuestros respectivos matriarcados. Pero nunca se dio ni permití yo que creciera. Ahora lo necesitaba por motivos periodísticos.

El recuerdo está fresco en mi memoria: se echó la gorra levemente hacia atrás y recién pude verle los ojos. Estaba transformado. Ya no era el chico tímido con quien jugábamos en la plaza Brasil los domingos ni el joven ganoso y torpe que se esmeraba en seducirme.

—¿Por qué se suspendió el baile de anoche?

—Usted ya sabe el motivo, Olguita —nunca me tuteaba y siempre me pareció irritante, chapado a la antigua.

—¿Contemplan ir de nuevo al Congreso?

Él sonrío con picardía ante el plural que lo incluía.

—Venga, sígame. Hay un té de los tenientes a los capitanes, pero es solo un pretexto.

Para mi sorpresa se había formado un pequeño público en la entrada del club militar y al frente, en la plazuela del Teatro Municipal. Llegamos junto con un coche de dos plazas del que se bajaron dos oficiales.

—¡Mi mayor Ibáñez! —exclamó él.

Era la primera vez que yo escuchaba el apellido. Carlos Ibáñez del Campo. Un hombre alto. El teniente Olea me tomó de las manos y me miró a los ojos.

—Olguita, me tengo que reportar. Van a pasar cosas importantes en nuestra patria, acuérdese de mí cuando lea los diarios mañana.

—Cuídate —le dije yo.

Se había hecho tarde, cines y teatros abrían sus funciones. Con las chicas de *La Voz de las Mujeres* habíamos quedado de reunirnos esa noche para evaluar qué tan ciertos eran los rumores. Yo tenía la prueba fehaciente de que Ester Roig tenía razón: el tren de la historia se había puesto en marcha y ninguna de nosotras sabía en qué estación se detendría.

## Escuela de caballería

De Carlos Ibáñez del Campo circulan varios rumores que él alimenta con sus silencios. Tiene más de cincuenta años y todavía es sargento mayor. Es alto, macizo, huesudo. Fue asesor militar en El Salvador, donde se casó y aprendió a complotar, luego prefecto de policía en Iquique, donde enviudó y se recibió de represor. Ahora dirige la escuela militar como un reloj. Ha hecho del equipo de equitación una máquina que gana trofeos en el extranjero.

Ibáñez habla poco, prefiere ser amo de sus silencios que esclavo de sus palabras. Ese día está en su puesto de comandante de la escuela de caballería, en la comuna de Providencia, siguiendo los hechos a la distancia y al milímetro. No se siente sorprendido por el episodio del Congreso y está seguro de que se repetirá. Ha dicho a sus oficiales que está disponible para quien desee comentarlo en privado, y el primero que se presenta es el belicoso teniente Alejandro Lazo Guevara, compañero de generación y arma de Esteban Olea.

—Vengo a reportar un hallazgo en las letrinas de suboficiales, mi mayor —anuncia sacando la voz.

—¿Y qué sería, teniente?

—Panfletos, mi mayor. La misma letra y la misma firma de la semana pasada.

Ibáñez recibe la hoja, lee los versos y esboza una sonrisa. El que los escribe entiende al chileno. Se la devuelve a Lazo y lo mira sin decir nada.

—Se está armando una, mi mayor —insiste el teniente—. El llamado es en el club militar, hoy a las siete.

—Estoy al tanto —replica Ibáñez—. Estimo conveniente asistir en nombre de la unidad. Usted me acompañará.

Lazo no podría sentirse más contento. Le gusta estar donde haya pelea y del lado dispuesto a dar el primer golpe. En las elecciones de marzo no se frenó a la hora de repartir coscorrones en defensa del candidato oficialista. El problema es que los afectados lo llevaron a la

justicia y un juez lo declaró reo. Pasó un par de noches en el calabozo hasta salir bajo fianza. Ahora está procesado y parece no haber aprendido la lección.

A las seis y media de la tarde Ibáñez y Lazo salen de la escuela de caballería en un coche para dos personas tirado por un solo caballo. La imagen parece cómica, pero es representativa de lo que pasa en el Ejército. No hay presupuesto para autos fiscales y son pocos los comandantes que poseen un automóvil particular.

Providencia conserva todavía su pasado rural hecho de grandes casonas, quintas con parrones y calles de tierra. No es raro ver quintas con vacas lecheras. Ibáñez observa el paisaje y no abre la boca.

—¿Preocupado, mi mayor? —rompe el hielo el teniente Lazo.

—Cuénteme una cosa, teniente —Ibáñez suele responder a una pregunta con otra—. ¿Qué piensa del Congreso?

—Que es una guarida de ratas, mi mayor —responde Lazo sin dudarlo—. Qué digo, de guarenes.

Dicen que el silencio otorga, pero en el caso de Ibáñez nunca se sabe. El coche atraviesa la polvorienta calle José Miguel Infante. Ya casi llegan a la avenida Providencia.

—No está mal que nosotros tengamos opiniones, Lazo, pero lo ideal es que surjan de nuestras propias reflexiones como militares y como chilenos, no porque desde afuera los políticos nos muevan el cascabel.

Es la frase más larga que Lazo le haya oído pronunciar jamás.

—Tiene toda la razón, mi mayor.

—Usted también, Lazo —dice Ibáñez—. El país necesita leyes modernas, pero los parlamentarios pierden su tiempo en discusiones estériles.

Ibáñez no profundiza en su concepto de lo moderno, se subentiende que esas leyes no existen, porque los responsables de hacerlas viven en el siglo pasado, o tienen intereses que no están dispuestos a ceder.

—¿Sabe una cosa? —prosigue en su arrebato de sinceridad—. Yo estoy de acuerdo con que los cargos parlamentarios sean remunerados, para que no solo los ricos puedan ser diputados y senadores. Pero resulta muy inapropiado discutirlo ahora.

Lazo no necesita tantos argumentos para ir de frente. Con Ibáñez como jefe, tiene la excusa perfecta para volver a sus andanzas.

Justo en ese momento el coche pasa frente a la plaza Italia y sigue su camino hacia el centro. En la plaza mal adoquinada hay una estatua e Ibáñez cree ver en ella un augurio de lo que está por venir. La donó la colonia italiana para el centenario de la república y consiste en un ángel y un león. Ibáñez piensa en el *León de Tarapacá*, el apodo que idearon los publicistas de Alessandri para llevarlo a la presidencia y en aquel león de bronce que mansamente se somete al poder del ángel. Una idea fugaz pasa por su cabeza.

—En vez de esa estatua ridícula aquí debiera haber un monumento a mi general Baquedano...

—Sería lindo, mi mayor.

Baquedano, el conquistador de Lima, el general que llevó al ejército a su máxima gloria.

—Algún día lo lograremos, Lazo —afirma Ibáñez como quien vislumbra el futuro—. Una estatua ecuestre de tamaño natural, hecha por artesanos chilenos, simbolizando la alianza indisoluble entre la nación y el ejército. Ya lo verá.

## Escuela militar

La prensa del jueves 4 habla todavía de «incidencias militares». Un mecanismo de relojería se ha puesto en marcha y todavía es invisible. Los engranajes son el mayor Carlos Ibáñez del Campo, el mayor Bartolomé Blanche y el más activo de todos: el subdirector de la escuela militar, Marmaduke Grove.

Grove es el único mayor que participó en la primera incidencia. Es artillero y masón, pero lo más importante es que tiene automóvil propio, un Peugeot de antes de la guerra que a esa misma hora se desplaza a alta velocidad, sobrecargado de pasajeros rumbo al centro.

Grove conduce mientras conversa con el teniente Mario Bravo Lavín, un bandido en la jerga cariñosa de los padres. Atrás, riendo unos encima de los otros en un promiscuo compartir, van otros cuatro oficiales decididos a la pelea por lo que consideran justo.

Es *el bus de la deliberación* y en él está la semilla de varias rebeldías militares, una república socialista y un partido con ese nombre, todo con la impronta de un antiguo cadete naval expulsado por indisciplina, hoy instructor y maestro de futuros soldados.

Mientas el coche de Ibáñez trota a ritmo cansino por la Alameda, el Peugeot de Grove ruge (más bien tose) por la avenida Blanco Encalada de sur a norte. Blanche los supera a ambos en un macizo Studebaker con chofer y secretario, a cuarenta kilómetros por hora por la avenida de la Maestranza.

La velocidad es el signo de los tiempos, el supremo valor de un presente que persigue al futuro. Blanche y Grove son sus encarnaciones mercuriales, herméticas. Llegan de los primeros, estacionan sus vehículos frente al teatro Municipal e ingresan al club militar como estrellas de cine, observados y recibidos por un público ansioso.

Esta impresión nace de un hecho fortuito. Decenas de muchachas han venido con sus madres al *dancing party* del miércoles y no se les ha dado aviso de su cancelación. Le reclaman al secretario del club, quien

se deshace en explicaciones inútiles. Son el público espontáneo junto con un grupo incipiente de curiosos, ociosos, reporteros de los diarios y agentes de Julio Bustamante, que ven llegar a Blanche con su secretario y a Grove con su séquito. Grove como un Marco Antonio rodeado por sus fieles y robustos legionarios, Blanche como un altivo delegado del faraón.

Las muchachas suspiran, se secan las lágrimas y admiran a los adanes de Grove. Las madres sacan cálculos y buscan candidatos.

Ibáñez es el último en llegar con el teniente Lazo cual guardia pretoriano, altos los dos, conscientes de su efecto al descender de un coche para dos tirado por un solo y hermoso caballo de raza chilena.

Nadie los conoce, nadie sabe todavía sus nombres, pero ya provocan conjeturas y comentarios en voz baja mientras ingresan en la mansión que la familia Subercaseaux alquila a muy buen precio al ejército de Chile, para que la oficialidad pueda hacer vida social a bajo costo.

El teniente Esteban Olea llega al club militar por sus propios medios. Se acaba de encontrar con los tenientes Lazo y Bravo, sus compañeros de la escuela militar.

—¿Tú aquí, Cabezón?

—No podía faltar.

Se abrazan como en los viejos tiempos.

Con los mayores Blanche, Grove e Ibáñez se ha formado un mecanismo, una célula viva que con el curso de las horas comenzará a replicarse en todo el país.

## Paco poeta

La vieja Rosa camina arrastrando los pies por el pasillo de la casona, mascullando *ya voy, ya voy*, con esa voz quebrada que alguna vez cantó la tonada y la cueca poniendo los pelos de punta en la pampa y en los puertos.

Detrás de la puerta está el poeta flacuchento, Pablo el Joven, con un sombrero de ala ancha y una capa de ferroviario.

—Pero qué sorpresa —exclama quejumbrosa—. ¿En qué anda, oiga?

—Me dijo don Julio que usted me podía ayudar.

—¿Con qué sería?

—Con un ejemplar de *Selva Lírica*.

La vieja Rosa lo hace pasar a la cocina. Allí es ama y señora y ordena que le sirvan un plato de porotos. Va en busca del pesado libro y se lo deja al lado.

Hace rato que Rosa quiere hacerle una pregunta.

—¿Qué poesía es esa que se escribe como un telegrama?

Se refiere al estilo de los jóvenes de hoy, la poesía que llaman moderna y que a ella le espanta. Pero Pablo no la escucha, está absorto en *Selva Lírica*. Da vuelta las páginas, se detiene. Observa las fotografías de los poetas que eran jóvenes o ya casi viejos cuando él era un adolescente. Poetas provincianos como él, nacidos en Taltal o Traiguén, en Coquimbo o Caldera. Revisa su libreta, busca nombres en el índice.

—Hay poemas buenos ahí —dice la vieja Rosa—. Si quiere se los recito.

Pablo no sabe qué decir, no come desde ayer y tiene la boca llena. La vieja Rosa se echa el pelo hacia atrás, toda coqueta, cierra los ojos, se aclara la garganta y canta.

*Allá onde encienden*
*La vela a los muertos*
*LEstaba la Rosa calláa*
*LLlorosa, vestía e negro*

*Batía el pañuelo*
*Di un moo tan raro*
*Que daba desconsuelo*

Su voz gangosa se expande por la cocina acompañada solo de sus manos dando ritmo. Pablo la escucha perplejo, hipnotizado, como en presencia de una bruja.

*Jue tanta la pena e la Rosa*
*Que no trepó pal monte*
*No trepó pal pueblo y lo pasó*
*Too el tiempo metía en el rancho*
*Amurrá e pena y callá*

La vieja Rosa se echa a reír. Se limpia las manos grasientas en el delantal. Le quedan ya pocos dientes y no ve como antes, pero escucha perfecto y no se le va una. Es persona de confianza y muy sabia, y el joven poeta le pregunta por los versos malos, los que ella nunca cantaría.

También los hay y dan tanta pena, versos de paco o de juez, sin vuelo y sin alas. El peligro no es eso, sino los versos buenos. Lucifer es hábil y mete siempre la cola. Es el más pillo de los huasos y anda por ahí seduciendo niñas, transformando al cura en tunante y al policía en malhechor.

La vieja Rosa le ofrece a Pablo una taza de té. Ya muy en confianza, un bajativo que ella guarda por ahí. Le cuenta su vida en verso, su historia en endecasílabos. Tuvo siete hijos y tres se le murieron, los cuatro restantes se multiplicaron cada uno por cinco. De esos veinte, doce le dicen abuela y ocho la vienen a ver, como esa que está ahí y que te mira de lado.

Pablo enrojece ante los ojos negros y la cabellera rizada de la nieta. Le sonríe a la distancia y la ve desaparecer en el fondo de la cocina, de un momento a otro como una bruja joven.

La vieja Rosa confiesa haber tenido muchos amores, pero solo uno de verdad. Se llamaba Melchor y era marinero, el más bravo, el único hombre que la hizo ver a Dios.

Los dos se echan a reír con aquello último.

—Ya váyase, que tengo trabajo que hacer —corta ella de repente—.

Llévese el libraco y sáquele partido, yo he leído unos poemas suyos y los encuentro raros, pero es porque soy vieja y pobre y no sé de esas cosas nuevas.

Pablo agradece la comida y el bajativo, va a preguntarle más de la nieta, pero se arrepiente. Ella lo acompaña hasta la puerta y antes de despedirse le dice:

—Yo sé que usted anda buscando en este libro a alguien que hizo una lesera o que hará una maldad. Yo he visto tanta con estos ojos, en Iquique para las huelgas y en Valparaíso cuando cayó Balmaceda.

Pablo, cosa extraña, siente que le pesan los párpados. La vieja Rosa hace chasquear los dedos y lo despabila.

—Tenga cuidado con lo que encuentra en el libro. Hay pócimas buenas y otras malas. Si me pregunta cuál es la peor, yo le digo que la vanidad.

La puerta de la casona se cierra de golpe. Pablo se aferra al libro y se va rumbo al paradero a coger el tranvía.

## Club militar /2

La historia observa al excapitán Carlos Hermosilla desde las paredes del club militar. Las batallas de la independencia, idealizadas en una infantería napoleónica desprovista de todo rasgo mestizo, le recuerdan *lo que la guerra no es*.

Carlos Hermosilla no ha venido al club en muchos meses. Quedó de reunirse allí con su compadre Pedro Carrasco, otro balmacedista de su generación. Ambos vivieron la guerra juntos hace exactos treinta y tres años. La manga que le cuelga del hombro derecho es su medalla al valor.

—¿Los señores se van a servir algo?

—¿Qué nos servimos, Pedrito?

—¡Champaña! —responde Carrasco—. Para celebrar el mes de la Patria...

—Y otro año más sin nuestro querido presidente don José Manuel Balmaceda.

—¡Por Balmaceda!

—¿Qué diría don José Manuel de este circo de hoy?

Los balmacedistas se reincorporaron al Parlamento en 1895, al cabo de tres años ya tenían ministros, en 1915 llevaron a uno de los suyos a La Moneda en alianza con el archienemigo de antaño, los conservadores. En fin, es complicado.

No es exactamente espionaje lo que están haciendo esa noche. Durante años Hermosilla y Carrasco llevaron el uniforme; después de la guerra civil los dieron de baja. Son de la misma generación de Altamirano y Dartnell.

—¿Te das cuenta, Pedrito? ¡Hoy seríamos generales!

Con Pedro Carrasco sobrevivieron Concón, se perdieron en Placilla, se volvieron a ver días después en Santiago, proscritos y pobres, Carlos Hermosilla con un brazo menos. Treinta y tres años han pasado y ya echan canas. Pedro Carrasco tiene nietos y Carlos Hermosilla ni siquiera hijos. Tiene, sí, a la esposa más encantadora, adorable y

talentosa que pueda un hombre soñar. Con Alicia MacAllister llevan dieciséis años de feliz matrimonio.

Carlos Hermosilla supo perdonar. Su compadre Carrasco igual. Perdonar es bueno; ser perdonado, mejor. Carlos Hermosilla estudió contabilidad, entró a trabajar en una compañía grande, la Grace & Co. Ganó bien, pudo mantener a su madre y, además, adquirir algunas propiedades. Hoy ejerce el comercio al por mayor. Se especializa en materiales de oficina, máquinas de escribir, insumos. Abastece bancos, oficinas de abogados. Las vueltas de la vida... también es un proveedor del ejército. El problema es que la tesorería se atrasa, paga cuando quiere.

El club militar tiene capacidad para acoger a cien invitados, pero hacia las siete de la tarde hay unos doscientos oficiales en el salón de la entrada, desparramados hasta en pasillos y escaleras. Carlos Hermosilla y su compadre se sienten reivindicados: Balmaceda siempre tuvo la razón.

Nunca un encuentro de ese tipo ha sido tan anticipado, tan concurrido, la guardarropía está saturada de sables y de gorras que codifican a qué rama pertenece cada quién: caballería, artillería, infantería o ingenieros.

Hay un sentido de aventura y también de indignación. Algunos reproducen textual o de su propia cosecha los insultos vertidos contra el ejército por tres senadores. Es un asunto delicado porque esas cosas se siguen zanjando a la antigua, exigiendo satisfacción mediante las armas.

No todos hablan de política y contingencia. Se recuerdan también antiguas maniobras en el norte, centro y sur, en la cordillera y en el desierto. El azúcar sube por las venas y un teniente se anima a pronunciar un discurso genérico sobre el compañerismo. Otro habla de la unidad en *momentos difíciles*, menciona el proyecto de dieta parlamentaria y se escuchan pifias.

La temperatura sube como la espuma de una botella de champaña. Se evocan relatos épicos, de los héroes de *La Independencia* y los mártires de *La Concepción*. Un mismo espíritu de sacrificio los reúne esa noche en que se decidirán nuevos cursos de acción.

Se recuerdan injusticias, postergaciones, malversaciones. Se cuenta

el caso del teniente Germán Pinochet Nieto, que llevaba nueve años sin ascender, o el drama de otro oficial que no tiene dinero para pagar a un médico que atienda a su niña enferma.

—¿Qué crees, habrá jaleo? —pregunta su compadre Carrasco.

Carlos Hermosilla sacude la cabeza. Va a ser algo distinto, más cómico que trágico. Nunca como Concón y menos como Placilla. ¿Te acuerdas de eso, Negro? ¿A degüello, a muerte y sin compasión? ¿Cuántos vimos caer reventados?

Es cosa de ver a los tenientes y capitanes que comienzan a llegar. En grupos, por ramas: infantes, montados, artilleros e ingenieros con sus colores distintivos, saludándose como si fuese un paseo. Están unidos, no divididos.

—Ojalá tengas razón —dice Carrasco.

## Primeros sospechosos

Pablo lee mientras el tranvía avanza por la avenida Independencia y la ciudad ingresa en la noche.

El libro es pesado, tiene casi quinientas páginas y más de ochenta poetas, todos nacidos en las postrimerías del siglo. Sus caras son un compendio de la nación: mestizos altivos de cabellera engominada, vates delicados de tez pálida, ratones de biblioteca, tinterillos pedantes, robustos profesores de provincia con mandíbulas como cocodrilos, una que otra poeta con grandes ojeras de pitonisa.

Busca en el índice a los dos poetas militares. La foto del primero no le hace mucho honor. Tiene cara de palurdo, ojos saltones y una boca sin labios.

SADY ZAÑARTU
(en Taltal, el 6 de mayo de 1893)

> En sus primeros trabajos poéticos se nota, en cuanto a la forma, la fisonomía de las modernas tendencias literarias. Cuando hacía el servicio militar escribió su libro *Desde el vivac* (1915), compuesto de impresiones del cuartel y de la vida campesina. De esa época data su evolución por los motivos chilenos. No aguardemos que un extranjero venga a hablarnos de nuestro huaso sobrio y rudo.

Julio Molina Núñez parece entusiasmarse con estos versos lamentables.

*Es el instante criollo y festivo*
*De una muchacha con anca muy gruesa*
*Cuando un pañuelo de rojo muy vivo Flota sobre su huraña cabeza*

Lo popular como un decorado de cartón. La zamacueca como pura impostura y concesión criollista. Zañartu tiene treinta y un años y ya parece viejo.

*Amo esos viejos tiempos de cajas y tambores*
*En que un abuelo mío se decía marqués*
*Y en que se recogían los señores oidores*
*En invierno a las nueve y en verano a las diez.*

El otro poeta es un milico-militar de los verdaderos. En la foto aparece de uniforme, con gorra prusiana, pechera de doble abotonadura y en el cuello una jineta con el número dos. Su cara es alargada como un proyectil, con dos orejas pailonas como espoletas. La boca chica y los ojos claros carecen de expresión.

DAVID BARI
(en Santiago, el 28 de octubre de 1886)

Empezó su carrera literaria en *El Quilapán*, diario de Traiguén, con trabajos de prosa y verso. Ha publicado en el periódico radical *El Coquimbo* de La Serena numerosísimos artículos de carácter literario o político. Mantuvo con otros poetas la revista literaria *Penumbras*, la mejor de su género de las provincias del norte. En varios pueblos ha dictado conferencias sobre educación, psicología y literatura. En los primeros Juegos Florales celebrados en Santiago, el 22 de diciembre de 1914, obtuvo el tercer premio por su poema Salomé, escrito en cuartetos correctos y armoniosos.

El teniente o capitán poeta (Pablo no sabe nada de jinetas y grados) tiene evidente vocación por lo social. De hecho el poema seleccionado se titula «Germinal» y versa sobre un amor campesino.

*Es una tarde pesada En que el sol cayendo a plomo*
*Parece una luz plateada Los altos trigales rubios*
*Con las espigas henchidas Sienten pasar los efluvios*
*Sobre las aguas dormidas*
*El rudo patrón abarca*
*La labor desde el atajo*
*Y todo el peonaje enarca*
*Su dorso sobre el trabajo*
*El lento sudor que brota*
*De la sien que el sol fustiga*
*Va cayendo gota a gota*
*Hasta humedecer la espiga*

No está mal, es sincero y se nota que bebe de buena fuente. Por eso

mismo podría ser el bardo venenoso que anda buscando Pezoa.

Pablo da vueltas las páginas, ve pasar rimas y rostros, se detiene en uno y lo reconoce con una puntada en el pecho. Lánguida, retratada de perfil como una ninfa. En 1917 todavía no se llama Winétt y se escudaba tras un pseudónimo desafortunado: Juana Inés de la Cruz. «Habla a media voz de un romance casi platónico, casi extraterreno», escribe el antologador, es decir, Julio Molina Núñez. «Entraña el germen de un estilo nutrido de expresiones vagas, imprecisas, como la sensación que ella trata de producir de lo misterioso, de lo indefinible».

Pablo rumia de frustración. Quizá Winnét sea la razón por la que sigue soportando la insufrible tutela de su marido, el Hermano Roca. Recuerda con disgusto la cita acordada para esa noche con el resto de la banda en un bar de por ahí. Normalmente iría como los demás siervos, pero algo ha cambiado en él y no son solo sus dos libros publicados, o el apoyo de algunos críticos que con el otro Pablo son despiadados. Tal vez sea el reencuentro con Pezoa lo que le infunde temeridad.

Toma una decisión: no irá. Ya basta, que se joda el Hermano Roca y su lánguida Juana Inés.

El tranvía ha llegado a la estación Mapocho, Pablo cierra el libro y se dirige a la salida con los demás pasajeros. Apenas ha bajado cuando un vozarrón lo interpela desde la vereda.

—¿Me equivoco o no es este el joven, el temucano del que todos hablan? —se pregunta retóricamente el otro Pablo, el detestable.

Pablo hace un gesto de saludo y aferra el libro entre los brazos.

—¿Qué esconde, si se puede saber?

Da un zarpazo con sus manotas de campesino sin tierra y le quita el libro.

—Veo que ha hecho su trabajo —dice examinándolo—. A este exquisito ejemplar le podemos sacar buen precio y darnos un patache. ¿Sí o no, amigo poeta?

Pablo masculla su respuesta. Ya se le ocurrirá algo en el camino.

## La gota que colma el vaso

Hermosilla y Carrasco ya están bastante entonados y deambulan por los salones del club militar comentando la elegancia del mobiliario y la calidad de los cuadros.

—Apuesto a que no sabes quién es este —desafía Carrasco delante de un retrato al óleo.

—¿Por quién me tomas, Negro? Es mi general Baquedano, el conquistador de Lima.

—Parece como si nos estuviera mirando.

El artista retrató al general montado en su famoso caballo Diamante en vísperas de la batalla de Chorrillos. Baquedano sostiene las riendas con la mano derecha, mientras que con la izquierda hace un gesto de autoridad ordenando a sus oficiales detenerse. Tiene al frente un espectáculo magnífico, una ciudad por conquistar y una infantería soberbia que marcha hacia la victoria... y la muerte.

—Ataque de frente, a la chilena... la única maniobra que conocía y que tanto costó en sangre.

—Ejército jamás vencido —musita Carrasco con un dejo de amargura.

Baquedano dejó, además, un triste legado la noche del 29 de agosto de 1891. Era el vicepresidente de la república después de la renuncia de Balmaceda. Su responsabilidad era mantener el orden y la seguridad de la población, pero lo que hizo fue mirar para otro lado mientras turbas organizadas saqueaban cualquier casa o comercio sospechosos de pertenecer a algún balmacedista. Decenas de personas fueron asesinadas mientras el vencedor de Lima, más por viejo pusilánime que por odio político, tomaba el té con sus amigas.

De pronto se escucha un griterío varonil a través del hueco de la escalera. Hermosilla y Carrasco bajan algunos peldaños y observan el espectáculo.

Subido a una mesa, habla un teniente. Es muy joven para parecerse a Lenin y muy flaco para compararlo con Mussolini. Se expresa con

vehemencia crispando los dedos. Sus pares lo aplauden.

Se sube un capitán de rostro delgado y ojos claros. Su nombre es David Bari y ante el silencio solemne de sus compañeros recita un poema de memoria.

*Cuando suene el clarín de la batalla*
*Bastará, Clementina, tu memoria*
*Con altivo y osado corazón*
*Y si el plomo enemigo me derriba*
*Tu nombre solo, fulgido lucero*
*Brotará de mis labios guerreros*

Han llegado algunos oficiales de mayor rango, capitanes, sargentos mayores. Carlos Hermosilla reconoce a Grove y a Ibáñez, masones como él. A Alicia y las chicas de *La Voz Femenina* les interesará saber eso.

Grove se sube a la mesa y se dirige a la improvisada asamblea.

—Señores, camaradas de armas, somos hombres de acción más que de palabras. La prensa de derecha nos halaga como si fueran nuestros padrinos, pero se equivocan rotundamente. Nosotros no somos los salvadores de su causa, somos soldados de Chile, ejemplo de América, y nuestro deber esta noche es actuar unidos.

Con su rostro lampiño y su cráneo en forma de proyectil, Grove tiene algo de profeta. La voz no lo acompaña mucho, pero tiene agallas.

—Como muchos deben saber, anoche concurrí a las tribunas del Senado —prosigue—. Me limité a escuchar, y lo que escuché de los señores senadores me disgustó en extremo. Ese disgusto sigue vigente hoy y más todavía por el anuncio extraoficial de los castigos. Por eso mismo, concurriré una vez más al Senado, como buen soldado dispuesto al sacrificio. El que me quiera seguir, que me siga.

Con Grove arriba, las cosas se aceleran y se dicen por su nombre: habla de *los viejos del Senado* (silbatina), de *la podredumbre de los políticos* (doble silbatina). No hay distinción entre metáfora y literalidad.

—¡Hay que *colgarlos* de los faroles de Santiago, señores! —exclama Marmaduke Grove crispándose su cara de aguilucho con ojos de fuego.

—¡Síííí! —replican los jóvenes tenientes a todo pulmón.

—Lo importante es que nos mantengamos unidos —remata subido sobre una mesa—. ¡Unidos no nos domina nadie!

—¡Unidoooos!

Ibáñez, como si no oyera nada. Otro mayor a quien Hermosilla no conoce (Blanche) aprieta la mandíbula como si asistiera a un baile obsceno. Alguien hace circular el titular del diario *Los Tiempos* y entonces las cosas se salen de su cauce normal.

—¡Que venga el general! —gritan todos—. ¡Que venga el general!

Un teniente de caballería se sube a la misma mesa desde donde habló Marmaduke. Es como oír a un Robespierre en pleno siglo veinte.

—Compañeros, tenemos que pasar ahora mismo a la acción. Si nos van a sancionar, que sea por el país. Solo somos tenientes y necesitamos un líder que nos oriente —se vuelve hacia Ibáñez y lo señala con la palma derecha—. Propongo que mi mayor vaya a buscar a mi general Altamirano al ministerio.

El excapitán Carlos Hermosilla cree reconocer al fogoso chiquillo. Claro que sí, es el pretendiente de la Olguita, la sobrina de su esposa adorada. ¿Esteban se llama? Y tan callado que se veía.

Un capitán dice que todo es una maniobra de la Unión Nacional. Otro lo refuta. Al cabo de una hora, una columna de doscientos oficiales sale del club militar con destino al Congreso.

## Congreso /3

El edificio consta de dos hemiciclos y una sala longitudinal donde las dos cámaras se reúnen para la investidura presidencial y el discurso del 21 de mayo. En cada uno de los cuatro cuadrantes del edificio hay un patio, dos roperos, un lavatorio y una caja de ascensor.

Hay un ambiente extraño en los pasillos alfombrados, como los de un teatro antes de una función. Ni el público ni los actores han llegado aún y los trucos están a la vista, el vestuario y el decorado dispuesto.

Aprovechando la quietud, el diputado Melivilu lleva a Ester Roig a conocer la biblioteca. Es un lugar silencioso, pues son pocos los parlamentarios que concurren a consultar algo. El pasado les importa poco o nada y rara vez lo citan en sus discursos. Pero Francisco Melivilu sí tiene razones para hurgar en las viejas actas de comisión, los planos y levantamientos topográficos en que se selló el despojo. Lo viene haciendo desde que pisó el Congreso y se ha encontrado con grandes sorpresas.

La de ese día es la ausencia del viejo bibliotecario. En su lugar se encuentra el taquígrafo Eduardo Barrios, a quien al parecer han ascendido dentro del escalafón. Se saludan con gélida cortesía y el diputado Melivilu se dirige al fichero.

Busca en el índice las leyes y decretos presentados por el Ministerio de Colonización. De ese ministerio emanan concesiones, asignaciones, comodatos, contratos de arriendo y permutas de tierras. Vastas tierras ocupadas durante siglos y generaciones por pueblos calificados de *salvajes*. Curiosamente los documentos relacionados con el territorio de los antiguos cuatro caciques han desaparecido.

Lo mismo ocurre con la dirección de obras públicas, cuyos archivos se hicieron cenizas en el incendio de 1895. Planos de vías férreas, de la red telegráfica, archivos de puentes y viaductos, todo carbonizado. Después del incendio vino el terremoto y quién sabe cuántos archivos más desaparecieron sin dejar rastro.

Es de notar que durante los años en que el edificio era reparado, el

Senado tuvo que sesionar cerca de allí, en un edificio de la calle Moneda, propiedad de los gremios de la industria y el agro. Los documentos oficiales de esos años se quedaron allí, guardados inocentemente en cajas, y ningún funcionario gubernamental ni miembro del Congreso ha solicitado su devolución.

—¿Por dónde partimos? —pregunta ella.

—Por la provincia de Cautín —responde él.

Eduardo Barrios los observa con una mirada impasible. Es un hombre de unos cuarenta años, frente ancha, bigote tupido y tez muy blanca.

Las paredes de un congreso tienen oídos y ellos lo saben. Francisco Melivilu lleva tres meses aprendiendo y está seguro que los ujieres son en realidad policías, el bibliotecario quizá también y la mitad de los taquígrafos. Pero ¿de cuál policía? ¿Carabineros? ¿Prefectura de Santiago? Hay un límite jurisdiccional poco claro.

Para Ester Roig todo es fascinante: la situación, los militares y sus uniformes germánicos, el diputado Melivilu y su pueblo despojado, pero sobre todo esa biblioteca fantasmal a la que nadie va y donde se esconden los secretos más oscuros del país.

## Al Congreso vamos sí o sí

No soy capaz de aguantar esta espera. Salgo a caminar sin rumbo definido, tan solo para dejar pasar el tiempo. El auto del general Schneider sigue estacionado frente a la casa y con el chofer nos saludamos.

Vivo en un barrio residencial y la tensión es palpable. Pasan autos tocando la bocina y desde las casas se escucha el rumor de radios y televisores. *Las Noticias de Última Hora*, el vespertino vinculado al Partido Socialista, ya da por vencedor a Allende, lo que parece bastante temerario a estas horas de la tarde.

Camino algunas cuadras y hago parar un taxi que baja por Colón. Me deja en el centro, cerca del liceo donde voté por la mañana. Sería interesante ver el escrutinio con mis propios ojos y decido entrar.

Las urnas se están recién abriendo, se cuentan las colillas y los votos por separado, se cuadra y se procede al conteo. La jefa de la mesa conduce el proceso con fluidez. Allende. Alessandri. Alessandri. Se dispara Alessandri. Los resultados se van anotando en una pizarra. Cada candidato tiene su apoderado que sigue el proceso con atención. Alessandri va ganando y sus partidarios celebran. Alguien recuerda que Frei sacó mucho más. Allende resiste. Tomic siempre en cola. Con el paso de los minutos emerge un patrón. Yo observo a un teniente que hace guardia en la entrada del local. Debe tener la misma edad que el teniente Olea en 1924.

Allende. Allende. Tres votos seguidos. Sorpresa, caras de preocupación. En este local antes no pasaba. Es la historia adquiriendo espesor.

Va a ser una elección peleada y el rol del Congreso es seguro.

Hace exactos cuarenta y seis años, a esta misma hora, yo atravesaba las solemnes columnas corintias del Congreso de la república para presenciar un hecho histórico.

El recinto no contaba con ningún tipo de guardia ni control de acceso, uno simplemente entraba. Vi en los pasillos a varios senadores,

algunos me observaron con cierta curiosidad para luego regresar a sus asuntos.

Preguntando llegué a las tribunas.

Me sorprendió lo pequeña que era la sala del Senado, un hemiciclo con treinta y siete escritorios de madera con sus respectivas bancas. Detrás de la testera había una especie de retablo de madera enchapada con un reloj y, encima de este, un cuadro de gran formato de la sesión inaugural del primer Congreso. Dentro de la liturgia republicana, cuadro y reloj parecían cumplir una función simbólica. El cuadro identificaba un origen, una filiación, mientras que el reloj marcaba la temporalidad más bien elástica con que se elaboraban las leyes. El senado literalmente se tomaba *todo el tiempo del mundo* en revisar los proyectos, especialmente si afectaban determinados intereses económicos. Las leyes sociales y laborales presentadas por Alessandri en 1921 seguían juntando telarañas. De la ley de divorcio o la reforma del código civil para dar igualdad a las mujeres, ni hablar.

Los senadores comenzaron a ingresar al hemiciclo y ubicarse en sus escaños. Algunos rostros me eran conocidos por la prensa como Pedro Aguirre Cerda, Enrique Zañartu y Guillermo Bañados, todos ellos ministros de gobierno; en la oposición era muy conocido Ladislao Errázuriz, que había intentado neutralizar el triunfo electoral de Alessandri organizando una ficticia tensión militar con el Perú y Bolivia.

La gran mayoría eran hombres de fortuna y apellido, caballeros de la cuarentena para arriba, directores de bancos, latifundistas. Había también excepciones, un puñado de obreros y artesanos que habían llegado al Congreso y eran hoy los defensores de la dieta, en rigor los únicos que la merecían.

De pronto un caballero con gafas y bigotillo se colocó a la cabeza de la testera e hizo sonar una campanilla.

—En nombre de Dios se abre la sesión. Continúa la discusión del proyecto que concede indemnización por funciones parlamentarias.

Justo en ese momento algo ocurrió en las galerías. Todos los senadores giraron sus cabezas y yo me sentí como si fuera el blanco de sus miradas. El ruido venía desde más arriba. Después se supo que un funcionario del Congreso había engañado a los oficiales diciéndoles

que la galería estaba llena. Si la idea era neutralizarlos, fracasó por completo.

—Prevengo a los asistentes a las galerías que no les está permitido hacer manifestaciones. Si estas se repiten, me veré en la necesidad de hacerlas despejar.

Desde el ángulo en que me encontraba yo no podía ver a los militares, ni ellos a mí. La acústica del recinto permitía escuchar con toda nitidez lo que decían algunos senadores.

—¿Dónde está el ministro Mora? ¡Nos dijo que no tendríamos sables en la sala!

Los incidentes se intensificaron todavía más cuando se escuchó con toda nitidez la voz de un senador.

—¿Qué se han creído estos soldaditos de plomo? ¿Qué hay, cobardes?

Desde la galería un teniente le respondió, también a gritos.

—¡Suba hasta acá y repítalo!

Creí reconocer esa voz, pero luego me dije que no, que no podía ser él. El teniente Esteban Olea no era capaz de hacer algo así de temerario.

Entre los gritos, silbatinas y la campanilla del presidente, la batahola llegó a ser tal que el ministro de Guerra, Gaspar Mora, tuvo que intervenir para calmar los ánimos. Eso lo supe después, porque desde donde yo estaba no podía verlo. Al día siguiente todos los diarios coincidieron en que Mora subió a la galería superior a pedirles a los oficiales que se retiraran de las tribunas, de lo contario la sesión se tendría que suspender y el ejército no se vería bien.

Los tenientes obedecieron y comenzaron a abandonar las galerías. Desde mi pseudoescondite pude escuchar cómo rechinaban los sables en el piso.

Superado el impasse se reanudó la sesión. Los senadores de gobierno votaron a favor de la dieta; los opositores, en contra, declarándolo inconstitucional. La suerte estaba echada. Las siluetas de los primeros senadores seguían congeladas dentro del cuadro, pero las agujas del reloj avanzaban más rápido. No lo sabíamos aún, pero en cuestión de días alcanzarían una velocidad angustiosa.

## Congreso /5

La sala de lectura de la biblioteca da hacia la calle Compañía de Jesús y sus dependencias cubren todo el ángulo con Bandera, donde alguna vez estuvo la iglesia de los jesuitas. El diputado y la periodista hurgan en los ficheros del poder legislativo y consultan algunos archivos. Reciben del inexpresivo Eduardo Barrios la respuesta que el diputado anticipó: no se encuentran, se perdieron en el incendio o en el terremoto.

No hay mucho más que hacer. Regresan al pasillo por donde vinieron y escuchan un rumor de voces desde el ala del Senado. Los honorables ya circulan, señoriales y altivos, en busca de sus escaños para reiniciar la sesión interrumpida la noche anterior por los militares.

Ester Roig conoce el camino y apura el paso, excitada por la perspectiva de un nuevo incidente entre senadores y militares. Pero el diputado Melivilu se queja del frío, necesita recuperar el abrigo que dejó en un ropero ubicado a la izquierda de la sala de lectura. Ester Roig lo sigue, él abre la puerta y antes que ella tenga tiempo de reaccionar, la empuja hacia el interior.

El gesto es brusco sin ser violento, pero a ella le hace recordar los famosos malones del siglo pasado, retratados por la pintura naturalista como esas terribles expediciones de rapiña en las que el cuerpo femenino es el trofeo de caza de los indios. La piel nacarada de las cautivas contrasta con la tez oscura del cacique que las desposa a la fuerza.

La idea le hace gracia hasta que él cierra la puerta tras de sí y la tranca con llave. Luego acalla su protesta llevándose un dedo a los labios.

No, no es lo que ella cree, dice apagando la luz. Es la política, como la definió Maquiavelo. Detrás de los abrigos colgados hay un pequeño espacio en el que caben ambos apretados. Del otro lado de la pared, según explica él en susurros, están los lavatorios y sanitarios donde el

poder legislativo evacúa sus honorables vejigas.

En algún momento de la historia alguien taladró un discreto agujero que facilita el libre tránsito de las palabras.

Dos hombres hablan con el marrueco abierto. No son senadores, pues utilizan la jerga rústica de los chilenos. Uno le ordena al otro cerrar la entrada a la tribuna central *si vienen los milicos*. Cuando salgan hay que hacer lo mismo: dejar abierta una portezuela para que solo puedan pasar de a uno. Y anotar sus nombres, porque el patrón los pedirá.

El diputado y la periodista se miran en la oscuridad del ropero. La proximidad de sus cuerpos resulta turbadora, pero al menos entrega una sensación de seguridad. Todo ocurre tan rápido y es tan absurdo. Ester Roig se cuelga de él y se deja rodear por sus brazos. Del otro lado las palabras se derriten, van muriendo lentamente hasta que solo queda el vapor que sale de sus bocas. El temor de ser descubiertos solo contribuye a aumentar el deseo.

¿Cómo conoce el diputado Melivilu semejante escondite, que es a la vez un muy estratégico punto de observación y escucha? Su explicación es que los mapuche (se dice sin la S, explica) llevan décadas haciendo lo mismo. Son los porteros, los ascensoristas y el señor de la guardarropía. El cocinero que prepara tu cena y el panadero que amasa tu pan. Gente que sabe escuchar y guardar secretos.

Se lo dice desde muy cerca y Ester Roig puede sentir su aliento. El roce es breve y suficiente. O muy largo y prefieren no recodarlo.

De pronto ella siente algo frío en la espalda. Lo palpa con las manos y se encuentra con una cerradura.

Él no la había reparado y se pregunta hacia dónde llevará. Imposible saberlo sin la llave. El edificio tiene tal número de secretos que, según el diputado Melivilu, para conocerlos a cabalidad hacen falta años.

Salen disimuladamente arreglándose la ropa y regresan al pasillo como una pareja más de inocentes ciudadanos. Se encuentran de frente con una verdadera marea de uniformados que avanzan en su contra, con tal ímpetu que deben hacerse a un lado para no ser arrollados por el tren de la historia.

## Club militar /3

Ningún periodista de esos días usó el término «ruido de sables», una traducción literal de la expresión inglesa *sabre-rattling*. Según el diccionario de Oxford: «Te display or threat of military force».

Esta «exhibición o amenaza de la fuerza militar» era simbólica en grado máximo; no consistía en armas de fuego como las utilizadas en la escuela Santa María de Iquique contra los trabajadores y sus familias. Su único elemento de presión era un sable que cada oficial estaba autorizado a utilizar solo en desfiles, bodas y actos oficiales determinados por la autoridad como la parada militar del 19 de septiembre, día de las Glorias del Ejército.

¿Qué heridas podía causar un sable ornamental? Heridas punzantes en circunstancias concretas, utilizado con la debida presión y en ángulos específicos como los de un vampiro al morder a su víctima. La vida de los senadores, en estricto sentido, nunca fue objeto de presión como eran cada cierto tiempo las vidas de los obreros y sus familias durante las huelgas.

El único que lo habría pasado mal esa noche y experimentado en carne propia la fuerza bruta militar fue un portero del Congreso, que en realidad era un agente de la policía.

Según una versión, la salida de calle Catedral estaba cerrada y los doscientos oficiales tuvieron que pasar de a uno por una estrecha portezuela que daba a la calle Compañía de Jesús. El policía de paisano les iba preguntando el nombre y los primeros obedecieron, hasta que le tocó su turno al teniente Alejandro Lazo.

—¡El sapo, el sapo! ¡Aquí está el sapo! —comenzó a gritar.

Sus compañeros Bravo, Olea y algunos más rodearon al pseudoportero y comenzaron a zamarrearlo, lo levantaron en vilo como si fuera un muñeco de trapo y lo llevaron a través de los jardines del Congreso. El pobre daba manotazos desesperados intentando liberarse.

—¡Fuera con el sapooo!

En esa misma versión, lo sacaron y arrojaron como un saco de papas a un coche estacionado en la calle. Luego Lazo desenvainó su sable y dio un par de golpes en la grupa del caballo, demostrando que para algo servían además de meter ruido. El coche con el agente noqueado habría echado a correr rumbo a la plaza de Armas. Según se dijo en algunos círculos, terminó chocando contra una jardinera y volcándose junto con su ocupante.

Había nacido un mito urbano con dos versiones que solo difieren en algunos detalles y en el nombre del protagonista. La versión de Olea es más anodina: al agente simplemente lo sacan a empellones de la puerta y los tenientes levantan el pestillo. La puerta se ensancha y todos los militares salen como un tropel enardecido tras haber defendido el honor militar y hecho saber su disgusto con la dieta parlamentaria.

Otro aspecto nunca confirmado de aquella noche, la del *segundo ruido de sables*, fue el rol desempeñado por Ibáñez. Hay quienes dijeron haberlo visto frente a la Casa Colorada; otros, como el teniente Esteban Olea, sostendrían que estaba en la plazoleta del teatro, saludando lenta y ceremoniosamente a sus oficiales de caballería. Su presencia o ausencia de las tribunas del Senado nunca pudo ser confirmada (ni desmentida). Ibáñez es así: un fantasma que está sin estar y que, como san Francisco de Asís, tiene el don de estar en dos lugares *al mismo tiempo*.

El que sí estuvo carnalmente en las tribunas del Congreso durante las dos noches consecutivas fue Marmaduke Grove. Con él entabla conversación el excapitán Carlos Hermosilla en calidad de *querido hermano*, susurrado casi a través del éter, a través de gestos codificados y explicaciones del estilo:

—Estábamos con mi compadre cuando comenzó la trifulca.

—Algo nunca visto —acota Carrasco—, tanta juventud, impresionante.

—Es un momento histórico —Grove declara en majestuoso diapasón.

El excapitán Carlos Hermosilla se atrevió a bajar por la escalera con su compadre, dándose ánimo los dos. Estaba un tanto ebrio, pero le dio lo mismo. La manga vacía es su medalla de honor y algunos

tenientes lo observan, se hacen a un lado con respeto, quizá confundiéndolo con un veterano del 79.

Grove lo reconoce, lo saluda por su nombre y lo presenta a los oficiales como un *veterano de dos guerras*, condición que Carlos Hermosilla no desmiente.

Ibáñez es otra cosa. Ibáñez no hace contacto visual con Carlos Hermosilla. Lo estudia. Ibáñez es de Talca, igual que Dartnell.

—Aquí hay demasiada gente de Talca —se quejará Blanche años más tarde, en privado.

Grove es vehemente y viene de Copiapó. Es la provincia la que ronca a través de ellos. Cada teniente haciendo declaraciones es un proyectil y ellos representan al país profundo.

Carlos Hermosilla es un contratista del ejército y no debiera estar ahí, pero está y no se inhibe, confraterniza, escucha y ve. Ibáñez observa desde lejos, con un cigarrillo entre los dedos. Un mayordomo avisa que ya cierran la cocina y la barra.

## Calle Nueva York /1

Las únicas procesiones nocturnas que conoce la ciudad son los funerales de bomberos. Los transeúntes asisten perplejos al paso de la insólita columna de uniformados que marchan por la calle Compañía de Jesús. Parecen venir de una fiesta o de un torneo deportivo. Desde un edificio ubicado en la calle Agustinas, frente al Ministerio de Guerra, un hombre los observa con devota atención.

Es bajo y calvo, de un aspecto poco agraciado y que recuerda a un batracio. Se llama Conrado Ríos Gallardo y a su alrededor los reporteros ultiman sus crónicas, los tipógrafos comienzan a armar los primeros artículos terminados, en fotografía se revelan los últimos negativos que ilustrarán las páginas de la edición del día siguiente. Conrado Ríos Gallardo observa la procesión de los tenientes y siente vibrar el corazón: ve en ellos una oportunidad de salir de su mediocridad.

Todos los editores de prensa de la capital están en la misma situación. Silva Vildósola en *El Mercurio*, Dávila en *La Nación*, Gumucio en *El Diario Ilustrado*: buscando senadores y ministros en los pasillos del Congreso o en los salones del Club de la República y del Club de la Unión para explicar lo sucedido.

El terremoto tiene epicentro en el poder legislativo y sus réplicas se extenderán durante días, con consecuencias imprevisibles para el país. La gran pregunta es quién lidera el movimiento, quién lo ha instigado y cuál es su propósito.

Las noticias y los rumores corren rápido en aquellas pocas cuadras. El palacio de gobierno, el congreso y los tribunales forman un triángulo. La transmisión oral de la noticia se hace de boca en boca, a través de los mil y pocos teléfonos que hay en toda la ciudad y un número similar de aparatos de radiotelefonía, como se conoce entonces la tecnología que promete proporcionar entretención y noticias directamente al hogar.

Los medios son todavía modestos y hay pocas estaciones

transmitiendo a esa hora. Una de ellas es *Radio Chilena*, cuyo responsable se llama Enrique Sazié Herrera.

Es un hombre alto y macizo que trabajaba hasta hace poco en el laboratorio de electrotecnia de la Universidad de Chile. Gracias a tres tubos de cincuenta watts donados por el batallón de telecomunicaciones del ejército, más el ingenio de Sazié para conectar cables y aparatos diversos (un auricular marca Ericsson y la bocina de una vitrola Pathé), tuvo lugar una primera transmisión radiotelefónica del país. Esa tarde un tenor cantó una romanza, una soprano el Ave María de Gounod, se leyeron poemas y discursos que viajaron sobre las ondas electromagnéticas desde la Universidad de Chile hasta el hall de *El Mercurio*.

Han pasado dos años desde entonces y el experimento se ha transformado en la Chile Radio Company, una empresa con socios capitalistas que esperan algún día cosechar las enormes ganancias que promete la nueva tecnología. Todas las tardes Sazié se dirige hacia el barrio de la bolsa, ingresa al edificio Ariztía y sube en el ascensor hasta el torreón del último piso, donde está ubicado el pequeño estudio y emplazada la antena.

Una cortina roja separa a Sazié de los locutores y músicos. Amplificadores marca Telefunken, micrófonos de carbono General Electric y moduladores Marconi conviven con instrumentos musicales, herramientas, cables y objetos de la más diversa índole para crear *efectos especiales*. Faltan décadas para el uso de material grabado, de modo que todo se hace en vivo.

Esa noche están en el estudio el director musical Roberto Retes, los músicos Cherniac y Cerutti y las cantantes Amalia del Valle y Amelia Palma. Se encuentran allí para representar una zarzuela, *El puñao de rosas*, listos cada uno frente al micrófono a la espera de la señal de Sazié para dar inicio a la emisión.

Justo en ese momento ingresa Jorge Quinteros Tricot, quien oficia simultáneamente de cantante y locutor. Le susurra a Sazié algo en el oído y le señala un papel escrito a máquina.

Los músicos se miran inquietos.

—Tenemos que anunciar una noticia urgente —les explica Quinteros.

La palabra *urgencia* suele estar relacionada con calamidades, incendios o accidentes de circulación. Esa noche, sin embargo, la urgencia tiene otra naturaleza.

Sazié sugiere comenzar normalmente con la zarzuela y dar la noticia en el intermedio y de a poco, de manera de captar la atención de los auditores. Algo le dice a Sazié que aquella noticia tendrá cola por varios días. La radio podría adelantarse a los diarios en inmediatez y mantener a los auditores informados.

Quinteros está de acuerdo y esperará con paciencia a que cantantes y músicos hagan su trabajo.

Recién terminado el primer cuadro de *El puñao de rosas*, los auditores escucharán su voz grave y modulada anunciar que, por segunda noche consecutiva, un nutrido grupo de militares ha concurrido al Senado de la república para manifestar su patriótico malestar frente a la tramitación del proyecto de ley de dieta parlamentaria.

El hecho ha causado honda preocupación en círculos políticos y se espera para mañana temprano la reacción de S.E., el presidente de la república don Arturo Alessandri Palma.

—Seguiremos informando a nuestros auditores el día de mañana todas las alternativas y novedades de este acontecimiento —anuncia Jorge Quinteros Tricot—. A continuación, queridos auditores, el último cuadro de la esperada zarzuela *El puñao de rosas*.

Todavía se desconoce el concepto de *noticia en desarrollo*. Pero está ocurriendo y los pocos auditores que tiene *Radio Chilena* en el centro de la ciudad se irán a dormir más informados que el resto. Al día siguiente presumirán de ello y tendrá el aparato encendido, a la espera de novedades. Invitarán a vecinos y conocidos y la audiencia se excitará todavía más.

## El fantasma de Balmaceda

El fantasma de José Manuel Balmaceda está de regreso en La Moneda, transparente e incoloro, invocado desde las regiones que nadie conoce por la intensidad de los hechos. Los ministros reunidos una vez más repiten su nombre, lo usan como ejemplo. Pobre Balmaceda, dicen. *Tan triste lo que le sucedió*. No podemos cometer sus mismos errores. ¿Cómo no fue capaz de verlo? ¿Cómo no lo supo evitar? Balmaceda los escucha y sonríe.

Su sucesor, Arturo Fortunato Alessandri Palma, está en problemas. Es un hombre que siempre ha creído en su suerte y en el efecto que provocan sus palabras, pero las fuerzas que él mismo puso en marcha se están volviendo en su contra, por acción o indiferencia. Su chusma querida quiere pan, techo y abrigo, los militares sus ascensos y sus sueldos al día. La oposición conservadora, la Iglesia, los banqueros, desean la cabeza de Alessandri en un plato.

Nadie sabe con qué fuerzas cuenta el gobierno constituido en caso de un cara a cara. Carabineros y policías no son suficientes ante un ejército regular, pero bastaría un movimiento rápido para detener a los tenientes rebeldes. ¿Cuántos son? ¿Cincuenta, cien? Que Julio Bustamante disponga de sus mejores hombres. Alessandri duda.

La marina tiene fuerza propia y representa una interrogante. En el pasado los marinos patearon el tablero y su sola mención hace que Balmaceda, hombre muy contenido en vida, arisque la nariz en un gesto de desagrado profundo. Hay que sondear la lealtad de la marina, pero no será fácil. El secretario Vital Guzmán no logra comunicarse con Valparaíso y no es la primera vez que el teléfono falla.

La batalla de las comunicaciones ya está en marcha y todo telegrama o llamada que salga del palacio será interrumpido o interceptado. No hace falta ni decirlo, de modo que Alessandri y Aguirre Cerda concuerdan en enviar al señor Espinosa, taquígrafo de La Moneda, en un tren especial a Valparaíso con un mensaje confidencial para el almirante Nef.

Los marinos no son de fiar, pero tampoco se les puede dejar de lado. Sus filiaciones son conocidas, la mayoría son liberales, pero los hay también masones y ultraconservadores. No hay tiempo que perder, una señal concreta de adhesión por parte de la escuadra lograría bajar la fiebre en muchos jovenzuelos de uniforme.

Balmaceda ya ha vivido todo aquello y pierde el interés. Se pasea por los despachos, lee cartas y memorándums, flota sobre los pasillos y los mira con tristeza. Va dejando un halo de tragedia que no alcanza a fijarse en los muebles, porque han pasado más de tres décadas desde su muerte. El espíritu de los tiempos es otro, el de la comedia. La gente quiere reír y Chaplin se encarga de eso. Hay toda una industria de imágenes en movimiento y son rápidas, cómicas, vertiginosas persecuciones en auto, en tren, en aviones. Nada mejor que un tortazo, un pastelazo, alguien que pisa una cáscara de plátano y se cae. Nada más chistoso que un hombre gordo aterrizando con el trasero.

La radiotelefonía promete cambiar todo en materia de entretención e información. Todavía es una promesa, pero en la calle Nueva York, frente a la bolsa, hay una tienda en cuya vitrina se exhiben los últimos aparatos marca Philco, General Electric y Grebe. El dueño de la tienda es el *Signor* L. Ferrari y hace despachos a provincia contra reembolso.

El aparato marca Grebe es especialmente vistoso, pues simula ser un caja china de falsa caoba rojiza (en realidad es de baquelita), con botones y diales lacados para la sintonización, el volumen y tono de la recepción. Dentro de la caja están los tubos y los condensadores y los cables a la vista. Para oír se debe conectar la caja a un amplificador de gramófono, ese dispositivo tan típico de los salones burgueses, parecido a la boca de una tuba o a una gigantesca flor de metal.

El sonido de la radio es un poco metálico y rústico. Se trata de un artificio; se parece tanto a lo que una persona escucha *directamente* con sus oídos como las imágenes del cine a lo que perciben los ojos. El resto lo hace el cerebro juntando un fotograma con otro, una frecuencia que parece la voz humana, pero solo es su captura.

Pese a la precariedad del artilugio, detrás de él hay importantes sumas de capital. Cada aparato es caro de producir y comercializar, y la red emisora está en pañales. Lo bueno es que hay una crisis política y una necesidad de información.

Avisado por un pajarito de que *Radio Chilena* está transmitiendo boletines noticiosos, signor Ferrari sube el volumen de la Grebe al máximo. Se escucha una voz masculina que rebalsa hacia la calle y atrae a los primeros curiosos. Se forma un pequeño público, el primero desde que signor Ferrari abrió la tienda.

*Gran expectación ha causado en la ciudadanía la vistosa presencia de un centenar de tenientes en el Congreso Nacional*.

La antena transmisora de *Radio Chilena* está a pocos metros, en la azotea del edificio Ariztía. Los músicos y cantantes están trabajando horas extras y el locutor Jorge Quinteros Tricot no ha parado en toda la mañana. ¿Quién escribe los comunicados si *Radio Chilena* no tiene departamento de prensa? Nadie lo sabe y a nadie le importa. Lo nuevo es que está llegando información por otro canal y a la gente le gusta. Signor Ferrari nota el interés, responde las preguntas, entrega su tarjeta y apuesta a que los pedidos irán en aumento.

En el club militar ha aparecido también un aparato de radio, un Grebe Synchophase MU1 idéntico al que exhibe signor Ferrari en su vitrina de la calle Nueva York. No está allí por arte de magia, sino porque alguien decidió comprarlo. Es de público conocimiento que el ejército ha sido una institución pionera en muchas materias, como la aviación y la radiotelefonía sin ir más lejos. La voz del locutor Jorge Quinteros Tricot sigue viajando a través del éter.

*La decisión de imponer castigos en contra de los oficiales fue anunciada y luego desmentida por el gobierno. Y ahora, estimados auditores, seguimos con nuestra zarzuela del día*.

Balmaceda no puede escuchar las señales de radio. Su ser translúcido y monocromático se mueve en un plano distinto. Trae consigo una advertencia que Arturo Fortunato Alessandri intenta aplicar en el mundo de los vivos: *hay que tener a los amigos cerca, pero a los enemigos más cerca aún*.

## Estación Mapocho /2

A esa misma hora, hacia el norte, en un tugurio cercano a la estación Mapocho, el ciudadano Carlos Díaz Loyola encara a tres muchachones de provincia con pretensiones poéticas. Son sus *seguidores*, uno de los cuales eligió el mismo pseudónimo que él: Pablo.

Este joven Pablo acaba de publicar su segundo libro de poesía. Pablo el Mayor todavía no pasa del primero. Pero es diez años mayor que ellos y les da consejos, les consigue trabajitos, les presta libros con las páginas sueltas y resecas, los instruye en la lectura del *Cantar de los cantares* y de Walt Whitman. Por estos favores se siente con el derecho de cobrarles un gravamen variable cual señor feudal.

—¿Quieren su casita honorable en los suburbios? —los fustiga—. ¡Trabajen entonces, carajo!, ¡trabajen por la belleza!

Por trabajo el Hermano Roca entiende servidumbre hacia él. Su ira va en aumento y los trata con dureza, los moteja de *gusanos de la imbecilidad*, *onanistas del verbo, hediondos a provincia y a semen.* La diatriba sube de tono y ellos se empequeñecen como niños. El único que ha traído algo digno de aquel Saturno ebrio y sediento de sangre es el joven Pablo.

—La gran antología en la que ustedes nunca estarán porque son malos y porque no habrá una segunda —dice dando vuelta las páginas —. Le podemos sacar buen precio en las librerías de la calle San Diego.

En cada encuentro se reproduce la misma rutina. Pablo el Mayor los increpa, los escucha, los aprueba y los reprueba, los tacha de poetas pestíferos, aficionados, si solo pudieran oler la saliva que les sale de la jeta. De a poco, mientras más extremo el insulto, la ira amaina y la voz del Hermano Roca desciende hasta asumir una cadencia casi pastoril.

—Bueno, bueno, niños, nadie es perfecto. Además, están pasando muchas cosas, cosas que cubren el diapasón completo de la vida. Nacimiento, florecimiento, decadencia, muerte. ¿Vieron a los militares con sus uniformes apolillados? ¿Los vieron entrar y salir de la guarida de los ladrones? Entraron puros, salieron cambiados, enceguecidos,

ebrios de gloria. Los conozco porque mi suegro es militar. Ahora llevarán a la tribu al despeñadero de la gula y del militarismo militaroide podrido, *pobre patria*.

Pablo el Mayor deja la frase inconclusa y se pone de pie aduciendo un llamado de la vejiga. Pablo el Joven observa el ejemplar de *Selva Lírica* como si fuera un cordero en el altar de un dios sanguinario.

Ha llegado la hora de librarse del yugo opresor. Por algunos segundos contemplan la alternativa de irse de a uno dejando la cuenta impaga, pero Pablo propone enfrentar juntos al Urano de Licantén y emascularlo de una vez por todas, simbólicamente hablando, por cierto.

—Ya basta —masculla—. No lo soporto más.

Y les propone actuar de inmediato, en conjunto.

Bajan al baño en sigilo, como pervertidos. De la verga fundadora brotan piedras y espinas, un río úrico con la forma de Chile. Los discípulos se acercan por detrás. Pablo se aclara la garganta:

—Ciudadano Carlos Díaz Loyola, hemos sido informados de que tiene usted cuentas pendientes con la poesía. Queda usted en calidad de detenido por la policía del buen gusto.

Pablo el Mayor se da vuelta y antes que pueda reaccionar recibe un puñetazo en plena quijada. Cae como un viejo buey sobre el mingitorio hediondo y se golpea la cabeza.

Pablo el Joven se sacude también de dolor; sus nudillos sangran igual que la nariz enorme, vapuleada a traición, del Hermano Roca, el *primus inter pares* del expresionismo maulino.

Los otros dos aspirantes a poetas descargan también sus resentimientos: aplicado el castigo, proceden a retirarse. Entre todos pagan la cuenta. Antes de irse, Pablo recoge el libro y se lo guarda debajo de su capa de ferroviario.

## Cadena de mando

El club militar se empieza a transformar en una caótica central de inteligencia. No hay un mando único, ni lineamientos, solo excitación juvenil y ausencia de autoridad. Por eso mismo se abren canales en todas las direcciones: hijos de las logias, amigos de amigos de diputados de la oposición católica, amigos del hombre de la cabeza cuadrada o de los hijos del propio presidente Alessandri. No es una conspiración sino varias, simultáneas, descoordinadas.

Cada teniente y capitán trae su propio rumor, con su contenido variable de ficción y realidad. Unos dicen que Aguirre Cerda está organizando a un grupo de policías y carabineros para tomarlos presos a todos. Según otra versión, el gabinete ha preparado un plan para atacar con los marinos. Un teniente escuchó de una telefonista amiga que La Moneda está llamando constantemente a Talcahuano.

Todos estos puntos de fricción hacen renacer el espíritu guerrero. Vuelve la emoción apremiante del fuerte asediado y algunos caen en cuenta de que nadie porta armas. Muchos oficiales ocultan su alivio y un subteniente de ingenieros afirma tener preparada una bomba de gelignita, en caso de que vengan a atacarlos.

El paso del tiempo agota el tabaco, la tensión lleva a muchos a pedir fiado en el bar. A las diez de la noche se escuchan voces en la entrada. Una figura alta, casi imperial, entra en el club escoltada por el mayor Ibáñez.

—¡El general! ¡Ha llegado el general!

Ha vuelto el padre, el representante de la autoridad constituida. Es un gran logro y un reconocimiento: el movimiento *existe* y la más alta autoridad del propio ejército le está dando certificado de nacimiento.

—¡Viva el general! —grita alguien—. ¡Viva el salvador de Chile!

El estado de agitación de la oficialidad es tal que el general Luis Altamirano Talavera solo tendría que hacer un gesto con su mano derecha para que lo llevaran en andas hacia La Moneda.

—¡Viva! ¡Viva el general! —se multiplican las voces.

Altamirano no es una estrella de Hollywood. No lee libros de historia ni va al teatro. Sin mirar a nadie ni acariciar a la criatura vigorosa, peluda y sumisa que tiene delante, se limita a levantar el brazo solicitando silencio en el auditorio.

—Señores, por favor... Primero que nada quiero señalar que me siento muy emocionado por el llamado que me han hecho por intermedio del mayor Ibáñez.

Aplausos. Nuevos vítores. Durante algunos segundos se le ve incómodo, luego recupera el hilo del discurso que trae de memoria en la cabeza.

—En esta casa que es la mía y la de ustedes deseo ser fiel al espíritu de camaradería y unidad que existe hoy en las filas del ejército. Las circunstancias no son las más felices, pero como la hora no está para discursos, seré muy breve: apruebo la confraternización entre los tenientes y los capitanes.

El teniente Esteban Olea está a pocos pasos de ahí, escuchando con los ojos muy abiertos y el corazón palpitando. Al excapitán Carlos Hermosilla las palabras de Altamirano le llegan por la caja de la escalera, levemente distorsionadas, pero lo suficientemente claras en su sentido. El ejército, partiendo por su oficial de más alta graduación, está deliberando.

—Esta mañana dije en La Moneda que la intranquilidad y el pensamiento de los oficiales traducen un sentimiento unánime en todo el ejército. Estamos descontentos por su situación institucional, que ya no da para más, así como por la marcha general del país.

Los tenientes y capitanes aplauden con entusiasmo. Delante de ellos hay un asomo de líder que les habla y los comprende, que sella y legitima lo que están haciendo.

—Reitero que ni el presidente de la república ni yo impondremos ni toleraremos sanciones y castigos contra nadie. Estimo, a título personal, que se trató de un gesto patriótico que no merece reconvención de ninguna especie. Adhiero, una vez más, al sentimiento de unidad que impera entre tenientes y capitanes.

De pronto el general se interrumpe, parece que va a decir algo, pero se arrepiente.

—Señores, buenas noches.

Ni los aplausos ni los vítores logran retener a Altamirano en el club. No dará órdenes ni asignará responsabilidades. El salvador de Chile se quiere ir a dormir.

El teniente Olea se mira decepcionado con sus compañeros. Ibáñez se encoge de hombros como diciendo «hice lo que me pidieron».

Después de su breve alocución, el general Luis Altamirano Talavera abandona el club militar. En la plazoleta del Teatro Municipal hay decenas de curiosos y varios agentes de Julio Bustamante. Alguien grita: ¡Muera Alessandri! Otros, no muchos, lo repiten.

Altamirano no es una persona espontánea. La mayor parte de los hombres de su generación y posición social tampoco lo son. El carisma es un don escaso. El general Altamirano observa a los curiosos, se lleva la mano a la visera en señal de saludo y aborda ceremoniosamente el coche que se lo lleva de regreso a su hogar.

## El uniforme como ornamento

Después de varias horas de espera, las radios comienzan a transmitir los primeros resultados. *Radio Chilena*, la misma que en 1924 transmitía comunicados del comité militar entre zarzuelas, tangos y foxtrots, ahora pertenece al arzobispado. Sus primeras cifras dan una ventaja parcial al candidato socialcristiano Tomic. En *Radio Agricultura* la ventaja corresponde a Alessandri hijo. Son apenas sondeos, el resultado definitivo se sabrá más tarde, pero se anticipa estrecho. No habrá mayoría absoluta y el Congreso deberá ratificar al nuevo presidente.

Mi teléfono no para de sonar. Amigos, parientes, colegas están prematuramente felices, ansiosos o anticipadamente aterrados. Las estaciones de radio y los canales de televisión comienzan a mostrar una tendencia favorable a Salvador Allende, la misma que vi durante el escrutinio como derrota estrecha de la izquierda en un local de votación donde antes la humillaban.

A todos, amigos y parientes de distintas tendencias, los trato de calmar recordándoles que los militares son los garantes de todo el proceso, que no podrán desconocer el resultado electoral ni tampoco permitirán que se desborde. Algunos me dicen ingenua, otros callan, pero creo saber de lo que hablo porque lo viví antes.

En 1924 el ejército lo dirigían hombres como Luis Altamirano Talavera. Aquella noche de hace cuarenta y seis años, cuando los tenientes y capitanes lo vitoreaban en el club militar como salvador de la patria, solo atinó a decir un par de palabras de buena crianza para luego largarse.

Altamirano estaba mostrando un patrón que él mismo repetiría durante días y semanas, hasta provocar su perdición. Solo supo dar señales equívocas. Impuntual, escurridizo, prometió cosas distintas según quien tenía por delante. Pero esa noche, la del 4 de septiembre, era el Gran César. Así saldría en todos los medios gráficos: retratado con su pecho erguido y decorado de medallas. Dibujado en caricaturas,

escoltando del brazo a una república simbolizada como mujer carnosa y sensual.

Por algún motivo este Salvador no cuajó en el pueblo, no se hizo uno con la nación. En sus posturas, ahora que las veo en los recortes de prensa de la época, hay algo incluso cómico. Sus bigotes pasados de moda, sus frases rimbombantes y vacías. Se toma muy en serio, es campechano y revelará más tarde ser bastante tonto, pero nunca cruel.

Otros protagonistas de 1924 tienen un perfil parecido. Escuché de varios de los protagonistas que Pedro Pablo Dartnell, el comandante de la guarnición, era un hombre de día y otro de noche. Calvo como un huevo, con unos ojos que eran ranuras horizontales sobre una superficie lampiña, Dartnell jamás pronunciaba una idea. Hablaba desde la experiencia, era lúcido y práctico en la mañana, pero en el camino se transformaba. Dicen que era el vino y no me sorprende. En provincias el militar es autoridad junto con el carabinero, el juez, el profesor y el sacerdote, y todos *se juntan a chupar*. Los buenos prostíbulos prosperan, los huachos se esparcen.

Hay cosas que no se decían o se murmuraban bajo cuerda. El alcoholismo y la violencia en los hogares, la responsabilidad de los militares en actos de corrupción, en crímenes y homicidios perpetrados bajo órdenes ambiguas de la autoridad civil. En el ocultamiento de pruebas de esos delitos, como la inhumación ilegal y la falsificación de instrumento público. Una y otra vez. Valparaíso y Santiago en 1905, Antofagasta en 1906, Iquique el año 7. Puerto Natales el 20 y San Gregorio el 21. Año tras año tras año de sangre y atropello impune.

Los propios militares lo pasaban mal con todo aquello. Corroídos por la culpa se mataban tomando, apostando, disparándose en la boca. En cualquier momento los podía emboscar un pariente, hermano o hijo de alguna víctima de la violencia militar, como el coronel en retiro Roberto Silva Renard, el que dio la orden de ametrallar en Iquique. Fue acuchillado a la salida de las fábricas y maestranzas del ejército. Menos grave fue la experiencia del general Luis Brieba, atacado por un grupo de muchachones al llegar a su hogar. Según las publicaciones de la época se defendió, pero los atacantes eran tantos y él tan viejo que resultó magullado.

En 1924 no se hablaba de la fortuna personal de Altamirano, ningún periódico buscaba conectar contratistas con funcionarios y personal activo del ejército. Tampoco los vínculos de Blanche con el Partido Conservador, o los de Ibáñez y Grove con la masonería. Que dentro de la propia masonería hubiera corrientes enfrentadas solo lo sugirió alguna vez y de paso el vespertino *Los Tiempos*.

Los detalles más sabrosos de las conspiraciones del 24 se conocerían después, a través de libros que fueron publicando algunos de sus protagonistas años más tarde.

Uno de ellos fue el de Arturo Ahumada Bascuñán, coronel y director de la escuela militar. Tres años después publicó un pequeño volumen titulado *El Ejército y la Revolución de 1924*, en el que desclasifica conversaciones y situaciones complejas, algunas al borde de lo implausible, con los protagonistas reconocibles aunque identificados tan solo por la letra inicial del apellido.

En la otra orilla está *La Tiranía en Chile*, publicada en Buenos Aires en 1931 por Carlos Vicuña Fuentes. Solidario y expuesto abogado pro bono de líderes obreros, perseguidos políticos, víctimas varias de la violencia estatal, no obstante un narcisista de cuidado, Vicuña no aporta pruebas, pero tampoco ahorra adjetivos. ¿Es homosexual el presidente del Senado? ¿Pedro Aguirre Cerda un cobarde? ¿Dartnell un borracho y Altamirano un corrupto desvergonzado y tonto de capirote?

Hay coincidencia entre todos los protagonistas y comentaristas en que Bartolomé Blanche era un sujeto de otra calaña, austero, riguroso y severo, pero también estético y vanidoso. Le encantaba posar con la gorra ladeada hacia la derecha. En 1924 era uno de los pocos comandantes de la guarnición que se desplazaba en automóvil, con un chofer y un ayudante que tomaba nota de todo lo que Blanche dijera e hiciera.

Ese muchacho era hijo de un médico militar y fue un testigo privilegiado (y a la vez parcial) de los hechos. Hoy es un septuagenario igual que yo. Se llama Raúl Aldunate Philips y acaba de publicar un libro titulado *Ruido de sables* (1970) con prólogo del propio Blanche. Quizá yo debiera hacer lo mismo.

Aldunate, Aldunatillo, tal vez a él se refiere Neruda en *Canto general*:

*(conquistador de*
*revistas con manos ajenas,*
*con manos que mataron indios),*
*el Teniente cursi, el Mayor*
*Negocio, el que compra*
*letras y se estima letrado, compra*
*sable y se cree soldado,*
*pero no puede comprar pureza*
*y escupe entonces como víbora*.

Por supuesto, tengo todos estos libros guardados en cajas, juntando humedad y llenándose de hongos. Abro uno y veo algo que se mueve entre las letras. Es un araña y acaba de morir aplastada.

## Camaradas poetas

La crisis ya rebasó los horarios normales, el trabajo legislativo y administrativo. La ciudad entera está encendida, excitada, comentando lo que publicaron los diarios esa mañana y lo que se sabe por la noche. Los bares se llenan, los funcionarios llegan más tarde a sus hogares. Hay más público en las cafeterías y el teatro. Los quioscos de la Alameda ahora sí parecen casinos y se vende alcohol a destajo.

En uno de ellos un grupo de estudiantes beben directo de una botella que pasa de mano en mano. Para Neftalí, estudiante del Instituto Pedagógico y eventual profesor de francés, la crisis es maná que cae del cielo, una revolución de lirismo e intensidad que acelera su transformación definitiva en Pablo.

Emancipado varón, acaba de destronar al padre putativo, el autodenominado Hermano Roca, el dispéptico Loyola y su fétida altivez maulina. Va con su banda negra esparciendo su propia leyenda por los bares de Mapocho y en los quioscos oscuros de la Alameda leyendo trozos de *Selva Lírica* al azar. Esa noche, segunda de la crisis de septiembre, se les unen chiquillas de la universidad popular.

El joven Neruda está rodeado por compinches que celebran su salmodia, elogian la originalidad de su vestimenta y lo respaldan en su guerra de independencia en contra del Hermano Roca. Respecto de la crisis política no podrían estar más excitados.

La lenta caída de Alessandri, a quien desprecian junto con todos los políticos burgueses, es el punto de partida de una revolución de la vida, la explosión generacional que Pablo y compañía vienen anticipando desde las páginas de la revista *Claridad* y en sus noches de peregrinación. *Aquello tan rápido, tan viviente, inmóvil sin embargo como la polea loca en sí misma, esas ruedas de los motores, en fin*.

Los motores son todo, las poleas, los engranajes, los hombres que hacen funcionar todas esas máquinas enormes, los estibadores, los ferrocarrileros como su padre despótico, los mineros, el salitre y el carbón. La fuerza viril y la receptividad de la mujer, en eterna

interacción cósmica. Eso piensa a los veinte años el joven Pablo, ya mimado por la crítica, ya celebrado por las musas, eso siente cada vez que vuelve solo a su camastro de provinciano pobre, intelectualoide, y ve su pantalón hincharse con una erección.

*Oh dama sin corazón, hija del hielo*
*Auxíliame en esta solitaria hora...*

Después de exigir satisfacción al Hermano Roca en una letrina, después de semanas y meses de cruel sumisión, el joven Pablo se siente reivindicado, liberado. Tiene dos libros publicados y una novia nueva cada vez que recita. La universidad popular hierve de chicas lindas y frescas, apasionadas por ser las primeras en aprender. Chile florece en primavera. Se hunde, se transforma en carrusel.

Años después será parco en detalles sobre esos meses de república militar. Al joven sureño los uniformes lo estimulan y lo atemorizan, lo repelen como las sotanas y todas las figuras de autoridad. Él es una mosca de la federación de estudiantes, pacifista de corazón, cobarde épico, concursante de juegos florales, picaflor desorientado.

*Yo hago la noche del soldado*, escribe en un cuaderno pensando no en los oficiales reunidos en el club militar, golpistas e idealistas, orgullosos del uniforme prusiano, sino en su ser del futuro. Su ansia del momento es viajar, abandonar el terruño a bordo de un barco y no volver nunca más, o ya viejo después de haber besado y comido a la sombra de los cocoteros.

Esa noche se acaban la botella, juntan las monedas para otra que el quiosquero les vende con un gesto terminal. Rápido, que vienen los pacos a cobrar su propina. El pequeño círculo se lo toma en serio y despacha el mosto barato como si los esperara el tren.

Terminada la libación salen volando en distintas direcciones, algunos se pierden en la noche, otros buscan la luz como polillas ebrias. Camina el poeta y lo que queda de su banda por la Alameda despejada, deshilachada en la noche. Él improvisa frases, versos, araña en el vacío evocando cementerios y buques varados en la arena, una vida que está en otra parte, porque la de ellos solo existe en el futuro.

Llegan hasta la plazoleta de La Moneda y callan, atrapados por su solemnidad triste de palacio. Se cuadran ante la bandera en forma

jocosa, para después vejarla como una prostituta amiga. Antipatriotas, entonan la canción nacional con los versos anarquistas, hasta que la mirada severa de los centinelas los obliga a callar.

Ven pasar los coches y automóviles de los comandantes y buscan la ventana donde el presidente está escondido, aislado, sufriendo rodeado de maniquíes y un perro que se mea en los rincones.

El joven Neruda se sube a la jardinera del ministerio de Guerra y levanta el brazo derecho imitando el gesto majestuoso de un tribuno romano. Con su voz lánguida improvisa un soneto en honor de Balmaceda, el presidente trágico empujado al suicidio por la canalla de siempre.

En esos momentos la banda nerudiana ve salir de La Moneda a un hombre joven, trajeado, elegantoso y sin embargo plebeyo, que aborda un automóvil descapotado. Algo le gritan los poetas, pero sus palabras alcoholizadas quedan atrapadas en un lugar intermedio entre sus gargantas y la noche.

## Traición a la patria

El joven Pablo no sabe que en aquel automóvil descapotado viaja el hombre del momento, el mismísimo ministro de Guerra y Marina, Gaspar Mora Sotomayor. Tampoco sabe que es coterráneo suyo, nacido en Parral doce años antes que él.

Mora tampoco conoce a Pablo. No lee poesía sino códigos, ordenanzas y manuales técnicos. Ni *Selva Lírica* ni la revista *Claridad* están entre sus lecturas favoritas. Lo que diga el crítico literario Alone en *El Mercurio* lo tiene sin cuidado, y la sección de arte que dirige Juan Emar es la única que se salta de *La Nación*.

Hasta hace no mucho usaba el uniforme de capitán y alguna vez dijo públicamente que el ejército no era un obstáculo para los cambios sociales. De eso hace ya tres años de meteórica carrera, que lo han llevado a la masonería, a la Cámara de Diputados como representante de Talcahuano, a La Moneda como ministro civil responsable de las instituciones armadas.

Aplausos para Mora, el hombre hecho a sí mismo.

Ese 4 de septiembre Mora ha salido de La Moneda sin notar la presencia del poeta y coterráneo suyo (que ya no responde al apellido Reyes). Va tan concentrado en su propósito que ni siquiera escucha la ebria (y vana) interpelación de la banda de poetas. Ha salido de La Moneda con la confianza del presidente.

Esos tres años de éxito han convencido a muchos, incluido Alessandri, de que Gaspar Mora está llamado para cosas grandes. Liderar la izquierda, por ejemplo. Tiene aplomo y porte, se para derecho y saca la voz, tiene todo para disputarle la sucesión a Pedro Aguirre Cerda, la carta de los radicales.

Según *El Diario Ilustrado*, Mora es el émulo local del fascismo italiano. Él se ríe. Se define federalista y partidario del divorcio, pero lo cierto es que en la izquierda de 1924 hay varios demócratas que cruzarán el río y se pasarán más tarde al nacionalismo. De hecho, varios ya han escuchado los discursos del hombre de la cabeza

cuadrada.

En Gaspar Mora cuesta separar al político del pequeño empresario, al masón sureño del líder de una facción peculiar de las fuerzas armadas que no está representada por nadie en el club militar. Mora es popular entre los suboficiales técnicos, los ingenieros, varios profesores y no pocos médicos, pero no entre los oficiales de guerra.

En la marina el abismo entre ambos mundos es todavía más marcado. Mora trabajó en el apostadero naval de Talcahuano y lo notó. El personal técnico, de máquinas, al que se suma ahora la gente de radiotelefonía, esos no entran al círculo naval y solo los invitan a los funerales.

Entre estos dos mundos debe moverse Gaspar Mora en busca de lo imposible: detener la ansiedad, hacer anuncios concretos y evitar que crezcan los antagonismos. Esa es la segunda noche que va al club militar a apaciguar los ánimos y obtener formación.

Al gobierno le servirá saber quiénes son los líderes, dónde está el foco y desplazar algunas piezas. Sobre todo pagar los sueldos atrasados y regularizar los ascensos. Mora tiene proyectos presentados, tiene también algunos nombres díscolos, pero desconoce los instigadores; no se comunica con el prefecto Bustamante ni ha cruzado información con el ministro Aguirre Cerda.

Es su primer error; el otro, no medir la fuerza del movimiento antigubernamental en el ejército. Si hubiera protestado en la cámara contra las palabras del diputado Tizzoni, varios oficiales hoy lo respetarían y estarían incluso dispuestos a defenderlo, pero calló mientras un diputado de la república los trataba de zánganos, ineptos y perdedores.

Mora sigue creyendo que solo tiene que llegar al club, saludar, mantener la calma (asume que algunos le van a gritar cosas) y hacerles a rostro descubierto una propuesta clara: una línea de comunicación con el presidente.

Sabe que si regresa a La Moneda vencedor, sofocado el peligro de una insurrección de tenientes, habrá acumulado una cuota importante de poder con miras a la sucesión presidencial.

Sabe que los tenientes admiran la valentía. Tienen un código de honor bastante sencillo y solo hay que decir las cosas como son.

Cuenta con que los mayores Grove e Ibáñez estén para echarle una mano si las cosas se calientan mucho. Ambos son *de allá*: los tres con el propio Mora.

¿Qué podría salir mal?

Todo.

Hay más de una versión de lo que ocurre a continuación.

Un teniente lo retiene en la entrada, aparece una especie de guardia prusiana.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntan—. ¿Quién lo llamó? ¿Acaso no le quedó claro anoche que no es de acá?

—Señores, por favor —trata de apaciguarlos Mora—. No hay que perder la calma… Vengo de parte del…

Si lo dejaran siquiera terminar la frase. Uno de los tenientes le da un empellón que casi lo manda al suelo. Su sombrero cae y su cabellera engominada se despeina. Están maltratando a una autoridad, a un ministro, eso es insubordinación. Por un instante piensa si vale la pena usar ese lenguaje, pero los tres tenientes avanzan hacia él con gestos inamistosos.

—¡Vuélvase por donde vino, traidor!

El ministro Gaspar Mora Sotomayor recoge su sombrero del suelo y se lo vuelve a poner. Mira a los tenientes en un mudo reproche y se aleja derrotado, pero no vencido.

Habrá varias versiones de cómo salió Mora del club, si con la frente en alto, desplazando con dignidad el vacío a su alrededor, o si lo hizo cabizbajo y humillado, bajo la silbatina de sus antiguos camaradas. Según una, lo dejaron entrar, le hicieron *la ley del hielo* y lo dejaron encerrado en un gran salón con la luz apagada.

El único comentario de Ibáñez fue: «Hay que respetar al ministro».

El desenlace de todas estas versiones es el mismo: los tenientes no van a ceder protagonismo. Los oficiales superiores solo pueden mediar entre ellos y el gobierno. El gabinete está casi acabado y solo quedan como recurso el harakiri de Pedro Aguirre Cerda y el instinto de supervivencia de Alessandri.

## La Moneda /5

Nadie salvo el perro Tony puede ver al fantasma de Balmaceda. Cada cierto tiempo el foxterrier deja escapar un llantito que suele ser confundido con hambre o ganas de orinar.

Balmaceda está de vuelta y con él la incertidumbre, la contienda y el caos.

Alguna vez fue el señor del lugar; hoy solo un espectro. Observa el ir y venir de funcionarios, mayordomos y ministros, y se pregunta quiénes son. La despersonalización de su alma está avanzada y apenas recuerda que él cenó en una vida anterior en ese mismo salón.

Alessandri mira la hora y masculla. Lo rodean su esposa Rosa Ester, sus hijos solteros Marta, Jorge y Eduardo. Del otro lado de la mesa Estercita Alessandri con su marido, el empresario Arturo Matte Larraín.

El sucesor de Balmaceda en La Moneda está silencioso y tiene sus razones: ninguno de los dos generales lo ha llamado ni ha aparecido en todo el día.

Mala cosa.

—Papá, ¿me puedo levantar de la mesa? —pide Estercita.

—Vaya nomás, mijita —responde Alessandri distraído.

Estercita está intranquila igual que su padre, pero no por los militares. Es una hermosa muchacha puérpera y siente un especial apego por su bebé.

—Tú quédate aquí —le dice Alessandri al yerno—. Déjale el chiquillo a ella.

Arturo Matte Larraín tiene treinta y un años y con su hermano acaba de fundar una empresa forestal. Está apostando por introducir el pino insigne en Chile y producir el papel que consumen cada vez más los periódicos y la administración.

—Estercita está demasiado apegada a ese niño —se queja doña Rosa Ester.

Los hijos se miran entre sí, con gravedad. La madre intenta poner

temas livianos, pero sus planes se abortan durante el postre. Un mayordomo entra y anuncia al oído de Alessandri la llegada del prefecto de policía Julio Bustamante.

—Prefiero que nos tomemos el café en el salón.

Es la seña para que las mujeres se recojan a *hacer sus cosas*. Son asuntos de Estado, de hombres, y Alessandri tiene a tres mocetones, un edecán militar y un prefecto de policía de su total confianza para enfrentar los problemas. El fantasma de Balmaceda los sigue a través de la pared.

—¿Y bien? —pregunta Alessandri.

—No quisieron recibir a Mora. Es más, lo expulsaron del club militar.

Julio Bustamante viene siguiendo la situación desde temprano. Los ujieres del Congreso son sus informantes, pero tiene también «niños» apostados en distintas partes del centro, en tugurios, quioscos y esquinas. Los oficiales aplaudieron más a la oposición y se retiraron en orden. No hubo escándalo ni menos un agente alzado en vilo y arrojado a un coche que después chocó, como andan diciendo por ahí.

—¿Ha ido algún político a verlos? —pregunta Alessandri.

Julio Bustamante revuelve su taza de café, estila la cuchara en el borde y la deja a un lado. Sacude la cabeza.

—No llegarán a tanto.

Julio Bustamante no puede confirmar ni descartar la participación del mayor Carlos Ibáñez del Campo en el episodio.

—Mire, Julio —Alessandri tomando al prefecto del brazo en señal de confianza—. Los generales me están dejando solo.

Los hijos de Alessandri escuchan.

—Mi familia cuenta con usted —dice Alessandri.

—Ese Altamirano nunca ha sido de fiar —dice Hernán Alessandri—. Simpatiza con la oposición y dicen que está metido en chanchullos.

Julio Bustamante inclina la cabeza de modo significativo, pero sin decir nada.

—Hijo, por Dios, no hables así de Lucho —Alessandri sonríe con amargura—. Si fue uno de los jueces más duros con los amotinados del año 18.

—Es un oportunista —insiste Hernán Alessandri.

—Quizá, pero constitucionalmente soy yo el jefe supremo y generalísimo de las fuerzas armadas. Una orden mía posee un rango superior.

—¿Y qué es lo que quiere hacer? —le pregunta Jorge Alessandri.

—Hablar con esos muchachos —replica el padre—. Están desorientados, son unos niños y hay que explicarles lo que pasa y lo que pienso. Quiero que usted me acompañe.

Balmaceda sacude la cabeza, Hernán y Jorge Alessandri dan un salto como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

—No, papá, no lo haga.

—¿Para qué?

—Yo tampoco se lo recomendaría —dice Arturo Matte, el ponderado yerno.

Los tres jóvenes tienen sus propios informantes entre las filas militares, amigos de infancia cuyas versiones a veces se complementan, a veces compiten y hasta se contradicen con las de Julio Bustamante.

—Si pasa algo, me van a avisar —afirma Hernán Alessandri.

—Sí, papá, a mí también —agrega su hermano Jorge—. Váyase a descansar.

—Dada su investidura debiera ser al revés, don Arturo —recomienda juiciosamente Arturo Matte—. Ellos deben venir acá y hacer sus planteamientos cara a cara, para que dejen de armar escándalo en el Senado.

Alessandri contempla a su yerno y hace un gesto de asentimiento.

—Parece que me estoy poniendo viejo —dice con una sonrisa un tanto amarga—. Espero que ustedes nunca tengan que estar en mi lugar.

Deja su taza a un lado, se pone de pie y le agradece a Julio Bustamante sus leales gestiones. Antes de irse se vuelve y agrega en tono campechano.

—Si se van a quedar conversando, échenle más parafina a la estufa. Algo me dice que se nos vienen noches largas.

Balmaceda, en su rincón sin tiempo, no podría estar más de acuerdo.

## Ahora es en serio

El Ministerio del Interior lo acaba de confirmar. Contra todo pronóstico, ha ganado Allende. A lo lejos se escuchan bocinazos mientras que aquí reina un silencio sepulcral. No muy lejos estaba antaño la escuela de caballería, los territorios donde reinaba el mayor Ibáñez.

Largo camino el que ha recorrido la izquierda desde los días de Recabarren. El viejo Partido Demócrata ya no existe y en su lugar hay un abanico de agrupaciones marxistas, socialistas, una izquierda cristiana y otra comunista aliadas por primera vez, unos socialistas moderados y otros más radicales. Ya en el 24 y el 25, durante la crisis, comenzaron a acercarse de manera inorgánica estudiantes y obreros, abogados y profesores, médicos y artesanos. La candidatura victoriosa de Allende es la hija pródiga de todo aquello.

Hay una pregunta que flota en el ambiente y que se repite en cada programa de radio y televisión en estos momentos. ¿Qué harán los militares frente al triunfo de la izquierda?

Recuerdo que durante la campaña electoral anterior, Allende dijo en televisión tener plena confianza en las fuerzas armadas. «El ejército de Chile no es una guardia pretoriana».

Se da por descontado el respeto de las fuerzas armadas a la constitución, y el general René Schneider así lo ha repetido en varias ocasiones. En realidad no podría ser de otra manera. Fueron los militares quienes impulsaron la constitución vigente hoy y me sorprende que nadie lo recuerde.

La constitución comenzó a nacer como idea esos días, en los salones del club militar, y con el correr de las semanas y meses comenzó a cobrar cada vez más fuerza entre la clase media y la clase obrera. Alessandri ya lo había esbozado en su programa y durante los primeros años de su administración, pero como un conjunto de reformas negociadas por todas las fuerzas políticas, es decir, algo imposible después de las muy rudas elecciones parlamentarias del 24.

La idea de una constitución completamente nueva fue engendrada en esos días de ansiedad y entredichos, de confusión y ambigüedad. Así nacen las constituciones, de la frustración más extrema.

Imagino cómo estarán ahora en el Club de la Unión. *Los Errázuriz, numerosos y tercos; los Ovalles, campanudos; los austeros y secos Valdés; los afables y elegantes Del Río; los Lyon, agusanados y huecos; los Amunátegui, acomodaticios y fofos; los testarudos y codiciosos Echenique*. Así se refiere Carlos Vicuña Fuentes a los que en septiembre del 24 celebraban, mimaban y seducían a los militares con promesas de ascenso social que después se volvieron en su contra.

Los canales de televisión siguen transmitiendo programas de conversación. La gran mayoría de los invitados son hombres, políticos tradicionales tomados por sorpresa, otros jubilosos y sobrios en el triunfo. Socialistas de toda la vida y jóvenes cristianos que se acaban de rebelar contra el padre. Una senadora de izquierda representa en solitario a las mujeres.

Otro fenómeno visible en estos programas (y en estos tiempos) son los pijes de izquierda, aves raras en la década del veinte. Vicuña era uno de ellos y fue una excepción. Los de hoy no han perdido el habla de clase, afectada y soberbia, pero la han alimentado con una retórica nueva. Ya no defienden a rajatabla el orden; desean fundar uno nuevo en el que probablemente sean ellos la nueva clase dirigente.

Yo me pregunto cuáles serán los mecanismos psicológicos de una conversión como la de estos san Pablos de la era espacial. Un vetusto senador de derecha acusa de ello a la propia Iglesia y recuerda, con toda razón, que Fidel Castro se formó con los jesuitas.

Es curioso que nadie hable de 1924, que ninguno de los invitados de izquierda o derecha, hombre o mujer, moro o cristiano, recuerde cómo y cuándo nació la constitución vigente y quién la sacó adelante.

Hablan de los militares para arriba y para abajo, y ninguno recuerda que fue un militar el que fundó el Partido Socialista.

Este proceso de 1970 comenzó esa noche hace cuarenta y seis años, cuando un grupo de muchachos ingenuos y sin mucha idea de nada, hastiados con su presente, instigados algunos por intereses de cierto tipo (ya hablaré de eso), plantaron cara al gobierno y al Parlamento e hicieron saltar el tablero político por los aires.

Ya nadie lo recuerda, pero yo sí. Soy una vieja periodista jubilada y nadie me viene a preguntar nada. Vivo sola con mis fantasmas y mis cajas con libros y recortes de esa época, de cuando me atreví a salir de mi propia comodidad de muchacha casadera.

Si alguien quiere saber cómo eran los militares, los políticos, la izquierda y la derecha de 1924, solo me tiene que preguntar. Aquí en estas cajas está todo.

Me costará quedarme dormida esta noche, pero no seré la única. El país entero estará con insomnio, saltando de felicidad o temblando de miedo.

## Vías paralelas

Con su silencio de hielo y su tristeza contagiosa, el fantasma de Balmaceda es el amo y señor del palacio. Los ministros desorientados, sitiados entre las paredes, repiten *castigo, castigo*. Intentan pensar, pero de sus cabezas solo salen telarañas. El mismo Alessandri se da vueltas con las manos tras la espalda, repasando cuestiones fundamentales. ¿Con cuánta fuerza cuenta? ¿Corre peligro su familia?

Carabineros, policía. Un ejército impredecible. ¿La marina? Tan lejos, tan inglesa. Con diez mil infantes de marina y muchos oficiales que no lo quieren. En Talcahuano estaba el poder de Mora, que ahora no vale nada porque lo acaban de humillar en público.

Talcahuano está lejos y el palacio está *incomunicado*. Ningún maldito teléfono funciona.

Pero no hay que perder la calma, Aguirre Cerda propone enviar a alguien de confianza a Valparaíso en un tren especial. Con mensaje sellado del presidente al director general de marina. Solo para sus ojos.

Instruyen al taquígrafo Luis Espinoza, quien parte de inmediato, papel y lápiz, a la estación Mapocho. *Répondez s'il vous plaît*.

Un ministro insiste en que todavía es tiempo de rodear el bendito club con la policía y arrestarlos a todos. Mañana será imposible. Pero Alessandri no, por ningún motivo. «Sería empujarlos a la revolución».

Alessandri es grandilocuente y operático, pero sobre todo un actor. Nunca un romántico. El fantasma de Balmaceda podrá pasearse todo lo que quiera, pero jamás podrá usurpar su cuerpo ni repetir sus errores. La crisis política es ahora extensión de la comedia, y el golpe de Estado (porque eso es) se consuma en cámara lenta, un concepto que todavía no existe.

Al único balmacedista presente, el ministro de Hacienda Enrique Zañartu, se le ocurre una idea.

—Decreta acuartelamiento —dice desde el fondo de la sala con cara de dandy aburrido—. Así quedan encerrados en sus regimientos. Se

acaba la tontera esa del club.

Enrique Zañartu es una bisagra en el gabinete. Fue ministro del gobierno anterior y se cambió de bando. No conoce el miedo ni el pudor. Dicen que como ministro de Hacienda hace negocios personales. Único balmacedista y ministro *no masón*. El fantasma de Balmaceda tampoco se conecta con él.

—Me parece muy conveniente el acuartelamiento —dice Alessandri —. El problema es que Mora se nos fundió.

—Que los convoque Pedro, pues —argumenta Zañartu reprimiendo un bostezo—. Tiene atribuciones, ¿o me equivoco?

Alessandri mira a Aguirre Cerda y este hace un gesto afirmativo. Zañartu aplaude. Se levanta la sesión.

El fantasma de Balmaceda no comprende el contexto, solo los ve muy preocupados, como náufragos en una tabla esperando que alguien los rescate. Alessandri se queda solo, sin más compañía que un perro y un fantasma.

Lo único que le queda es ganar tiempo. Los tenientes siguen atrincherados en el club y la única forma de bajar la tensión es hablando directamente con ellos. Le va quedando un edecán, y Alessandri lo llama a su despacho.

## El mayor astuto

El paso fugaz del general Altamirano y el incidente con el ministro Mora han dejado a los tenientes en un estado de confusión eufórica. Había un fermento en las conversaciones, un calor que solo necesitaba que alguien lo soplara para encenderse como llama, pero el general Luis Altamirano no lo quiso hacer. Demasiado institucional, el caballero. En cuanto al ministro Mora, su actitud no parecía la de un político que viene a negociar, sino de un aprendiz de caudillo en busca de seguidores. Así lo trataron y ahora el conflicto de los militares con el gobierno (y los militares *son* el Estado) ha escalado un peldaño más. Ya es imposible volver atrás, porque los castigos descartados ayer y hoy volverán mañana como obligación de ejercer autoridad.

Por primera vez los tenientes temen haber metido la pata en serio. Claro que los pueden sancionar, sumariar, aplicar calificación de servicios y verse en la calle, ya sin la compañía del amigo y enfrentado de nuevo a la madre llorosa, al padre que lo molerá a palos y lo enviará a trabajar detrás de un mesón vendiendo harina.

El único que percibe el miedo paralizante es el mayor Carlos Ibáñez del Campo, quien propone formar una *Junta de Comandantes y Ayudantes.* Todos se miran sorprendidos porque Ibáñez no es de hablar ni de proponer nada. Un ente colectivo con representación de cada una de las unidades de la capital, insiste. Grove aprueba de inmediato y lo felicita. Blanche retiene su respuesta. Dice que sí y los tenientes aplauden.

El tiempo se bifurca. Ha nacido un ministerio paralelo y no por un decreto ley ni acto administrativo. Lo que parecía caótico comienza a encontrar cauce. El mayor Bartolomé Blanche se retira. Marmaduke Grove se retira ovacionado por los tenientes.

El club militar pasa a ser un territorio juvenil y el único adulto es el menos natural de los líderes, pero Ibáñez tiene algo a su favor: intuición para medir a los hombres.

Sabe que Arturo Alessandri no es un romántico tozudo como

Balmaceda, sino un político *con muñeca*. Un negociador que solo pide una cosa: que lo quieran un poco. Lo único que lo desequilibra es que le falten el respeto y se rían de él. Alessandri no se sacrificará, no se inmolará como Balmaceda ni llevará al país a un callejón sin salida solo por defender el presidencialismo y la figura presidencial.

Ibáñez comprende antes que todos los demás que, mientras más tiempo los tenientes y capitanes sigan reunidos en el club militar, Alessandri terminará enviando algún emisario directo y pidiendo nombres para parlamentar.

En espera de esa decisión Ibáñez se moviliza, identifica tenientes juiciosos para hacer las guardias y a los más exaltados, a los que hay que mantener a raya. Esos últimos se han atrincherado en la azotea y están convencidos de que en algún momento tendrán que repeler un ataque de los carabineros o quizá de marinería. Circula el rumor de que los están trayendo del sur en trenes especiales para rodear el club y tomarlo por la fuerza. El capitán Bari, que además de poeta es experto en artillería y explosivos, es convocado por Ibáñez para poner un poco de orden y sentido común en aquellos desvaríos.

El mayor tiene también que desmentir los rumores con hechos. El problema será encontrarlos en una situación así de líquida. No le queda otro recurso que proporcionarlos él mismo y no como noticias falsas, ilusiones creadas por la mente, sino resultado de su propia acción.

Los tenientes Lazo, Bravo y Olea quedan a cargo de la seguridad. Lazo es responsable de informarle cualquier visita del exterior, sea ministro, diputado o senador, y especialmente si se trata de algún emisario del presidente.

—Yo estaré en el ministerio.

El excapitán Carlos Hermosilla y su compadre Carrasco ya han visto (y bebido) lo suficiente. Lo que no vieron y oyeron de manera directa lo escucharon a través de terceros. Serían capaces de seguir allí toda la noche, pero el bar ya cerró y la cocina también.

## Triángulo informativo

En el mundillo de la información las redacciones están alertas y movilizadas como un regimiento en pie de guerra. Lo que era una noticia llamativa escaló en crisis política gracias a las declaraciones de Altamirano solidarizando con los tenientes. No hay editor que no tenga asignados a sus mejores sabuesos a rastrear todo lo que salga del club militar, del Congreso y de la Moneda.

Los tres grandes periódicos de la capital están muy cerca uno del otro. Son en realidad vecinos y sus periodistas se cruzan a diario en los distintos puntos de la noticia. En Teatinos con Compañía se ubica la redacción de *El Mercurio*, justo en diagonal al edificio del Congreso. A menos de cuarenta metros, frente a La Moneda, funciona *El Diario Ilustrado*. Y en Agustinas, *La Nación*, donde el petiso Conrado Ríos Gallardo da los últimos toques a una rimbombante pieza dedicada a los militares. Su estilo zalamero cuenta con el respaldo explícito del redactor jefe y del dueño del periódico, el senador Eliodoro Yáñez, pero Ríos Gallardo se las arregla para ir incluso más allá.

En estas tres redacciones trabajan decenas de periodistas, linotipistas, cajistas, fotógrafos y correctores. Forman un sistema que a esas horas se encuentra en plena faena ultimando los artículos y notas. *Los tormentos amorosos*, cinta protagonizada por la temperamental y apasionada Pola Negri, las masivas actividades celebradas en Montevideo para recibir al príncipe heredero de Italia, o el Hombre Misterioso que recorre las calles centrales durante las primeras hora de la noche distribuyendo apreciables sumas de dinero entre los niños pobres y después desaparece.

Entre estas informaciones misceláneas se destacan en grandes letras las incidencias militares en el Congreso, algo nunca visto y cuyas repercusiones nadie anticipa.

La chispa que debió haber quedado extinguida, apagada como una miserable colilla que se pisa contra el suelo, se ha transformado, por ineptitud o imprudencia de los responsables, en amenazante fogata

que pronto será incendio.

La población letrada, los padres de familia, los abogados y políticos, los funcionarios, hasta los analfabetos, escucharán de rebote todo esto y comentarán lo acelerados que están los tiempos, lo impredecible que es todo.

La antena de *Radio Chilena* en la calle de la bolsa y un puñado de emisoras en el extrarradio de la capital se suman al circuito de la noticia, amplificándola y profundizando su impacto.

A diferencia de *El Diario Ilustrado*, cuyos editores solo piensan en destruir a Alessandri y su gobierno de masones y ateos, en *El Mercurio* y *La Nación* les interesa de sobremanera la radio. Los editores ven en ella una plataforma noticiosa tremenda y se pelean por hacerle llegar comunicados, artículos e informaciones, por destacar su programación y las novedades musicales que siempre amenizan el día.

Al flujo creciente de papel, tinta y ondas electromagnéticas se suman los más de mil teléfonos que hay en la ciudad. Muchos están activos a esa hora retransmitiendo rumores, sondeando, conectando a Ibáñez con los regimientos. El único edificio aislado y sin teléfono es La Moneda, que cuenta con dos líneas mudas y una radio de galena con un último modelo de grandes auriculares. Mario y Fernando Alessandri, dos de los hijos del presidente, intentan en vano sintonizarla. Se escucha una melodía chirriante de foxtrot y un aviso de mariscos frescos del restaurante La Playa.

El fantasma de Balmaceda observa con curiosidad todos estos aparatos modernos. Por las expresiones de frustración de los vivos, comprende que ninguno funciona y que solo el viejo y fiel telégrafo sigue operativo. En sus tiempos por ahí llegaban las noticias frescas desde los campos de batalla; quién sabe dónde estará archivado el trozo de papel en que se selló su suerte, el telegrama de la derrota en Placilla que él, caballero hasta la muerte, dobló cuidadosamente y se metió en un bolsillo de la chaqueta sin compartirlo con nadie, para no arruinarle la cena a su esposa.

Pedro Aguirre Cerda y su secretario no han parado de enviar las órdenes del poder ejecutivo que citan de manera perentoria a todos los comandantes de la guarnición de Santiago. Deberán presentarse en el palacio de inmediato, sin importar la hora, sin que se cite el motivo,

por el simple hecho de que todos los conocen: los tenientes han vuelto a armar escándalo.

Los sabuesos de la prensa se enteran oportunamente de este último acto desesperado del gabinete a través de las fuentes habituales que cada uno tiene entre el personal del palacio, los mayordomos y secretarios que todavía se encuentran allí o de los propios ministros.

Lo que ningún jefe de redacción sabe todavía es el peligroso camino que decidió emprender Alessandri, a espaldas de su ministro, para contactarse directamente con los tenientes. Dos gestiones que se contraponen y que solo prolongarán la agonía.

No será la primera ni la última vez que el mes de septiembre sea movido para la república. Ese mismo mes se formó la primera administración local y se dio inicio al proceso de la independencia, el primer asentamiento levantado por los españoles fue atacado por los habitantes originales del valle.

Mientras tanto, el informe meteorológico indica que el régimen ciclónico impera en todo el país con una pronunciada gradiente barométrica favorable a los vientos del norte, anunciándose mal tiempo y eventuales lluvias.

## Cine y espectáculo

El coche avanza entre las calles del centro al ritmo trotón de los caballos. Ibáñez observa a la distancia las vitrinas iluminadas, las marquesinas de los teatros y biógrafos. La luz eléctrica ha cambiado los hábitos nocturnos y ya no es como en el tiempo de Balmaceda, cuando la ciudad moría temprano y los bohemios toreaban la madrugada en tugurios iluminados con velas.

Santiago no es Buenos Aires, pero se ha transformado en una ciudad que ofrece numerosas alternativas de entretención. Compañías españolas, argentinas y locales ofrecen espectáculos de zarzuela y tango. La tonadillera Carmen Flores se presenta en el teatro Brasil, mientras que Paquita Escribano deleita al público de La Comedia. En el O'Higgins, los Huasos de Chincolco presentan el espectáculo folclórico *La golondrina*.

Los cines pasan películas cómicas de Chaplin y tórridos romances de Valentino, como también películas sudamericanas. Sensación y escándalo provoca la cinta argentina *El consultorio de madame René,* cuyo cartel estimula el morbo de los espectadores: *La mujer soltera que va a ser madre es como un reo en capilla*.

El centro está lleno de *tea-rooms* y *dance-halls* donde las parejas bailan hasta tarde. Ibáñez no tiene pareja y detesta la bohemia; no conoce otra cosa que la disciplina y el rigor de los cuarteles, la elegancia severa de los casinos de oficiales donde se celebran las efemérides y se brinda en honor de los héroes.

Ibáñez no tiene ojos para la ciudad que vibra de deseo y que a esa hora está lejos todavía de dormirse. El coche sigue por la calle Agustinas y él calibra posibilidades, estima la posición de las piezas en el tablero político institucional. Muy artillero será Grove, pero no calcula ni sus palabras ni sus movimientos; Blanche es todo lo contrario, un calculador cauteloso que no se moverá de su lugar a menos que vea una dirección nítida.

El coche dobla hacia el sur por Bandera. En la esquina de Moneda

divisa el edificio de la bolsa y la estratégica antena de *Radio Chilena*, erguida en la noche desde la azotea del edifico Ariztía. Le han dicho que allí está el futuro de la comunicación, un vehículo de opinión más poderoso que la prensa y más rotundo que el telégrafo.

Ha llegado hasta el Ministerio de Guerra y Marina, se baja expulsando vapor por la boca y escucha el saludo de los centinelas que se cuadran. El ministro Mora ya se retiró después del bochorno sufrido a manos de los tenientes, de modo que dispone del ministerio entero para él.

Al mayor Ibáñez solo le queda esperar que los otros muevan sus piezas y, en función de ello, moverse él también. Se planta junto al teléfono y pide que le preparen una taza de té bien cargado para aguantar la noche.

## Ministerio de Guerra

Bartolomé Blanche viene llegando a su hogar desde el club militar. Por fin puede desabotonarse la chaqueta, liberar su pecho y su cuello del encierro, sacarse las botas y estirar los dedos de los pies. Pero el placer dura poco.

Después de todos los sobresaltos del día, el urgente y merecido reposo se vuelve a postergar. Un suboficial se presenta a su puerta con una transcripción del telegrama que ha enviado el gobierno a todos los comandantes de la guarnición de Santiago; su presencia es requerida de urgencia en La Moneda.

Para todos ellos ha comenzado un nuevo calvario. El telegrama los saca de la cama o los desvía de su trayecto hacia algún lugar discreto donde terminar la noche. Una vez más hay que sacar caballos de las pesebreras, hacer girar las manivelas de los automóviles, cargarlos de combustible en la noche fría y húmeda de septiembre. ¿Qué le habrá picado al ministro a estas horas? ¿No era asunto sellado y sacramentado que no se tomarían represalias contra los tenientes?

La flota variopinta de vehículos se dirige hacia el palacio desde distintos puntos de la capital, sus ocupantes bufando de frío y frustración. Arriban a La Moneda a eso de las once de la noche y una vez más comienza el concierto de centinelas voceando la presentación de armas ante tanto coronel somnoliento, cascarrabias e irritado por la hora inusual de la reunión.

Ibáñez observa todo desde una ventana del ministerio. Con binoculares recorre la fachada del palacio de izquierda a derecha, desde las ventana del despacho presidencial hasta las del salón de honor, donde logra entrever la figura diminuta del ministro del Interior, Pedro Aguirre Cerda.

No hay que ser muy astuto para adivinar lo que ocurre. El gobierno va a exigir a los comandantes que adopten medidas contra el movimiento de los tenientes, que los llamen al orden y les prohíban seguir reuniéndose en el club. Es casi lo mismo que apagar el fuego

con parafina.

De pronto Ibáñez da un salto en la silla. Es el timbre del teléfono. Llama Lazo desde el club anunciando que el edecán presidencial está allí pidiendo representantes para una audiencia privada con el presidente.

—¿Ahora mismo?

Lazo responde de modo afirmativo e Ibáñez comprende que hay descoordinación en el gobierno. Es la primera señal concreta de que el barco se hunde.

Los emisarios no tardan en llegar. Dos tenientes y un coronel acompañados por el edecán. Ibáñez los reconoce a través de los binoculares y hace un gesto de asentimiento: solo serán recaderos de lo que tenga que decirles el presidente.

El ibañismo no ha nacido todavía como fuerza política, ni siquiera como red al interior del ejército, pero la voluntad del mayor Ibáñez ya se despliega como la de titiritero que aprende a mover los hilos con sutileza. Ese ibañismo del futuro no revelará demasiados detalles de lo que hace el mayor Ibáñez en esas horas de la madrugada, del 4 al 5 de septiembre. Décadas más tarde saldrán algunos detalles, se desclasificarán ciertos elementos sabrosos como el amago fallido que hace por sumarse a la conferencia con Alessandri.

Según esa versión, deja los binoculares y sale a grandes zancadas del ministerio, atraviesa la plazoleta y se dirige hacia la entrada lateral de Morandé. El presidente seguramente instruyó para que los hicieran entrar por allí y no por la puerta principal, a vista y paciencia de los mirones y de los periodistas que siguen asediando el palacio.

Ibáñez llega resoplando, intenta congraciarse con el edecán, pero este lo para en seco y le recuerda que no está invitado. La puerta de Morandé se le cierra en las narices.

No importa, en algún momento volverá. Tal vez pronto y a lo grande.

Un detalle llama en ese momento su atención: en la vereda de enfrente se encuentra estacionado el automóvil del general Pedro Pablo Dartnell.

¿Qué hace allí? ¿No se supone que debiera estar también en La Moneda?

Ibáñez se acerca y golpea la ventanilla para despertar al chofer. Por medio de este se entera de que el comandante de la guarnición, la autoridad más alta del ejército con mando directo de tropa, está allí cenando con un amigo.

Solo hay dos posibilidades: la primera es que se le haya marginado de manera deliberada (¿por quién?); la segunda, que simplemente nadie sabía su paradero y no lo han podido ubicar. Coge el teléfono y llama a la escuela de caballería, donde le confirman que nadie lo ha llamado ni contactado del gobierno. Él también fue marginado y eso es interesante.

En el gobierno le temen.

Los comandantes de los regimientos están reunidos con el ministro Aguirre Cerda, mientras Dartnell está a metros de allí llenándose la panza.

Ibáñez detecta una nueva posibilidad de colarse en el palacio y no la dejará escapar.

## La Moneda /6

La situación de Tony en medio de todo este trasiego es como la de un niño abandonado en una sala de espera. Echa de menos a amo y a la mujer gorda y no es de sorprender que su comportamiento se torne volátil, que de pronto parezca apesadumbrado y luego irritable, arisco o incluso agresivo con los humanos que han invadido su mundo.

Sus ojos no distinguen colores, solo siluetas que se mueven y le hacen morisquetas en busca de su simpatía. Lo tratan como si fuera un niño o un tonto, cuando es bastante sagaz y se huele que algo anda mal.

En esta zozobra va de un lado a otro sin encontrar su lugar. Aguirre Cerda le cierra la puerta en las narices y Tony, frustrado, da media vuelta rumbo a los aposentos de amo a ver si allí le va mejor. Logra escabullirse por la puerta entreabierta y se encuentra con amo y un grupo de humanos que visten diferente. Se acurruca en un lugar discreto y hunde la cabeza entre las patas.

Lo que está ocurriendo allí no tiene precedentes en la historia. Es un encuentro inesperado en el que amo tiene toda la iniciativa y los otros humanos escuchan con respeto, casi con timidez, como hacen los suyos ante un macho dominante.

Está en lo cierto Tony. Alessandri es todavía el jefe de Estado, el generalísimo de las fuerzas armadas y un consumado animal político lleno de recursos y artimañas. Juega sus primeras cartas del modo clásico: victimizándose. Allí está él encerrado en el palacio de los presidentes, atado de manos por la constitución frente a un Congreso todopoderoso y sin sentido patriótico. Ellos, en cambio, llevan horas en el club militar deliberando sin que nadie los moleste. Qué ganas tenía de ir a verlos y conversar. Hace horas que le venía dando vueltas al asunto y les agradece haber aceptado su invitación. ¿Por qué no le cuentan qué quieren y qué les sucede?

El humano más viejo, que responde al grado de coronel, toma la palabra y explica el motivo que los llevó a ocupar las tribunas del

Senado. El proyecto de dieta parlamentaria es un desatino, insiste, casi una bofetada en la cara de los funcionarios públicos, los profesores y, sí, los militares que hacen soberanía en todo el país.

Alessandri lo escucha en silencio, con las manos cruzadas en señal de atención.

—Comprendo cómo se sienten —dice—. Sé que hay atrasos en los sueldos y conozco el injusto problema de los antiguos escalafones. La frustración de muchos de ustedes es grande, y también la mía. A ambos nos frustra el atraso que sufren las leyes en el Congreso, especialmente las leyes militares. Yo he hecho todo lo posible y he llevado a grandes políticos a la cartera de Guerra y Marina. Generales y coroneles respetados por todos ustedes. Les puse a un excapitán y les gustó, o así me informaron. Ahora me lo maltratan.

Los tenientes clavan sus ojos en la alfombra, compungidos por la acusación.

—Pero ustedes no tienen la culpa de nada —prosigue Alessandri en tono apaciguador—. La culpa es nuestra, de los políticos. Yo confiaba en este Parlamento por el que tanto batallé, pero me ha resultado peor que el de antes, que controlaban los opositores.

Alessandri hace un gesto de confianza inclinándose hacia adelante, de modo de reducir la distancia física con los oficiales.

—Ustedes saben que se acerca el final de mi período presidencial y estoy resuelto a sacar estas leyes que el Senado tiene paradas. Vuelvan al club y a sus cuarteles, hablen con sus comandantes y con sus compañeros. Mañana, por el conducto regular, propónganme una nota más o menos del estilo de lo que haría cualquier patriota que ama a su país.

Los oficiales se miran entre sí tomados por sorpresa.

—Escriban: *código del trabajo*, modificación al impuesto a la renta, ley de empleados particulares. No se pongan nerviosos, estas leyes de justicia social van a ayudar mucho. Entre medio agreguen reforma a las leyes orgánicas del ejército y la marina, agreguen *carabineros y veteranos del 79*. Todo Chile se los agradecerá.

El tono es entre confidencial y cómplice. Están en el mismo barco, él y ellos, el presidente y lo más granado, honorable y desinteresado de la oficialidad joven.

—Mañana lo haré oficialmente, pero sepan desde ya que los invito a este palacio de los presidentes mañana a las once —anuncia Alessandri, magnánimo—. Ustedes elijan a sus representantes.

—¿Estarán también los generales Dartnell y Altamirano? —pregunta el coronel.

—Por supuesto —replica Alessandri.

Tony no lee las expresiones de los humanos, decodifica tonos de voz y el brillo de las pupilas. Comprende que aquellos humanos están más felices que tristes. Se ponen de pie, estrechan la mano de amo y se inclinan ante él antes de retirarse.

Apenas se van Tony salta en dos patas y se arroja sobre amo para darle amor.

## Club de la Unión /1

Vicente García-Huidobro, tercer marqués de Casa Real, bebe un sorbo de té caliente y comprueba la hora en su reloj. Quedó de reunirse con Joaquín Larraín Alcalde y es un hombre puntual.

Está ansioso no por una cuestión de amistad ni de negocios (están en rubros distintos), tampoco por la política, sino por la información de primera mano que Larraín trae de París.

Hace ocho años que el segundo de los hijos varones de Vicente García-Huidobro vive en la capital francesa. Según dice, *trabajando*. Se llama Vicente igual que él, pero es su antítesis en más de un sentido. Reniega de Dios y de su apellido, al que mutiló para publicar versos ilegibles. En París se dedica a la buena vida y al arte, publica artículos en revistas, se reúne con ateos y «artistas» que pintan mamarrachos.

Hace seis meses le llegaron informes alarmantes de las deudas que su hijo acumula en la ciudad luz. Todo es culpa de las malas compañías y de una madre que lo consiente. Desde niño que se mete en problemas. Primero fue con los jesuitas, después con los padres de una muchacha a la que ayudó a huir de un convento y ahora, al parecer, con los ingleses.

—Vicente querido, perdóname, por favor, este lamentable atraso. El tráfico en esta ciudad está espantoso. ¡Por el amor de Dios, cómo conduce la rotada!

—Hombre, no te preocupes —responde Vicente GarcíaHuidobro poniéndose de pie para saludar—. Yo llegué hace cinco minutos. Dime, por favor, ¿cómo llegaron? ¿Cómo estuvo el viaje? ¿Cómo ves al país?

—Muchas preguntas, muchas preguntas —se ríe Joaquín Larraín.

—Por cierto, discúlpame.

La esposa de Joaquín Larraín Alcalde es la escritora Inés Echeverría, mujer polémica y muy amiga del presidente Alessandri. Es normal que prefiera no hablar de sus excentricidades. Ni de la hija que se llevaron a París poco menos que a la fuerza, para que se olvidara de un novio impresentable.

—Bueno, tú sabes, está la escoba en Francia. La política, olvídate. Cayó el gobierno, tuvieron que armar otro a la rápida... Nadie entiende nada. En todas partes hablan del complot judeomasónico.

—Mira que aquí no estamos mucho mejor, Alessandri tiene el país patas para arriba.

Larraín llama al garzón y pide un bitter batido. Se atusa la barba como si recién lo viera.

—Alessandri... tuve que acompañar a mi mujer a La Moneda. Un pajarito me sopló que no pasa de septiembre...

—Dios te oiga, amigo.

Durante algunos minutos intercambian generalidades y banalidades de caballeros. Vicente García-Huidobro pregunta por «la adorable Inés» y «las niñitas», de cuyos nombres solo se acuerda vagamente.

—Todas bien, gracias a Dios.

El tema queda ahí. Los hombres no hablan de sus hijas. Los hijos son otra cosa, hay que ayudarlos a crecer y levantarse cuando caen, para que sean fuertes y sanos y asuman algún día su mayorazgo. El joven Vicente es tan talentoso... si solo hiciese más caso a la razón y no a las quimeras del arte. ¿Cuántas veces no le han dicho que busque un oficio, un socio? Ellos le pueden enviar productos nobles para que él comercialice en Europa. El comercio no está reñido con la literatura. La estupenda cepa de Burdeos que los García-Huidobro cultivan en Pirque podría comercializarse perfectamente en Inglaterra, por ejemplo, pero Vicente ya se encargó de arruinar esa posibilidad.

—Vaya escándalo que armó tu cabro, oye —dice Joaquín Larraín—. Se le ocurrió publicar este librito en que llama a derrocar al Imperio británico. Seguramente era una broma, pero parece que a algunos no les hizo mucha gracia.

—Pero ¿es cierto lo que dijeron los diarios?

Joaquín Larraín le dedica a Vicente García-Huidobro una breve mirada de compasión.

—Mira, es un punto de discusión si lo secuestraron o no, si se metió en algún lío de platas o de faldas. El hecho es que estuvo cinco días sin regresar a casa. Yo no creo que se lo haya inventado ni haya querido causarle semejante mal rato a su esposa.

—Pero ¿cuál es tu opinión?

—Ay, Vicente, por Dios, París es París, pasan cosas raras, hay tentaciones, tú sabes a lo que me refiero... y también conspiraciones, para qué vamos a decir una cosa por otra. Está lleno de exiliados rusos, anarquistas, judíos, gente peligrosa. Él de puro ingenuo se metió en las patas de los caballos. Según un amigo muy cercano a los Portales, lo encontraron desorientado, delirando casi, como si lo hubiesen drogado. Si me apuras, creo que esto le servirá de escarmiento, para sentar cabeza.

—Dios te oiga, amigo —musita Vicente García-Huidobro—. No te imaginas lo duro, lo difícil, que es tener un hijo artista.

—Y tú no creas que tener hijas es lo más fácil, oye.

Se quedan en silencio. Vicente García-Huidobro está por hacer otra pregunta diplomática cuando de pronto irrumpen en el salón un grupo de alegres y animados caballeros, que resultan ser senadores de la Unión Nacional.

Vienen a celebrar la gran derrota que acaban de propinarle a Alessandri. Perdieron la votación de la dieta, cierto, pero han ganado el apoyo del ejército, la única institución auténticamente patriótica que va quedando en el país.

Larraín y García-Huidobro se miran y sonríen.

—¿Lo ves? —dice Larraín—. Ya se acerca el fin de la pesadilla. La que va a estar de muerte es mi esposa, pero ya se le pasará. No sé qué le ve a este bachicha siútico.

Vicente García-Huidobro y Joaquín Larraín se unen a la celebración. Corre la champaña y el optimismo por un Chile unido otra vez tras sus símbolos y tradiciones. Los honorables no escatiman adjetivos para glosar la valentía y generosidad de los militares que, por segunda noche consecutiva, concurrieron a las tribunas del Senado para manifestar su malestar con el gobierno.

—Esto es solo el comienzo de un amplio movimiento de regeneración nacional.

—Debemos sentar las bases de un gobierno de unidad nacional que restituya el patriotismo en las aulas, devuelva a la mujer al hogar y a los hombres al trabajo digno.

Vicente García-Huidobro asiente con entusiasmo. Pese a ser dueño de una de las viñas más importantes del país, es prácticamente

abstemio. Su esposa María Luisa preside la Asociación Patriótica de Mujeres y encabeza en esos momentos una hermosa cruzada en contra del divorcio.

—El mismo pajarito me dijo que los militares y los marinos formarán un nuevo ministerio con gente intachable —afirma Larraín bajando la voz—. Tienen todo listo, los nombres, los planes. Esto de la dieta fue solo la gota que colmó el vaso.

—¿Cómo así? —pregunta García-Huidobro.

—Es un movimiento que busca limpiar al país y sobre todo a las fuerzas armadas de elementos nocivos, ya sabes a quiénes me refiero.

Larraín esboza con los dedos un triángulo.

—El problema es que movilizar a los espíritus y a la opinión cuesta dinero. Tú que eres un caballero y un hombre de fortuna podrías aportar también.

—Sin duda, hombre, cuenta conmigo —dice García-Huidobro—. ¿De qué manera puedo hacerlo?

—De varias, por ejemplo poniendo avisos en el *Diario Ilustrado*, que está muy complicado. Hay un hombre que viene haciendo charlas en todo el país promoviendo el patriotismo.

Vicente García-Huidobro asiente. Ya verán los detalles, lo importante es que las palabras de su amigo respecto de su hijo lo han dejado más tranquilo. Solo falta la destitución de Alessandri para que la vida vuelva a la normalidad.

El jolgorio en el Club de la Unión se va disolviendo de a poco con las burbujas de la champaña y las últimas partidas de billar. Vicente García-Huidobro se despide afectuosamente de Joaquín Larraín y de los senadores y aborda el coche que lo espera a la salida, de regreso a su mansión de la calle San Martín.

En el trayecto pasa por delante del palacio de La Moneda y observa un par de sombras que cruzan la calle Morandé. Son militares, y su pecho se llena de esperanza.

## La Moneda /7

Balmaceda ya vivió todo aquello. Sus recuerdos concretos se han perdido, pero lo que queda es la sensación de pena profunda, de compasión por el hombre que acaba de ingresar al salón.

Pedro Aguirre Cerda encara a los comandantes con un gesto duro. La reunión parece un velorio, los militares están ahí obligados y de mala gana, a más de uno hubo que sacarlo de la cama y subirlo a un automóvil que debió atravesar las calles casi desiertas de la capital. Más encima el ministro les habla golpeado, como si la culpa de todo el desbarajuste fuese de ellos:

—Señores, es inaceptable que sigan las deliberaciones de los tenientes en el club militar.

Muchos se miran como escolares sorprendidos en falta. Otros como el mayor Blanche, comandante del regimiento de Cazadores, reciben las palabras del ministro con cara de póker.

—El presidente de la república ha ordenado que todas las unidades de la guarnición queden a partir de este momento acuarteladas. Repito, todas las unidades quedan acuarteladas.

Un coronel observa lo desusado que una orden así no sea transmitida por el ministro de Guerra y Marina. La respuesta de Aguirre Cerda es un aguijón doblemente doloroso porque llega a través de su voz suave de profesor.

—Más insólito me parece, señor coronel, que los tenientes y capitanes bajo su mando se pasen día, tarde y noche deliberando y faltando a su juramento de respetar la constitución y las leyes.

El mayor Blanche, quien ha permanecido varias horas en el club militar y conoce exactamente lo que allí se ha dicho, comenta en tono irónico:

—Entiendo que se trata de un acuartelamiento en primer grado, señor ministro.

Aguirre Cerda no sabe nada de grados, solo está transmitiendo en su calidad de jefe del gabinete ministerial una orden directa del

presidente.

—El problema, señor ministro —prosigue Blanche—, es que muchos oficiales y suboficiales están durmiendo en sus casas. Ya son casi las dos de la mañana y va a ser difícil sacar los caballos y traerlos a los cuarteles. Imagínese los sargentos, los cabos y los soldados que viven en las poblaciones pobres.

—Dejo al criterio de ustedes la adopción de las medidas concretas —replica Aguirre Cerda con sequedad.

Un comandante de rostro bonachón pide la palabra.

—Creo que interpreto a mis colegas al decir que todos respondemos por la tranquilidad en nuestras reparticiones. Nadie se levantará esta noche a hacer leseras, señor ministro.

Los demás comandantes asienten. Otro coronel recalca que no hay mala voluntad en ninguno de ellos, pero que para lograr un acuartelamiento efectivo se debe avisar con anticipación. La orden debiera aplicarse desde temprano en la mañana y mediante una instrucción del general Dartnell.

Para Aguirre Cerda no es la hora ni el lugar para aclarar el punto. Los espera en ese mismo despacho dentro de algunas horas para verificar el cumplimiento de una orden presidencial. Y con un golpe en el borde de la mesa da por terminada la reunión.

Está cometiendo un error irreparable, uno más dentro de la cadena que arrastra al gobierno hacia el naufragio. Los comandantes simplemente no obedecerán el mandato que acaban de recibir. Salen de La Moneda quejándose, haciendo comentarios. Afuera ven pasar al mayor Ibáñez como una exhalación, su grueso abrigo de invierno dejando una estela oscura en la plazoleta.

Los tenientes y el capitán que conferenciaron con Alessandri salieron poco antes, con sigilo por la puerta lateral del palacio. Allí estaba el mayor astuto esperándolos con cara de preocupación.

—¿Y ese papel?

—Son unos apuntes que tomamos.

Ibáñez pide verlos. *Código del trabajo*, *modificación al impuesto a la renta, ley de empleados particulares*. Los copia apresuradamente en una libreta que lleva en un bolsillo. Los tenientes se despiden y regresan al club militar.

La Moneda se ha transformado en el escenario de un sainete, una comedia de equívocos con uniformados que entran y salen por puertas distintas y se persiguen en la madrugada.

El último en entrar en escena es el general Pedro Pablo Dartnell, que acaba de salir de una vivienda particular con paso tambaleante. Está a punto de abordar su vehículo cuando aparece una sombra que repite su nombre.

—¡Carlos, por el amor de Dios! —exclama con voz algo traposa—. ¿Qué hace aquí? ¿Adónde va? Venga conmigo, yo lo llevo.

A Ibáñez le basta ver la expresión de Dartnell para saber que el general no tiene la menor idea de dónde está parado. Por lo mismo, un instrumento perfecto para sus propósitos.

—Mi general, perdóneme, pero tengo que ser franco con usted. La situación es de extrema gravedad en el club militar, al ministro de Guerra lo acaban de expulsar con violencia y el gobierno cree que está frente a una rebelión.

—Niñerías, Carlos, niñerías.

—¿Ha visto usted al presidente hoy?

Dartnell asiente con fastidio, ya no está para esos trotes.

—Ya es tarde, me voy a acostar. ¿Dónde quiere que lo deje?

Ibáñez le explica que el presidente se reunió con un grupo de tenientes y le acaban de indicar que espera de ellos un pliego de peticiones.

—Este León… siempre haciendo de las suyas —dice Dartnell subiéndose al vehículo

—Mi general, por favor, escúcheme. Mientras usted cenaba con su amigo, el ministro Aguirre Cerda convocó a una reunión con los comandantes de la guarnición y les ha ordenado acuartelar las tropas.

—¿Cómo dice? Esto sí que no lo aguanto. No lo aguanto. Este Pedro Aguirre Cerda anda viendo revoluciones por todos lados.

Ibáñez ha logrado sacarlo de su sopor.

—Acompáñeme, Carlos, vamos a ver al presidente ahora mismo. Soy yo quien responde por la guarnición, y el señor Aguirre no tiene por qué andarse metiendo en mis cosas.

## A un paso de la revolución

Hay manías, hábitos, que se niegan a morir, y el mío es que no me puedo quedar con una sola versión de los hechos. Son ya casi las doce y sigo pegada al teléfono intercambiando información y opiniones con antiguos compañeros de trabajo, llamando a los contactos que me quedan en ciertos círculos para hacerme una idea de lo que está sucediendo.

Por lo que me han contado en la redacción de *El Mercurio*, hay perplejidad y ya cunde el pánico en los salones del Club de la Unión, donde antaño se reunían los enemigos de Alessandri para orquestar su caída. Ya casi es sábado y apenas llegue el lunes muchos comenzarán a liquidar depósitos bancarios y a vender acciones en la bolsa. Los más aterrados estarán llamando desde temprano a las agencias de viajes.

La pregunta que se repite con insistencia sigue siendo la misma. ¿Qué harán los militares? ¿Dejarán que Allende asuma si lo confirma el Congreso? El automóvil de Schneider sigue estacionado y mis fuentes me confirman que el general y su estado mayor vienen trabajando hace meses el escenario de un triunfo de la izquierda. Las presiones que debe estar recibiendo este hombre deben ser enormes y su entereza resulta admirable.

Este ejército es distinto al de 1924, pero tampoco es un animal del todo nuevo. Su exposición a la política, la propaganda y el adoctrinamiento no tienen por qué ser menores, considerando que el mundo lleva ya tres década atrapado en una guerra fría entre bloques hegemónicos. En esa época (el año 24) el país de los soviets quedaba al otro lado del mundo y los comunistas locales sacaban doce mil votos en un electorado de seiscientos mil.

Recuerdo que a esta misma hora yo seguía en la oficina de *La Voz de las Mujeres* esperando que los demás miembros de la redacción llegaran a la reunión acordada durante la mañana. Mi tía Alicia había llegado un poco antes con información de que el ministro del Interior, Pedro Aguirre Cerda, se había reunido con los comandantes de la

guarnición para ordenarles el acuartelamiento total de las tropas.

—¿Eso qué significa? —pregunté.

—Que están asustados y no saben cómo enfrentar a los tenientes.

Yo intentaba pasar a máquina mis impresiones del incidente militar, pero no lo conseguía. Cada frase que procuraba armar terminaba frustrándome. Lo único que tenía, aparte de lo que vi desde la tribuna, era la noción de que el mayor Carlos Ibáñez del Campo desempeñaba un rol importante y que el teniente Olea lo admiraba por motivos que a mí se me escapaban.

Poco después llegó mi tío Carlos Hermosilla y un amigo a quien nos presentó como su compadre Carrasco, de los tiempos de la guerra civil. Estaban bastante bebidos y mi tía logró disimular su disgusto solo por la valiosa información que traían ambos del club militar.

—Es de no creerlo —dijo mi tío—. Los tenientes están en pie de guerra contra los senadores y capaz que mañana los reten a duelo o se tomen el Congreso.

—¿Crees que serían capaces de hacer algo así?

—Esta noche, si Altamirano les hubiese dado la orden, estoy seguro de que lo habrían hecho.

Mi tío Carlos nos contó el impasse del ministro Mora y el tenor de algunos de los discursos que alcanzaron a escuchar desde la escalera.

—Están a un paso de la revolución —agregó con gravedad.

Mi tío Carlos nos confirmó también que Ibáñez no era el único oficial empeñado en conducir el movimiento de los tenientes de un modo racional, evitando que a aquellos jóvenes *se les escaparan las cabras para el monte* (creo que usó esa expresión). El otro se llamaba Marmaduke Grove, a quien mi tío Carlos conocía bastante bien por ser miembros de la misma logia masónica.

—Sería interesante que intentaran entrevistarlo —dijo—. Es un tipo estupendo, medio loco a ratos, pero sincero y sin dobleces. Estaría encantado de hablar con ustedes. Llámenlo de mi parte.

Nos miramos con mi tía Alicia y acordamos esperar a Ester Roig, quien aún no llegaba, para tomar una decisión al respecto.

—Qué raro que todavía no haya llegado.

Pero Ester Roig no llegó a la cita esa noche y nos quedamos preocupadas sin saber que se encontraba no muy lejos de allí,

entrándole a la noticia con el más inesperado de los informantes.

## Fuerzas en desequilibrio

Ester Roig y el diputado Melivilu necesitan alejarse del radio céntrico. Lo más recomendable es que se distancien el uno del otro, pero eso no será posible. Han estado en el centro del huracán, escuchando tras bambalinas. Los dos son igual de extranjeros en Santiago y la ciudad es un tablero de ajedrez repleto de peligros.

Ninguno de los dos tiene restricciones formales para tomar decisiones. Él es viudo y sus hijos viven en Temuco, a novecientos kilómetros de allí y al cuidado de una tía; el marido de ella está en Mendoza visitando unas viñas. Lo que sucede después tendrá más de una versión y esta es solo la primera.

Podrían buscar un hotel discreto cerca de la estación Alameda, como el Palace, pero de seguro está monitoreado por las huestes de Julio Bustamante, el Rey Sapo. Otra posibilidad es ir a un restaurante de lujo donde madame pueda pedir ostras y él una botella de champaña, con cargo a los ingresos que no genera como diputado *ad honorem*. O pueden ir al Teatro Municipal y en el entreacto de la ópera vigilar la fachada del club militar.

Ester Roig quisiera concurrir esa misma noche al Congreso y explorar la misteriosa puerta que encontraron en el interior del ropero. Vacilan entre esa alternativa y seguir conversando hasta que la noche los envuelva, el restaurante cierre y cada uno tenga que retirarse a su hogar como dicta el buen gusto.

Solo la cuestión de la llave los retiene, eso y un cierto temor atávico por la oscuridad. Del otro lado de la puerta solo cabe esperar tinieblas, alguna escalera y una red de galerías que se internan en el subsuelo. Aventurarse en un lugar así, sin una buena linterna, resulta altamente desaconsejable.

Toda ciudad tiene sus secretos. París sus catacumbas y Roma sus cloacas. Se dice que en Buenos Aires existe una red de túneles secretos que datan desde la colonia. Santiago debiera tener también la suya y están quizá a la espera de que algún intrépido las descubra.

Las ciudades son como la mente humana, dice Ester Roig. Hay una cara visible y otra oculta, subterránea. Ha oído hablar de manera muy elogiosa sobre las teorías de la psiquis del doctor Sigmund Freud.

Es un territorio incómodo para el diputado Francisco Melivilu. Tiene un pie en cada lado de la frontera y un alejamiento forzado de la parte ancestral. Cuando ella lo exhorta a hablar en la lengua de sus abuelos y tíos paternos, él tropieza con sus recuerdos del liceo de Temuco y las mofas de los demás chiquillos por su apellido. Dice algunas frases sueltas, pero sin mucha convicción.

Qué se le va a hacer, Ester Roig tampoco habla el idioma de sus abuelos, el catalán. Ha estado solo una vez en Barcelona y casi salió huyendo. Qué ciudad más oscura y más tremebunda. Las paredes de las casas cubiertas de hollín y el aire cargado con los vapores pestilentes de las fábricas. Prometió no volver a poner un pie en España mientras no se vaya el tirano Primo de Rivera.

Lo que sí recuerda con nitidez el diputado Francisco Melivilu son las leyendas. La gente de la tierra solo tiene memoria oral y en toda familia hay contadores de historias. Distinguir en ellas historia y mito es imposible, inútil, para ninguno tiene sentido.

Hay una leyenda que le contaba su abuela y que siempre le gustó. Era sobre un par de gigantescas culebras escamosas que viven en las entrañas de la tierra y están siempre en guerra: una hace subir el mar y otra los cerros. Una quita la vida, otra permite salvarla. Una ataca, la otra defiende. Se llaman Treng-Treng y Kay-Kay, y son fuerzas que deben estar siempre en equilibrio, de lo contrario se producen grandes cataclismos.

Ella escucha en silencio, cosa rara pues le gusta hablar. Trae a colación, a propósito de las culebras míticas, el último terremoto que sacudió ambos lados de la cordillera a la altura de Atacama y La Rioja, con un saldo de mil quinientos muertos y olas de hasta diez metros en el océano Pacífico.

Ester Roig ha notado que muchos chilenos les ponen nombres indígenas a sus hijos: Lautaro, Caupolicán, Galvarino. En Argentina no es así. Él, a quien sus padres bautizaron con el nombre de un santo, lo considera una impostura más bien ridícula, una identificación superficial con esa historia grandilocuente inventada por un militar

vasco.

Peor aún, se suele glorificar al guerrero del pasado y despreciar al indio del presente. Un chileno culto sabe de memoria un par de líneas de Ercilla y con eso se queda tranquilo. A él, diputado de la república, le dicen *indio* en voz baja y por la espalda, pero no le da mayor importancia. En parte es cierto. Lo que no le hace gracia alguna es el robo de tierras, la usurpación descarada de bienes mediante el engaño, el dolo y el cohecho administrativo.

A Ester Roig le gusta que se enoje. Lo encuentra cada vez más guapo. Él afirma que no es una cuestión de poesía épica, sino de intereses, una lucha por recuperar a través de la ley lo que es de uno.

La conversación sobre serpientes míticas y galerías secretas estimula la imaginación. A esas alturas se les ha casi olvidado que el país está al borde de un conflicto de poderes, que las redacciones periodísticas de toda la ciudad están recién cerrando sus ediciones de mañana y que entre La Moneda, el Congreso y el club militar hay un constante flujo de mensajeros y mediadores.

*Radio Chilena* cesa sus emisiones. Carlos Silva Vildósola da el visto bueno a la portada de *El Mercurio*, Rafael Gumucio hace lo mismo en *El Diario Ilustrado* y Carlos Dávila en *La Nación*. Las grandes rotativas echan a andar, se hacen las primeras tiradas de prueba, se ajustan las tintas y las bobinas de papel comienza a llenarse de palabras e imágenes.

Francisco Melivilu y Ester Roig tienen que tomar una decisión. Ya no lo pueden postergar. Son jóvenes y ambiciosos, pero también hijos de su tiempo. Entre Treng-Treng y Kay-Kay deberán elegir una de las dos culebras, y pronto.

## La Moneda /8

¡Qué jornada! Alessandri está exhausto y listo para irse a dormir cuando el edecán anuncia la llegada intempestiva y urgente del general Pedro Pablo Dartnell y del mayor Ibáñez.

Alessandri hace un gesto de fastidio que muta en interés al oír el segundo nombre.

—Hágalos pasar.

En los minutos que transcurren antes del encuentro, Alessandri aprovecha de ponerse la máscara del león que todavía ruge y que, a pesar de todo, tiene tiempo y simpatía para lidiar otra vez con un par de molestos militares.

—¡General! ¿Cómo le va a usted? Andaba perdido. Me dicen que lo han estado buscando todo el día. No sabe la falta que me hace un hombre como usted aquí en La Moneda.

Dartnell, quien está visiblemente ebrio, queda descolocado con el recibimiento y Alessandri se vuelve hacia Ibáñez.

—Y usted, mayor, ¿cómo está? ¿Cuándo me invita de nuevo a su hermosa escuela de caballería?

Es el segundo o tercer encuentro entre ambos, los anteriores fueron protocolares, un mero apretón de manos entre un jefe de Estado y un oscuro sargento mayor con fama de pocas luces. Pero las cosas han cambiado y Alessandri nota que Ibáñez tiene otra actitud, otra manera de pararse.

—Excelencia, perdóneme —dice Dartnell intentando recuperar el aplomo—, pero como comandante de la guarnición de Santiago vengo a manifestarle mi contrariedad por el encuentro que ha sostenido el ministro Aguirre Cerda con los comandantes, pasando a llevar mi autoridad y la del ministro de Guerra, quien muy quemado estará, pero...

—El ministro Mora tuvo un episodio muy desagradable en el club militar, parece que sus tenientes le faltaron el respeto. El ministro Aguirre Cerda tuvo que tomar a su cargo las gestiones por orden mía.

Seguramente intentó ubicarlo a usted y no pudo, ya sabe lo malos que son los teléfonos.

Ibáñez percibe la sorna en la voz del presidente.

—¿Y usted qué me dice, mayor? ¿Qué hay de las peloteras que están armando los tenientes en el club? Hace poco conversé con una delegación, vinieron hasta acá mismo y les pedí que hicieran una lista de sus inquietudes profesionales. Mañana temprano enviaré una invitación oficial para reunirnos a tomar té en el salón de honor. ¿Qué le parece?

Ibáñez mira a Dartnell, quien sigue enfurruñado por el desplante de Aguirre Cerda. La iniciativa está en él.

—Excelencia, su idea es buena, pero hay que adelantar la cita. Cada hora y cada minuto que pasan son cruciales. Si usted viera la efervescencia que hay en el club. El acuartelamiento no hace más que exacerbarlo. Mejor cítelos más temprano, así se evitarán muchos malos entendidos.

Alessandri frunce el ceño.

—¿Más temprano? ¿Cómo se le ocurre? ¿Y yo a qué hora duermo? —vuelve a sonreír—. Bueno, ya sé que ustedes, los militares, son como las diucas. Se ponen a cantar con el alba.

El chiste distiende un poco los ánimos, al menos entre Ibáñez y el presidente.

—Bueno —dice volviéndose hacia Dartnell, quien es al final de cuentas el superior allí—. General, me parece que el mayor Ibáñez tiene razón, disponga que la reunión sea aquí mismo, en este lugar, a las once de la mañana.

Dartnell puede por fin irse a dormir en las sábanas de la irrelevancia. El mayor Ibáñez, en cambio, seguirá moviéndose, organizando, disponiendo fichas en el tablero durante gran parte de la madrugada.

Los militares se retiran y Alessandri se queda por fin a solas con Tony. Necesitará algún remedio para poder dormir. El foxterrier se estira y bosteza con languidez. Alessandri le acaricia el lomo. Se saca la chaqueta, la corbata y el cuello de la camisa y los deja en la percha. Desnudo, se coloca la bata y el gorro de dormir.

En ese mismo cuarto despertó Balmaceda el día lejano en que le

comunicaron el desembarco de las tropas del Congreso en Quintero, el principio del fin de su presidencia y de su vida.

La campanilla del teléfono vibra en el velador y Alessandri descuelga el pesado tubo de bronce.

—Los militares procederán al acuartelamiento mañana. Yo ahora me voy al Congreso a hablar con los senadores de todos los partidos. No te preocupes, Arturo, todo está bajo control. Que duermas bien.

Alessandri agradece sus gestiones y cuelga. Pobre Pedro, no sabe aún que su minuto acabó. Le da a Tony un par de palmadas en el lomo y apaga la luz.

## Segunda parte
## CIELITO LINDO

*5-8 de septiembre 1924 / 1970*

Nuestra misión es santa, nuestra misión es bella. No le importa al soldado el odio más bestial.

Cabo Eduardo Sepúlveda
Revista *Bandera*, marzo de 1922

## Golpe a la cátedra

El rito de abrir la puerta por la mañana y recoger los diarios nunca ha sido tan emocionante como hoy, sábado 5 de septiembre de 1970. ESTRECHO TRIUNFO DE ALLENDE, concede en portada *El Mercurio*.

Mis ojos se fijan en la verdad inapelable de los números y porcentajes. La derrota de Jorge Alessandri es impactante considerando el peso del apellido, los enormes medios materiales y financieros con que lo apoyaron. Tomic ha sido un desastre esperable y Allende una sorpresa solo para los que no bajan del barrio alto, los que desprecian a las mujeres y a los jóvenes.

En notable registro de propaganda, el diario de Edwards pone en un mismo rango noticioso el segundo cómputo oficial del gobierno (10 pm, ventaja de Allende) con un procedimiento policial en Concepción.

Dos de los detenidos por carabineros en el allanamiento de la vivienda ubicada en la calle Michimalonco 54, de la población Agüita de la Perdiz. En la acción policial fueron encontradas armas, detonantes eléctricos, pólvora negra y variada literatura marxista.

¿Qué tienen en común para estar en la misma página, uno después de otro, los votos de la ciudadanía con la noticia policial? ¿La derrota humillante de Alessandri y la foto de dos sujetos a rostro descubierto, mirando de reojo una cámara invasiva?

Busco alguna noticia sobre la reacción del ejército y no encuentro ninguna, salvo elogios al jefe de plaza. Es sábado y los generales tendrán todo el fin de semana para reflexionar la mejor manera de responder a una ciudadanía expectante.

Me asomo por la ventana y veo que el auto del general Schneider no está. Debe haber salido muy temprano.

Mi cabeza da vueltas con las posibilidades y paralelos. En la mecánica del calendario y de la rotación del planeta, aquel 5 de septiembre de 1924 fue viernes. Recuerdo que el sol recién despuntaba encima de la cordillera cuando escuchamos alarmadas mi madre y yo una andanada de golpes en la puerta.

Las dos soltamos una exclamación de sorpresa al ver del otro lado al teniente Esteban Olea sonriéndonos como un niño travieso.

—Señora Julia, Olguita, por favor discúlpenme por venir tan temprano y sin avisar, pero han sucedido cosas tan importantes.

—¡Pero no se quede ahí parado! —exclamó mi madre jalándolo del brazo—. ¡Éntrese, que hace frío!

Rápidamente, como si fuéramos una ambulancia militar, procedimos a agasajarlo. Mi madre se hizo cargo del desayuno y yo de preparar el baño y calentar el agua.

—A las once de la mañana nos recibirá el presidente en La Moneda —declaró orgulloso—. Para presentarle nuestro pliego de peticiones.

Nos contó todo lo que había sucedido en el Congreso y en el club militar, el té de los tenientes, el discurso jacobino de Marmaduke Grove (no empleó ese término, pero por su descripción así lo interpreté yo) y el otro más insulso de Altamirano, que llegó y se fue dejando a todo el mundo confundido.

—Si el general hubiese dicho «vamos ahora a La Moneda», todos lo habríamos seguido —declaró entusiasmado.

Nos contó también del desaire al ministro Mora, las palabras ofensivas del senador y ministro Zañartu en contra del ejército y la intención de un grupo de tenientes de retarlo a duelo, acción que yo taché de absurda y me valió la mirada asesina de mi madre.

Todo era como una película de acción y en ella el mayor Ibáñez cobraba una estatura de coloso. Ibáñez tomaba la iniciativa, aunaba voluntades y ofrecía soluciones, contribuía a moderar a los espíritus más desbocados de la oficialidad.

Yo le pregunté qué pensaba Ibáñez del presidente.

—Le tiene confianza, pero cree que no será capaz de revertir el caos y no se da cuenta de que su gobierno se está derrumbando.

Este era el mismo muchacho que me invitaba a las veladas bailables de la Mack-Senett Jazz Band y que hasta hace menos de una semana no sabía nada de política. Le pregunté si el mayor Ibáñez era responsable de su repentina iluminación política, y mi madre me dio un codazo como si hubiera dicho algo impropio.

—Mi mayor Ibáñez habla poco, pero es buen observador —respondió él sin sentirse ofendido—. Él sabe dónde está lo central del

problema que nos aqueja.

Habló de corrupción administrativa e inoperancia de los políticos, más interesados en sus camarillas que en las necesidades del país. En el relato que hacía suyo el teniente Olea, los oficiales jóvenes no eran parte de ninguna conspiración sino ciudadanos hastiados de un clima deplorable.

En ese tiempo no se conocía el término «golpe de Estado». Todavía se empleaba la palabra «revolución» como sinónimo de una interrupción forzosa del gobierno, y dentro de ese marco el teniente Esteban Olea recalcó que era precisamente eso lo que el mayor Ibáñez, ante la indecisión de sus superiores, quería evitar a toda costa.

—Por eso tenemos que estar bañaditos y frescos para ir a La Moneda.

Mi madre había preparado para el salvador de la patria un desayuno de héroe. Mis hermanos debieron haberse despertado con el ruido y el olor a café y pan tostado.

—¿Y en qué consiste ese pliego de peticiones, si se puede saber? —preguntó la periodista que nacía en mí.

Mi madre me volvió a retar por ser tan indiscreta, tan entrometida, pero el teniente Olea le tomó el antebrazo para calmarla.

—El mismo presidente nos hizo llegar anoche una serie de puntos como el código del trabajo y el impuesto a la renta. Son cosas necesarias para el país, pero que el Congreso no deja pasar.

Mi madre decía que sí a todo. Mis hermanos también lo escuchaban con atención. En su uniforme gris de caballería imponía en ellos cierta admiración.

—¿O sea que no lo van a derrocar? —pregunté yo.

—En modo alguno, Olguita —replicó con firmeza y con un trozo de pan en la boca—. Pero tampoco nos vamos a quedar de brazos cruzados, ¿me entiende?

Se despidió de nosotras agradeciéndonos el desayuno y las atenciones con una galantería que me parecía nueva. Antes de salir anunció desde la puerta:

—Olguita, se me olvidaba lo más importante: el baile del miércoles se cambió para el sábado.

Yo hubiera querido que me tragara la tierra, pero lo disimulé con

una sonrisa que parecía tímida, pero que en realidad era la de una periodista novata a la que se le abre una fuente de lujo.

## Pliego de peticiones

La ciudad todavía duerme cuando Ibáñez regresa a la escuela de caballería para despertar a Lazo. Dónde pasó la noche nadie lo sabe y será otro de los misterios de Ibáñez. El teniente apenas ha pegado un ojo, pero al llamado del jefe espabila y se pone a sus órdenes. El mayor y el teniente no solo madrugan, sino que se adelantan a todos sus camaradas y editan el pliego de peticiones en una máquina de escribir marca Corona, con ayuda de un capitán con formación en derecho. Sin disparar un tiro han dado inicio a la revolución.

El gallo ya canta en las chacras de Providencia mientras se hacen copias de la versión final. Se ensillan los caballos y parten los mensajeros hacia las demás unidades de la guarnición. Pronto estará en manos de todos los comandantes, quienes la leerán y la comentarán con sus oficiales.

Un par de horas más tarde en el regimiento Cazadores el comandante Bartolomé Blanche recibe su copia. La trae el propio Lazo cabalgando por calles de tierra y de adoquín. La lee con el ceño fruncido y se da vueltas mascullando. ¿Un pliego de peticiones? ¿Al presidente de la república? ¿Igual que los mineros y los tranviarios?

Blanche recela de la forma, pero no del fondo. No le parece mal lo que dice, la idea de un código del trabajo o de un banco central le parecen de lo más razonable, pero son cosas de políticos y le perturba la participación del ejército. Entre la Unión y la Alianza Liberal él es apolítico, un soldado a la antigua que solo se reconoce en el reglamento. Sabe que sus oficiales andan metidos en diabluras y lo deplora, como es el caso del teniente Esteban Olea que acaba de llegar bañado y peinadito tras pasar la noche casi entera en ese antro que es el club militar.

En el otro extremo en la escala del entusiasmo se ubica Marmaduke Grove. El subdirector de la escuela militar adivina en el pliego la mano de Ibáñez, pero reconoce que quedó bastante bien. Grove también estudió en Alemania como Blanche, pero regresó con la certeza de que

una gran nación cuida a su gente cuando vieja y a sus trabajadores cuando se accidentan. Lo mejor para el país sería transitar hacia un socialismo positivo y democrático, pero para ello habrá que ser firmes con la oligarquía corrupta y vendepatria.

Grove opone a la cautela de Blanche un apoyo decidido al pliego. Apenas termina de leerlo ordena al teniente Bravo que prepare el vehículo para dirigirse al club militar donde el contenido será debatido por todos. Sus pasos son seguidos de cerca por cadetes y futuros oficiales, quienes interrumpen el desayuno para oírlo una vez más.

—Señores, ha comenzado la gloriosa empresa de la regeneración nacional —les dice alzando la voz y apretando el puño.

En el resto de la guarnición se producen escenas similares, dependiendo de quién esté al mando. Hay comandantes que se inclinarán por la actitud distante de Blanche o la entusiasta de Grove, pero el núcleo del movimiento ya tiene un centro de gravitación y es Ibáñez.

Mientras tanto la ciudad despierta con desgano, atrapada por el frío y el sueño. Ya parten los camiones lecheros y las carretas con frutas y verduras hacia los cuatro puntos cardinales. Los tranvías recogen pasajeros en la periferia y los depositan en el centro. Los estudiantes y profesores ingresan en las aulas y los funcionarios observan en un silencio expectante el titular del diario *La Nación*.

ACTITUD DE LOS MILITARES ANTE LA APROBACIÓN DE LA DIETA CREA DIFÍCIL SITUACIÓN

La revolución todavía no se atreve a decir su nombre, pero los más avispados ya sienten su presencia y no a todos les gusta.

## Magnicidio inconsciente

Muchos de los protagonistas de estos hechos dejaron un registro escrito. Entre ellos hay matices e incluso contradicciones. Existe un margen de subjetividad y exageración en unas memorias publicadas años más tarde, después de innumerables repeticiones orales en las que algo cambió, un detalle nimio desapareció o fue sustituido por otro que modifica el sentido global.

En uno de estos relatos el ministro de Guerra, Gaspar Mora, llega muy temprano, a bordo de un Isotta Fraschini, a la escuela militar. Pide reunirse con el director y le llora sus penas. Dice sentirse traicionado y despotrica contra los políticos, en especial los radicales, pero sobre todo contra el presidente, contra quien vierte gruesos epítetos. Dice llevar escondido en la chaqueta un revólver para dispararle tres tiros a Alessandri y luego suicidarse en el despacho presidencial.

Cuesta imaginar a un ministro de Guerra en un Isotta Fraschini, un automóvil de ocho cilindros en línea que en la época usaban los millonarios y las estrellas de Hollywood. El vehículo no cuadra con la época, el cargo ni con el personaje, militante al fin de un partido de izquierdas, pero a la historia se le puede conceder el mérito de mostrar a Mora al borde del colapso, transparentando sin tapujos la magnitud de su ambición y de su derrota.

Alessandri cuenta algo parecido en sus memorias. Mora llega muy temprano, estando el presidente en su dormitorio. «Venía muy nervioso, profundamente impresionado, diciendo que con malos propósitos había gente que lo intrigaba con sus excompañeros de armas... habló hasta de suicidarse».

¿De verdad traía el ministro Mora un arma escondida en la chaqueta? ¿Corrió peligro la vida de Alessandri? ¿Acaso el director de la escuela militar le permitió seguir camino a La Moneda sin alertar al presidente?

La historia de Mora desplazándose por Santiago en el equivalente a

un Rolls-Royce de la época, con un arma cargada y dispuesto a usarla, o al menos amenazando con hacerlo, abre otras interrogantes relacionadas con el rol de la acción individual en la historia.

¿Cómo habría influido en el curso de los acontecimientos un magnicidio seguido de un suicido? El rostro de estupefacción de Alessandri tras recibir el primer tiro en el pecho, seguido de otro en la garganta que lo deja sin habla y un tercero que le abre un agujero en la frente. Antes que Vital Guzmán o Aguirre Cerda alcancen a ingresar en el despacho, Mora se apunta el revolver a la boca y oprime el gatillo. Una escena operática y extrema que habría modificado todos los planes y ocupado las primeras planas del mundo entero. Alessandri habría dejado de ser un personaje de comedia, un politicastro inoperante y pagado de sí mismo, para transformarse en un personaje trágico que las futuras generaciones venerarían como héroe.

Según la constitución vigente desde 1833, habría tenido que asumir el mando el ministro del Interior Pedro Aguirre Cerda. El destino del pliego de peticiones habría sido azaroso, por decir lo menos, en medio del duelo nacional.

Pero Mora no desenfundó el revólver ni disparó un solo tiro. Nunca sabremos si el arma se encontraba o no en el interior de su chaqueta. Quizá solo buscaba victimizarse e impresionar al director de la escuela militar. Tal vez la historia que vivimos y aprendemos tenga algún grado de ficción.

—Usted goza de mi más completa confianza —le dice Alessandri a Mora—. Eso es lo importante.

Quizá sin saberlo Alessandri se ha salvado de recibir el tiro de gracia. Lo que viene a continuación parecerá una maniobra audaz para salvar a su gobierno, cuando es en realidad su claudicación definitiva.

## Barrio Bellavista /1

Luis Emilio Recabarren le da cuerda a su reloj, se termina el té, le entrega la taza a Anita, y se despide de Teresa con un beso en la frente.

—Cuídese, mijito —le dice ella.

El conventillo está ubicado en la calle Santa Filomena. De allí solo tiene que caminar algunas cuadras hasta Río de Janeiro, donde se ubica la imprenta. Le hace bien caminar, eso le dijo el médico después de su crisis nerviosa. Luis Emilio Recabarren lleva tres días sin salir de casa, desde el sábado 30 de agosto, cuando le escribió a Teresa una carta tremebunda. Estaba decidido a terminar con su vida, pero ella regresó antes de lo anunciado de la reunión de la Federación Obrera y la tragedia no se consumó.

Recabarren, don Reca para los compañeros y militantes, siempre ha tenido problemas de sueño. Años de lucha dejan secuelas, heridas mal cicatrizadas. Los pies le pesan, la cabeza le da vueltas sin poder fijarla en nada. Coger la pluma en privado o tomar la palabra en público le cuesta cada día más.

Hoy es una sombra que camina despacio por la calle Río de Janeiro. Algunas vecinas lo reconocen y lo saludan. «¡Buenos días, don Reca!». Él les responde con un gesto amable. Ignoran que debajo del sobaco aquel hombre de aspecto inofensivo lleva una Mauser C96 semiautomática.

Nunca antes había tenido una amante tan fiel, una compañía capaz de infundir semejante seguridad. Se la compró a un compañero en Alemania y ya no se despega de ella. La próxima vez que la policía lo venga a buscar ya no se entregará con la mansedumbre de Jesucristo.

Se supone que Recabarren es el gran maximalista, según lo apoda la prensa burguesa, pero este temible enemigo del orden social es hoy un hombre cabizbajo, adormilado e insomne, en lo último de sus fuerzas. En poco más de diez años movilizó a los obreros del norte, fundó un partido y varios periódicos, ayudó a organizar una federación

nacional, volvió a ser elegido diputado y duplicó la representación obrera en la cámara. Durante ese lapso estalló la gran guerra y luego una gran revolución. Cayó otra monarquía, la más poderosa y despótica, nació la primera república de trabajadores y su dictadura proletaria. El futuro era de Recabarren.

Todos los militantes contribuyeron, organizaron rifas, bailes y conciertos filarmónicos, hasta reunir el dinero necesario para que Recabarren pudiera viajar a Moscú y asistir a la Internacional Comunista de 1922.

Aún se estremece de recordar el momento en que estrechó la mano del gran Lenin, ya muy enfermo, y su generalísimo Trotski, todavía rebosante de energía. Presidió algunas sesiones y presentó un informe. Era el único comunista latinoamericano que podía llegar al Kremlin con algo semejante: una bancada de dos diputados y toda una red de asociaciones, sindicatos y periódicos.

El paraíso obrero de los soviets no solo ya no existía: estaba en crisis. Los consejos de obreros y soldados ya no funcionaban y la guerra civil había barrido con la clase obrera. El partido se había transformado en su sustituto, y dentro del partido, su comité central. Para evitar el hambre y el colapso hubo que adoptar medidas capitalistas, la *Nueva Política Económica*.

Luis Emilio Recabarren regresó al país agotado y decepcionado, pero lo ocultó bien. Todas sus declaraciones y artículos son jubilosos y optimistas. Ya no escribía en español sino en *centralismo democrático*. Desde entonces todo ha sido cuesta abajo, Lenin está muerto y Trotski ya no tiene ningún poder (se dedica a la crítica literaria); el partido está en manos de sujetos de dudosa calaña, un triunvirato en el que destaca ese bandido de Stalin.

A él también el partido se le fue de las manos. En las elecciones de marzo fueron barridos por los demócratas, que contaron con toda la máquina política de Alessandri para dejarles apenas las migajas del voto popular.

Después de la debacle electoral vino la polémica por la renovación de la mesa directiva. *Recabarren, el comunista de campanilla; luchador de escritorio; zar del partido* fue lo más suave que le dijeron. Hoy el partido está en manos de militantes más jóvenes que él, como Hidalgo

y Cruz. En agosto regresó a su antiguo oficio de tipógrafo, a la elaboración de tarjetas de presentación y esquelas de matrimonio. Hay que ganarse la vida y para eso tiene manos.

Hace algunos días un teniente de carabineros detuvo en Quillota a un peón rural. Lo confundieron con un bandido famoso que venían buscando hace semanas. En vez de exponerse al ridículo y dejarlo en libertad como correspondía, simularon una fuga y lo asesinaron a sangre fría. El juez instructor se percató de la maniobra y ordenó una investigación que tiene al país dividido entre los defensores acérrimos de la policía militar y los que deploran sus vicios más evidentes, su tendencia al abuso y la arbitrariedad, su escasa efectividad en la persecución del delito.

Recabarren ha visto en este escándalo otra señal ominosa, como tantas que se han acumulado en su memoria desde que se entregó a la causa: para la policía asesinar a un peón, un obrero o un exdiputado socialista no hacen la menor diferencia. Para eso tiene a su amiga Mauser C96.

Se detiene delante de una casa de la que emana un olor inconfundible. En aquel galpón se componen volantes, libros y revistas de distinto tipo, casi todas relacionadas, pero no exclusivamente, con el movimiento obrero.

Recabarren esperaba un día común y corriente en el oficio de reunir letras, formar frases y plasmarlas en papel, pero los obreros parecen inquietos. Algunos se han reunido para informarse en un periódico burgués que uno de ellos lee en voz alta.

—¿Qué sucede, muchachos? —pregunta Recabarren.

—Los milicos, don Reca...

La pistola parece de pronto palpitar junto a su pecho.

—¿Qué pasa con los militares? —pregunta alarmado.

—Parece que amenazan con dar un golpe, o algo así.

Hace dieciocho años Recabarren se encontraba en la plaza Colón de Antofagasta cuando las tropas comenzaron a disparar contra los obreros en huelga. Ha hablado también con los que sobrevivieron a la masacre de Iquique y con los de la oficina San Gregorio, donde estuvo días antes de que comenzaran los tiroteos. Sabe lo que están dispuestos a hacer los militares en defensa de la burguesía y del orden capitalista.

Sin embargo, en un país como Chile un golpe de Estado va precisamente en contra de ese orden, de ahí la perplejidad de Recabarren ante las primeras noticias.

—¿Un golpe contra Alessandri? —pregunta.

—No, no contra el gobierno —aclara otro obrero—. Es con el Congreso la cosa, parece.

—¿Qué irá a decir el partido? —se pregunta otro.

Con el correr de las horas siguen llegando noticias, desmentidos, nuevos elementos de análisis. La cuestión de la violencia revolucionaria no es nueva; desde que los bolcheviques se tomaron el poder, Recabarren viene reflexionando su aplicabilidad en estas tierras donde no hay zar sino una constitución civilista y un ejército cuadrado con los intereses del capital.

A mediodía llegan los primeros artículos para la edición de *Justicia*, la publicación oficial del partido. El editorial está tan mal escrito que le rechinan los dientes. Él ya casi no escribe columnas, ya no dirige el partido ni lo representa en la cámara. ¿Qué puede hacer frente a un hecho político sin precedentes?

Hay que definir una postura como clase obrera, analizar las condiciones objetivas, la correlación de fuerzas, pero él es un trabajador más y ya no le piden ni la opinión. Recabarren vuelve al trabajo, pero se queda pensando.

## Un joven confundido

Salvador Allende Castro lee con voz alta y preocupada el titular de *El Mercurio de Valparaíso*. Doña Laura escucha en silencio, intentando comprender los alcances de la noticia.

—¡Estos militares van a dejar la escoba! —exclama con una irritación poco habitual en él.

Masón y militante del Partido Radical, Salvador Allende Castro votó por Alessandri y ha sido un partidario resuelto de su gobierno. En vista de los acontecimientos está decidido a mover todos los hilos necesarios para que su hijo no ingrese al ejército. Si fuera enclenque y corto de vista sería una tarea sencilla, pero no es el caso y se da cuenta de lo poco que puede hacer al respecto.

Esa mañana del viernes 5 de septiembre de 1924 el joven Salvador no comprende los alcances de la noticia que tiene en ascuas a su padre, a quien admira y venera. ¿Estarán haciendo algo incorrecto los militares? A él le sorprendería, pues si hay algo que les enseñan es el amor a la patria. Salvador hijo se guarda sus dudas, termina de desayunar, se despide cariñosamente de sus padres y parte al liceo.

Quedan tan solo meses para que termine su paso por las humanidades y ya no soporta ese uniforme de niño. Tiene dieciséis años, quiere hacerse hombre y conocer el mundo y cree ver en el uniforme militar esa promesa viril.

En el patio del liceo Eduardo de la Barra los alumnos se forman en filas antes de ingresar al aula. Todos comentan la noticia al tenor de lo que han oído de sus familias de clase media y acomodada. Como Allende, son hijos de abogados, médicos, funcionarios y oficiales de marina que deploran el gobierno de Alessandri y celebran su inminente caída. Él en cambio duda y se queda callado, cosa inusual. Hay una sola persona en todo Valparaíso que lo puede orientar.

Terminada la jornada escolar el joven Salvador aborda el mismo tranvía que lo trajo. En vez de irse derecho a casa cruza a la vereda de enfrente y se asoma al interior de un taller.

—¿Don Juan?

—¡Salvattore! —exclama una voz desde la penumbra.

El taller está repleto de marcos de puertas, patas de mesas y de sillas, el aire saturado de olor a aserrín y barnices.

Juan Demarchi nació en Calabria, es un hombre de sesenta años curtidos en diversas luchas y escenarios de Europa y América del Sur. Los Allende Gossens ven en él a un carpintero europeo, competente y cumplidor. No saben de su antigua militancia en el movimiento anarquista, de lo contrario habrían tomado medidas para que el niño no se contamine con ideas disolventes.

Demarchi y el joven Allende tienen una rutina que comienza sin palabras. El italiano extiende los puños apretados y el joven apunta con el dedo el derecho. En la palma de la mano aparece un peón blanco.

—Mi padre está furioso —dice el joven Allende disponiendo sus piezas en el tablero—. Según él los militares están dejando la escoba.

—Pero a ti te gusta lo militare.

Demarchi lleva más de veinte años en el país y todavía conserva el acento de su tierra. Se come las «eses» del plural y acentúa las sílabas de un modo divertido.

—Y a usted no le gustan.

—Io soy pacifista desde que tenía tu edad. Pacifista, ateo y libertario, a mucha honra.

El joven Allende asiente, acerca su brazo al tablero y desplaza su quinto peón.

—Yo no entiendo de esas cosas, tampoco entiendo el enredo que hay ahora. ¿Qué cree usted que va a pasar?

—Io credo que lo militare se van a tomar primero el ministerio y luego el gobierno completo.

—¿Van a sacar a Alessandri?

—No, se va a ir solo. No va a tolerar que lo militare lo mande, le diga este ministro sí, este no.

—¿Pero eso es bueno o malo?

—Salvattore, lo militare sabe hacer la guerra, no gobernare.

Son días peculiares y las partidas de ajedrez entre el joven Allende y el viejo anarquista se transforman en un taller de doctrina. Apenas una

semana atrás el príncipe heredero de Italia estuvo en el país en visita oficial. Pasó por Valparaíso y fue ovacionado por una multitud. Los diarios y revistas no hablaban de otra cosa y Demarchi bromea con lo fácil que hubiera sido eliminar al visitante con una buena carga de dinamita.

—Claro que hubiera muerto mucha gente y a nosotro nos hubieran venido a buscar de noche la polizia para...

Hace un gesto imitando un cuchillo en su garganta. El joven Allende asiente, acerca su brazo al tablero y desplaza otro peón.

—También mataron a otros reyes.

—Reyes, presidentes, princesas —confirma el italiano—. En todo lo paíse salvo Inglaterra. En España el rey casi voló por lo aire el día de su boda. ¡Bum!

—Pero eso está mal, pues, don Juan —replica el joven Allende con pasión—. Yo condeno la injusticia, pero así pagan justos por pecadores.

—Tú mueve, será mejor —dice el italiano desplazando su alfil.

## Golpe a la poesía

El agente Pezoa se baja del vehículo frente a la Segunda comisaría, saluda al cabo de guardia y luego a un teniente que lo conduce hasta el calabozo. Sería tan estimulante tener allí a los responsables de la conspiración, pero tras los barrotes está el joven Pablo despeinado, con ojeras marcadas y una resaca de aquellas.

—Te creía más astuto, Reyes —le dice haciéndole un gesto al teniente para que libere al prisionero.

El joven Pablo lo mira desde su miseria matutina. No tiene muy claro cómo llegó allí. Sus recuerdos después de la plazuela de La Moneda son difusos. Algo dijo o cantó después (¿o fue antes?) a un ministro que salía en ese momento quién sabe hacia dónde.

—Tengo lo que me pediste —dice mientras se pone de pie y sigue a sus captores por el fétido pasillo de la comisaría.

El agente Pezoa se limita a asentir.

En la guardia le entregan al joven sus pertenencias, el cinturón y los cordones de los zapatos. Su rostro demacrado se ilumina cuando el cabo le devuelve también el pesado ejemplar de *Selva Lírica*. Estampa su firma en el libro (la verdadera, no la poética) y queda en libertad.

—Soy todo oídos, Reyes.

—¿En qué quedamos? —se queja el poeta por la promesa incumplida.

—Así hay que llamarte cuando actúas como un zopenco —lo regaña el policía.

—Necesito comer algo. ¿Serías tan amable de prestarme unas chauchas para el pan?

El agente Pezoa sacude la cabeza y suspira. Le ordena al chofer dirigirse hacia el mercado central y allí desayunan como corresponde.

—Ya, desembucha.

—Tengo dos nombres —Pablo se lleva un trozo de marraqueta a la boca, mastica y traga—. Uno admira a los milicos y a la vieja oligarquía y el otro *es* milico.

—¿Estás seguro?

Abre el libro en el índice y le muestra sus dos candidatos. Pezoa lee los perfiles y estudia los rostros con atención de sabueso.

—Sady Zañartu... ¿De dónde me suena este nombre? —se pregunta.

—Yo no lo conozco ni en pelea de perros —balbucea Pablo.

Pezoa saca una moneda de cinco centavos y llama a un suplementero que se pasea por los pasillos con algunos ejemplares de *La Nación*. Da vuelta las páginas de manera apresurada, saltándose la noticia del momento para irse directo a la sección de espectáculos.

—¡Lo sabía!

Pablo estira el cuello para ver mejor, se limpia los labios con una servilleta y lee:

> En la elegante sala del teatro Victoria tuvo lugar la presentación de arte nativo que ofrecieron a nuestra sociedad antes de partir al extranjero el escritor señor Sady Zañartu y su señora Camila Bari de Zañartu. Se trata de un novedoso espectáculo que viene a revivir una época galante de nuestra historia, cuando las canciones y danzas eran ingeniosas por su gracia y color.
>
> Los números de zamacueca son los más novedosos del programa y el elogio que se hace de nuestra danza nacional trae a la memoria todas las felices y principescas expresiones que tuvo nuestra cueca por ilustres viajeros en el pasado. Se hace una evolución de esta danza desde que era un baile de negros y la bailaban los zambos en Quillota.

—¿Serán cuñados? —se pregunta.

—¿Quiénes?

—Zañartu y Bari, pues.

—Me parece elemental, mi querido Watson.

Pezoa ya no tiene más tiempo que perder. Saca un arrugado billete de veinte pesos y lo deja encima de la mesa. Pablo lo queda mirando con sentimientos encontrados.

—Te lo has ganado, Pablo.

El poeta observa la silueta del policía alejándose por los pasillos del mercado y pide otra taza de té.

## Golpe a la poesía /2

Otro que despierta con resaca es Carlos Díaz Loyola. La paliza propinada por sus antiguos siervos es un duro golpe para su orgullo. El recuerdo es incierto, el resultado evidente. Encabezados por el moquillento versificador de Temuco, se han rebelado contra su tutela. Son una banda de malhechores y ya llegará el día de ponerlos en su lugar.

Permanece así en un estado de sopor doliente, sintiendo las muelas que tiemblan en sus raíces. Su esposa le lleva una taza de té y una batea con agua tibia para limpiarle las heridas. El poeta hiede a alcohol y los niños lloran en la habitación contigua del conventillo.

Winétt es abnegada y oculta el sufrimiento detrás de una fachada estoica. Alguna vez se llamó Luisa Anabalón y firmó como Juana Inés de la Cruz. Ahora tiene al frente a un hombre derrotado, paralizado, sin dinero ni futuro, sin otro lujo que despotricar en verso libre.

Pablo se jugó su última carta hace un par de años asociándose con el suegro, el coronel Anabalón, para crear una editorial periodística. La idea era hacer almanaques agrícolas, recorrer campos, inventariar la producción y dejar un largo registro fotográfico de las haciendas y sus vacas, trigales, frutales y viñedos. Pero la gestión y la contabilidad no acompañaron, los ingresos nunca alcanzaron para cubrir los gastos de representación. Dieron trabajo a numerosos zánganos y abejorros hasta declararse en la ruina.

Hoy solo le queda la poesía, pero la suya es desmesurada como la lava, nadie quiere quemarse con esa sustancia abrasiva que se deja contemplar apenas desde lejos.

Winétt ya ha agotado sus fuentes de crédito familiar y vecinal, los fiados múltiples se vuelven en su contra y el único recurso es el comercio de muebles, pinturas, candelabros, libros viejos, los restos del naufragio que yacen dispersos en la playa mientras los niños, Carlitos, de cuatro años, Luisa de uno, siguen llorando en la pieza de al lado.

A ella le esperaba un futuro menos pálido y más luminoso, el de una hija de militar arropada en libros y protegida por un marido proveedor, pero en su camino se cruzó el Hermano Piedra con su aire profundo y vertiginoso, y desde entonces no ha parado de moverse de un lado a otro en busca de un lugar. De Santiago se trasladaron a San Felipe y de ahí a Valparaíso, Concepción, para volver siempre derrotados, menguado el presupuesto y clausurado el futuro.

—¿Te sientes mejor?

Él no responde. La paliza ha logrado lo imposible: hacerlo callar. Carlos Díaz Loyola permanece mudo tragándose sus propios quejidos. Pero esa terca mansedumbre no le calza y ella teme que sea el prólogo de nuevas tormentas.

El movimiento militar, del que siguen llegando noticias, es otra señal ominosa que a él le recuerda al suegro y su desprecio.

A Carlos Díaz Loyola ya no le queda nada más que salir a pedir plata y Julio Molina Núñez es el primer candidato. Fue el generoso antologador de *Selva Lírica* y los incluyó a ambos, a Pablo y a Juana Inés de la Cruz, en el mítico volumen. No se negará a brindar su ayuda al poeta caído, más aun si son *una pareja de poetas* con niños que alimentar. Carlos Díaz Loyola sabe dónde ubicarlo, trabaja en Ferrocarriles y, si no lo encuentra allí, estará con sus amigotes en el Club de la República.

Hace a un lado la batea con el agua, se mira en el espejo y encara su reflejo deformado a golpes. Sus labios están torcidos en un gesto de repugnancia. Solo le queda una camisa decente, un saco con los agujeros parchados y un par de zapatos con costras frescas de barro.

Winétt le trae más agua para que se lave la cara, le limpia el peine para que domestique su cabellera indómita. Le hace un masaje en la frente con la yema de los dedos y, poco a poco, lo rescata del abismo.

Solo falta una buena taza de té para que esté en condiciones de salir y plantar cara al mundo. Hay que dar un poco de pena, pero nunca tanta.

## La Moneda /9

Desde su despacho Pedro Aguirre Cerda ve como su ministerio se derrumba. Los comandantes que convocó de madrugada para ordenarles un acuartelamiento todavía toman desayuno.

Enciende el quinto cigarrillo de la mañana. No son ni las diez y pide al mayordomo otro café. Si el jueves fue eterno, el viernes podría ser peor. No se trata de la caída de un ministerio, sino de todo el régimen político que podría estar viviendo sus estertores. ¿De qué otra forma entender la reticencia de Alessandri a usar la fuerza legítima contra los tenientes alzados? Esa ventana ya se clausuró y la de la marina también. A primera hora de la mañana regresó el mensajero de Valparaíso con la respuesta del almirante Nef.

—Dígale a su excelencia que en varias ocasiones se me han acercado algunos políticos para hacerme determinadas proposiciones. Dígale que nunca les presté oídos. Dígale que, a pesar de sentirme enfermo, nunca eludiré el sacrificio de asumir responsabilidades de gobierno si la patria me lo pide. Dígale que la marina se mantendrá al margen de esta trifulca y que en ella no hay fermentos subversivos. No hemos participado, afortunadamente, en las luchas electorales. Dígale al ministro y al presidente que si esto se complica y las fuerzas armadas no lo sostienen en el poder, un hombre viejo como yo le aconseja renunciar a su cargo para así salvar a la república.

Es como un jaque mate.

Alessandri aún está en su despacho y Pedro Aguirre Cerda deberá informarle acerca de su reunión nocturna en el Senado. Se habló de detener el militarismo mediante un ministerio de unidad nacional, pero solo si el presidente renuncia. Se lo dijeron moros y cristianos y es como llevarle al presidente un ultimátum, algo que no se puede hacer sin presentar su propia renuncia.

¿Cómo se llegó a eso? ¿Quién lo podía anticipar?

Pedro Aguirre Cerda intuye que no es una conspiración sino varias. Senadores de oposición se reúnen hace meses con los almirantes en

Valparaíso, los regimientos son inundados de propaganda sediciosa, los radicales tienen su pelea interna y la masonería también. Pedro Aguirre Cerda sabe todo eso. Pero dejará el ministerio sin haber recibido de Julio Bustamante siquiera un informe preliminar sobre el atentado contra el Gran Maestre. Podría tener acceso como ministro del Interior a la carpeta del juez Soro Barriga, pero no lo hará. No tendrá tiempo. Tampoco conocerá las gestiones del agente Pezoa y del joven poeta porque se realizan en un estamento inferior al de un ministro.

Pedro Aguirre Cerda no conoce ni ha leído los documentos de trabajo que publica en la academia de guerra el capitán David Bari sobre el ejército y la cuestión social. No conoce los poemas ultraderechistas de la revista *Bandera*, escritos por cabos y sargentos. Recién toma consciencia de su fallido llamado al acuartelamiento. Debió haberlo ordenado Mora o derechamente Alessandri, y recién se entera de que a esa hora el presidente hablaba por su cuenta con los tenientes.

Frente a la cuestión social, a la cuestión obrera, el Estado dispone del ejército, de la marina y de la policía municipal y carabineros para reprimir. Él mismo, como ministro del Interior en 1921, debió apoyar a las tropas que intervinieron en la oficina San Gregorio, con un saldo de decenas de fallecidos y heridos graves.

No ha unido el desagrado de los propios militares en desempeñar esas funciones con su hastío por el atraso de sueldos y ascensos. Era trabajo de Mora resolver estos entuertos y por momentos pareció que lo iba a lograr. Su ambición y su ego lo han perdido.

En ese preciso momento su secretario ingresa en el despacho y deja una carta sobre el escritorio. Viene de Italia y Pedro Aguirre Cerda reconoce de inmediato la letra.

Seis años se han cumplido desde que Lucila Godoy se dirigió a él por primera vez. Solo ha cambiado el vocativo: primero fue *Distinguido diputado*, luego *Respetado señor Aguirre*, *mi distinguido señor y honorable senador* y ahora simplemente *Amigo*.

Él era ministro de Educación y ella una modesta maestra de escuela; estaban situados en anillos distintos de la red del magisterio. Él movió influencias para que ella pudiera subir dentro del escalafón. Le avisaba

si se abría un cupo de directora en algún liceo de provincia. A cambio, Lucila daba consejo útil para la cartera, inteligencia de terreno sobre tal director, tal maestra.

Lucila fue seleccionada para la antología de *Selva Lírica* por su amigo y hermano Julio Molina Núñez. Luego publicó un par de libros con el pseudónimo de Gabriela Mistral y adquirió notoriedad como prodigio. De pelear cupos por liceos en el sur saltó a concursar para puestos en el extranjero. La contrataron en México para escribir prosa escolar. Se quedó más del tiempo contemplado y trabó amistad con grandes personajes. Ha participado en la organización de escuelas para los indígenas y, según parece, descubrió el amor.

Lucila siempre se ha cuidado de pasarse de la raya. Declina *todo interés sufragista* por evaluar su trabajo parlamentario. Pide perdón por sus *digresiones necesarias* y sus *cartas pedigüeñas*. Se limita *a insinuarle respetuosamente* tal o cual gestión. Acusa que los *gritones y pechadores* reciben siempre más y por eso mismo se siente con derecho a pedir lo mismo. Sus cartas llegan ahora desde Costa Rica, Nueva York y Madrid. Pedro Aguirre Cerda sabe que su protegida ya no vuelve. Abre el sobre y lee.

Con prosa exquisita y elegante Lucila sigue pidiendo que hagan cosas por ella. Que le mantengan el sueldo de directora. Que su sustituta permanezca en el liceo que ella dejó. Que se prologue su comisión porque ella devolverá los recursos invertidos en su estadía en una estupenda propaganda para el país. Es lo que hacen todas las naciones de América con sus intelectuales y artistas.

Lucila se defiende también de quienes la acusan de alquilarse a un *gobierno bolchevique* como el mexicano. Dice que Obregón le ofreció irse a Europa con buen sueldo, pero a ella le pareció feo.

A cambio de interceder por Lucila, Pedro Aguirre Cerda recibe libros dedicados, cariños y reconocimientos, pero también palabras de aliento para su dura labor ministerial. Algo de bruja y de pitonisa tiene esta mujer que a la distancia, del otro lado del mundo, parece intuir el descalabro que se avecina.

*Usted es la esperanza más fuerte que tenemos para la seriedad en la vida política y nacional nuestra en el futuro*.

Pedro Aguirre Cerda dobla la carta y la guarda en un cajón. Se la

leerá esa noche a su señora Juanita, que le tiene mucho aprecio a Lucila. Enciende otro cigarrillo y se levanta. Camina en círculos, se asoma a la ventana. Los tenientes han llegado en número considerable para reunirse con el presidente y Pedro Aguirre Cerda está convencido de que nada bueno saldrá de allí.

## La Moneda /10

Existe el mito de que en el salón de honor hay enormes jarrones de porcelana de Sèvres y un sillón que perteneció al rey Luis Felipe de Orleans.

Los oficiales ingresan en orden siguiendo las indicaciones del edecán. El fantasma de Balmaceda los observa con melancolía. No hay asientos para todos y algunos deberán permanecer de pie. Se sacan las gorras y esperan la llegada del presidente. Ha llegado el momento de la verdad.

Alessandri aparece con su mejor máscara de comediante, la sonrisa estampada en los labios. Saluda con deferencia, conoce a algunos por su nombre. Reconoce el rostro de Blanche y nota la ausencia de Ibáñez.

En las últimas cuarenta y ocho horas le han dicho en repetidas ocasiones que el encono de la oficialidad militar va dirigido al Congreso y en particular a los senadores de cuello almidonado y modales pomposos. Ahora cuenta con una oportunidad única para verificar qué tan odiosos o leales son hacia la figura del presidente de la república.

Alessandri se deshace en halagos, recuerdos, anécdotas nimias de su paso por alguna guarnición militar. Alguna frase ingeniosa le permite extraer sonrisas y bajar la tensión.

—¿Esperamos al general Altamirano? —pregunta—. ¿Alguien lo ha visto? ¿O al general Dartnell?

Los oficiales se miran inquietos. Ellos también resienten la ausencia del general y Alessandri obtiene de ello una pista importante. Un coronel, el único presente junto con Blanche, toma la palabra.

—Excelencia, quizá en aras del tiempo sería bueno comenzar ahora.

—Por supuesto, por supuesto —aprueba Alessandri—. Procedamos.

El mismo coronel toma a su cargo dar comienzo a la presentación.

—Excelencia, en estos momentos hay mucho malestar en el ejército por la poca atención que se nos brinda y por la forma en que los

poderes públicos atienden a los intereses del país en general. Conviene que nuestro generalísimo conozca el sentir unánime de la institución.

Alessandri siente una puntada en el pecho y la disimula. Es como un paciente al que un médico está auscultando un absceso.

—El teniente Lazo entrará en más detalles.

El susodicho es un joven alto y prematuramente calvo. Por el distintivo que lleva en el cuello cerrado de su chaqueta prusiana, Alessandri puede identificarlo como un oficial de caballería y de pronto todo cobra sentido. Aquel muchacho es el títere de Ibáñez.

El teniente Lazo se pone de pie, hace chocar los tacones y comienza a hablar como si recitara un texto aprendido de memoria.

Afirma el teniente Lazo, ante la estupefacción de Alessandri, que el ejército no es atendido ni oído por los poderes públicos, que el Congreso pierde lastimosamente el tiempo en discusiones estériles, mientras los problemas se acumulan y parecen no tener solución. Dice que los oficiales ven en el Congreso intrigas y politiquería, desorden y esterilidad.

Alessandri se pregunta cómo ha sido posible algo así en una de las instituciones más jerárquicas de la república. Es el mundo al revés: los alumnos a cargo del liceo; las pupilas, de la escuela; los locos, del manicomio.

—Como consejo de oficiales —prosigue el teniente Lazo—, queremos plantear, con todo respeto por su excelencia, ocho medidas de urgencia nacional.

¿Qué más cabe esperar, se pregunta Alessandri, de unos tiempos en que las mujeres fuman y los jóvenes, por el solo hecho de subirse a un aeroplano, se sienten con el derecho de hablar así a sus mayores? Esa es la naturaleza del movimiento que tiene ante sus ojos. Son los oficiales subalternos los que mandan. Los jefes están ahí solo para defenderse y evitar que el movimiento les pase por encima.

—Primero, que se realicen reformas a la constitución política del Estado —prosigue el teniente Lazo, sin equivocarse ni en las comas—. Segundo, que se vete la actual dieta parlamentaria; tercero, despacho de la ley de presupuestos...

Alessandri escucha en silencio. Podría dar en ese momento un puñetazo en la mesa y hacerlo callar. ¿Qué sacaría con ello? La actitud

de los oficiales es abiertamente revolucionaria, procede arrestarlos en el acto y someterlos a sumario. Pero ¿cómo?, ¿con qué fuerza?, ¿con los carabineros que guardan La Moneda?, ¿con la sección especial de Julio Bustamante, que no ha sido capaz siquiera de identificar a los artífices de la sublevación?

—Quinto, que se dicte una ley que ampare y proteja a los empleados particulares. Sexto, que se dicte una ley que establezca el impuesto progresivo a la renta. Séptimo...

Alessandri ya no escucha. Está diseñando su estrategia de salida, o la estrategia que él cree será capaz de librarlo de aquel jaque y seguir jugando hasta el fin de su mandato.

*Haciendo un gran esfuerzo de dominar mi justa indignación*, escribirá en su diario, Alessandri se pone de pie, recorre con la vista su auditorio cara por cara, agradece las sinceras palabras del teniente Lazo y comienza su propia *performance*. Parte hablando de lo importante que era para él el ejército después de haber asumido la responsabilidad de representar al departamento de Tarapacá en el Senado. En aquel rincón de la república conquistado con la sangre de los soldados de línea y blablablá.

Podría pasar mucho rato así, pero llega el momento de pasar a la ofensiva. Hace una pausa antes de encender la mecha de su cañón.

No son justos al decir que no se han servido ni atendido los intereses del ejército. Precisamente para servirlos Alessandri nombró sucesivamente a tres militares en el Ministerio de Guerra. ¿Quién mejor que uno de los suyos para hacer reformas administrativas y de justicia? Vean la diferencia con los gobiernos anteriores, que nombraban en la cartera a unos civiles que no tenían la menor idea de dónde estaban parados. Cuando Gaspar Mora, uno de ellos, colgó el uniforme y se zambulló en la contienda política, ¿no fueron ellos mismos quienes lo vitorearon y lo alzaron en andas? Le han dicho que anoche lo humillaron, lo vejaron en las puertas del club militar. ¿Así se comportan los caballeros?

Los oficiales fijan la vista en el suelo y evitan mirarse entre sí.

El presidente siempre ha solemnizado con su presencia en las festividades militares, siempre dio las explicaciones del caso cuando se presentaba una urgencia de gobierno. En estos tres años y fracción ha

estado en todos y cada uno de los cuarteles, y eso es más de lo que puede decir cualquiera de sus predecesores, quienes rara vez salieron de Santiago y de los salones de la alta sociedad.

Algunos oficiales como el capitán poeta David Bari se sonrojan al oír los descargos del presidente.

—No tengo inconveniente en vetar la dieta parlamentaria —prosigue Alessandri—. En cuanto a las demás peticiones formuladas, son puntos fundamentales de mi programa de gobierno, que se encuentran cristalizados en proyectos de ley presentados ya al Congreso. En consecuencia, es profundamente satisfactorio para mí recibir apoyo.

Su tono cambia al referirse a la renuncia de los ministros. Con tranquila severidad lo califica de inconveniente y francamente contrario a la disciplina militar, y anuncia que llamará al jefe de gabinete para que conozca el petitorio.

Alessandri sale del salón con paso decidido, sin mirar a nadie. Los militares lo observan en un silencio que se corta con cuchillo.

## La Moneda /11

Pedro Aguirre Cerda y los demás ministros fuman como condenados a muerte cuando Alessandri los viene a buscar. Lo cubren de preguntas que él no responde. Cual emperador romano en el final de su reinado, se limita a interpelar a Pedro Aguirre Cerda.

—Ministro, tenga la amabilidad de acompañarme.

En el trayecto hacia el salón, Aguirre Cerda escucha con el ceño fruncido las palabras del presidente.

—Aquí nos salvamos o nos hundimos, Pedro. Los generales no vinieron y son los tenientes los que mandan.

La secretaría de la presidencia y la galería contigua al salón de honor están llenas de funcionarios expectantes. Presidente y ministro pasan delante de ellos ignorándolos por completo. A Alessandri le basta echar una mirada para comprobar cómo ha cambiado el ambiente durante su ausencia.

Los uniformados responden al saludo del ministro del Interior con un silencio que, en voz del teniente Lazo, se transforma en abierta hostilidad. El joven oficial repite el petitorio punto por punto e interpela directamente a Aguirre Cerda.

—Señor ministro, reconocemos en usted a uno de los pocos hombres honrados en la política, pero sepa también que usted representa todo lo corrompido que el país deplora, la corruptela, las prebendas, la repartición de cargos y el amparo de ambiciones mezquinas por el solo hecho de pertenecer a un partido u otro.

Aguirre Cerda recibe los proyectiles verbales del teniente con estoicismo. El que está a punto de explotar es Alessandri.

—Hemos venido a entendernos exclusivamente con el presidente de la república. No hemos venido a pedir opiniones ni a formular peticiones a nuestro generalísimo. Hemos venido a exigir.

Apenas el verbo *exigir* sale de los labios de Lazo, Alessandri da un puñetazo en la gran mesa y se pone de pie. Su tono de voz ya no es el *vibratto* calculado de alguien que busca defenderse de un juicio injusto,

sino la arenga apasionada de un hombre ofendido en su honor más íntimo.

—Mi puesto y mi vida, dos cosas que poco me importan en este momento, están en manos de ustedes porque tienen la fuerza —dice mirando a cada uno de los presentes a los ojos—. Dueños son, si lo quieren, de arrebatarme y pisotear el tricolor nacional que mis conciudadanos me entregaron como insignia de mando. Pero hay algo que para mí vale mucho más que la vida y el puesto: mi dignidad personal. Esa la defiendo yo.

Alessandri se lleva las manos al pecho y se lo golpea en repetidas ocasiones.

—¡Es mía! Ni ustedes ni nadie me la pueden arrebatar; vale más que la vida y la última palabra empleada me impide continuar esta conferencia —Alessandri clava sus ojos en el teniente Lazo y luego gira para abarcar a los demás—. ¡Hemos terminado!

Las versiones vuelven a diferir. Según el propio Alessandri, se escuchan voces de excusa y apoyo de parte de los oficiales de mayor rango. Según otros, el presidente sale del salón a grandes zancadas y, rojo de ira, se dirige a su despacho, coge una pistola, se la mete en el bolsillo y regresa decidido a defender su honor.

Es el segundo cuasi incidente con armas de fuego en La Moneda después del episodio del ministro Mora, pero la sangre tampoco llegará al río, ya que Alessandri no contempla utilizarla sino en caso extremo. La pistola permanecerá en su bolsillo más como un amuleto que como un recurso a utilizar.

—Excelencia, la palabra ha traicionado el pensamiento del teniente Lazo, por favor acepte nuestras excusas —se disculpa el coronel—. Nosotros hemos venido para ofrecerle nuestro concurso moral y efectivo para que se pueda realizar su programa de gobierno. Usted es nuestro jefe.

La calma regresa al salón. Se hace entrega formal del pliego de peticiones y la expresión de Alessandri se distiende.

—Agradezco de corazón el noble gesto de franqueza que han tenido —dice Alessandri—. Son hombres aguerridos y sinceros y me complace que, incluso con crudeza, hayan expresado lo que sienten. Estoy con ustedes como generalísimo y como amigo y, por intermedio

del general Altamirano, recibirán esta tarde mi respuesta.

El presidente ha retomado el control, al menos por el momento. Creerá haber salvado la república y apuntalado la democracia bamboleante y seguirá todavía algunas horas sumido en esa creencia.

—Por último, voy a pedirles que respondan con franqueza. Si se realizan las peticiones formuladas, ¿terminará todo esto?

—Tiene nuestra palabra —asevera el coronel.

Se abre la puerta del salón y los funcionarios echan a volar como una bandada de palomas. Los tenientes regresan por donde vinieron, atraviesan el largo pasillo adornado con los bustos de los presidentes de la república, descienden la escalera de mármol y cruzan la entrada principal de La Moneda. Una vez más se dirigen hacia el club militar, su centro operativo.

A las dos de la tarde Arturo Alessandri Palma recibe la carta de renuncia de Pedro Aguirre Cerda y la de todos los miembros del gabinete. El país ya nunca será el mismo.

## Patas de perro

El perro Tony está más inquieto que nunca con tanto conciliábulo entre humanos nerviosos. Lleva varias horas encerrado en la casa grande y sin poder salir. Normalmente pasea con amo después de almuerzo y la señora gorda lo saca otro par de veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, pero ese día ninguno de los dos lo ha venido a buscar.

La casa grande está llena de humanos nerviosos que se pasean, succionan unos cilindros delgados y luego expulsan humo por la boca.

La vida es injusta y Tony lo sabe en carne propia. Es un privilegiado, pero también un prisionero. Nunca pasa hambre ni frío y come directamente del bufet presidencial. Cuando está enfermo lo viene a ver un veterinario y no tiene rival alguno en el cariño de amo. En contrapartida, carece de cualquier asomo de soberanía sobre sus actos. No conoce las pulgas ni el miedo, pero tampoco la libertad de los quiltros. De una vida sexual ni hablar.

En este sentido la crisis política es para Tony una oportunidad. Libre de toda atención humana, se pasea por los corredores y oficinas, olisquea las tazas y los papeleros y hace sus necesidades donde puede.

Nadie está custodiando la escalera y Tony desciende sin provocar otro ruido que el de sus patitas en los peldaños. La guardia está distraída y el perro presidencial sale a la plazoleta cual ministro sin cartera. Reconoce el perímetro a través de sus olores. Dobla a su derecha y camina pegado al muro, dejando cada veinte metros un par de gotas de orina para no perder el camino de regreso.

El inesperado paseo en solitario se alarga por las calles aledañas a la casa grande. Tony aprovecha de husmear, olisquear y reconocer su propia huella urinaria en las esquinas

La ciudad está cambiando la piel como una gigantesca culebra. Hay obras en construcción y otras paralizadas, casonas a medio morir y otras abandonadas, con avisos de remate y demolición. En este entorno cambiante también hay peligros para un animal

desacostumbrado a luchar por la supervivencia: vehículos motorizados lo asustan con sus rudas bocinas y en una intersección de calles se encuentra a boca de jarro con una jauría.

Cuatro sujetos de su misma especie lo observan fijamente. Por naturaleza amistoso, Tony solo atina a mover la cola. No obtiene respuesta. Hay de por medio territorialidad y antagonismo de clase. Uno de los canes le muestra los colmillos y Tony, que en esto se parece a Jesucristo, da media vuelta y regresa por donde vino.

Muchas de aquellas calles las conoce de memoria, las ha recorrido con amo o con la mujer gorda. Esa noche hay un número inusualmente alto de humanos caminando por la calle y parecen excitados. Tony no tiene forma de saber que amo ocupa un lugar central en sus emociones. Una humana se agacha y lo acaricia. Él se deja querer y luego sigue su camino. Ya comienza a sentir hambre y se le hace necesario regresar.

No es difícil, solo un poco largo. Para evitar a la jauría hostil tiene que dar una vuelta.

La puerta pequeña está cerrada. Los guardias de la entrada grande lo reconocen y le dicen algo. Tony sube las escaleras sin ser molestado por nadie. Está de regreso y se encuentra con amo en la puerta del despacho. Está hablando con el humano alto y que viste de oscuro con botones brillantes. Es un asunto muy serio porque ninguno de los dos se percata de su presencia.

Tony es el único ser vivo y el primer perro en presenciar la negociación de un gabinete ministerial y la lenta caída de un gobierno.

## Sucede en las mejores familias

El agente Pezoa es un hombre de palabra y tras despedirse de Pablo (a quien ya no volverá a llamar nunca más Reyes) llama por teléfono al prefecto Julio Bustamante y le informa los primeros resultados de la pesquisa. Hay que buscar antecedentes del capitán David Bari y del empresario teatral Sady Zañartu.

Pezoa regresa al sitio del suceso en busca de inspiración.

En aquellas calles, República, Ejército y Dieciocho, viven los ricos y los casi ricos, rentistas y profesionales prominentes y más de un senador. Por eso mismo hay vigilancia policial desde que el populacho comenzó a ponerse díscolo, allá por 1905 durante la huelga de la carne.

La casa del Gran Maestre es de las más modestas, tiene patio y un jardín bien cuidado. Las ventanas rotas ya fueron reparadas y no queda rastro del atentado salvo en la memoria de los testigos. El dueño de casa no se encuentra, y mejor así. Pezoa tiene todo el tiempo del mundo para fijarse en detalles, conversar con el mayordomo y la empleada en busca de inconsistencias, cosas que a primera vista fueron pasadas por alto.

Los atacantes primero pegaron los carteles en el muro con mucha calma, tanta que hasta respetaron el principio de simetría y la línea recta. *Masones traidores. Fuera Alessandri*.

Luego, como quien quiere deliberadamente llamar la atención, arrojaron siete piedras y rompieron siete ventanas, un número lleno de asociaciones místicas (los siete días de la semana, las siete notas musicales, los siete planetas observables). Pezoa algo sabe de esas cosas y cree ver en ello huellas de un rencor estudiado, cultivado y alimentado con paciencia.

Según el mayordomo todos en la casa sintieron mucho miedo esa noche. El doctor incluso fue a buscar un revólver para defender a su familia. Recién ahí llegaron los guardias municipales haciendo sonar sus pitos. Los atacantes huyeron, y del modo más raro.

—Eran jóvenes, bien trajeados, con ternos de la Casa Francesa, zapatos de Gath & Chaves —los describe el mayordomo muy entendido en moda masculina y su comercio.

Dos cuadras hacia el sur hay un depósito de gasolina cuyo empleado los vio huir en el automóvil. Ante el agente Pezoa agrega otro detalle extravagante: en la esquina de Ejército se bajaron dos y siguieron *a pie* hacia Delicias.

Cada vez hay más cosas que no encajan, que parecen una *representación* y no *la cosa en sí*.

La parsimoniosa ejecución del atentado, las siete piedras, el bajo poder explosivo de la bomba (obra visible de un aficionado) lo llevan a pensar que el objetivo era solo simbólico: un mensaje para quienes votaron por el doctor Valenzuela para el máximo cargo de la orden masónica.

El doctor Valenzuela fue elegido Gran Maestre con apoyos importantes, porque son también miembros insignes de la Gran Logia el presidente Arturo Alessandri (Gran Consejero de Honor) y el ministro Pedro Aguirre Cerda (Gran Orador). Un almirante muy cercano a ambos es Gran Vigilante y tres ministros son también Consejeros.

El agente Pezoa sigue su búsqueda en las casas vecinas y obtiene el mismo resultado. Nadie vio ni escuchó nada salvo en una casa de paredes celestes, la más desarreglada del sector. Por fuera hasta parece abandonada, muerto el antejardín, secas las flores, cerradas las celosías en invierno. Pezoa golpea por curiosidad, por hastío, por hacer tiempo antes de regresar al cuartel y confesar su impotencia. Le abre una niña tímida de doce o trece años, que mira al suelo y no dice una palabra.

—¿Quién es, Edelmira? —pregunta una voz añosa desde adentro.

El agente Pezoa se encuentra en el zaguán con una anciana de cuerpo robusto, cabello gris desgreñado y ojos muy claros. Él se presenta y pregunta por lo sucedido esa noche.

—Señor policía, yo lo vi todo.

Parece estar algo tocada de la cabeza. Le toma a Pezoa las manos y estudia sus palmas.

—La búsqueda infructuosa —señala como si estuviera viéndole la

suerte—. Lo buscado se multiplica y agazapa.

Pezoa la escucha con interés, es lector de novelas policíacas y está abierto al misterio, a lo metafísico. Pasan a un vestíbulo y la dama le ofrece asiento. La niña entra con una bandeja en las manos y llena dos tazas con un té robusto.

—¿Qué vio exactamente esa noche?

—Vi un automóvil y a un joven vengándose del Padre. Vi el miedo y el placer que provoca causar miedo.

—¿El padre?

—Fue una señal para que otros sigan, imiten, ataquen al Padre y lo destrocen ritualmente.

Al agente Pezoa no le gusta perder el tiempo, pero la manera de hablar de la mujer resulta casi hipnótica.

—Usted cree que estoy loca, señor policía. Pero escúcheme bien. Usted está investigando a una familia difícil, una familia marcada. Cada dos o tres generaciones nacen demonios y serafines y usted está lidiando con uno.

—¿Con un serafín?

—Son dueños de grandes predios y latifundios, se creen guardianes del Vino de Dios. De sus filas nacen los letrados, los juristas y los notarios. Cuando se anuncian reformas son los primeros en combatirlas. Anticipan la revolución y ganan dinero con ella. Esta familia no es hoy de las más ricas. Hay otros antes que ellos en el escalafón, pero tienen el futuro en sus manos a través de su recurso fundamental.

—¿Petróleo? —bosteza Pezoa.

—Papel.

—A ver. A ver a ver a ver.

—Cada vez se lee más, señor policía —prosigue la anciana—, cada vez se leen más periódicos, revistas, cada vez se reparten más volantes, octavillas, panfletos. Y para hacer papel se necesitan árboles, señor policía, cientos de miles de árboles para hacer el papel de los libros y de la prensa, y mucha tierra para plantar esos árboles. Un país necesita papel tal como necesita harina.

La niña trae más té y agrega esta vez una bandeja con dulces chilenos. El agente Pezoa se pregunta cuánto tiempo ha pasado.

—Este es el apellido, esta es la familia —la anciana anota en un papel y se lo entrega—. Siga sus pasos y encontrará el origen de algo.

El agente Pezoa se lo guarda en el bolsillo, observa su taza de té. Necesita salir de allí pronto. Se excusa, se pone de pie, se deshace en agradecimientos.

## Estación Mapocho /3

Mapocho es la estación terminal del ferrocarril trasandino y donde llegan las visitas ilustres del extranjero como el príncipe heredero de Italia y las grandes celebridades del canto y del teatro. Periodistas y fanáticos de la ópera aguardan la llegada del tenor Miguel Fleta, el nuevo Caruso según los entendidos, pero Julio Molina Núñez no podrá verlo con sus propios ojos. Por segunda vez en menos de veinticuatro horas viene a verlo un poeta.

—Necesito hablar con usted —suplica el Hermano Roca en tono tremebundo.

No queda más que invitarlo a almorzar y escuchar sus vicisitudes.

—¿Qué le pasó, Pablo?

—Ese pelafustán de Temuco, quién hubiera adivinado la cantidad de dobleces que puede esconder un cuerpo así de flaco y una voz así de llorona.

Pese al ojo entumecido, la ropa hecha un estropicio y la larga cola de calamidades, no ha perdido el humor, lo que es mucho decir en alguien que se toma tan en serio.

—Cuénteme todo.

Parece como si fuera ayer el veredicto que Julio Molina Núñez vertió en *Selva Lírica* sobre la poesía de Pablo de Rokha. Ya entonces había dejado de ser el «simpático vate valientemente modernista», que escandalizaba a los «tesoreros de la lengua». Su espíritu penetraba en la selva agria y nebulosa de Nietzsche para salir desgarrado, herido, convulsionado por cataclismos íntimos.

Desde entonces Carlos Díaz Loyola se entrega a actos cotidianos anormales y a un extraño maridaje de belleza y morbidez. Su desorden psíquico solo ha ido en aumento y, probablemente, la presencia del otro Pablo, el Joven, ha tenido su parte de responsabilidad. Pablo el Mayor acepta apenas la sombra del sol y va a tolerar la de un jovenzuelo que en un par de años ha publicado dos libros celebrados por la crítica, que las jovencitas leen en los parques y tranvías

mientras el suyo es deplorado e ignorado por todos.

De *Los Gemidos* solo queda el recuerdo de su desmesura, su maraña de frases inexpugnables para el corazón y menos para el intelecto. Pero no hay para qué profundizar la desazón del poeta ni agregar más leños a su hoguera. Si hay algo bueno en la vida de ese hombre torturado es el amor que ha encontrado no en una musa, sino en una igual, su actual esposa ante Dios y las leyes.

—¿Y cómo está Winétt, ese adorable ser de poesía y ojos hipnóticos? —le pregunta Julio Molina Núñez.

—Con los niños, en estado de necesidad.

El Hermano Roca necesita ayuda urgente y no solo de tipo material. Quizá esa medicina de la psiquis que están desarrollando en Austria podría aliviarlo, salvarlo de sí mismo y de consumirse en sus propios jugos. Como Julio Molina Núñez no es ni médico ni cura, prodiga al poeta el único auxilio que está a su alcance: un cheque.

—Ya serán los justos recompensados —dice Pablo de Rokha guardándoselo en el bolsillo—. Si llega el otro donde usted en busca de techo y abrigo, dele una buena patada en sus flacuchentas nalgas de mi parte.

Julio Molina se echa a reír. El poeta hambriento de justicia devora los huevos revueltos, pide más café, habla con la boca llena y el abogado se pregunta qué más se puede hacer por alguien así. Piensa en excusarse y volver a su trabajo, pero algo lo retiene. Quizá sea el suplementero que se pasea por los andenes de la estación voceando el titular de *Los Tiempos*. El movimiento militar ha franqueado otro umbral en desmedro del régimen civil que los chilenos conocen, para bien o para mal, hace ya casi un siglo.

De pronto Julio Molina Núñez sospecha que Pablo de Rokha, en su singularidad moral y estética, podría esconder algunas claves para comprender la contingencia.

—¿Y en qué andanzas poéticas anda usted, Hermano Roca? ¿Sigue leyendo a Nietzsche? ¿Sigue escarbando en la veta futurista? ¿Qué piensa de Marinetti? «Queremos destruir y quemar los museos, las bibliotecas, las academias».

—Tonteras —el poeta hace su típico gesto de desprecio—. Marinetti es un fantoche podrido en plata y Mussolini un bufón, de tanto

masturbarse el uno al otro ya se creen emperadores romanos.

El Hermano Roca odia a los militares al igual que a los curas, pero por razones más bien personales: su suegro es uno de ellos y, según le cuenta a Julio Molina Núñez, profesa ideas patrioteras y chauvinistas como las del dictador italiano.

—¿Cómo así?

—Dice que los políticos están regalando el país a los extranjeros, que hay que cerrar el Senado y fortalecer al ejército. Tiene razón en algunas cosas, pero es un perro sarnoso y sin dientes que le ladra a las carretas.

—¿Se junta con otros militares? —insiste Julio Molina Núñez—. ¿Hablan de política?

Sus pasos le son desconocidos desde la última vez que lo vio, de eso hace más de un año. Pero en esa época ya repetía vacuidades como *Chile para los chilenos*.

Julio Molina Núñez asiente en silencio. Los gobiernos, la policía y el ejército llevan años combatiendo a los anarquistas, pero en la cacería de las moscas han descuidado otros flancos iguales o peores. ¿Y si la principal amenaza al Estado proviene de sus propias entrañas?

—Hermano Roca, debo dejarlo para regresar a mis funciones. No pierda su tiempo en polémicas inútiles, haga lo suyo.

Pablo de Rokha asiente sin demasiada convicción.

—¿Quiere un consejo bienintencionado y desinteresado de parte de un amigo? —prosigue Julio Molina Núñez—. Mire esos trenes que entran y salen de la estación trayendo personas, mercaderías, historias. Salga a buscar el país profundo, el país generoso donde se come en familia. Algo de eso hay en su libro, un despertar que pronto se transforma en noche. Busque el rocío en los bosques del sur y en las risas de la gente. Cierre la llave de la amargura.

El poeta lo queda mirando y asiente de manera vaga. Observa a Julio Molina Núñez alejarse rumbo a las oficinas de Ferrocarriles del Estado y se pone de pie para ir a cobrar el cheque.

## Una cuestión de apellidos

La noticia recorre la ciudad de una punta a la otra. Los militares presentaron un pliego de peticiones al presidente. El gabinete ha renunciado y se está formando uno nuevo encabezado por el general Altamirano. Celebran algunos y otros callan. Los Pablos son indiferentes y Julio Molina Núñez reacciona con alarma. El agente Pezoa se encuentra en la calle; comprende que su pesquisa corre serio peligro.

El trozo de papel que le entregó la pitonisa de la calle Ejército ha activado en él una serie de raciocinios, asociaciones y posibilidades. ¿Cuántos jóvenes con ese apellido cursan sus estudios en la universidad? ¿Cuántos son bomberos? ¿Cuántos masones? ¿Quiénes son esos industriales del papel de los que nunca ha oído hablar? ¿Por qué habló de un ajuste de cuentas con *el padre*?

Su primera conclusión es que ha nacido una forma nueva de terrorismo y que carece de nombre.

El agente Pezoa ocupa un lugar subalterno en la policía y para profundizar la pesquisa deberá contar con el apoyo del prefecto Julio Bustamante para acceder a archivos e informantes específicos. Pero la permanencia de don Julio en el cargo depende directamente de la permanencia del propio presidente de la república en La Moneda. Algo que está en veremos.

El agente Pezoa recuerda cuando vio por primera vez en la oficina de un tío abogado un ejemplar de *Le Petit Journal*, la revista francesa famosa por sus portadas a todo color. Tragedias y calamidades, magnicidios y regicidios, policías valerosos neutralizando malhechores, aprehendiendo a cuchilleros y locos de la dinamita. Fue una de sus motivaciones para entrar al cuerpo. Pero la vida policial resultó distinta, más pedestre y sobre todo más pobre e impotente.

Sumido en estas reflexiones y recuerdos, el agente Pezoa camina en dirección a la Alameda. De pronto ve salir desde una casa a tres jóvenes portando una bandera. Están eufóricos y él los observa con

curiosidad. Un fenómeno similar está ocurriendo en todo el barrio. Los pijes están de fiesta y una parte de la clase media también. El agente Pezoa asiste sorprendido a una pequeña multitud jubilosa que parece dar por hecho la renuncia del presidente en las próximas horas.

Desde que Alessandri convocó a su «chusma querida» para ganar las elecciones de 1920 esta gente vive en estado de alerta, temerosa de que vuelvan las huelgas, los motines y sus fortunas corran peligro. El movimiento militar les ha devuelto la seguridad y la esperanza, pero algo le dice a Pezoa que no será por mucho tiempo.

En la esquina de San Martín con Delicias una pareja se persigna en un balcón. Son María Luisa Fernández y Vicente GarcíaHuidobro, los padres del poeta. El agente Pezoa no los conoce, pero pronto lo hará porque su trabajo en la sección especial tendrá mucho que ver con lo que hagan escritores e intelectuales.

Se detiene y mira a su alrededor, cada vez más perplejo. Unas doscientas personas rodean el monumento a San Martín y entonan consignas contra el presidente. Un militar se coloca al pie del caballo y levanta el brazo derecho.

—¡Hemos despertado! —exclama—. ¡Se viene lo profundo, la cruzada por la regeneración nacional!

Es el capitán David Bari. El agente Pezoa lo reconoce de la foto de su perfil en *Selva Lírica*. Los manifestantes lo vitorean y uno de ellos se acerca a abrazarlo. El oficial desciende del monumento con su amigo y en su lugar se coloca un orador civil que logra subir la temperatura del ambiente en un par de grados más.

Pezoa sigue a Bari y a su compañero entre la multitud que avanza por la Alameda hacia el poniente. Hay una evidente complicidad entre ambos y el policía se pregunta si acaba de encontrar el hilo que le permitirá salir del laberinto en que se encuentra antes de que caiga el telón.

## La ciudad se agita

La plazoleta de La Moneda se ha transformado en una pasarela. Periodistas y curiosos se acercan hasta las ventanas del palacio como intentando extraer algún detalle sabroso de la crisis. Los ministros dimitidos se retiran y saludan, muchos para no volver nunca más. Los nombres de los nuevos se van sabiendo de a poco como rumores cazados al vuelo a través de las ventanas y pasillos del palacio, pero que mueren al poco rato.

Un piquete de lanceros a caballo se da una vuelta para evitar desórdenes y luego otro de infantería, que llega y se va.

La voz del locutor Jorge Quinteros Tricot en *Radio Chilena* informa todo esto con asombrosa velocidad, anticipándose a los diarios de la tarde y encendiendo los ánimos aún más. Aparte de la tienda del señor Ferrari en la calle Nueva York, el público se junta a escuchar las noticias y la programación musical en los locales del señor David Wallace y de los señores Aguirre y Gumucio, ambos en Agustinas y este último abierto extraordinariamente hasta las once y media de la noche.

Se anticipa la formación de un gabinete de unidad nacional, que termina siendo solo un gabinete cívico-militar de administración para darle continuidad al gobierno. Se confirman los nombres de un almirante bueno para las finanzas en Hacienda y un general en la cartera de Guerra. El rector de la Universidad de Chile es nombrado en Justicia y el exyerno del presidente Balmaceda en Relaciones Exteriores.

A esa hora dos columnas de manifestantes, una desde el poniente y otra desde el club militar, marchan hacia La Moneda profiriendo gritos contra Alessandri y exigiendo su salida. Su origen social acomodado no escapa a nadie y los militares ahora brillan por su ausencia. El capitán Bari y su amigo se despiden en la Alameda y el agente Pezoa sigue a este último.

Un piquete de policía impide el paso a La Moneda por Teatinos y se

empieza a armar escándalo.

—¡Háganse a un lado, polizontes de mierda! —grita el joven secundado por varios más.

Comienza una pelea a bastonazos. Algunos manifestantes se alejan con chichones y contusiones, otros logran esquivar la barrera y se dirigen hacia las puertas del palacio. Allí se asoma el edecán de Alessandri y su hijo Hernán, quienes responden a los insultos y comienzan a repartir puñetes. La bandera que llevan como estandarte de guerra cae y es recogida por el edecán, quien termina secuestrándola según acusan los manifestantes.

El agente Pezoa aprovecha la batahola para detener y esposar al pije revoltoso y subirlo al vehículo policial. Allí sostendrán una franca y amena conversación sin otro objetivo que aclarar algunas cosas.

A diferencia de lo que sucede durante las huelgas en el norte, la guardia del palacio no lleva armamento de guerra y sus órdenes son solo contener a los manifestantes sin sobrepasarse en el uso de la fuerza.

Desde una ventana se asoma el flamante ministro de Guerra, un general de poco brillo y cercanía con Alessandri.

—Son unos cuantos pelagatos nomás —declara.

A las diez y media de la noche, con los ánimos más calmados, juran tres de los nuevos ministros. Mañana sábado jurarán los ministros que vienen de Valparaíso.

Alessandri se ha cambiado de cuello y de chaqueta para la ceremonia. Con voz algo cansada lee los respectivos decretos de nombramiento y estampa su firma. El primero en jurar es el general Altamirano. Su rostro pétreo parece el de una estatua, un muñeco de cera con bigote prusiano, que ni siquiera en la foto oficial, sentado a la diestra de Alessandri, deja escapar emoción alguna.

En lugar de la multitud belicosa de la tarde ahora hay otra más densa y familiar, en la que se distinguen funcionarios de bancos y notarías, padres de familia y una que otra dama de la sociedad.

Alessandri se asoma por el balcón y recibe una gigantesca silbatina. Intenta hablar, pero no se le oye nada. Cientos de gargantas le gritan cosas. Parece como si fuera ayer que una multitud distinta lo vitoreaba con fervor. ¿Adónde se han ido?, ¿por qué no salen a defenderlo?

¿Dónde está la chusma querida que Alessandri arengaba con pasión y con la que se comunicaba como si se tratara de un solo ser?

Abrumado, Alessandri se retira del balcón y regresa acompañado por el flamante ministro del Interior.

—¡Viva el general Altamirano!

Este levanta una mano para pedir que cese el bullicio.

—Señores, si tenéis confianza en mi cometido no son necesarias estas manifestaciones —exclama por encima de las cabezas apretadas por la multitud—. Somos sobre todo hombres de orden y mantendremos el orden en la república. Sin tregua exigiré el despacho de las leyes que reclama el país y al Parlamento que cumpla la labor que le corresponde.

No tiene una gran voz ni una gestualidad muy atractiva. Apenas se le escucha, y pese a ello los manifestantes lo aplauden con gratitud.

La plazoleta ha quedado vacía y en silencio, el suelo sembrado de volantes que llaman a los militares a tomarse el gobierno.

## Ganar o perder

Después de almorzar y dormir la siesta tomé un taxi hacia el centro. Según supe a través de mis contactos, Allende daría una conferencia de prensa en la sede del Partido Socialista.

No fue fácil ingresar. Había decenas de periodistas, camarógrafos y sonidistas. Tuve que quedarme al fondo, detrás de un mar de cabezas. Por suerte heredé de mis ancestros escoceses una estatura por encima del promedio y pude ver todo.

En medio de tanta gente era difícil que Salvador me reconociera. Sus ojos recorrían el mar de rostros como midiendo la intensidad del ambiente y de pronto se posaron en mí, permaneciendo un par de segundos mientras se formaba una sonrisa de cariño que yo le devolví. Un asesor le dijo algo al oído y el breve instante de contacto a través del tiempo se esfumó.

Rodeado de micrófonos y con su aplomo habitual, respondió las preguntas de medios locales y extranjeros que han venido a cubrir la elección. En todo momento transmitió convicción y seguridad. Habla ya como presidente electo y recalcó el carácter pluralista de su coalición, formada por racionalistas laicos, marxistas y cristianos.

—No hay país del mundo que haya podido aglutinar un movimiento tan amplio —dijo con orgullo.

Imagino el impacto y la expectación que provocará esto en países como Francia o Italia.

También enfatizó el realismo político y la transparencia que impulsará una vez en el gobierno.

—Nunca vamos a engañar a la gente. Nadie debe ilusionarse falsamente. Hay problemas en este país que se arrastran hace más de un siglo y no se van a solucionar de la noche a la mañana.

De pronto un periodista planteó de manera cruda y directa la misma pregunta que le hubiera hecho yo:

—¿Cree usted, señor presidente, en la posibilidad de un golpe militar encaminado a desconocer su victoria?

La respuesta la tenía sin duda preparada.

—Aquí las fuerzas armadas son profesionales, están con el pueblo, forman parte de él.

Hace cuarenta y seis años, mientras yo intentaba ser una periodista, el joven Salvador Allende se preparaba para rendir sus exámenes finales en Valparaíso. Admiraba los uniformes y quería hacer el servicio militar de forma voluntaria, algo inusual para un muchacho de su condición social.

El dato salió hace poco durante la campaña y me sorprendió bastante. De hecho Allende enfatizó en más de una ocasión lo importante que ha sido el ejército en su familia. Evocó a su abuelo, médico durante la guerra del 79, y su propio servicio militar como blasones de patriotismo. Es una pena que el ruido de sables sea un episodio olvidado, nadie le preguntó por él ni por lo que sintió al ver a los tenientes en La Moneda. Hubiera sido interesante.

Terminada la conferencia de prensa intenté acercarme a la mesa, pero fue imposible. Permanecí algún rato conversando con colegas y luego me fui.

No quería volver a casa tan pronto y me quedé recorriendo los lugares emblemáticos de la crisis del año 24.

Caminé hacia La Moneda y me detuve durante algunos minutos contemplando la fachada. Pensar que hace cuarenta y seis años, a esta misma hora, pero de un día viernes, Alessandri padre negociaba con Altamirano los nombres que integrarían el nuevo gabinete ministerial.

El edificio del Ministerio de Guerra y Marina ya no existe y en su lugar hay una plaza de estacionamiento. La estatua de Portales ha sido reubicada y hoy la acompaña otra similar de... ¡Arturo Alessandri!

Tampoco existen las viejas casonas que, en los años posteriores a la *revolución de los tenientes*, fueron muriendo una a una bajo la picota. En su lugar fueron erigidos los nuevos ministerios del barrio cívico, edificios de fachada gris y austera, de un modernismo macizo.

*El Diario Ilustrado*, la publicación ultraconservadora, está en huelga y parece estar viviendo sus últimos días. El diario *La Nación* ya no es independiente ni pertenece a la familia Yáñez, sino al Estado.

Sigo mi recorrido por la calle Morandé, la misma por donde se solía ver a Alessandri paseando con el perro Tony después de almuerzo.

Llego hasta la calle Compañía y me detengo a observar los tres grandes edificios del poder judicial, el congreso y el diario *El Mercurio*. Están uno al lado del otro como gigantes que se vigilan.

El diario pertenece aún a la familia Edwards y sus posturas se han radicalizado, ya no representa la moderación y apuesto a que mañana solo habrá deporte en la portada.

Sigo hacia la plaza de Armas y me encuentro con los feligreses que salen de la misa. Hay organilleros, parejas de la mano y niños que leen *Condorito*. Ha sido un invierno seco y este sábado la temperatura resulta inusualmente alta para comienzos de septiembre. Las muchachas se pasean en minifalda, mostrando los muslos con una ligereza que a su edad hubiera yo envidiado. Muchachos de cabello largo vestidos con colores vistosos fuman cigarrillos frente al edificio del correo.

Observo el portal Fernández Concha y mi pecho se estremece al recordar que yo estaba allí, en el piso cuarto intentando ordenar mis ideas y redactar un artículo sobre la noche del ruido de sables. Las hojas salían del rodillo de la máquina para morir aplastadas en el papelero, inútiles intentos por capturar en palabras el hecho histórico.

Por instantes cruza por mi cabeza la tentación de entrar, de subirme al ascensor y recorrer el pasillo hasta la puerta que alguna vez fue una pequeña redacción periodística de mujeres.

Justo al frente, en un ángulo de noventa grados, se encuentra la calle Phillips y el departamento en que reside Jorge Alessandri Rodríguez. El hijo es diferente al padre en casi todo: soltero y sin hijos, parco y sin gran carisma, debe estar adentro tomando té y rumiando su derrota.

Hay periodistas al frente esperando inútilmente que salga y haga declaraciones. Antes del cierre de la campaña dijo que no aceptaría ser designado por el Congreso sin haber obtenido la primera mayoría. Hoy estará arrepentido.

Concluyo mi paseo por las calles y avenidas del tiempo con la sensación de que nuestra lucha sí valió la pena. Movimos la frontera, dimos las primeras batallas que otras retomaron después y con mayor éxito que nosotras. Ni las mujeres ni los militares somos los mismos de entonces. Espero no equivocarme.

## La musa de la guerra

Ha caído la noche y Julio Molina Núñez se dirige a la sede del Partido Radical. Son horas negras y el renunciado ministro del Interior, Pedro Aguirre, Cerda ha solicitado una sesión extraordinaria de la junta central, una sesión pública debido a la gravedad de los hechos.

El ambiente es de funeral. Julio Molina Núñez saluda a un senador y a varios diputados, cruza palabras de circunstancias con abogados insignes, profesores, notarios y jueces. Todos son miembros de la mesocracia e intuyen el abismo que se abre bajo sus pies.

—No aprendimos nada con Balmaceda —dice uno de ellos con semblante severo.

Pedro Aguirre Cerda ingresa al salón con su infaltable cigarrillo entre los dedos. Se saca la bufanda y saluda, luego se sienta al centro de la mesa secundado por las máximas autoridades del partido. Su rostro expresa cierto alivio por haber dejado atrás días ingratos.

—Como es de público conocimiento, esta mañana el presidente de la república se ha reunido con una delegación de comandantes y oficiales del ejército, quienes hicieron entrega de un memorial o pliego de peticiones. En la primera parte de esta reunión el presidente pidió estar a solas.

Aguirre Cerda califica de extraña esta ausencia que debilitaba su posición y lo apartaba de la constitución.

Se escuchan murmullos en la sala.

—Una vez entregado el pliego, el presidente nos pidió ingresar al salón y dar nuestro parecer. Nuestra reacción fue presentar la renuncia. Estamos en presencia de un cambio de régimen que se aparta de aquel que nos llevó al gobierno. Ahora el presidente ha organizado un ministerio con el general Altamirano, quien tampoco estuvo presente en la reunión ni ha cumplido cabalmente su rol de canalizar las demandas de la oficialidad joven.

Aguirre Cerda está molesto con Altamirano por permitir, como máxima autoridad del ejército, que los hechos fueran agudizándose de

manera paulatina hasta adquirir un tinte decididamente revolucionario que pone en jaque la democracia y el régimen civil.

—Creo sinceramente que estos jóvenes oficiales han sido engañados en sus propósitos progresistas. El movimiento en realidad busca sacar al presidente de La Moneda. Sus verdaderos instigadores no han dado aún la cara.

»El presidente —recalca golpeando la mesa con su dedo índice— merece hoy más que nunca la colaboración de los radicales. Se ha visto obligado a aceptar los planteamientos militares como hechos consumados, producto de un movimiento que monopoliza el uso de la fuerza.

»No debemos separarnos de él y todo nuestro esfuerzo debe tender a ayudarlo.

Se escuchan aplausos moderados, otros de simple cortesía. Se nota que en el partido ya se inició la carrera por el liderazgo, y Pedro Aguirre Cerda ha quedado fuera de ella. Es el gran derrotado de la jornada.

Un militante pide la palabra y señala que el partido es mayoría política, por tanto no tiene por qué dejarse imponer nada por los militares. Propone una declaración llamando a los diputados del partido a abstenerse de concurrir al Congreso y votar leyes bajo la amenaza de una dictadura militar. Cuatro miembros de la junta apoyan esta postura y otros la aceptan parcialmente, llamando a una reflexión más profunda. La abstención en el Congreso significaría precisamente abandonar el campo a la dictadura que se quiere imponer. Más que abstenerse, los diputados del partido deben hacer una oposición activa al gabinete de Altamirano y defender a brazo partido los principios elementales de la democracia.

Esta última intervención cosecha aplausos más numerosos y decididos. En vista de ello la mesa directiva propone suspender la junta y retomar los trabajos el día sábado por la mañana.

Los militantes se levantan de sus asientos, se forman numerosos corrillos y círculos agitados. Julio Molina Núñez camina en dirección a la mesa para saludar a Aguirre Cerda y manifestarle su apoyo.

—¡Julio! ¿Cómo has estado, amigo mío?

Tras un abrazo fraterno se apartan hacia un rincón del salón. Solo

necesitan algunos minutos de privacidad.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Julio Molina Núñez.

—Estoy quemado, Julio. Lo mejor será que me vaya a Europa por algún tiempo.

Él haría lo mismo en lugar del exministro. Era la carta presidencial de los radicales para suceder a Alessandri y hoy un apestado. La ingratitud se ha percibido en toda la junta con la ausencia casi total de apoyo a su gestión. Ni una sola palabra de reconocimiento, ni siquiera de aquellos que hasta hace poco se deshacían en elogios. La política es así y solo sobreviven los que tienen el cuero duro y saben sobrevivir a una derrota de esa magnitud.

Pedro Aguirre Cerda enciende otro cigarrillo, su rostro de pronto se ilumina con un recuerdo que lo une estrechamente con Julio Molina Núñez.

—Oye, hablando de otra cosa, fíjate que me llegó carta de Lucila.

—¡No me digas! A mí no me escribe nunca esa ingrata —bromea.

Sin darse cuenta los amigos se han ido apartando de la asamblea. Pedro Aguirre Cerda comparte detalles de la carta de Lucila y Julio Molina Núñez recita de memoria un poema que él mismo seleccionó hace cinco años para *Selva Lírica*.

*La maestra era pobre.*
*Su reino no es humano.*
*Tal es el melodioso sembrador de Israel.*
*Vestía sayas pardas, no enjoyaba la mano*
*Y era su espíritu un enorme joyel.*

—Qué talentazo —comenta Aguirre Cerda.

Molina Núñez sonríe al recordar el día en que conoció a Lucila, mujer alta, de rostro duro y veintiocho primaveras. De pronto el rostro se ensombrece. Dice que los poetas están agitados como si la tierra se sacudiera bajo sus pies. Los dos Pablos vinieron a verlo antes y después de pelearse. El joven andaba en busca de poetas militares y el viejo, después de recibir una paliza en regla, le contó que su suegro forma parte de una agrupación de veteranos que rezuma resentimiento y chovinismo.

—¿Cómo dices? —pregunta Pedro Aguirre Cerda sintiendo que las

cosas comienzan a encajar.

—Dijiste recién que los instigadores no han mostrado su cara. Quizá sean varios y de distinto signo.

—Es tarde para averiguarlo. Ya controlan el ministerio y temo que de a poco asuman el poder total. Arturo no tiene carácter para detenerlos, solo sabe hacer gestos para la galería y orillar los problemas en espera de que desaparezcan solos.

Los dos se quedan en silencio.

—Qué tiempos, Pedro.

—Y puede que vengan peores.

En conclusión: es mejor hacer como Lucila y largarse. El invierno se viene largo y podría durar años.

## Judíos y masones

El público que lo escucha es mixto, masculino y femenino, y el hombre de la cabeza cuadrada les tiene un discurso macerado durante semanas, extraído de las mejores fuentes filosóficas nacionales.

Comienza así:

—La idea de Patria es lo que más asusta a los cobardes. Desde un tiempo a esta parte los cobardes pretenden encubrir su egoísmo y vileza hablándonos de «amor a la humanidad». ¿Por qué hablan de una supuesta patria universal si no se sienten capaces de hacer sacrificios por la propia? Basta observarlos para ver cómo pierden la calma al oír las palabras «héroe», «gloria» o «sacrificio».

»¿Quiénes son los creyentes de la *república cósmica*? Chilenos solo de nacimiento o mestizos degradados por el comercio y la banca. Incluso pueden ser miembros de ciertos linajes antiguos que han perdido la brújula y el rumbo en el cosmopolitismo barato. No importa el origen, todos son víctimas de un flagelo mundial que avanza como la gripe española, una epidemia que debilita nuestro espíritu de lucha y domestica nuestra fuerza viril. Nos referimos a la conspiración *judeo-masónico-comunista*.

Todo lo que el hombre de la cabeza cuadrada repite de memoria, casi sin leer, son recortes de otros discursos más antiguos, de libros publicados hace más de diez años y ya olvidados. Ya nadie recuerda *Raza Chilena*, del doctor Nicolás Palacios. Ni *Nuestra inferioridad económica*, de Francisco Antonio Encina o *La conquista de Chile*, de Tancredo Pinochet Le Brun. Casi todos estos libros salieron para el centenario de la república y se reclamaban críticos, moralizantes, eruditos. Una década y media más tarde parecen otra cosa.

—Por añadidura no podemos pasar por alto la creciente y funesta influencia de una raza de individuos diseminados por todo el orbe, errantes y sin patria, cuyos escritores llevan décadas sembrando doctrinas desquiciadoras en la juventud.

»En nombre de un fingido amor a la humanidad el judío Karl Marx

empleó su innegable talento en dar apariencias científicas al socialismo y el anarquismo. Este ser mefistofélico, mediante el uso de sutiles sofismas, ha logrado vengar en gran parte los martirios de su raza pervirtiendo a los espíritus incautos, envenenando la armonía entre los estratos sociales y sembrando la discordia al interior de las familias.

»Para formar una nación en el sentido moderno de la palabra, a los judíos les falta lo más básico: el sentimiento de amor al suelo.

»La propaganda vergonzosa de la patria universal ha encontrado terreno fértil en las naciones europeas de base étnica matriarcal y comunista, así como en naciones jóvenes y débiles controladas por una oligarquía mezquina como la nuestra.

»La raza israelita ha desarrollado, junto con esta propaganda disolvente, un talento demostrable en el manejo de grandes capitales. Cuenta además con otro ariete de su nefasta influencia sobre las naciones. Nos referimos a una *federación internacional* de individuos que, ajenos a todo amor por el suelo, vienen infiltrando hace siglos el poder del Estado nación para darle un carácter de patria universal. Sus miembros se apodan entre sí de *hermanos* y están presentes en todo el orbe, federados a través de ritos secretos y organizados en logias.

»Han penetrado en los escalafones más altos de la administración, en la judicatura y en las fuerzas armadas. Su mano está detrás de nombramientos y contratos públicos. Quienes se opongan a su férula terminan apartados, silenciados, eliminados en episodios de carácter dudoso.

»Esta conspiración de índole mundial, con ramificaciones en cada nación y en cada ciudad, es el principal obstáculo para el genuino progreso de nuestra patria.

»Para recuperar nuestra libertad es condición elemental apoyar a nuestras fuerzas armadas y liberarlas de la perniciosa influencia de la trenza judeo-masónica-comunista. La raza nacional solo puede crecer y robustecerse al amparo de un Estado fuerte, de un gobierno de autoridad. Un Estado que dignifique y defienda a la familia como institución básica de la nación. La autoridad moral del padre debe ser robustecida, la mujer debe volver al hogar y ser femenina. El Estado debe estimular la nupcialidad y la propiedad.

De pronto, entre el público se pone de pie una mujer.

—Señor, señor...

—¿Perdón?

—Señor, señor, ¿usted acaba de decir que las mujeres debemos volver al hogar y ser *femeninas*?

Es una mujer morena y bajita, pero con una voz robusta.

—Primero, déjeme decirle que yo me considero a mí misma femenina. En segundo lugar, debo trabajar porque, de lo contrario, mis hijos no comen ni tienen con qué vestirse. Si usted o el gobierno me quieren en casa, entones páguenme un subsidio.

Otras mujeres presentes aplauden. Algunos hombres sacuden la cabeza. El hombre de la cabeza los mira a unos y a otras sin comprender.

—Le recuerdo, señor —insiste la mujer—, que nuestras familias no tienen propiedad, arrendamos nuestras viviendas, tenemos hijos que alimentar y maridos cesantes.

—Pero dejen hablar al caballero, no lo interrumpan.

—Sí, sí, ¡no lo interrumpan!

La mujer bajita y decidida insiste.

—Yo trabajo en la compañía de tranvías, somos cuarenta compañeras las que trabajamos allí, así que no me vengan a mí a decir en mi cara que tengo que volver al hogar y ser femenina.

—Si no quiere escuchar al caballero, váyase para su casa —dice otro hombre.

La mujer lo queda mirando.

—Sigan escuchando a este charlatán, allá ustedes.

La mujer atraviesa la sala y se retira. Varias mujeres la imitan, otras permanecen en sus asientos. El hombre de la cabeza cuadrada da por superado el episodio, regresa al estrado y retoma el hilo de su discurso.

## Barrio Bellavista /2

Luis Emilio Recabarren no puede dormir. Está a oscuras en la habitación, despierto mirando el techo. Teresa y Anita están del otro lado de la delgada pared y puede oír sus voces. Las dos mujeres lo tienen sometido a una vigilancia estrecha, no lo dejan ni un minuto solo desde que escribió la carta anunciando que ya no daba más.

Recabarren aguarda el momento oportuno para sacar de su escondite la Mauser C96 y observarla embelesado, acariciar su superficie metálica, admirar sus formas, su cañón largo y su empuñadura parecida a un mango de escoba. Le han dicho que es una de las pistolas semiautomáticas más populares del mundo, que fue usada por Trotski en la Revolución de Octubre, por Churchill en la guerra de los Boers y por Lawrence de Arabia en la Primera Guerra Mundial. Los tenientillos que andan ahora ufanos y armando líos en el club militar no tienen la menor idea de lo que es empuñar semejante maravilla.

Recabarren la compró en Alemania, de un contacto que le dio en Moscú una dirigente socialista y feminista que conoció en el II Congreso de la Internacional Sindical.

Tiempos que no volverán. De un día para otro la fuerza abandonó su cuerpo y en su lugar se instalaron el abatimiento y la migraña. Algunos compañeros le han dicho que es una fase pasajera, que debe descansar para recuperarse y volver a la lucha, pero él sabe que su hora ya pasó. Ahora es un observador, un insomne que le da vueltas al pasado y asiste a un presente que ya no lo incluye.

El reformismo burgués de Alessandri está al borde del colapso y puede ser el comienzo de un militarismo reaccionario, como también un espacio de encuentro entre oficiales jóvenes e ideas de vanguardia. En ese último caso la oligarquía moverá todos sus recursos para abortar algo semejante, habrá jaleo y enfrentamiento, pero a Recabarren ya no lo sorprenderán inerme. Ahora tiene una Mauser C96 y tres cartuchos de 9 milímetros para defenderse. El compañero

que se la vendió en Alemania le enseñó a limpiarla, cargarla y apuntarla. Cada vez que lo asalta un recuerdo traumático, él busca el arma y la empuña contra el vacío, la acaricia como si tuviera vida y le habla como si fuese un pequeño tigre dispuesto a morder a sus enemigos.

Han pasado casi veinte años desde las primeras huelgas, del motín de la carne a la última masacre en el norte, y todo sigue igual. Cada vez que ocurría algo desgraciado le echaban la culpa a él, lo encarcelaban y le negaban sus derechos básicos de ciudadano. Policías y jueces se confabulaban en una comedia degradante que terminó minándole la salud. Seguramente eso buscaban.

Cuántos calabozos fétidos y fríos, cuántos desplantes, insultos, escupitajos debió soportar. Cuántas trampas no intentaron tenderle los agentes de Julio Bustamante. Llegó a desarrollar una especie de sexto sentido para reconocerlos. Cuando vuelvan por él, Luis Emilio Recabarren ya no se dejará atrapar.

Siente que sus días están contados y que tarde o temprano a un estúpido prefecto o a un juez corrupto se le antojará necesario dar un golpe de autoridad. Cuando eso ocurra él ya no jugará limpio ni confiará ingenuamente en las leyes. Los estará esperando en esa misma habitación, detrás de su ventana. Los dejará entrar, fingirá sumisión y cuando estén con la guardia baja sacará la Mauser y jalará del gatillo con el mismo goce de un místico a las puertas del cielo. Los oirá chillar de dolor como cerdos abiertos en canal y les dará a cada uno un tiro de gracia. Verá sus cabezas estallar como sandías maduras.

La lucha escalará y el Estado enviará a un batallón de carabineros para apresarlo. Entonces él, tras leer su última proclama al pueblo, se volará la tapa de los sesos sacrificándose cual guerrero japonés.

Cuando eso ocurra su cadáver acribillado será llevado en andas por la multitud. Anita y Teresa llorarán y las obreras tejerán una mortaja roja y los compañeros formarán una guardia de honor.

Por suerte estos arrebatos de la imaginación son esporádicos y duran escasos minutos, imágenes de cinematógrafo que se esfuman tan rápido como aparecen detrás de su retina.

Recuperado el sentido de realidad, Luis Emilio Recabarren regresa a la oscuridad de su habitación, al silencio de sus noches de insomnio y

a la esperanza de que en esa crisis política hay una oportunidad para el movimiento que él ayudó a crear. No será la gran emancipación, sino apenas un paso más en la dirección correcta. Avanzar de a poco, pero de manera constante hasta que se conjuren las condiciones objetivas para una revolución que él no verá porque estará varios metros bajo tierra, recordado con cariño como alguien que dio los primeros pasos y mostró el camino.

La irrupción de la oficialidad joven del ejército es un factor nuevo en la correlación de fuerzas y el petitorio que le han hecho llegar a Alessandri contiene palabras como *reforma constitucional* y *código del trabajo*.

Una idea comienza a germinar en la cabeza de Luis Emilio Recabarren, alejando de ella la imagen de su adorada Mauser C96.

## El tiempo

Mis yernos deben estar bufando de rabia por la derrota de Jorge Alessandri y el triunfo de Allende, de modo que la suegra incómoda prefiere ni asomarse para el acostumbrado almuerzo dominical. Mejor armar una muda de ropa y meterla en un bolso de mano, tomar un taxi al terminal de buses y comprar un pasaje a San Antonio.

He traído las memorias de Arturo Alessandri que acaba de publicar Nascimento. Durante el viaje voy leyendo el capítulo dedicado a los sucesos de septiembre del año 24. Dice haber tomado notas apresuradas mientras su gobierno se derrumbaba.

Ya se asoma la primavera, los aromos comienzan a florecer a la vera del camino y con la lectura me entra un poco de sueño. Despierto con el libro en el regazo, el rostro joven de Alessandri observándome desde la portada. En San Antonio tomo otro taxi y le pido que me deje en Isla Negra.

Desciendo por una estrecha calle de tierra y golpeo la puerta de una casa con vista al mar.

—¡Olguita! ¡Qué gusto de verte! —exclama Matilde sujetando a los perros—. Entra, entra. Pablo está en la biblioteca, le voy a avisar que llegaste.

Una vez más estoy en la residencia del poeta y de su tercera esposa. A través del ventanal contemplo hipnotizada el mar que él tantas veces cantó en sus versos. Es un microcosmos de artefactos extravagantes, recuerdos de sus viajes por el Oriente, mementos en la forma de barcos en miniatura, conchas y figuritas exóticas, objetos vetustos que adquieren aquí un significado particular

—¡Justo llegaste para el charquicán, chiquilla!

Hace meses que no veo a Pablo, soy cuatro años mayor que él y parece como si fuera al revés. Sus ojos lucen cansados y su piel está adquiriendo una tonalidad amarillenta. Solo la sonrisa es la de siempre, abierta y juvenil. Debe ser el resultado de la campaña electoral, de los largos viajes por la geografía chilena acompañando al

incombustible *Chicho* Allende. Al fin, después de cuatro intentos fallidos, ha quedado a las puertas de asumir la presidencia de la república.

—Le mandé un telegrama a Salvador invitándolo el próximo fin de semana —cuenta Pablo—. Tú te le adelantaste.

El almuerzo consiste en una entrada de erizos y un estofado de carne con papas y verduras, todo acompañado por un vino aterciopelado de la zona central. Con Pablo nunca se sabe si la virtud es de la cocina o del ambiente de una casa que parece una extensión de su poesía. La conversación, como era de esperarse, gira en torno al momento político. ¿Ratificará la Democracia Cristiana el triunfo de Allende en el Congreso, como exige la constitución? ¿Qué harán los militares?

Para Pablo estas dos preguntas están de más. El general Schneider ha expresado en repetidas oportunidades que el ejército se mantendrá siempre fiel a la constitución. En cuanto a la DC, esta no votará jamás por Jorge Alessandri, a lo sumo exigirá de Allende algún tipo de compromiso formal. Matilde, que votó por Tomic, lo secunda.

—Escuché recién en la radio a un diputado de derecha diciendo unas cosas terribles —agrega preocupada.

—Pataletas —dice Pablo haciendo un gesto despectivo con la mano —. No tienen nada que hacer.

Para Pablo el problema de Allende es otro: gobernar.

—La CIA tiene experiencia en desestabilizar gobiernos —recuerda—. Lo hicieron en Guatemala y en Irán, en Indonesia y en Brasil también. Van a estar desde el minuto uno poniendo pelos en la sopa, por decirlo de manera suave.

Por si fuera poco, Allende deberá enfrentar también el *problema juvenil*, el problema de la ultraizquierda recalcitrante y termocéfala. Toda esta cosa que él denomina despectivamente de *libertaria*.

—Pero si tú fuiste cercano al anarquismo, Pablo —le recuerdo en tono de broma.

—Eran otros tiempos —retruca un tanto molesto—. Y yo también era *otro*.

—¿Te acuerdas del año 24?

Su expresión cambia, se ensombrece de repente como si detrás de

sus pupilas pasaran en rápida secuencia la pobreza de sus días de estudiante, los amores intensos y contrariados de sus musas de entonces y la extraña sucesión de hechos y traiciones que condujeron a la dictadura militar.

—Yo di mis primeros pasos en el periodismo —insisto—. ¿Te acuerdas de *La Voz de las Mujeres*?

Él asiente y Matilde, que es de otra generación, se limita a sonreír.

—¿Nascimento te compró los derechos de *Crepusculario* antes o después del ruido de sables?

—Ya no me acuerdo. Antes, creo.

Se nota que el tema no le agrada, que conserva unos recuerdos editados y creo saber la razón. No se lo voy a recordar ahora en su casa, pero Pablo entró al servicio diplomático durante la dictadura que encabezó Carlos Ibáñez del Campo, el mayor astuto, un don nadie que fue escalando posiciones y desplazando poco a poco a sus rivales dentro del ejército.

Cuando Pablo partió al Oriente con los primeros poemas de *Residencia en la tierra* en un cuaderno, Ibáñez venía de lanzar la más feroz persecución política jamás vista en el país desde los tiempos de Balmaceda. Desterró y sacó de sus puestos a profesores, dirigentes sindicales, vejó a abogados y jueces, silenció a diputados y senadores, expulsó del país a empresarios prominentes, mientras la prensa callaba.

Cambiamos de tema hacia recuerdos más gratos, nos reímos y la sobremesa se estira. Pablo y Matilde se retiran a dormir la siesta y yo salgo a caminar por la playa. Está oscureciendo un poco más tarde y el sol se pone entre olas bravías. Pablo está enfermo, está gordo, le tiene miedo al pasado, a la CIA y al problema juvenil de la izquierda. Yo no le tengo miedo al pasado, pero sí a lo que pueda hacer la CIA.

Camino sorteando piedras y cochayuyos pensando en esto. A lo lejos veo un par de siluetas. Son dos jóvenes tomados de la mano. Tienen el pelo largo y la silueta de la muchacha me recuerda a mi hija mayor.

Por instantes siento que esa muchacha soy yo, que ese cuerpo fue alguna vez el mío. Me pierdo en el tiempo y en el ritmo monótono del océano. Calculo que hace cuarenta y seis años, a esa misma hora, yo me ponía mi mejor vestido, me miraba al espejo y ensayaba sonrisas

para una misión delicada: concurrir al baile del club militar.

## Calma en la tormenta

El sábado 6 de septiembre de 1924 supone una pausa aparente en el torbellino noticioso. El tiempo mejora y sale el sol. Las parejas pasean por el Parque Forestal y las más audaces suben a besarse al cerro Santa Lucía. Luis Emilio Recabarren está despierto desde temprano y se pone a escribir un largo texto en apoyo a los tenientes.

Los militares están reunidos desde temprano en el club, forman una junta o comité y eligen a Bartolomé Blanche como su presidente. Este acepta y habla golpeado.

—Propongo que en lo sucesivo nos reunamos en la academia de guerra, sin intrusos, bien lejos del centro. No más espectáculos.

Los discursos son dramáticos y ya mencionan sin ambages la palabra con erre.

—El *Estado revolucionario* no debe desaparecer con la dictación de las leyes —propone un coronel.

—Que renuncie el presidente y se disuelva el Congreso —exige un teniente.

—Nos estamos olvidando del pueblo —reprocha un capitán.

—Nos estamos jugando la cabeza, es todo o nada.

Ibáñez propone la igualdad entre grados y emplaza a los comandantes ausentes a no seguir enviando representantes y decir las cosas a la cara. Todos son iguales a la hora de franquear la frontera legal, pero hay que tomar partido.

—Tenemos que actuar rápido —remata Marmaduke Grove tomando el toro por las astas.

A mediodía Blanche pide que se suspenda la sesión y se retome en la tarde.

Los reporteros recorren las calles, los restaurantes y las plazas relevando opiniones del público. Los curiosos se agolpan frente a La Moneda y el ministerio, delante de las redacciones de los diarios y en los salones radiales de los señores Ferrari y Gumucio.

El joven Pablo se suma a un grupo de estudiantes que viene a

protestar contra el rector de la universidad que jurará como ministro.

—¡Que renuncie Amunátegui! —gritan a todo pulmón antes de dispersarse— ¡Que renuncie el rector!

Juran los nuevos ministros que vienen de Valparaíso, un almirante y un señor de apellido Guarello. Se da un champañazo en su honor al que se cuelan seis militares que nadie invitó. Vienen a entregarle un documento de trabajo al general Altamirano.

—Mi general —anuncia pomposamente Blanche cuadrándose como un mensajero en presencia de Napoleón—. Venimos a rendirle cuenta de los acuerdos que ha tomado hoy la junta militar.

—Muchas gracias —responde Altamirano distraído—. ¿Lo vemos más tardecito?

Alessandri e Ibáñez se vieron hace meses en la escuela de caballería, en condiciones muy distintas. No se dirigen la palabra y se miran desde lejos, como dos gatos en un callejón.

A esa misma hora salen a la cancha los equipos de *foot-ball* del Instituto Nacional y del Liceo de Aplicación, que se medirán en un encuentro oficial del campeonato que disputan también los elencos de la federación universitaria y de la liga escolar de Talca. Todos los encuentros tienen lugar en el estadio policial, un complejo deportivo que permite a los agentes de la sección especial confraternizar con estudiantes, futuros profesionales y líderes de opinión en un ambiente de inocente camaradería.

El diario *La Nación* publica la décima y última entrega del curso de autosugestión del doctor Rawdan Praglowski. *El camino de la felicidad, el dominio de los afectos.* El periodista Conrado Ríos Gallardo sube un nuevo peldaño en la escala de la adulación.

*«En estas circunstancias»*, escribe, *«acuden en auxilio de la opinión las instituciones armadas de la república, prestigiosas ante la conciencia nacional por una vida austera, en cuya espada no existen manchas sino victorias que han hecho grande, próspera y fuerte a la nación»*.

Alessandri y Tony salen a pasear por primera vez en tres días y el hecho es comentado *urbi et orbi* como signo de tranquilidad. Del Congreso llegan rumores de negociación entre gobiernistas y opositores. Se celebra el primer consejo de gabinete y Alessandri deja flotar por primera vez la idea de su renuncia.

Los oficiales deciden formar un comité de prensa e información y eligen a David Bari como su director. Se hacen los últimos preparativos para la velada musical que iba a tener lugar el miércoles, cuando se iniciaron las incidencias militares. La decisión de realizarla el día sábado busca descomprimir la presión y reducir el entusiasmo. Los jóvenes oficiales pueden distraerse y los viejos descansar por fin, después de la infame madrugada que les ha hecho vivir el gobierno.

Por fin pueden venir las madres, las tías y las niñas casaderas a estrenar sus vestidos. Los tenientes vienen de poner en jaque al gobierno y tienen ganas de bailar.

El teniente Esteban Olea y sus amigotes Lazo y Bravo conducen a sus novias a la pista de baile. Parecen unos elegidos por el destino, se ven robustos y sanos, confiados en el porvenir. Dirigida por un maestro vienés o checo de nombre impronunciable, la orquesta ejecuta un ameno repertorio que no deja a nadie indiferente. Es la fiebre, es el goce de una época audaz. La locura se desata después de la pausa, cuando entra una banda de jazz y foxtrot.

Esteban Olea y Olga Fernández MacAllister nunca han bailado antes así, de esa forma vertiginosa y risueña. Ríen de nervios, ríen de girar como trompos sobre el piso encerado. Ríen del vacío que se instala en sus vientres y de las madres severas que se abanican y se van. Ella ha logrado ir sin la suya y en eso ha sido inflexible. Gracias al periodismo, algo de dinero aporta al hogar.

Ahora están con el teniente Olea a solas en un salón. Cómo llegaron allí ninguno de los dos lo recordará con precisión, cada uno tiene en la mano una copa de champaña y él le ofrece un cigarrillo.

Es una época liberadora para las mujeres, pero cruel con las gordas, y Olga Fernández MacAllister todavía no lo es. Su silueta delgada encaja perfecto en aquel vestido de muselina.

No es de extrañar, entonces, que de un momento a otro tropiecen, se inclinen el uno contra el otro. ¿Qué ha tenido que suceder en un país católico y conservador para que ahora las parejas se besen sin pudor? No son los únicos: en distintos rincones de penumbra se verifican encuentros similares. Ya no hay respeto por las tradiciones, parece quejarse en la pared el rostro severo del general Baquedano.

## El caballero en cuestión

El agente Pezoa se acostó de madrugada y está trabajando desde temprano. El secreto de tanta energía es un polvillo blanco que venden en las boticas, pero que él se consigue directo de un laboratorio donde trabaja una amiga. Gracias a él su cabeza funciona con una claridad asombrosa y los distintos hilos del caso comienzan a encajar como piezas de un rompecabezas.

El muchacho que detuvo en La Moneda ya fue puesto en libertad, pero pasó una linda noche en el calabozo amurrado en un principio, cantando luego a regañadientes y al final con un entusiasmo encomiable.

Su padre fue ministro de Relaciones Exteriores, también responsable de Bienes Nacionales y Colonización. Un señor de abolengo y prosapia; Matte, el apellido. Con la ayuda del hijo, Pezoa logra establecer el hilo de la madeja y anotar en su libreta nombres que llevan a otros nombres.

La sección especial tiene ojos y oídos en todas partes, y la labor del agente Pezoa resulta asombrosamente fluida. Ni el juramento del nuevo gabinete lo distrae de su cometido. Al caer la noche del sábado, el esquema está claro y dibujado en un papel.

La *Selva Lírica* de la conspiración parece una araña con varias patas y una de ellas es la facultad de leyes. El joven estudia allí y entre los docentes hay un profesor muy carismático, que además es voluntario de la Quinta Compañía de Bomberos. Otra pata de la araña está en la oficina de estadísticas, donde reina un señor que fue diputado por un breve período y tiene una cátedra de economía política. En el Congreso Nacional está el taquígrafo que escribe novelas, mientras que en el Club de la Unión hay dos o tres socios que han puesto capital en la aventura. En el diario *La Nación* existe un periodista calvo y bajito que va seguido a la escuela militar. En la *Radio Chilena* trabaja el locutor que imposta la voz en los llamados anónimos que llegan a los cuarteles.

Todos cumplen alguna función específica: establecer escenarios jurídicos, programas económicos, propaganda y persuasión. El joven es parte del grupo de intimidación y choque y con él hay varios más que se le parecen: hijos de familia, estudiantes mediocres, rebeldes deseosos de emociones fuertes.

Su rol en el atentado contra la casa del Gran Maestre no es otro que el de arrojar piedras. Apremiado por la idea de pasar el fin de semana completo en el calabozo sin ver a su novia, reconoce que se trata de una guerra interna dentro de la masonería. Él no pertenece a ninguna logia, pero otros sí y buscan enviar un mensaje al timorato Gran Maestre desde la facción más cercana a los militares.

Pezoa comprende que debe proceder con premura. «Agote todas las pesquisas», le ha dicho el prefecto Julio Bustamante, pero a esas alturas resulta difícil que lo pueda cumplir. Ha caído el gabinete Aguirre Cerda y lo sucede un general, que ordenará cerrar la investigación más temprano que tarde.

En todo caso valió la pena para el agente Pezoa por un solo motivo: en sus tiempos de estudiante la poesía le parecía un pasatiempo, pero ahora comprende que los hombres de letras son más peligrosos de lo que creía.

El lenguaje es un arma letal, pero solo los mejores saben usarla. Un soneto puede conectar la opinión y mover a las masas. La sección especial debiera abrir un archivo completo de individuos como Pablo Neftalí «ex Reyes» Neruda y todos los poetas que figuran en *Selva Lírica*, estén donde estén.

## Jóvenes turcos

Espero que mis hijas lean esto algún día: los vestidos de antes eran dispositivos de castidad. No podías consumar el acto sexual sin romper algo, sin cortar un hilo o rasgar una tela fina. Era como volver manchada y tener que dar explicaciones. Con el teniente Esteban Olea Oyarzún estuvimos lo más cerca posible del coito (qué fea palabra) de lo que se podía en 1924. Y en el club militar; que conste lo peculiar y poco romántico del escenario.

De esa noche transgresora mi cuerpo recuerda solo el temblor y el vacío. Se me movía todo cuando volvimos a casa los dos solos en un coche de alquiler. Nos despedimos al pie de la escalera con un beso en la mejilla, muy púdico para pasar el visto bueno de mi madre que me esperaba al final en la escalera.

No fue la pesadilla que yo temía, todo lo contrario. Al ser una mujer de trabajo, no era una cenicienta. Además mi madre veía en el teniente Olea a un representante del orden, del futuro republicano y sus valores de pequeña burguesía.

*Mi teniente* (lo escribo con cariño tembloroso) vio esa noche por primera vez a Dios en la forma de sexo oral con una muchacha (yo) de la que estaba enamorado.

Yo también lo vi por primera vez, al *ángel del amor*. No en la forma de un orgasmo sino de una transgresión social. Un *salirme con la mía* porque mi madre no puso reparos. Había salido con un teniente del ejército, quien venía a dejarme de esa forma caballerosa y púdica.

En todo caso vendí cara mi sumisión y mi placer culposo. Mi teniente me contó todo lo que sabía de Ibáñez, de Blanche y de Grove. Uno de los tres sería el próximo presidente de un gobierno militar revolucionario, o quizá formarían un triunvirato con algún almirante. Todo parecía entonces posible.

Mi fuente íntima, el teniente Olea, me confirmó que aquel sábado la junta militar se había reunido en la academia de guerra, lejos de la plebe. Acordaron sus miembros, encabezados por Blanche, no

disolverse, incluso si el Parlamento aprobaba todas y cada una de las leyes exigidas en el pliego. Era la revolución lisa y llana y él lo reconoció.

—¿No te da miedo?

—Por supuesto que no.

A Esteban Olea ya nada le daba miedo. Después supe que se había convertido en un pequeño matón, pero yo en esos días lo veía como un ídolo a la manera de los actores de cine. Lo era en cierta forma, físicamente gracias a la práctica del deporte, la esgrima y la equitación, al uso orgulloso del uniforme y un peinado a la gomina que resaltaba el parecido con Valentino y otros ídolos.

El domingo lo tengo borrado. El lunes nos reunimos en *La Voz de las Mujeres* y fuimos irreflexivas en nuestro entusiasmo. Los políticos nos habían engañado igual que a los obreros, ¿Cuánto peor nos podría ir con un gobierno de militares?

El eslogan periodístico que nos convenció en ese momento fue el de los jóvenes turcos. No conocíamos el término, lo trajo Ester Roig, que conocía bien la cuestión oriental.

—Son los cuadros jóvenes del antiguo ejército imperial otomano, hoy República de Turquía. Una fuerza modernizadora encabezada por un oficial llamado Mustafá Kemal Ataturk.

Eran la sensación en París, nos explicó. Apuestos, elegantes, misteriosos. Nadie se vestía mejor, nadie encarnaba de esa forma lo moderno y lo tradicional, Oriente con Occidente.

## Cumbres borrascosas

Tomo el bus de regreso a Santiago y en la estación compro *El Mercurio*. En la portada solo hay deporte e internacionales. Lo importante es la campaña de Universidad Católica y la guerra en el Medio Oriente. La elección no ha tenido lugar o es algo que sucede en un país imaginario.

La calma y el silencio son solo aparentes. Este lunes 7 de septiembre de 1970 la ofensiva contra Allende ya ha comenzado.

Los ricos y no tan ricos comienzan a girar masivamente dinero de los bancos. Sacan millones de sus cuentas corrientes, liquidan depósitos a plazo y compran dólares, venden y venden acciones en la bolsa de comercio como si el mundo se fuera a acabar. El presidente del Partido Nacional declara que la elección sigue abierta y llama a los diputados y senadores de la DC a votar por Alessandri.

Salvador Allende concurre a La Moneda a entrevistarse con el presidente Frei. Lo rodean decenas de periodistas y él avanza con su cuerpo fibroso, en un traje de sastre elegante y ajustado. Es un ganador nato y exuda certeza.

Las mujeres, que en 1924 éramos meras observadoras, comentaristas de lo que hacían políticos y militares, hoy desempeñamos un rol más activo y no solo mediante el voto. Ahora nos podemos expresar y movilizar públicamente.

Leo que un grupo de mujeres del barrio alto llaman a reconocer el triunfo de Allende. Votaron por distintos candidatos y formulan un llamado a desvirtuar la campaña de rumores falsos y tendenciosos. «Hay que restablecer la serenidad y la calma», dice el comunicado del que soy una de las firmantes.

Por la noche otro grupo de mujeres desfila frente a La Moneda gritando *«¡Chile sí, Cuba no! ¡Tenemos patria, conservémosla!»*.

Allende habla por radio a las nueve y media de la noche para enviar un mensaje de calma y moderación a sus partidarios.

Jorge Alessandri Rodríguez da una conferencia de prensa el

miércoles 9 anunciando que si el Congreso lo ratifica a él como presidente electo, llamará a nuevas elecciones. La maniobra tiene el signo de la desesperación y nadie la toma muy en serio.

Así concluye una semana que parece eterna. La primavera se sigue afianzando y yo abriendo cajas, descubriendo nuevos recuerdos que creía olvidados.

Encuentro una versión mecanografiada del artículo que publiqué en *La Voz de las Mujeres*, el primero de mi vida. Está corregido por mi tía Alicia de su puño y letra y es un relato personal de lo que sucedió en el Congreso la noche del 4 de septiembre. Complementé lo que yo misma vi con detalles que estaban más allá de mis ojos y que me relató al día siguiente el teniente Olea.

El papel está amarillento después de cuatro décadas y media, algunas letras se han ido borrando y el estilo me parece ingenuo, por no decir torpe. Soy todavía una mecanógrafa jugando al periodismo, con más entusiasmo que conocimiento y sin más intuiciones que las de mis propias lecturas. Las correcciones de mi tía Alicia buscan darle coherencia, limar excesos, ilustrar contradicciones y repeticiones majaderas, sugerir estructuras. Estoy segura de que no fue la única versión que escribí y hasta me veo quedándome hasta muy tarde en la oficina, corrigiendo el dichoso artículo una y otra vez, arrancando en falso y llenando la papelera de intentos abortados por escribir algo veraz. Pobre muchacha, busca ser amena, pero apenas alcanza a ser legible.

La versión que finalmente se publicó era apenas un extracto de mis torpes intentos de hacer periodismo, un recuadro que complementaba el artículo de fondo que escribió Ester Roig, mucho más fogueada y de pluma más suelta. Yo no quería firmarlo (el recuadro) de pura vergüenza, pero mi tía Alicia me obligó a hacerlo.

Esta versión original de mi primera publicación «periodística» (así, con un generoso entrecomillado) me llevó a la pregunta obvia después de reencontrarme con todo este material: el paradero de la serie completa de *La Voz de las Mujeres*. Todas nos quedábamos con uno o varios ejemplares y recuerdo que yo atesoraba los míos con esmero, mes a mes. No creo haberlos botado ni regalado, aunque quizá los escondí cuando las cosas se pusieron difíciles después. ¿Mi madre,

quizá...? No lo creo, de haber tomado ella alguna acción yo me hubiera percatado, la habría encarado y la pelea subsiguiente formaría parte hoy de mi memoria.

El temor de haber extraviado mis ejemplares en alguna mudanza fue creciendo con las horas, llevándome a revisar la bodega completa, abrir caja por caja y encontrarme con otros recuerdos almacenados en objetos, igual a como cuenta Proust en su novela-río. Esta vajilla que usé por última vez durante la ceremonia de compromiso de mi hija mayor (con ese joven apuesto que hoy me odia), la primera juguera que tuve en mis manos y con la que preparaba las papillas de verdura para esa misma hija, abrigos, faldas y vestidos que ya no me entran. Incluso revistas y periódicos en los que trabajé en años posteriores, cuando *La Voz de las Mujeres* ya era parte de la historia.

La historia que parecía detenida ahora se ha puesto en marcha. El viernes 11 vuelven a marchar las mujeres de derecha, el sábado 12 se realiza una gran concentración allendista en la Alameda. Explota una bomba de bajo poder en un supermercado y un carabinero es baleado sin motivo aparente.

Las negociaciones entre Allende y la Democracia Cristiana no se detienen, pero avanzan con lentitud exasperante. Parece una carrera contra el tiempo y yo ya tengo los nervios de punta.

## Noche maldita

Muchos de los eventos programados para el sábado 6 y el domingo 7 de septiembre de 1924 se cancelan. Es el caso del *dancing* del Consejo Nacional de Mujeres, del baile en el Instituto Superior de Comercio y el debate en la IWW entre el pastor y el diputado. Todo se posterga, queda suspendido hasta nuevo aviso, menos el baile del club militar, en donde las parejas siguen bailando una pieza tras otra, cada vez más entusiasmadas hasta que las madres más severas arrastran a sus hijas hacia la salida.

Olga Fernández MacAllister observa el movimiento militar en su cuna, en su matriz radicada todavía en círculos de oficiales jóvenes y alienados por la situación económica. Conoce a Lazo, a Bravo y al capitán Bari, y tiene sentimientos encontrados porque en ellos hay tanta generosidad como fuerza bruta. Son progresistas y al mismo tiempo reaccionarios, y teme que enfrentados a contrariedades sean capaces de llegar al crimen.

Los teatros esa noche están abiertos y el público hace fila para ver al tenor español Miguel Fleta que debuta en el Municipal en la ópera *Carmen*. Casi todas las salas combinan una matiné cinematográfica con una vermut y en el teatro Brasil causa sensación *El consultorio de madame René*, un tremebundo drama argentino sobre una madre soltera. En el Fox se agotan las entradas para ver *La Venus de Oceanía*, el arte del desnudo, el arte de la natación y el arte plástico combinados en una sola mujer, la espectacular Annette Kellerman.

Olga Fernández MacAllister y el teniente Esteban Olea traspasan la barrera de pudor y se besan en un salón del club militar. Encuentran un lugar discreto frente a un retrato al óleo de un militar famoso, general y comandante supremo en batallas decisivas.

Baquedano es su apellido, Manuel su nombre. Símbolo de la república militar que el mayor Ibáñez está comenzado recién a entretejer como una araña que atrapa a sus primeras víctimas. El ejército aparece como el promotor de lo moderno, de lo rápido. Algo

que perturba y atrae a Vicente García-Huidobro y sus amigos del Club de la Unión. Algo que repugna a Pablo de Rokha y deja indiferente a Pablo Neruda.

Algo que ha llegado para quedarse.

El joven Pablo no tiene dinero para espectáculo alguno, está hundido y abatido en su cuarto de pensión. La luz escuálida de una vela y el cuaderno abierto y sin visitar desde hace días son prueba de su mal momento. Lo único que tiene para inspirarse es *la ausencia*. No están los árboles del sur ni los rieles del ferrocarril, la lluvia permanente no está ni la esquiva Albertina Azócar, que ya ni contesta sus cartas.

A los pies de la cama hay libros, unos pocos, raídos y viejos. Rilke, Schopenhauer, Víctor Hugo. Libros prestados por amigos, sacados de bibliotecas, olvidados por sus dueños en los bancos de las plazas. Hay también ejemplares de la revista *Claridad*, en la que acaba de publicar unos poemas con el pseudónimo de Florencio Rivas.

La juventud de Santiago lee sus poemas de amor y se los aprende de memoria, pero a él le llegan solo los ecos y las migajas. Ya se gastó los quinientos pesos que le adelantó su editor Carlos Nascimento. La canción íntima del poeta es ahora realmente desesperada, cuando de pronto suenan dos golpes fuertes en la puerta. Se levanta de mala gana, capaz que sea la casera que viene a cobrarle el alquiler atrasado.

Pezoa entra sin saludar, sin ser invitado, observando la pobreza y juzgándola con un aire de prestamista o inspector de liceo.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—El ayuno es una forma de iluminación —musita el poeta—. Yo la practico por obligación.

El agente Pezoa lo zamarrea y lo jala de la cama. Hay cosas más serias que deprimirse. Por ejemplo asistir al espectáculo musical del señor Sady Zañartu y su esposa.

—No estoy de ánimo, Pezoa —dice el joven Pablo haciendo caretas.

—Yo tampoco, pero es nuestro deber como guardianes de la democracia representativa. Después nos vamos a beber algo por ahí. Yo invito.

El joven Pablo insiste en su lasitud, pero Pezoa no da su brazo a torcer y del paletó extrae un pequeño trozo de papel doblado. Extiende

una delgada y angelical línea blanca encima de un libro de Rilke. La aspira con experticia y luego se la entrega al poeta.

El joven Pablo le tiene respeto a los paraísos artificiales, pero esa noche está con la guardia baja. El alcaloide lo levanta de la cama como a un púgil que recobra la fuerza después de estar en la lona.

—Hay un baile en Arturo Prat y tú irás conmigo —informa el policía.

Esa noche maldita se lo beben todo, agotan sus recursos, cazan la madrugada hasta caer exangües en una casa de tolerancia. Al día siguiente la migraña los destroza.

Ha comenzado una dictadura militar de signo misterioso, que irá copando las instituciones poco a poco. Un régimen de fuerza que abrirá horizontes nuevos a jóvenes como Pablo, provincianos, ambiciosos y sin fortuna, en desmedro de los de siempre, los aristócratas, la gente de apellido.

## El general despistado

La república militar está tomando forma. Primero fue el *ruido de sables* y luego la *revolución de los tenientes*. Ahora es un gabinete ministerial completo, presidido por un general despistado. Los contratistas del ejército están de fiesta, sacan cálculos igual que en el Partido Radical, donde una minoría rebelde ya comienza a hacerles señas a los líderes del movimiento.

En todas las fotos oficiales y extraoficiales Altamirano posa con la misma mirada extraviada. Sus ojos se parecen a esos botones de los monos de peluche, sin profundidad ni emoción. Los bigotes prusianos y las medallas que ama lucir en público lo asemejan a uno de esos reyezuelos espurios de Europa Oriental.

El primer consejo de gabinete con Alessandri se celebra un domingo para organizar el despacho inmediato de las leyes pendientes, las mismas que figuraban en el programa de gobierno de Alessandri y que los militares incluyeron con matices en su pliego de peticiones.

Ese mismo día, por la noche, los tenientes Lazo y Olea se presentan en la residencia particular de Julio Bustamante, están armados y le piden que los acompañe al regimiento Pudeto para responder a unas preguntas de la junta militar.

Con sus años de circo Bustamante sabe detectar una emboscada y en qué ocasión conviene defenderse. Esa no es una de ellas y no tiene más opción que acompañarlos. Lo dejan incomunicado durante varias horas, sin un vaso de agua ni nada para comer.

De madrugada aparece Bartolomé Blanche con una carpeta y una lista de preguntas. ¿Conoce a este cabo del regimiento Cazadores y a este otro del Buin? Le ponen las fotos delante de los ojos y él dice que no. Acostumbrado a interrogar, sabe cómo ser un interrogado de jabón, pero su estrategia se desmorona al ver un cuerpo exánime que traen otros dos soldados del hombro como si se tratara de un herido en combate.

Es el cabo Lincopil. Viene bien molido a golpes y atiborrado de

aceite de ricino que lo obligaron a tragar con un embudo.

Julio Bustamante comprende que no son idealistas de la revolución quienes tiene al frente, sino unos profesionales ya decididos a tomarse el poder.

—Queda usted relevado de sus funciones por la junta militar —le informa Blanche.

Julio Bustamante regresa al calabozo con la esperanza de que el presidente note su ausencia y ordene su liberación. Para ese entonces al gobierno le quedarán horas, si no minutos, para evacuar La Moneda.

A Lincopil podrían arrojarlo sin vida a una acequia, pero el exprefecto, quien dista de ser un alma sensible, sospecha que aún falta para que se utilicen esos métodos.

Alessandri estalla en cólera al enterarse por su secretario de que Julio Bustamante se encuentra detenido. Llama a Altamirano y luego a Dartnell para exigirles explicaciones y la libertad inmediata de su amigo. Le responden con vacilaciones y subterfugios, lavándose las manos y delegando toda responsabilidad del acto en los tenientes. Es otro patrón que nace: la duplicidad y la hipocresía.

—¿Quién manda en el ejército, señores, por el amor de Dios? —pregunta Alessandri clavando sus ojos en los generales—. ¿Ustedes o un trío de mocosos insolentes?

—Hay un punto grave, excelencia —balbucea Dartnell sonrojándose —. Estamos como autoridades dobles, el ministerio por un lado y una junta militar por otro.

Alessandri da un puñetazo en la mesa. No quiere saber nada de juntas, grados y cuestiones de esa índole, le liberan de inmediato a Bustamante y llamen a Blanche para que dé explicaciones. A esos tenientes hay que ponerlos en vereda o hasta aquí nomás llegamos.

Habla golpeado Alessandri, pero ya casi no tiene poder. Se le está escabullendo entre las manos y todavía no se da cuenta.

Tony sí lo sabe, o al menos lo huele desde su rincón.

## Capitula el Congreso

Después de neutralizar al poder ejecutivo la república militar se dispone a imponer sus términos al legislativo.

La capitulación será bochornosa. Debía comenzar la sesión a las tres de la tarde, pero a las tres y media el general Altamirano todavía no aparece. ¿Se le habrá olvidado? Se miran perplejos diputados y senadores. Alguien que lo vaya a buscar.

En un acto de subordinación simbólica sin precedente, los presidentes de ambas cámaras concurren en persona al Ministerio de Guerra para «invitar» a Altamirano.

El senador servil no es uno cualquiera, se llama Eliodoro Yáñez y es dueño del diario *La Nación*. Brillante abogado, agricultor y advenedizo social, de estatura diminuta y ego rotundo, Yáñez ha sido precandidato a la presidencia y está haciendo su propio juego apostando a que los militares vean en él a un aliado estratégico y potencial presidente de un gobierno de unidad.

Entran al mismo tiempo en el Senado el diminuto Yáñez y el espigado Altamirano, el político calculador y el general despistado que retribuye los saludos con una solemnidad acartonada. Las tribunas están vacías. La escena entera es absurda.

Algunos senadores aplauden, otros guardan silencio. La parte derecha del hemiciclo está vacía porque la oposición unionista, según algunos la principal instigadora del movimiento militar, se excusó de asistir con pretextos pueriles. Sus votos no son necesarios para celebrar la mascarada.

Yáñez abre la sesión en nombre de Dios (en el que no cree) y lee la tabla de materias. Altamirano pide la palabra y saca un papel.

—Este ministerio se ha organizado obedeciendo a un solo sentimiento, que es el amor a la patria.

Buen comienzo, lástima que la voz sea tan plana. El general despistado solicita el concurso patriótico de todos, en especial el de los representantes del pueblo, sin distinción de colores políticos.

El general despistado y solemne, el ministro de cartón en una época de llamas, que durante el curso de la crisis demostrará no ser muy agudo, pero tampoco una mala persona, solicita la aprobación de los proyectos. Eliodoro Yáñez adjunta el término «inmediata». Solo un senador se muestra contrario, los demás aprueban por unanimidad. Ni siquiera esperan que se levante el acta.

Un procedimiento similar se repite en la cámara, pero ante una resistencia más resuelta, más intensa de un único diputado de apellido Ugalde.

—Hablo a título personal y seré un extraviado, un descarriado, señor presidente, pero siento enorme pesar y lamento que se nos haya traído a este recinto bajo la fuerza de las bayonetas.

Ugalde representa a Quillota y al Partido Radical. Se rebela contra la manifestación de fuerza e interpela directamente a Altamirano. ¿Acaso cree que se puede así de fácil ahogar la libertad?

—Tenéis las armas, tenéis los soldados, pero os falta la más grande de las fuerzas, señor general: la fuerza de la razón.

Algunos diputados aplauden, se aleonan y sacan pecho acicateados por el brioso quillotano. El presidente de la cámara golpea la testera con el martillo.

—Señorías, señorías... por favor —dirigiéndose a Ugalde—. Ruego a su señoría no suponer intenciones, el reglamento se lo prohíbe.

—No nos echemos tierra a los ojos, señor presidente. Este gabinete y esta honorable cámara están siendo tutelados por una junta militar.

Altamirano hace amago de retirarse de la sala.

—Yo invoco el patriotismo de su señoría —insiste el presidente de la cámara.

Es el inicio de una tiranía y solo un hombre se le resiste. Los demás callan. El presidente de la cámara ofrece la palabra y nadie la toma, ni Francisco Melivilu hundido en su asiento de vergüenza.

—Se dan por aprobados en general y en particular todos los proyectos en tabla —dice el presidente repitiendo el martilleo ritual, republicano, transformado por los militares en parodia—. Se cierra la sesión.

Frente a La Moneda, en la plazoleta, los tenientes charlan, fuman y posan para la prensa, aguardando con impaciencia el resultado de la

sesión. Los coroneles y mayores están en el amplio salón del ministerio junto a los capitanes Bari y Millán, los tenientes Lazo, Bravo y Olea. La guardia de hierro, los jóvenes turcos.

—¡Se aprobó! —exclama Lazo—. ¡Se aprobó todo!

Quince minutos, los que tomó callar las protestas del díscolo Ugarte, eso tardó la cámara en aprobar las catorce leyes que llevaban años esperando. La noticia corre de boca en boca por toda la ciudad, se retransmite por la radio, se discute en las redacciones y se transforma en el acta de nacimiento de la república militar.

Por la tarde las calles y aceras están llenas de octavillas. Los transeúntes las recogen, leen sin entender cabalmente su alcance:

1. El movimiento militar no tiene, no ha tenido ni tendrá carácter político.
2. Está inspirado exclusivamente en la necesidad suprema de salvar a la Nación arruinada por la corrupción política y administrativa y no terminará mientras no se realice su misión.
3. Se declara al país, bajo garantía solemne del honor y las tradiciones armadas, que no se pretende establecer un gobierno militar ni entronizar dictaduras de ninguna especie.

Imposible dudar de las buenas intenciones de los uniformados, así se lee en una columna firmada por el inefable Conrado Ríos Gallardo en *La Nación*. Por alguna razón misteriosa parece razonable, e incluso plausible, salir de la crisis por el simple uso mesurado y simbólico de la fuerza.

Pero la república militar es una célula compleja y volátil, que se regenera a sí misma a la misma velocidad que degenera. Ya tiene aliados en *El Mercurio, La Nación* y *Radio Chilena*, su nodo más innovador. Periodistas como Conrado Ríos y Carlos Dávila en *La Nación*, como Carlos Silva Vildósola en *El Mercurio*, ya escriben a esa hora palabras de elogio, de sumisión.

## La Moneda /12

Alessandri arruga la octavilla sediciosa y la arroja al suelo. Tony se acerca a olisquearla.

No queda nada por hacer. Se acabó. No puede permanecer ni un minuto más en La Moneda porque el principal atributo del cargo (la obediencia absoluta de los cuerpos armados) se le ha escapado de las manos. Ya no le obedecen, ya lo traicionan los parlamentarios de la propia alianza de gobierno enviando señales a la unión opositora.

Desde ayer domingo circula en el Congreso la idea de darle un permiso constitucional. Mientras esté afuera se formaría un gobierno de unidad, de aliancistas y unionistas tomados de la mano como ronda de niños, en un solo carrusel de amor a la patria. Hermoso ver a pechoños y ateos, enemigos de antaño, compartiendo como novios un mismo caballo.

—Se quieren salvar el pellejo a costa mía —masculla irritado, decepcionado Alessandri—. Para evitar que los militares les bajen la cortina. Si serán cobardes.

Le pide a Nené una taza de té bien cargado y un plato con galletas de agua. Se reúne a puertas cerradas con sus hijos, con su yerno y dos amigos de confianza, los únicos en los que puede confiar en esas horas de calamidad y congoja. Llama al taquígrafo y se aclara la garganta para dictar su renuncia.

Han sido aprobados y promulgados como leyes los proyectos que formaban parte de su programa democrático. Ha cumplido su palabra con los ciudadanos y con los representantes del ejército. Considera terminada su vida pública y pide que se acepte su indeclinable renuncia. No quiere causar dificultades con su permanencia en el país y solicita autorización para abandonarlo. Se va sin rencores, deseando desde el fondo de su alma que la ventura de la patria compense los esfuerzos de los que asumen la responsabilidad.

—¿Qué les parece?

Los hijos aprueban, sugieren matices. El taquígrafo pasa en limpio

una primera versión que entre todos editan. El secretario Vital Guzmán convoca una vez más a consejo de gabinete.

Queda un tema importantísimo por zanjar, pero no tiene nada que ver con la cosa pública sino con la privada, con la familia. Solo la pueden resolver Alessandri y su esposa, doña Rosa Ester Rodríguez, en la intimidad de la alcoba presidencial.

—¿Qué hacemos?

Marta Alessandri Rodríguez está comprometida con el joven médico Arturo Scroggie. La boda debía celebrarse dentro de poco, pero los acontecimientos sugieren adelantarla. Lo primero es hablar con los novios.

A Arturo Alessandri solo le queda el camino del exilio y, por ende, la postergación de la boda por quién sabe cuánto tiempo más. ¿Están dispuestos a un trámite expedito, a una ceremonia celebrada en la más absoluta intimidad?

Marta Alessandri y Arturo Scroggie se miran y responden de manera simultánea. Aprueban la moción de sus padres.

La semana que comenzó el lunes pasado con el cumpleaños del padre terminará con la boda de la hija. Se celebrará esa misma noche con el sacerdote, el oficial del registro civil y apenas un puñado de amigos y parientes, entre gallos y medianoche.

Los preparativos se realizan en simultáneo con la mudanza y el reforzamiento de la seguridad. Se cierran las dos grandes puertas principales y la guardia apronta una ametralladora en caso de que se verifiquen rumores de una asonada militar. Frente a la puerta lateral de Morandé se estacionan seis carros de la empresa de mudanzas «Para todos sale el Sol».

La misma puerta lateral se vuelve a abrir de madrugada. La familia Alessandri comienza a abandonar el palacio.

La operación pasa inadvertida para el público. La muchedumbre que se reunió frente al palacio ya se ha dispersado y los únicos testigos son los carabineros de la guardia.

Salen primero los amigos del presidente y luego sus hijos Fernando, Hernán, Jorge y Eduardo, valientes escuderos del padre que, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron evitar su caída. Alessandri lo hace el último, acompañado por su esposa y por un circunspecto Tony que

parece percibir la gravedad de los hechos.

Vestido entero de negro y arrebujado en una bufanda blanca, luce sereno en la zozobra. En cien años solo un presidente ha renunciado a su cargo, José Manuel Balmaceda, cuyo fantasma azulino observa la escena desde un balcón. Lleva allí treinta y tres años y ya ha llegado el momento de disolverse para siempre. La salida de Alessandri del poder es su liberación.

El auto, un Buick del año, retrocede, enfila hacia la Alameda y desaparece en la noche.

## Sancta Sanctorum

Un miembro de la sociedad de araucanos confía en el diputado Francisco Melivilu la noticia de que el cabo Lincopil se encuentra detenido e incomunicado. Poco antes de la sesión de la cámara se entera de que el prefecto Julio Bustamante corrió la misma suerte.

La república militar es un hecho y en medio de la debacle el diputado Melivilu concreta algo importante, lo único que queda por hacer en tales circunstancias.

Desde que se escondieron con Ester Roig en el ropero del Senado venía pensando cómo vencer aquella cerradura. Resulta que el mensajero araucano es también un excelente cerrajero. Con el pretexto de reparar una chapa de la oficina de partes, logró desviarse algunos metros. Tras un par de días de labor, ha dejado en manos del diputado una réplica de la llave misteriosa.

Ester Roig trajo una linterna de parafina y después de abrir la portezuela ambos entran agachados. Del otro lado hay un pasillo y luego una escalera que desciende y se pierde en la oscuridad. Es muy estrecha y solo cabe uno a la vez. El diputado va primero y estira el brazo para ayudar a la periodista.

Bromean con el descenso de Dante al infierno y con *Viaje al centro de la Tierra*, que ella leyó cuando niña.

Son al menos treinta peldaños hasta dar con otro pasillo estrecho, similar al de una mina de carbón y con solo una dirección posible.

Perciben un olor extraño a humedad y a tierra vieja. Una puerta claveteada les cierra el paso, de madera muy antigua y anterior al resto del edificio. El diputado Melivilu hace amago de empujarla, pero no cede. Ensaya con los pies y con el hombro derecho y el resultado es el mismo.

Se devuelven frustrados, pero una vez arriba recapitulan lo avanzado, que no es poco. Debajo del Congreso hay una cámara secreta que data probablemente del tiempo de los jesuitas. Para cruzarla harán falta más herramientas y el doble de paciencia.

Ester Roig no dirá nada de esto en *La Voz de las Mujeres*. Ha escrito varias carillas de impresiones y crónicas sobre lo ocurrido y da por cumplida sus responsabilidades periodísticas.

Esa misma noche, amparados por la oscuridad, la pareja regresa a la escena. El portero los deja entrar sin hacer preguntas.

Vuelven a encerrarse en el ropero y abren la portezuela por segunda vez. Ya conocen los primeros metros y los recorren sin trámite ni comentario. La puerta ofrece una resistencia que los deja casi exhaustos. Traspasarla implica remover los goznes y empujarla con fuerza. La madera es de una densidad implausible y provoca un estruendo al caer.

No se ve nada y ellos tosen, se cubren los ojos de la polvareda que tarda en asentarse. Lo que hay del otro lado los deja sin aliento.

Por supuesto, es un biblioteca.

En las estanterías hay infinidad de libros de distintos tamaños, de tapas raídas por el tiempo y títulos en latín. Enciclopedias caducas, atlas de un mundo recién descubierto, biblias y evangelios apócrifos, compendios y tratados de todo tipo de ciencias.

—Mira esto —dice Ester Roig.

Después de aquella recámara viene otra del mismo tamaño, pero que almacena documentos mucho más recientes. En la primera está el tesoro secreto de la Compañía de Jesús, esta otra es el depósito de todo lo que la república necesita esconder.

Mapas de los territorios indígenas, contratos y subastas de grandes extensiones usurpadas, entregadas como favores políticos a nombres de reconocido abolengo. Informes de masacres obreras, listas pormenorizadas de víctimas fatales y el lugar donde reposan sus cuerpos. Un memorial sobre la subasta de mujeres y niños del pueblo selknam en la plaza de Punta Arenas, después de una brutal cacería de varones. Todo lo que haría sonrojar a más de la mitad del país, porque aquellos crímenes se hicieron en nombre de y bajo el amparo del Estado.

—Aquí deben estar los documentos que supuestamente desaparecieron en el incendio de 1896 —al diputado le tiembla la voz, porque aquellos son secretos que pueden costarle a uno la vida.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Ester Roig tomando consciencia

de ello.

Salir de allí en puntillas y cerrar por fuera, ojalá antes de que los guardianes del secreto los sorprendan con las manos en la masa.

El diputado cierra la portezuela por fuera y con Ester Roig se ponen de pie, se sacuden el polvo e intentan recomponer sus figuras. Salen del ropero en puntillas, pero sus precauciones se van al trasto a la vuelta del pasillo. Allí está, observándolos con maliciosa serenidad el novelista y flamante bibliotecario Eduardo Barrios.

—La sesión acaba de comenzar, señoría.

Diputado y periodista se miran extrañados, confundidos. El tiempo ha transcurrido más rápido en las catacumbas. Ya ha amanecido y el Congreso Nacional da sus últimos estertores. Se discute algo que hasta hace poco era impensable: la renuncia del presidente de la república.

## Cae el telón

Tras la salida de Alessandri de La Moneda y su asilo en la embajada de los Estados Unidos, siguen algunas horas de comedia. La renuncia del presidente es rechazada por el Congreso el martes 9 de septiembre. En su lugar se le autoriza para salir del país con un permiso de seis meses. La idea de los parlamentarios y partidos políticos es una sola: ganar tiempo.

Si se acepta de inmediato la renuncia del presidente, la constitución ordena celebrar elecciones dentro de un plazo de sesenta días, muy poco para que el oficialismo logre ordenarse. Los seis meses de permiso permiten estirar el elástico hasta que sea posible armar una candidatura presidencial de consenso.

La ciudad está electrizada, expectante. Se forman grupos de curiosos frente a las pizarras de los diarios y las tiendas de radiotelefonía.

Recién ese día se asoma a las calles el alessandrismo, brotan de sus casas los seguidores del León, del político fogoso que los hizo soñar con un país más democrático, más justo con el trabajador y el asalariado. Llenan la plaza de Armas con sus gritos, sus canciones (*«Cielito lindoooo, ¡los corazoneees!»*), sus oradores improvisados que denuncian la vil operación de la oligarquía. En un número estimado en tres mil marchan desde el centro por el Parque Forestal. Su destino es la embajada de los Estados Unidos de América y su propósito es rendir tributo a su líder destronado.

Las noticias caen en cascada, una tras otra: el Senado rechaza la renuncia y el presidente insiste en que se le acepte. El gabinete que juró el viernes ya el martes ha renunciado. Altamirano, recién jurado como vicepresidente interino, se cala la banda tricolor y comienza a firmar decretos. Una larga seguidilla que no tendrá fin en semanas y meses. Decretos de reorganización y disolución, de expulsión y cierre, la formación urgente de un nuevo ministerio.

La oposición unionista anuncia su total apoyo al nuevo vicepresidente y su gabinete de administración. La libra esterlina está

a 43,5 y se detiene en su corriente alcista. La asamblea de la IWW acuerda no dar su apoyo a ningún gobierno ni partido burgués, liberal, clerical o militar, pero se aliará con cualquiera que esté dispuesto a defender las libertades públicas.

El joven Pablo no logra escribir un solo verso, está paralizado observando lo que sucede, la manera siniestra en que se agita aquel volcán envuelto en patriotismo. Su amigo Eduardo Barrios ve un futuro promisorio, esplendoroso para ambos en la república militar. Sus amigos de izquierda, los de la revista *Claridad* y de la Federación de Estudiantes están perplejos y aturdidos. No quieren demasiado al León, pero menos a los militares. Algunos, los más radicales, conciben un plan absurdo para liberar a Alessandri y traerlo de vuelta a La Moneda en andas del pueblo soberano.

Al Ministerio del Interior llegan solicitudes de salvoconducto para salir del país. Pedro Aguirre Cerda firma la suya y Alessandri hace lo propio para él y su familia.

A las siete de la tarde la multitud que lo fue a ver a la embajada concurre a la estación Mapocho para despedirlo. Los cordones policiales parecen a punto de ceder al empuje de la gente que vitorea al León. Alessandri está conmovido, saluda, vierte algunas palabras al borde de las lágrimas y aborda la combinación trasandina rumbo a Mendoza.

Otros dirán que no fue así. Según Carlos Vicuña Fuentes, nadie fue a despedirlo a la estación porque los militares lo sacaron en el más estricto sigilo, en un carro especial y de madrugada, sin cámaras y sin testigos.

En cualquier caso, el perro Tony nunca ha salido del país y apenas recuerda cómo era su vida antes de ingresar a la casa grande, aquella donde tanto se sufre y la soledad es un polvillo pegajoso que se pega a la piel. Está más bien contento, mueve la cola porque amo también lo está.

## La Moneda /13

El 10 de septiembre de 1924 por la noche Luis Altamirano Talavera, general de la república, puede por fin retirarse a su hogar a descansar. Durante la cena con su esposa y tres hijos no se habla de política y Altamirano bromea con que la próxima cazuela la tomarán en La Moneda.

—Me voy a dormir —anuncia dejando la servilleta encima del mantel—, no estoy para nadie.

Pero su nuevo cargo no incluye la privacidad. A las once de la noche el teléfono suena sin parar y su esposa, la señora Elvira Zaldívar, no tiene más remedio que despertarlo. Del otro lado le habla un militar de alto rango. La junta militar está reunida en el salón dorado de La Moneda y exigen hablar con él. No puede dar detalles.

¿En La Moneda? ¿Y quién los invitó?

Altamirano está confundido, se levanta bufando de la cama, viste el uniforme de diario. Su esposa le entrega la gorra de general. Él se alisa el bigote característico y regresa una vez más al palacio de los presidentes.

Las ventanas están iluminadas y la guardia le rinde honores. Entra al salón dorado y se encuentra con una nueva comitiva militar. Salvo Ibáñez y Grove son casi todos tenientes. Su presencia tan campante (y no invitada) en el palacio es un signo de los tiempos.

—Buenas noches —saluda Altamirano—. En aras del merecido descanso que exige el cuerpo, voy al grano. ¿Qué es eso tan urgente que me ha sacado de la cama para venir aquí?

Un capitán de caballería se acerca y le entrega un documento. Altamirano agradece y se lo guarda en la manga del uniforme.

—Mi general —lo interpela Marmaduke Grove—, la marina exige la disolución inmediata de este parlamento ruin e inútil. Nosotros como junta militar compartimos este planteamiento y estimamos que se debe proceder.

Altamirano los observa, pestañea muy serio calibrando lo que acaba

de oír. Lo están obligando a hacer algo, bueno o malo, pero bajo presión. Es un anticipo de lo que se viene y no le gusta. Guarda silencio, observa.

—Estamos frente a una situación absurda, mi general —insiste Grove—. Se lo digo con respeto. Si usted no acepta disolver el Congreso, la marina tomará la iniciativa, exigirá la formación de una junta y esta será presidida por un marino. Es así de simple.

¿Quién entiende a los navales?, se dice Altamirano a sí mismo. El 91 derrocaron al presidente para darle todo el poder al Congreso y ahora lo quieren disolver. ¿No les gusta este por corrupto, nacido del cohecho y la intimidación? ¿Qué parlamento desde que la institución existe no ha sido elegido así? Vuelve a observar a quienes son teóricamente sus subalternos y finalmente dice:

—Acepto presidir la junta de gobierno.

Es un acuerdo de palabra y un corto aplauso lo sella.

Un capitán que también es abogado (el único) redacta el decreto ahí mismo. Se esgrimen los hechos recientes, las irregularidades que empañaron las últimas elecciones parlamentarias y se promete consultar la voluntad popular tan pronto como pueda garantizarse el derecho a elegir. En su último párrafo:

*Declárase disuelto el Congreso Nacional*.

Altamirano rubrica con su firma. Juran los otros dos miembros de la junta de gobierno y nace, ahora como realidad jurídica, la república militar.

El documento que recibe esa noche comienza a circular al día siguiente entre la población. Se le denomina *Manifiesto del 11 de septiembre*.

Lo publican los diarios, lo repiten las radios, lo vocean en las calles ciudadanos perplejos.

- Este movimiento ha sido fruto espontáneo de las circunstancias.
- Su fin es abolir la política gangrenada. Su procedimiento es enérgico pero pacífico, es obra de cirugía y no de venganza o de castigo.
- Se trata de un movimiento sin bandera de sectas. Ninguno de los bandos podrá arrogarse la inspiración de nuestros actos, ni deberá esperar para sí la cosecha de nuestro esfuerzo.
- No hemos asumido el poder para conservarlo.

• No hemos alzado ni alzaremos un caudillo.

El Manifiesto del 11 de septiembre (con mayúscula) promete mantener las libertades públicas y convocar a una asamblea constituyente. Constituidos aquellos poderes, los militares darían por concluida su labor.

El documento lleva al pie la firma de un ente colectivo denominado *Junta Militar*. Sus redactores, según diversas fuentes, son el capitán David Bari y su amigo, el novelista, Pedro Prado.

* * *

Francisco Melivilu fue uno de los pocos diputados que levantó la voz el 10 de septiembre para criticar la asonada.

—Los militares han arrojado lodo al Congreso diciendo que no trabaja, que es inútil. Se nos dijo que había muchas leyes que no habíamos despachado y ayer el Congreso las despachó todas. No tienen hoy los militares ninguna bandera moral para sobreponerse al Congreso. Si mañana vienen las bayonetas a arrojarnos de este recinto, nos iremos tranquilos porque el pueblo estará con nosotros.

Concluyó su breve intervención con un reproche a sus propios colegas.

»Yo habría deseado que otras personas más autorizadas que yo hubieran terciado en este debate, pero veo que la cobardía reina entre nosotros.

No fue necesario desalojar el hemiciclo con bayonetas. Al día siguiente simplemente estaba clausurado por un decreto de la nueva junta de gobierno. Melivilu no pudo regresar al pasadizo secreto del ropero y recuperar siquiera alguno de los documentos escondidos.

Presentó en esos días un recurso de protección por el cabo Lincopil, que llevaba días incomunicado en el regimiento Cazadores. Tras semanas de gestiones logró su liberación. Estaba en pésimas condiciones y fue necesario esperar algunos días a que se recuperara con la ayuda de varios de sus compañeros de la Sociedad de Araucanos Residentes en Santiago.

Juntos regresaron a su tierra de Boroa, a orillas del río Cautín, donde el leal informante se recuperó de sus heridas con ayuda de una

machi y de un médico alópata amigo del diputado.

Francisco Melivilu logró ser elegido por la misma circunscripción en las elecciones de diciembre de 1925. Aceptó también la oferta de ser el candidato único para el congreso termal de 1927, la última y más grotesca farsa de Ibáñez y su camarilla. Murió prematuramente en 1934 de tuberculosis.

## Tiempo recobrado

Los diarios del 10 y el 11 de septiembre de 1924 reproducen un ánimo festivo, esperanzado. Repiten la palabra «regeneración» y saludan a los militares como salvadores de la patria, elogian su prudencia, su desprendimiento y destacan la ausencia de un caudillo al estilo de Mussolini. La junta es un ente colectivo que se comunica directamente con la nación.

Este es un relato simple y lo asumen todos los medios de prensa. *Zig-Zag*, *Sucesos*, *El Mercurio* y *La Nación*. Nadie puede ver, salvo unos pocos, que el país va camino de una dictadura y que todos lo pagarán muy caro a excepción de los oportunistas. Conrado Ríos Gallardo ya oficia de corifeo y se permite dar consejo desde la amistad. En cualquier momento lo nombran embajador o ministro.

La caída de Julio Bustamante no sorprende al agente Pezoa. Como todos los individuos de su tipo, no es precisamente un sentimental y no se inmolará por el mentor caído en desgracia. A rey depuesto rey puesto y todo lo que tiene que hacer es quemar la libreta donde anotó todos y cada uno de los nodos de la conspiración. Uno de ellos, el profesor de derecho, el mentor de los jóvenes macabros, acaba de asumir la cartera de Obras Públicas.

Otros que se entusiasman con el movimiento militar son los comunistas. Luis Emilio Recabarren vuelve a la escena pública por primera vez desde su crisis nerviosa. El 13 de septiembre don Reca publica un artículo en *Justicia* en el que advierte una nueva generación de idealistas entre los militares de Chile.

> *No pidamos por hoy la realización de nuestros ideales, exijamos la realización de esa parte que nos parezca contenido en el manifiesto de los militares*.
>
> *Es preciso que el proletariado organizado estreche más sus pensamientos y se coloque en un plan de grandes actividades para marchar a poner en práctica las ideas emitidas en el Manifiesto de la Junta Militar, cuya realización sería el paso más altamente revolucionario y de mayor significación verificado en la época que atravesamos*.

Ese mismo día *La Nación* publica una proclama o inserto firmado por el teniente coronel Bartolomé Blanche, subsecretario de Guerra. Se titula *A los Obreros del País: Heridas Abiertas*.

Según el inserto, la junta militar se siente halagada por realizar sus fines sin violencia, sin costarle al pueblo una sola gota de sangre.

Los jefes y oficiales quieren completar la aproximación y comunidad de ideales con las clases productoras del trabajo. Para eso es indispensable borrar toda huella de asperezas y fricciones que propició el antiguo régimen. Hay heridas abiertas que es preciso cerrar con *el bálsamo del olvido*.

Blanche firma de su puño y letra, como subsecretario de Estado, un compromiso público para obtener la libertad de obreros procesados por incidentes, huelgas y *episodios del pasado*.

Nunca antes ha hablado el ejército de esa manera.

El 14 de septiembre se confirma que hay un asomo de idilio entre el ejército y los comunistas. Ese día se realiza un *meeting* en el teatro O'Higgins, ubicado en la intersección de las calles San Pablo y Ricardo Cummings. Hablan los exdiputados Recabarren y Cruz, sindicados por *La Nación* como *leaders* del Partido Comunista de Chile.

Recabarren considera que si los militares cumplen con lo que dicen en el manifiesto lanzado al país el 11 de septiembre, se habrá llegado a una situación propicia para iniciar una cruzada de lucha para los trabajadores.

Se encuentra presente en la sala el capitán Carlos Millán Iriarte, quien sube a la tribuna para explicar al público el alcance del movimiento militar y refutar algunos conceptos emitidos por Recabarren. El público lo aplaude.

Millán Iriarte es otro de los enigmas de 1924. De uniforme en un acto de los comunistas chilenos, les dice que la futura asamblea constituyente es la oportunidad en la que el proletariado deberá «empeñarse en obtener su mayor conquista».

Palabras y más palabras. Las de Blanche por escrito y las de Millán en persona. Las del pomposo manifiesto redactado por Bari y su amigote Pedro Prado. Todas quedarán en nada, al poco tiempo y de la manera más brutal.

## La tiranía

Ibáñez no aparece prácticamente en ninguna parte. Su nombre figura en un par de listados y su silueta en un dosier fotográfico de la revista *Sucesos*, y eso es todo.

Pero en los meses sucesivos será él quien asuma discretamente las riendas del movimiento. Su campaña rumbo al poder absoluto ha comenzado desde la madrugada del 4 de septiembre.

El gobierno de Altamirano es débil desde un principio y no pondrá fin a las intrigas. Sus decretos no dejarán a nadie satisfecho y con el correr de los meses se incubará una segunda rebelión que se tragará a la primera.

La primera señal de lo que se viene es la censura de la prensa. El coronel Grove y el capitán poeta David Bari recorren las redacciones, revisan, leen, tarjan y desechan. Exigen un lenguaje aún más zalamero del que ya prodigan las plumas de Dávila, Ríos Gallardo y Silva Vildósola.

Pasadas las fiestas patrias las redactoras de *La Voz de las Mujeres* escuchan unos golpes perentorios a la puerta. Olga Fernández MacAllister recibe en sus manos un decreto de clausura de la revista firmado por el mismísimo Bari en nombre de la junta de gobierno.

La joven siente deseos de triturarlo y arrojárselo en la cara al mensajero, un sargento con cara de palurdo, pero su tía Alicia MacAllister logra calmarla. Las otras redactoras escuchan en silencio el lenguaje del documento que invoca el bien de la patria y la tranquilidad de los espíritus para la magna tarea de la reconstrucción nacional.

Se suceden también las primeras expulsiones. El abogado Daniel Schweitzer, antiguo dirigente de la federación de estudiantes y defensor tenaz de obreros y familias, es sacado a empellones por los soldados y dejado en la frontera sin comida ni abrigo. Según el mismo Bari, se trata de un peligroso agitador, disolvente, judío y antipatriota.

Ester Roig estuvo a punto de correr igual suerte, pero alguien

(probablemente el diputado Melivilu) le advirtió lo que se le venía encima y alcanzó a coger a última hora la combinación trasandina rumbo a Mendoza.

Los que en algún momento abrigaron esperanzas con el nuevo gobierno comienzan a abandonarlo. Sus decisiones desorientan y causan irritación. Para Luis Emilio Recabarren es la señal definitiva de su derrota: el 19 de diciembre, aprovechando un descuido de su compañera, saca la Mauser C96 de su escondite y la apunta contra su pecho.

Sus funerales son un evento masivo.

También se aclara la dualidad imposible que aqueja al poder. La junta representa a una sola de las conspiraciones que sacó a Alessandri y cerró el Congreso. Es la que buscaba ambas cosas, la de Valparaíso, la conspiración conservadora, la de los almirantes. La otra, que solo quería cerrar el Congreso, la de Santiago y el comité militar, se siente profundamente traicionada.

Ibáñez y Grove se organizan. Conspiran con el grupo de Yáñez y de *La Nación* y el 23 de enero de 1925 un piquete se toma La Moneda. Van en tenida de combate, con bayoneta calada los soldados; con Lazo a la cabeza y Olea un poco más atrás. La guardia lo deja pasar y los carabineros esperan formados.

Altamirano tiene un rasgo de nobleza en su falta de agallas. Nunca tuvo mayor interés en la seguridad, y los carabineros a cargo de las ametralladoras se lo llevaban jugando naipes. Está muy viejo para ver correr sangre de hermanos.

Si el primer golpe fue el de la oligarquía, el segundo es el de la clase media. Se realiza, además, en un ambiente veraniego y vacacional. Un niño llega ese día de Curicó con sus padres ucranianos. Desde una vieja góndola tirada por caballos que atraviesa la Alameda, ve a una turba saqueando el Club de la Unión sin que la policía haga nada.

Se forma una segunda junta de gobierno en menos de cien días, impulsada por la segunda conspiración, la de los tenientes, la que apoya una parte de la masonería, la que encauzan Ibáñez y Grove.

Si la primera junta era de signo conservador, la segunda es progresista y se compromete públicamente a hacer dos cosas: traer de regreso a Alessandri y llamar a una asamblea constituyente.

Cumplirá lo primero, pero no lo segundo.

Antes de regresar al país, Alessandri asiste a una conferencia que dicta el poeta Vicente Huidobro en París. El tema es el arte y la patología, muy a tono con los tiempos.

El regreso triunfal de Alessandri solo es una prolongación de la farsa. Creyéndose restablecido en el sillón presidencial, dilata la reapertura del Congreso y termina gobernando por decreto, igual que sus predecesores.

Finalmente se nombra a una comisión grande para que discuta aspectos básicos de la nueva constitución, pronuncie discursos rimbombantes y hermosos, mientras que una comisión chica comienza a redactar artículo tras artículo de una constitución presidencialista, centralizadora, de un autoritarismo atenuado.

La nueva carta magna se vota en un plebiscito que es pura pantomima. Se promulga poco después entre fanfarrias y serpentinas, con Alessandri vestido de frac y los militares vigilándolo a corta distancia. Para entonces Ibáñez es ministro de Guerra y ve conspiraciones en todas partes, cosa normal en un conspirador.

Alessandri vuelve a caer en la trampa.

En junio de 1925 estalla una nueva huelga en la pampa salitrera. Ibáñez, que viene acercándose a los comunistas (a través de mensajeros como Millán, nunca en persona), ordena reprimir sin piedad. La masacre, conocida con el nombre de San Gregorio, hace palidecer todas las precedentes. La prensa calla una vez más por el bien de la nación y el pellejo de los periodistas.

Alessandri, el diputado justiciero de 1906, como presidente no hace nada ante el nuevo y brutal atropello.

Tras algunos meses de vacilación, intenta deshacerse de Ibáñez exigiendo la renuncia de todos sus ministros. La nueva constitución se lo permite, pero Ibáñez se niega. Ni siquiera concurre al consejo de gabinete.

El león ha sido domado y no le queda otro recurso que volver a renunciar. El pobre Tony vuelve a abandonar La Moneda para no volver nunca más.

El país ya lleva cuatro gobiernos en menos de un año y la gangrena no parece detenerse. La constitución obliga a celebrar nuevas

elecciones y todas las fuerzas políticas engañadas y desengañadas por los militares acuerdan una candidatura única: el bonachón y pusilánime conservador de bienes raíces de Santiago, don Emilio Figueroa Larraín, quien se impone con el setenta y un por ciento de los votos a un oscuro títere de Ibáñez de nombre ya olvidado.

No dura mucho Figueroa en el cargo. El coronel astuto tiene otros planes y ahora los fraguará desde el Ministerio del Interior, su nueva palanca hacia el poder absoluto. Se valdrá de una combinación audaz de promesas y engaños para deshacerse de todos los que se interpongan en su camino.

Logra sacarse a Grove enviándolo de agregado militar a Estocolmo, a Lazo lo nombra ministro para luego enviarlo de agregado militar a la corte del rey de Rumania.

Tras asistir parco y mudo a las reuniones que celebran los sindicatos en la calle Bascuñán Guerrero, termina encarcelando, deportando y vejando a toda la dirigencia comunista.

Lo mismo hace con los conservadores que en un principio aplaudieron con júbilo y champaña el ascenso de los militares. Senadores, empresarios, exministros, incluso jueces que no se muestran dóciles, terminan relegados a un calabozo, a una isla desierta, ventilada su intimidad en las páginas de la prensa adicta.

Finalmente Emiliano Figueroa presenta también su renuncia y no hay quien se ofrezca a tomar su lugar. Nadie salvo Ibáñez, claro, porque ya su hambre de poder es insaciable y su temor no lo deja dormir.

Candidato único a la presidencia, se impone a un país asustado, cansado, sometido según sus carceleros por su propio bien. Ninguna institución sigue en pie si no es como simulacro. El Congreso está amordazado y es una extensión del presidente, igual que la prensa donde ahora Conrado Ríos es genio y figura. Los tribunales han sido purgados de todo juez que ose admitir un recurso de amparo en favor de algún perseguido.

El país está en manos de una mafia arropada en los colores de la bandera. La masonería guarda silencio; tiene a uno de los suyos en la cima del esquema.

## La clausura

Tengo en mis manos el último ejemplar de *La Voz de las Mujeres* que alcanzó a salir antes de que cayera sobre nosotras la bota militar. Mi nota sobre la noche de los tenientes ocupa media página, junto al notable reportaje de Ester Roig.

Apenas nos llegó la orden de clausura mi tía y yo concurrimos al ministerio y pedimos hablar con el capitán David Bari, quien nos hizo esperar más de dos horas y luego se escabulló por una salida lateral. Así de valiente era el capitán poeta.

Yo estaba indignada, me dirigí al regimiento Cazadores y le dije al sargento de guardia que no me movería de allí hasta hablar con el teniente Esteban Olea.

—Lo siento, Olguita, órdenes son órdenes —me dijo intentando abrazarme. Yo me escabullí.

—Qué rápido se les olvidó todo lo que prometieron —dije masticando mi rabia—. Que no iban a implantar una dictadura, que iban a respetar las libertades. ¡Mentira!

—Por favor, baja la voz.

—¿Que baje la voz? —yo la subí—. ¿Ahora me quieres hacer callar tú a mí? Qué rápido cambiaste tú también.

—Yo solo obedezco órdenes, Olguita.

Sus palabras me sacaron de quicio y sin pensar en las consecuencias le di una bofetada. Intentó retenerme del brazo, pero logré soltarme.

—Eres un cobarde y nunca me volverás a ver.

Cumplí mi palabra y fui más allá. Ya no podía seguir viviendo con mi madre. Tenía algunos ahorros en la Caja de Crédito y los liquidé. Hice una maleta, compré un boleto en el trasandino y partí a Buenos Aires. Mi tía Alicia y mi tío Carlos hicieron lo mismo semanas más tarde. El clima se había vuelto intolerable para todas nosotras.

Viví casi diez años allá. Ester Roig me ayudó a conseguir un empleo en el que conocí a mi primer marido, el padre de mis hijas.

Años después supe que el teniente Olea se transformó en una especie

de sicario. Estuvo, al parecer, involucrado en varios de los atropellos más brutales. Con Lazo serían los responsables de intimidaciones, detenciones ilegales, interrogatorios y, como dato anecdótico, de la paliza que recibió Vicente Huidobro, para entonces editor de un pasquín político poético llamado *Acción*. Es poco probable, porque la revista en cuestión no atacaba a los militares sino a la pechoñería conservadora. Además existirían fotos de Huidobro con Grove e Ibáñez en La Moneda, dándoles una suerte de charla sobre lo moderno, la audacia, los jóvenes turcos que eran la sensación en París.

Al parecer el que azuzó a Huidobro a presentarse como candidato a la presidencia fue Marmaduke Grove y quienes lo disuadieron, Lazo y Olea con una buena paliza. Su madre, horrorizada, le suplicó que bajara su candidatura y al final accedió. Igual figuró su nombre en la papeleta y cosechó, según rumores, un cincuentena de votos. Chile no estaba preparado para él y regresó a París.

En agosto del año siguiente, 1926, recibió allí una carta de su madre:

> *El país se acuesta con un complot y se despierta con que no fue nada. Día llegará en que el guerrillero Alessandri se alce con el santo y las limosnas*.

Lucila Godoy también intentó un fugaz y fallido regreso desde México durante aquel turbulento año de 1925. Intentó reintegrarse al magisterio, pero ya no tenía a su protector y aliado. Volvió a partir y una larga carta a Pedro Aguirre Cerda sintetiza aquella experiencia traumática.

> *Tengo entre las impresiones más penosas de mi vida mi vuelta a Chile. Yo viví siempre en mi país encerrada y no conocía a mi pueblo. Mejor hubiera sido volver a salir sin conocerlo, porque no miré sino síntomas feos y odiosos e hice constataciones. Usted ha aludido a esa chacota de revoluciones sin ideología y sin ideales. Fue uno de mis asombros*.

Hasta el día de hoy a Pablo no le gusta hablar mucho de lo que hizo ni dónde estuvo durante aquellos años. Editó una separata de poesía moderna para la revista del magisterio e intentó en vano ganarse el apoyo de Huidobro, a quien vio una sola vez en su fabulosa mansión familiar de la calle San Martín sin que ninguno congeniara con el otro.

Se «exilió» durante algún tiempo en Ancud y en Valparaíso, al borde de la miseria y la desesperación. El resultado fue el primer poema de *Residencia en la tierra*.

*Como cenizas, como mares poblándose,*
*En la sumergida lentitud, en lo informe,*
*O como se oyen desde el alto de los caminos*
*Cruzar las campanadas en cruz*

Sus amigos de izquierda estaban desterrados o escondidos, mientras que los de derecha eran funcionarios connotados de la dictadura. Eduardo Barrios, que lo ayudó a publicar sus primeros dos libros, fue un caso ejemplar. A comienzos de 1927 publicó una columna de opinión titulada «Yo le Creo al Coronel». Ibáñez terminó premiándolo con el Ministerio de Educación.

Conrado Ríos Gallardo para entonces era canciller cuando otro amigo logró concertar una reunión entre él y Pablo. En aquel encuentro que marcó su vida, Ríos le pregunta al joven poeta, quizá por sacárselo rápido de encima, qué lugar del mundo querría como destino consular.

Pablo terminó en Rangún, Birmania, y luego en Borneo, donde acabó de escribir *Residencia en la tierra*.

En cuanto a su rival Pablo de Rokha, permaneció en Chile sumido en la miseria, engendrando hijos y viéndolos morir literalmente de hambre. Publicó algunos poemas en revistas marginales y otras de alta circulación como este que salió en *Zig-Zag* un 18 de septiembre de 1925.

*Claros los astros de diamante*
*Dolorosa la tierra arada*
*Y el mar como un árbol sonante*
*O lo mismo que un gran cantante*
*Parado sobre la nada*

*Un cinturón de cordilleras*
*Le ciñe los huesos profundos:*
*Cabellera de sementeras*

*Y el cielo como una bandera*
*Clavada en la proa del mundo*

*Murmuran los vinos violentos*
*En las tinajas del pasado;*
*El sur le azote con los vientos*
*El sol es como un monumento*
*Al rotaje crucificado*.

El perro Tony fue el único especimen de su raza en entrar y salir de La Moneda. Acompañó a su amo al exilio y regresó con él en gloria y majestad. Para cuando estiró la pata ya era un anciano y Alessandri estaba de regreso, ya no como fogoso reformista, sino como un amargo reaccionario. Sustituyó al pequeño foxterrier por un inmenso gran danés con el que reanudó su vieja costumbre de pasear por el centro, ahora infundiendo temor en los transeúntes.

El joven Allende se decepcionó de la vida militar y no cumplió su anhelo de hacer carrera en el arma de caballería. Después de su paso por el regimiento Coraceros de Viña del Mar, ingresó a la escuela de medicina. Ese mismo año, en reconocimiento a sus servicios, el teniente Olea fue ascendido a capitán. Quiso entrar en la masonería, pero fue rechazado. Cayó en el alcoholismo y, una noche de invierno en Valdivia, adonde había sido destinado, se pegó un tiro en la boca.

## Por los servicios prestados

Yo me enteré por la prensa de que Ibáñez finalmente había podido hacer realidad su sueño. El 18 de septiembre de 1928, en el apogeo de su poder y con la presencia de todos los ministros de Estado, miembros del cuerpo diplomático y altos funcionarios de la administración, inauguró finalmente la estatua ecuestre del general Manuel Baquedano en la plaza Italia.

Antes de descubrir el monumento desfilaron todos los regimientos de la guarnición con sus bandas de músicos, brigadas de scouts, escuelas públicas, la Cruz Roja femenina y un piquete de veteranos de guerra que apenas arrastraban los pies, pero cosecharon un sonoro aplauso desde la tribuna oficial.

Según *La Nación*, utilizando el lugar común de todas las dictaduras, *«Su Excelencia llegó a las 10. Las bandas rompieron con los acordes del himno nacional mientras el público, presa de un entusiasmo indescriptible, vivaba al primer mandatario quien agradecía estas manifestaciones con notoria emoción»*.

Después vinieron los discursos, todos para el olvido salvo el de Bartolomé Blanche, ministro de Guerra, quien leyó una pieza de valor literario en la que se adivina una mano experta.

Evocó Blanche un desfile realizado allí mismo, hace medio siglo, por las tropas vencedoras de la Guerra del Pacífico.

«Todas las clases sociales se daban cita para rendir homenaje a los vencedores; desde el primer mandatario de la nación hasta los más modestos ciudadanos para aclamar a los que volvían coronados por los laureles del triunfo, los más esclarecidos ciudadanos y distinguidos oradores, en frases de sincero afecto y ardiente patriotismo agradecían los esfuerzos desplegados y sacrificios hechos en el cumplimiento del sagrado deber.

»Hasta ahora el pueblo no había podido materializar sus agradecimientos al vencedor de Arica, Chorrillos y Miraflores; no había logrado rendirle en el bronce de los héroes el homenaje de

gratitud que deseaba. Hoy lo hace con este magnífico monumento modelado por mano creadora de un artista chileno, trabajado por artistas de nuestra escuela de Artes y Oficios, vaciado en bronce de cañones cuya vida son páginas de historia patria».

Terminó Blanche, el enigmático, cauteloso y disciplinario coronel, interpelando con un gesto dramático a la flamante y severa estatua de Baquedano.

«Mi general, desde el fondo de mi alma de soldado y ciudadano deseo que jamás tengamos que desenvainar la espada para defender el honor de la patria y sus derechos. Pero si la Divina Providencia, en sus inescrutables designios, determina lo contrario, podéis estar cierto que cada cual sabrá cumplir con su deber».

Imagino a Ibáñez aplaudiendo con mesura, con la expresión parca y contenida que fue siempre su máscara y que tanto éxito le reportó en sus intrigas.

Para entonces Grove se encontraba en un exilio dorado de Estocolmo, Lazo en Bucarest sacándose la suerte con gitanas, Millán castigado, Mora desterrado, Alessandri mudo, Pedro Aguirre Cerda en Europa. Pero daba lo mismo porque la república militar al fin tenía su símbolo.

## El tiempo ataca otra vez

Dicen que en cada una de sus repeticiones la historia cambia de género. A veces es tragedia; a veces, comedia y 1924 está en ese registro. Chambonadas, equívocos, duplicidades, tontos que se creen sabios, sabios que se dejan engañar como bobos, otros que se pasan de listos.

Pocos días después del ruido de sables apareció en *La Nación* el siguiente aviso publicitario:

¿POR QUÉ TRIUNFAN LOS MILITARES?

PORQUE CONSUMEN LOS ACREDITADOS PRODUCTOS COCOA
PEPTONIZADA Y ALIMENTO
R A F F

La campaña «terrorista» de las semanas previas a la revolución de los tenientes también resulta cómica para los parámetros de hoy. Estuvo hecha de llamados anónimos, panfletos burdos y bombas de ruido. Eso bastaba hace cuarenta y seis años para hacer descarrilar unas instituciones que ya tenían fecha de caducidad.

Hoy es distinto.

Hoy los terroristas son más profesionales, se toman en serio su labor criminal y carecen de cualquier asomo de humor.

Las bombas comenzaron hace algunos días, casi en simultáneo con las negociaciones entre Allende y la DC.

En las últimas semanas ha habido detonaciones en edificios públicos y particulares, en el aeropuerto, en el Instituto Geográfico Militar, en un canal de televisión y en numerosos supermercados. Junto a los artefactos han aparecido volantes de una organización denominada BOC, Brigada Obrero Campesina, que las autoridades policiales califican de *ficticia*.

Ya hay algunos terroristas detenidos y en la portada de *El Mercurio* figuran en el mismo rango que los hippies que concurrieron al festival

de Piedra Roja a fumar marihuana y bailar rock & roll. El detalle es que varios militan en un partido llamado Democracia Radical, una escisión ultraderechista y nacionalistas del viejo partido de Pedro Aguirre Cerda.

*La Nación* ya no es un periódico relevante. Desde que Ibáñez lo expropió es un órgano del gobierno de turno y nadie lo toma en serio. Hay decenas de estaciones de radio y la gente las escucha en todas partes en pequeños aparatos portátiles. La televisión debutó hace ocho años y se expande en los hogares a un ritmo asombroso.

*El Mercurio* copa la agenda con portadas de apariencia sobria y propósitos oscuros.

El diario de Agustín Edwards ha comenzado a dedicar un espacio muy relevante a un grupo llamado Patria y Libertad, del que oigo hablar por primera vez. Su retórica recuerda la de los nacionalistas de hace cincuenta años.

Pero la señal que me pone los pelos de punta es esta nota en páginas interiores que salió en la edición de hoy, 21 octubre de 1970.

Realizaron organizaciones patrióticas

**ACTO DE DESAGRAVIO AL GENERAL BAQUEDANO**

Encabeza la nota una foto de un hombre mayor con gafas oscuras. Lee un discurso y su expresión es intimidante. La estatua ecuestre de Baquedano en segundo plano completa el contexto militar. El orador es un general en retiro y en la actividad un número de personas cifrado en «más de un millar» acordaron crear un comité permanente para defender los símbolos patrios. Se menciona la palabra «patria» ocho veces por lo bajo.

*«La patria es de todos y nadie dentro del territorio puede permitirse la impudicia de vejarla en sus monumentos, en representaciones teatrales, audiciones radiales o de televisión, cine o prensa, en conferencias o en clases universitarias, en la enseñanza básica o media»*.

El periódico casi se me cae de las manos. Es el mismo lenguaje de la república militar. La patria no como don, como *regalo*, sino como imposición categórica definida por un grupo concreto sobre todos los demás.

Nos advierten los señores del Comité que estarán vigilantes para que

la información contraria a la patria no quede impune, para que los vejámenes no se puedan repetir.

Yo sé lo que esto significa porque ya lo viví cuando joven: es la promesa de nuevos vejámenes.

## La conjura

Hay días en que me levanto preocupada, alarmada incluso. Me acuerdo de cuando tuve que partir porque en mi país ya no podía respirar como mujer ni decir lo que pensaba. Otros días despierto optimista y confiada en que Salvador sabrá conducir todo esto. Tiene muchos más atributos para ello que Alessandri.

Durante casi toda mi vida fui una persona a la que le costó levantarse por las mañanas. Con el paso de los años mi sentido del deber logró superar esta minusvalía. El periodismo y mi metabolismo se terminaron haciendo amigos, aprendieron a coordinarse y ahora que soy una vieja puedo jactarme de ser una madrugadora recalcitrante.

Cierro el periódico, dejo la taza y los platos del desayuno en el lavaplatos. En la radio se anuncia una mañana soleada y decido dar un paseo. No lo hago hace tiempo y el médico me ha dicho que es bueno para mi salud.

Caminar por la mañana, respirar el aire fresco, escuchar a los pájaros. Últimamente me aferro a estas cosas. De las casas brotan sonidos de aspiradoras y enceradoras, radios que transmiten música romántica, noticias. Estamos en la estación de las flores y los árboles ya muestran colores vivos.

El Mercedes del general Schneider está como todos los días con el motor encendido. Nos saludamos con el chofer. Nunca he sabido su nombre y lo sabré recién por los diarios de la tarde, los de mañana y los de toda la semana, porque está por suceder algo tremendo y yo no lo sé.

En la esquina de Martín de Zamora doblo hacia la derecha.

Son las ocho y fracción cuando el Mercedes del general aparece en mi radio visual. Me sobrepasa por la izquierda y sigue rumbo a la avenida Américo Vespucio. Alcanzo a ver su silueta meditabunda a través de la ventana.

Detrás del Mercedes veo doblar en la misma dirección a un Fiat 600

conducido por una muchacha joven y de pelo liso.

De pronto otro auto los pasa a ambos a exceso de velocidad y, de manera absurda, se cruza por delante del Mercedes. Es como si quisiera embestirlo y entonces me doy cuenta de que algo anda mal.

Otros autos que circulan por Martín de Zamora frenan para evitar una colisión o para buscarla con algún propósito que no logro entender. No se trata de una colisión accidental sino de algo deliberado, porque de uno de los autos se bajan dos jóvenes armados con pistolas y martillos.

Es como estar en uno de esos sueños en que uno no se puede mover ni gritar. Mis pies simplemente no responden.

Uno de los jóvenes martillea los vidrios traseros del Mercedes una, dos, tres veces. Otro comienza a disparar contra el asiento trasero. Las dos acciones parecen contradictorias, los vidrios saltan y caen como guirnaldas en el pavimento.

Los motores rugen, echan marcha atrás, las llantas chirrían dejando estelas de humo en el pavimento.

La muchacha del Fiat 600 se asoma por el parabrisas y las dos nos miramos aterradas.

Todo ha ocurrido en cuestión de segundos y ya no hay vuelta atrás.

## El tiempo

René Schneider murió al cabo de varios días de agonía. El proceso político no se interrumpió y Salvador Allende fue ratificado por el Congreso para asumir la presidencia de la república. Lo que esperaban los asesinos no sucedió, al menos no de inmediato.

No se sabe judicialmente quién planificó esta locura, pero todos tienen sus candidatos. La investigación avanza en medio del más completo hermetismo.

La nota sobre el desagravio al monumento a Baquedano pudo haber sido lo último que el general Schneider leyó antes de abordar el vehículo con destino a su muerte. Él mismo es uno de los firmantes de la carta que deplora el vejamen.

Tardé varios días en saber realmente en qué consistió la acción que tanto hirió a los militares. *El Mercurio* solo mencionó «una reunión de pobladores», pero tirando de ciertos hilos logré averiguar que se trató de una actividad convocada por un grupo de ultraizquierda llamado MIR. Uno de los organizadores, un joven de apellido Toro, se habría subido a la estatua con la bandera roja y negra del movimiento.

Al parecer el joven fue lo suficientemente ágil para montarse en la grupa del caballo y posar como un segundo jinete detrás de la versión metálica de Baquedano.

Entiendo la indignación de los militares activos y retirados con semejante transgresión. Si no decían nada, decenas de jóvenes barbudos y melenudos, hippies y drogadictos libres de todo temor, se atreverán de ahora en lo sucesivo a hacer lo mismo: subirse al caballo que simboliza a la república militar.

FIN

# Agradecimientos

Como se sabe, hubo un segundo Manifiesto Militar del 11 de septiembre. En realidad fue un conjunto de bandos transmitidos por cadena radial cuarenta y nueve años más tarde, el 11 de septiembre de 1973. El primero de ellos fue emitido cuando Salvador Allende aún estaba vivo en La Moneda. El lenguaje de estos bandos y del acta de creación de la segunda junta militar guardan algún parecido con sus antecesores de 1924. Patria, nación, salvación y tradiciones son algunos de los elementos en común. Lo nuevo es la mención al «caos marxista» y la «estéril lucha de clases».

Si la historia no es circular, al menos parece elíptica.

Durante cuatro décadas (1932-1973) el militarismo pareció un problema encapsulado en un pasado concreto. Sin embargo, regresó en grande y sin las formas de la comedia. Sus heridas siguen abiertas.

Esta novela nació con el estallido social de octubre de 2019, cuando una multitud sepultó la inviolabilidad simbólica de Baquedano y los militares volvieron a copar el espacio público en uniforme de combate, esta vez a regañadientes y como simulacro de un poder político sin brújula.

Tengo que agradecer el apoyo temprano de mis editoras Melanie Jösch y Marcela Escobar. Acompañaron también el proceso con lecturas, sugerencias y datos específicos María Paz Vargas y Carlos Tromben Corbalán. Los detalles de la vejación de la estatua de Baquedano, el día anterior al asesinado de Schneider, los supe gracias a Oscar Tromben Nordenflycht.

De un valor inestimable para comprender la dinámica personal y estética de la poesía chilena de los años veinte son los textos de Álvaro Bisama (*Mala lengua*) y Hernán Loyola (*El joven Neruda*). De gran ayuda también es el trabajo acucioso de Mario Amorós, sin quien no tendríamos ni una sola biografía de Salvador Allende ni de otros grandes personajes del siglo XX chileno.

También tengo una deuda con el investigador José Díaz y sus

trabajos sobre la relación entre militares y socialistas en la década de los años veinte.

Los extractos del diario *La Nación* provienen del centro de documentación digital de la Universidad Diego Portales. El resto del material de prensa, de la Biblioteca Nacional de Chile.

CTR
Quintero, 31 de agosto de 2022

1 International Workers of the World. Un sindicato formado en Chicago y que adquirió alcance internacional durante aquella década.

Edición en formato digital: octubre de 2022

© 2022, Carlos Tromben
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566205159

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com